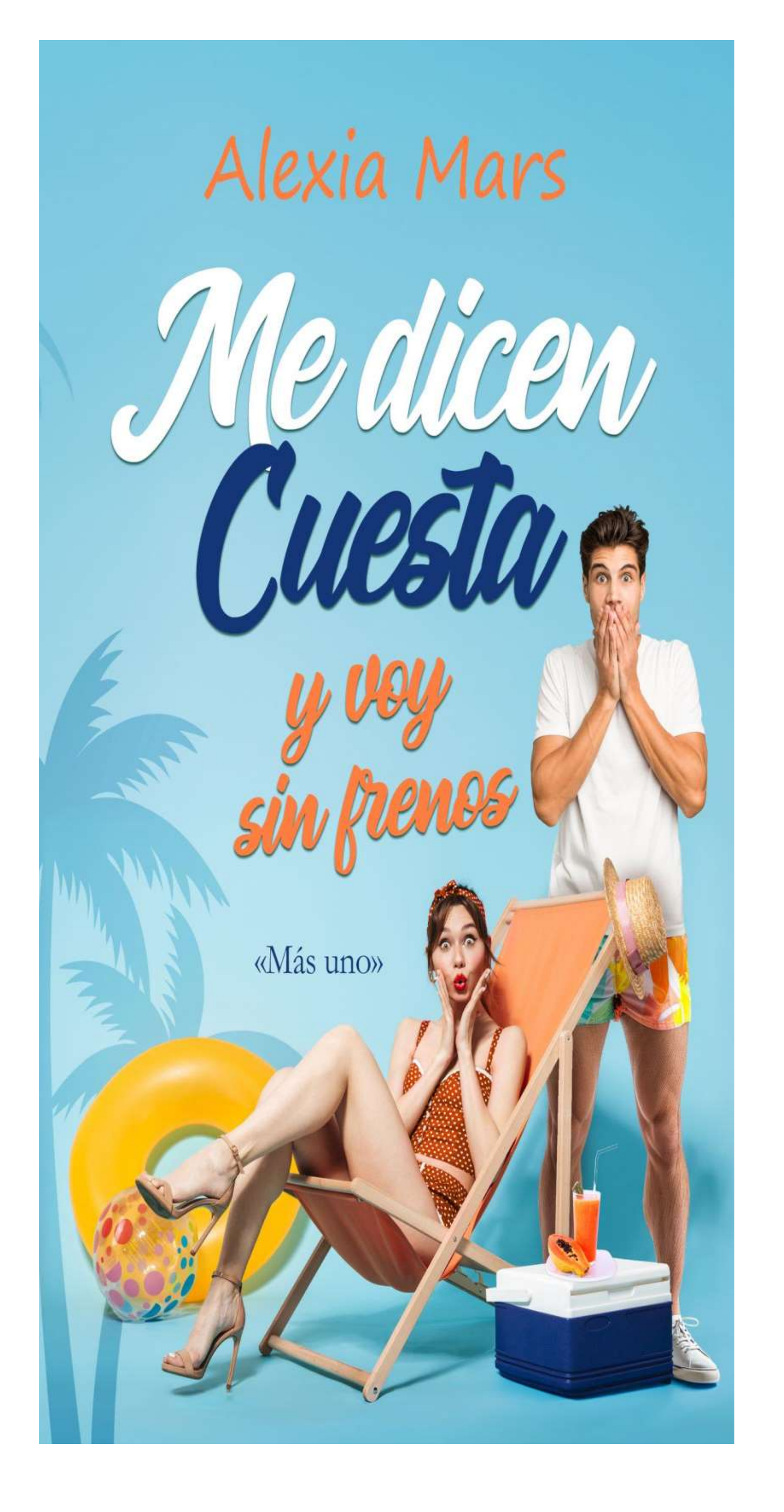

Alexia Mars
Me dicen Cuesta
y voy sin frenos
«Más uno»



Alexia Mars
Me dicen
Cuesta
y voy
sin frenos
«Más uno»

NOTA DE LA AUTORA

Hace poco más de tres años una persona muy cercana a mí sufrió una fagofobia (miedo a los atragantamientos). Este terror es muy peligroso porque poco a poco dejas de comer. Primero, alimentos duros de ingerir. Luego, cualquiera, hasta líquidos.

La idea de esta historia surgió a raíz de esta experiencia tan cercana. Es mi homenaje a todas aquellas personas que se sienten presas de sus temores siempre desde el respeto y el humor (no para banalizarlo sino para hacerlo más accesible).

Estos miedos condicionan completamente la vida del paciente, porque por muchas ganas que le pongan para recuperarse y dejar atrás la fobia, este terror escapa a su voluntad en la mayoría de las ocasiones.

No obstante, se puede superar. Con compresión, terapia especializada, y ayuda interna y externa. Hagámoslo visible, démosle voz.

Me gustaría puntualizar que esta es una historia inventada y de ningún modo se tienen que poner en práctica las terapias que aquí se presentan porque parten de la más pura ficción, por más documentación que haya detrás.

Asimismo, me disculpo por las licencias literarias que me he tomado por el bien de la novela y recalco que tanto la trama como los personajes son fruto de mi imaginación y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Dicho esto, espero que disfrutéis con Cuesta, Lía y los demás.

*A ti, que cada día te enfrentas a tu miedo.*

PRÓLOGO

## Por la puerta grande

Dicen que siempre hay un porqué. Un inicio de todo, y Polidoro Cuesta Segura lo sabía bien. Había llegado a ese punto sin retorno, estaba a un paso de cometer la mayor locura de su vida. Pero, qué no haríamos por amor…

Cogió el teléfono y, tras un suspiro temeroso, marcó: — *¿Sí?*

La voz era femenina, carrasposa y algo aguda, puede que su dueña rondase la ochentena. O, al menos, eso apostó mentalmente.

—Hola. Llamaba para apuntarme al fin de semana con la doctora Expósito.

— *Hola, aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

—Uy, perdone. Me habré equivocado al marcar…

— *¿¡Quién es!?*

Cuesta estaba a punto de colgar cuando oyó la voz femenina.

—Buenas, ¿me oye? Creo que se ha cruzado otra llamada.

— *Ah. Sí, sí.*

Silencio.

—¿Sigue ahí? —Cuesta tuvo que insistir una vez más.

— *Lestaulante Delfín, sí. Dígame.*

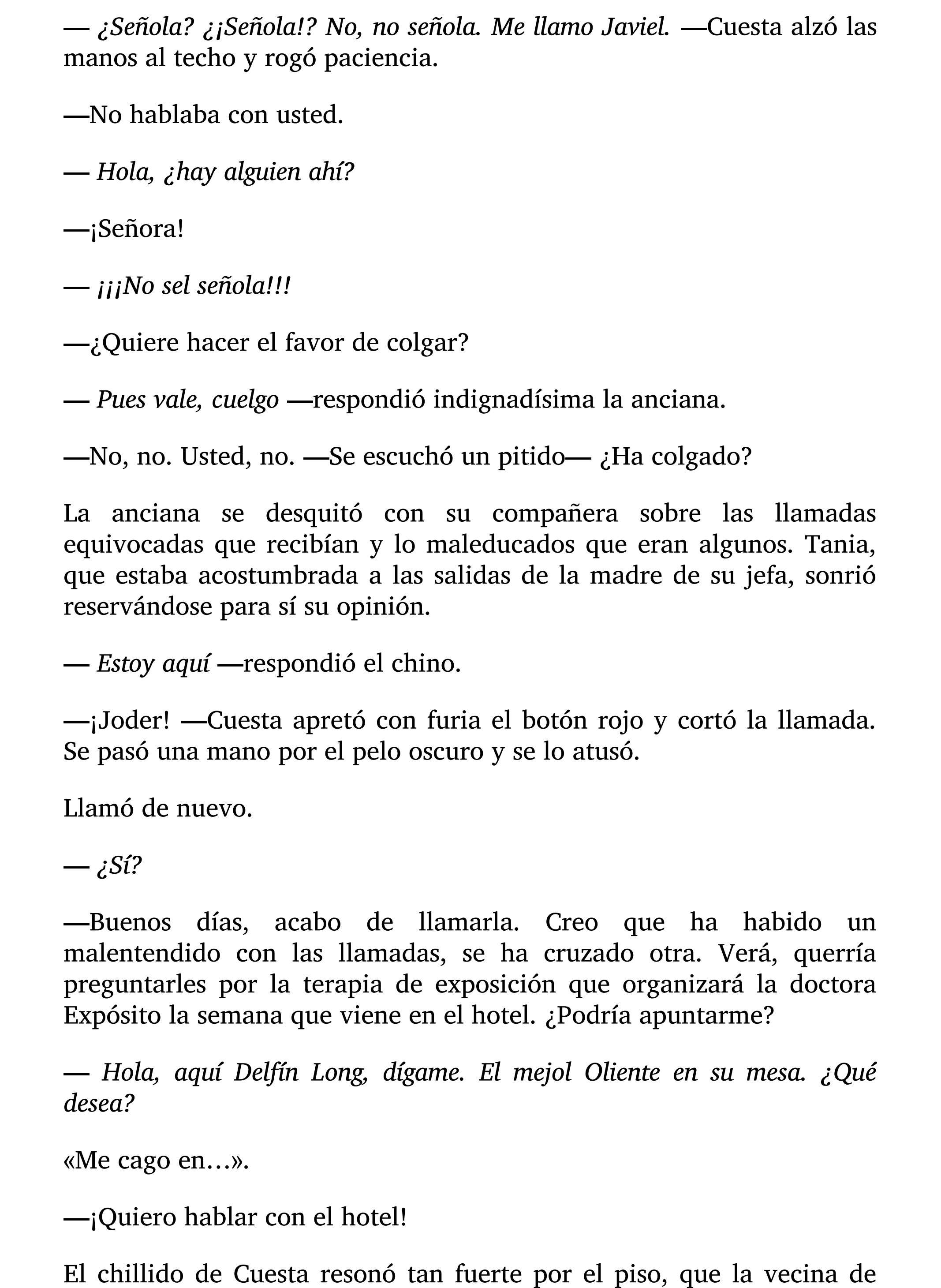
—Quería apuntarme a la terapia de la doctora Expósito.

— *¿Exposición? No, no. Se ha equivocado. Esto es un lestaulante. LES-TAU-LANTE.*

*¿Entiende?* —Cuesta se apartó el móvil de la oreja y emitió un quejido mientras se masajeaba la zona. ¡Qué grito!

—Mire, se ha cruzado la llamada. Estoy intentando comunicarme con el hotel.

Señora, ¿sigue ahí?



— *¿Señola? ¿¡Señola!? No, no señola. Me llamo Javiel.* —Cuesta alzó las manos al techo y rogó paciencia.

—No hablaba con usted.

— *Hola, ¿hay alguien ahí?*

—¡Señora!

— *¡¡¡No sel señola!!!*

—¿Quiere hacer el favor de colgar?

— *Pues vale, cuelgo* —respondió indignadísima la anciana.

—No, no. Usted, no. —Se escuchó un pitido— ¿Ha colgado?

La anciana se desquitó con su compañera sobre las llamadas equivocadas que recibían y lo maleducados que eran algunos. Tania, que estaba acostumbrada a las salidas de la madre de su jefa, sonrió reservándose para sí su opinión.

— *Estoy aquí* —respondió el chino.

—¡Joder! —Cuesta apretó con furia el botón rojo y cortó la llamada. Se pasó una mano por el pelo oscuro y se lo atusó.

Llamó de nuevo.

— *¿Sí?*

—Buenos días, acabo de llamarla. Creo que ha habido un malentendido con las llamadas, se ha cruzado otra. Verá, querría preguntarles por la terapia de exposición que organizará la doctora Expósito la semana que viene en el hotel. ¿Podría apuntarme?

— *Hola, aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa. ¿Qué desea?*

«Me cago en…».

—¡Quiero hablar con el hotel!

El chillido de Cuesta resonó tan fuerte por el piso, que la vecina de abajo pegó dos escobazos en el techo.

Un pitido largo.

—¿Está ahí?

— *Ajá.*

—Bien, ¡por fin! Le hablaba de la terapia que van a realizar el sábado.

— *¿Eh? Ah, pescado. Sí, tenel, mucho. Pescado flito, salteado con salsa de soja, con limón, coleano, gambas, malisco…*

Cuesta, desesperado, gritó. Pulsó el rojo tres o cuatro veces con violencia y se fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua y, cuando se relajó, volvió a marcar.

— *Buenos días. Hotel Cristal.*

¡Por fin! Al menos no se oía a nadie más y esta voz era también femenina, pero parecía más joven.

—Buenos días. —Cuesta cogió carrerilla y lo soltó todo de una, antes de que surgiesen más interrupciones—. Llamaba para preguntar por la terapia de exposición de la doctora Expósito. ¿Todavía hay plazas? Me gustaría apuntarme.

— *Sí. Un segundo.*

Tania se apartó el auricular y le susurró a Margarita: —Es otro paciente para lo del programa de su nuera.

—¿¡Cómo!?

—La terapia. ¡Lo de las fobias! —gritó Tania porque la otra perdía audición a marchas agigantadas.

—Ah, vale. Pásamelo.

Ante tanto silencio, Cuesta carraspeó.

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

— *Sí, sí. Le paso con la responsable para que lo apunte.*

—Espere, un momento. ¿El pago lo hago también ahora?

— *No, a su llegada y en metálico, que aquí no tenemos datáfono.*

—Déjame, niña, que yo me encargo. —Le exigió la anciana, mientras le usurpaba el auricular—. *Necesitaremos su nombre:* —Polidoro Cuesta

Segura.

Cuesta notó cómo las mejillas se le encendían, una sensación familiar que experimentaba cada vez que tenía que decir su nombre. Sus padres, que parecían quererlo bien poco, le habían dado un motivo para ser carne de cañón en clase.

— *Potorro, bien.*

—¿Cómo ha dicho?

— *¿Edad?*

—Ah, veintiséis.

— *¿Fobia?*

«Mierda ¿y ahora qué?». Cuesta se mordió el labio y miró a un lado y al otro hasta que fijó sus ojos sobre la fotografía en la que salía con Paco. ¡Alturas! Mismo. ¿Cómo se llamaba esa fobia?

—Me dan miedo las alturas. —Otro largo silencio—. ¿Sigue ahí?

— *Muy bien. Apuntado. Lo esperamos el próximo sábado. A las diez en la entrada. Traiga toalla y gorro. Puede usar el* spa *, pero se paga aparte.*

—Su compañera me ha comentado que el pago es en metálico el mismo día de mi ingreso.

— *Sí, claro. Saldrá ileso y repuesto, verá que sí. No pierda la esperanza. Que tenga un buen día.*

Cuesta apartó el teléfono y soltó una carcajada. ¡Menuda mujer! Ya está. Lo había hecho. ¿Cómo se lo tomaría Lía? Se moría de ganas por ver su cara. Era su última oportunidad, lo sabía bien, y no pensaba desperdiciarla. Lía era la mujer de su vida y

estaba dispuesto a lo que fuese para demostrárselo. Vamos, ¿qué podría salir mal? Un fin de semana encerrados en ese balneario costero de Alicante, lejos del imbécil que le revoloteaba y del mundo. Él y ella, como siempre debió ser.

Margarita ojeó sus apuntes. Parpadeó y estrechó los ojos mientras intentaba descifrar sus garabatos. Cogió la ficha y fue cumplimentándola y tachando.

Paciente: Potorro Cesta Segura.

Edad: Veintiséis.

Buscó el cuadro de fobias y, justo cuando iba a poner la cruz, sonó el teléfono, sobresaltándola. Contestó y, casi sin mirar, acabó la inscripción. Introdujo el folio en la carpeta y se la ofreció a Tania, la jovencita que acababan de contratar, para que la pasase al ordenador. Esta asintió y, antes de introducirla, le echó un ojo, muerta de curiosidad.

☐ Colpofobia.

¿Qué era eso?

Dejó la carpeta sobre su mesa y buscó por Google. Al leer el significado abrió tanto los ojos que le saltaron las lágrimas. ¡Pobre hombre! Este Potorro Cesta Segura, sí tenía mala suerte y encima con ese nombre, ¡menuda putada! Fobia a las vaginas, ¡qué horror!

# CAPÍTULO 1

# Mi príncipe azul

## Lía

*Pasado…*

Tengo mucho miedo. La barbilla me tiembla. Quiero tragar saliva, pero ni siquiera me atrevo a hacerlo. Si no tuviese que hacerme la fuerte, quizá mojase las braguitas o gritaría para que mi mamá me oyese.

Un sonido me hace abrir mucho los ojos. Viene de ese grandullón que me apunta con el dedo. Parece un toro. Doy un pasito atrás y las ramas se me clavan en la espalda.

Ahogo un grito de dolor. No hay escapatoria. El niño sonríe y me da miedo cómo me mira. Es malo.

Aprieto los párpados y pienso en que quizá he sido una *impurente*, como mamá me dice. No quiero que mamá llore si me hace daño, últimamente llora mucho y la abuela me ha dicho que tengo que ser una buena chica para que mamá esté contenta. Después de todo, soy su tesorito. Ojalá papi volviese pronto de su viaje, seguro que así mamá estaría más feliz.

Miro mis zapatitos de *chalol* rayados y los calcetines llenos de barro y me encojo. La abuela no me dejará ver la tele esta noche con ella. Es nuestro secretito si me porto bien.

El odioso niño me agarra del vestido. Veo que tiene un moco verde pegado en la mejilla y me hace gracia hasta que levanta la mano. Tiemblo.

—Déjala, Iván —le grita la niña de los ricitos dorados.

Oigo cómo hipa y me arriesgo a abrir un ojo. Tiene los suyos hinchados y llenos de lágrimas. La nariz roja y mocosa y la coleta completamente deshecha. Lo amenaza con su puño y se tira encima de su espalda. Él se la quita sin esfuerzo como si fuese una simple mosca y al lanzarla al suelo le hace daño en la rodilla.

Se ríe al ver que le ha hecho sangre.

Cuando gira la cabeza hacia mí, le escupo por tratarla tan mal. Él se

limpia con asco, pero se ha enfadado mucho. Me da igual. No pienso dejar que vea el miedo que le tengo. Levanto la cara y sonrío al recordar las patadas que le he dado para que soltase a la niña. Le saco la lengua.

Gruñe muy fuerte.

—Ahora verás, tonta.

Abre la mano en dirección a mi mejilla, y de repente, una mano se pone en medio y evita que me haga daño. Es otro niño. Todavía no le he podido verlo, pero sé que me está defendiendo porque se pone delante de mí, sin soltarle los dedos al abusón.

—Si te metes con ellas, te metes conmigo, Cachuflo —sisea.

—Polidoro —escupe el elefante odioso. Luego le sonríe con maldad—. Te voy a matar.

Mi héroe, que es tan alto como el otro, pero mucho más flaco, suelta una especie de gemido indignado y cuando el toro lo embiste se aparta arrastrándome con él al suelo.

Caigo encima, pero no me hago daño porque él me protege.

Vemos cómo el tal Iván cruza el seto de cabeza y aterriza justo encima de una caca que acaba de plantar un perrito que lo mira ofendido cuando casi lo chafa. El niño levanta las manos y, horrorizado, observa sus dedos. Los huele y chilla.

—Mamááá. ¡MAMÁ!—De un salto corre hacia el banco que está en la otra punta del parque con los bracitos al aire. Oigo una risita detrás de mí—. ¡Me ha pegado! Poli me ha pegado, otra vez. ¡Maaamiii!

La niña de los ricitos se tapa la boca muy divertida antes de darme su mano y ayudarme a ponerme en pie. El otro niño se levanta y se espolsa la tierra de los pantalones. Sonrío sin recordar que esta mañana he perdido otro diente y me doy la vuelta para agradecerle que nos haya rescatado. Abro la boca y no sale nada.

¡Es el niño más guapo del mundo! Y creo que lo estoy mirando *emborada*. De hecho, ahora que la otra niña se pone a su lado veo que son casi idénticos. Él me observa con curiosidad. Entonces recuerdo mis *morales,* como dice mamá, y acerco mi mano a la suya. Él arruga la frente sin saber qué hacer.

—Encantada. Soy Lía. —La niñita dorada pone un brazo por el medio y me aprieta los dedos.

—Hola, Lía. Gracias por ayudarme, ese tonto quería quitarme la bici. Siempre me está molestando.

La abuela me ha dicho que fuese a los columpios mientras saludaba a sus amigas, así que me he dado una vuelta por el parque, mientras me imaginaba que era una princesa guerrera que tenía que defender la ciudad de un malvado ogro, justo cuando he visto a uno de verdad, atacando a una niña que estaba en el suelo y que intentaba quitarse de encima a esa bestia.

He corrido hacia ellos y le he advertido que la dejase, antes de lanzarme a por él.

Las dos nos hemos defendido, pero no le ha costado mucho tirar a la niña e ir a por mí.

Hasta que ha llegado él.

—Él es mi hermano. Pol…

—Cuesta. Todos me dicen Cuesta —se adelanta mi héroe.

—Nadie te llama así, solo tú, Poli. Yo soy Maite. —El niño aprieta los labios y mira a su hermana enfadado.

—María Teresa —recalca. La otra suelta un gritito y se toca la garganta. Lo señala con el índice.

—Polidoro.

Los dos aprietan los puños y se encaran, claramente cabreados.

—¿Sois gemelos? —pregunto.

—Mellizos —sueltan a coro.

—Mamá te va a castigar. Has vuelto a *enzusalte* los pantalones de barro. —Cuesta, o Poli, se pone muy rojo y veo que me mira.

Luego sonríe.

—No más que a ti. Sé que has usado sus pinturas.



—Mamá me deja. Les dijo a sus amigas que lo hago muy bien y que voy a ser una gran maquilladora.

Levanta la barbilla con desafío y él hace una mueca. Saca de su chaqueta vaquera unas gafas rojas con las patillas de Mickey Mouse, me mira fijamente, me sonríe, y se las pone. Recoge su moto eléctrica del suelo, también roja, y se sube.

—Señoritas —se despide.

Pulsa el botón que la enciende y se aleja lentamente hacia la otra parte del parque, donde un niño moreno da saltitos con la mano llamándolo. Se gira con una sonrisa pícara a mitad de camino sin levantar el pie del pedal eléctrico. Grito. Él menea la cabeza y se baja las gafas, sin apartar los ojos de mí. Maite chilla a mi lado y mueve los brazos, pero ya es demasiado tarde. Acaba estrellado contra un árbol.

## Cuesta

Mamá se despide de la anciana, antes de cerrar la puerta. Al girarse ahoga un grito.

—Qué susto me has dado, cariño.

La miro con enfado.

—Quiero ir, mami. ¿Me dejas? ¿Me dejas ir a su casa, mami? ¿Un ratito? —Ella repasa lentamente mi cara magullada y la venda que tengo en la pierna.

—Estáis castigados, ya lo sabes —me recuerda.

—¡No es justo, mami!

—La vida tampoco lo es, cariño.

—Pero…

—Ni peros ni pamplinas, Polidoro. Jugaréis con… emm…

—Lía —le recuerdo. Ella se fija en mí con esa cara que pone cuando sabe que he escondido todos los juguetes bajo la cama para no recoger y sonríe.

—¿Es tu novia, peque? Es una niña muy bonita.

—Ya le gustaría —suelta una vocecilla burlona a mi espalda—. Lía es mi mejor amiga, mami.

Resoplo.

—¡Pero si la conociste ayer!

—¿Y qué? Tú tienes al pesado de Paco, así que yo también quiero una. ¿Puedo quedármela, mami? —Entrelaza sus deditos—. ¿ *Porfi*?

Mamá se tapa la boca.

—No, cariño. No puedes. —Mi hermana se pone triste—. Porque no es una cosa, es una persona. Sin embargo, podéis ser amigas.

Maite da un gritito de alegría y aplaude.

—Podré maquillarla como a mis muñecas y… —Mamá hace una mueca de dolor.

—No toquemos ese tema, María Teresa, que todavía me escuece. Venga, al salón los dos.

—¿Podemos llamar luego a Lía, mami?

—Estáis castigados.

—¿Y mañana? —me atrevo a preguntar.

Ella pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ya veremos. Portaos como dos angelitos y quizá.

Los dos asentimos sonrientes, mientras mamá se va al baño.

—Tú no vienes. Es mi amiga y no queremos chicos.

—Pero va a ser mi novia —rebato con morritos.

Lo decidí ayer, después de conocerla. Es la niña más preciosa de todas y algún día será mi novia. Y cuando seamos viejos como mamá y papá, me casaré con ella. Mi hermana se ríe de mí.

—No puede ser tu novia porque es mi mejor amiga.

—Podemos compartirla.

—¡NO!

—Venga, ¿y si te dejo que juegues conmigo y con Paco? Antes siempre me lo pedías.

—Ahora tengo a Lía, paso.

—Si no me dejas estar con vosotras…

—¿Qué, eh?

—Te meteré un bicho dentro de la cama para que te pique. —Mi hermana grita de miedo.

—Atrévete y verás.

Agarra mis galletas y las introduce dentro del bol de leche. Abro mucho los ojos, con repelús. Ella sonríe tan complacida que vuelco mi merienda sobre su sándwich. Me la devuelve tirándome el zumo por el pelo. Le rayo su dibujo y ella con la furia dibujada en la cara le da una patada a mi castillo de legos que llevo media tarde montando con papá.

Corro hasta su muñeca y la saco del carrito. La alzo como una presa, y sujeto la cabeza con una mano y el cuerpo con la otra. Sonrío con malicia.

—No, Marie no… —suplica con sus ojitos de reflejos dorados repletos de lágrimas.

No es mi intención hacerle nada, solo quiero asustar a mi hermana, pero el chillido de mamá cuando entra al salón es tan fuerte que del susto estiro.

Se hace el silencio y miro para abajo.

—Ups. Mai, yo…

Mi disculpa es silenciada por el grito de batalla de María Teresa. Lo último que veo son unos rizos volando hacia mí, antes de que se me eche encima.

## CAPÍTULO 2

# Un Sansón sin fuerza

María Teresa, o Maite, como le gustaba a ella que le dijesen, le dio tal colleja que hasta las lágrimas le saltaron. Cuesta arrugó la nariz por el gesto brusco de su melliza y emitió una especie de gruñido.

—¿Te estás quieto? —le espetó la rubia de malas formas.

Él puso los ojos en blanco y resopló.

—¿De verdad era necesario, María Teresa? —Ella gimió, muy ofendida por cómo la había llamado. Detestaba su nombre casi tanto como él.

Cuesta ocultó una sonrisa.

—Si vas a quemar tus últimos cartuchos tendrás que hacerlo bien. Vamos a ver, Poli. Compites con un diez y tú eres… ¿un seis?

—Es un tío majo, y eso os mola. Podría raspar el notable.

—Tú, cállate, Paco, que no sé ni qué pintas aquí.

—Vengo a darle apoyo moral a mi colega, princesa.

Ella lo miró de arriba abajo, resopló, y fingió un escalofrío.

—Lo que deberías hacer es ponerte a la cola, que a ti también te hace falta un buen cambio.

Paco le guiñó un ojo. Parecía sacado de una película de los años cincuenta, con un añadido especial: el tupé extraengominado.

—Esto, cariño, se llama estilo. —Sujetó con los pulgares los tirantes que llevaba sobre la camisa blanca y le lanzó un beso—. Es como mi sello. Mi distinción.

Maite masculló algo por lo bajo y siguió bizqueando mientras sus dedos se movían con energía por las cejas de su hermano. Cuando agarró las tijeras, Cuesta lanzó un lamento.

—Oh, no. NO.

—Oh, sí. Siéntate. Son esas greñas o Lía. Tú decides.

Cuesta se observó en el espejo del tocador de su hermana. A ver, ¿qué

tenía de malo? Llevaba el pelo dorado, a la altura de los hombros. Lo que le daba un aspecto roquero. Una gorra del revés, que aportaba ese toque de malote. Camiseta ancha de su grupo favorito y unos vaqueros cómodos.

Pero Maite afirmaba que era una atrocidad. Un adolescente en el cuerpo de un veinteañero. A cámara lenta vio cómo acercaba el puntiagudo metal a su querido pelo.

Abrió mucho los ojos. Contuvo el aliento. Y Paco gritó por él, por el género masculino, por todos esos pelos que no tenían voz y por los pobres hermanos sometidos a crueles hermanas sin alma.

Fue un chillido agudo, de esos que se clavan en los sesos y acaban retumbando por toda la estancia con un eco característico.

—¡PACO! Una más y te echo. —Lo apuntó con las tijeras la malvada estilista y él asintió en silencio. Se levantó de la cama y se acercó a su mejor amigo.

No podía apartar los ojos de él, de su sacrificio. Se santiguó. Recitó una oración y con el pecho arrugado asistió a la caída de un mito.

Adiós al Polidoro Cuesta Segura que el mundo conocía.

Le recordó a esa película que se había visto varias veces en Netflix: *Alguien como él*.

El tío genial convertido en un repipi.

En ese momento, brotó a él la voz del Sansón que veía su abuela todas las Pascuas:

«Si alguien me corta el cabello perderé mi fuerza y seré como un hombre común y corriente». Y aquí estaba. Su Sansón. Le dio la mano y se la apretó con fuerza. Sus ojos brillaron de lágrimas no derramadas cada vez que la perversa melliza empuñaba las tijeras y cortaba sin piedad.

—Dalila —la acusó entre dientes y con rencor.

—¿Qué has dicho?

Paco se sobresaltó y vio cómo Maite le dedicaba un breve vistazo antes de seguir descuartizando la cabellera de su colega.

—Que todo sea por Lía.

Cuesta, con cara de angustia, movió la cabeza de forma afirmativa y suspiró lentamente.

—Sí, por ella…

Al terminar, Maite se puso a reír de forma siniestra, alzando la voz con cada risotada hasta ocupar toda la habitación. Cruella de Vil en su esencia pura.

Paco tragó saliva.

—¡Paco! ¿Estás bien?

—Tío.

—¿Eh? —Él parpadeó, los dos hermanos lo observaban atentamente.

—Te has quedado como alelado mirándome —le reprochó Maite. Después señaló a la silla que había quedado vacía.

—¿Quieres que te lo corte a ti también?

Una de las cosas que más detestaba en esta vida, además de los filetes poco hechos y las cervezas sin alcohol, era correr. Pero esta vez lo hizo. Puso pies en polvorosa y no paró hasta llegar a casa.

## CAPÍTULO 3

# Como un pájaro cantor

Quedaba un día para el fin de semana en el balneario y Cuesta miró con repulsa las prendas que su hermana metía en la maleta. Joder, estaba matando su esencia a pasos agigantados.

Con pena, observó sus pulseras de pinchos y sus camisetas amontonadas en el suelo. María Teresa estaba disfrutando, se la veía complacida. Por fin había hecho su sueño realidad: cambiar su armario.

—Mamá, no. Esa chaqueta…

—Es un esperpento. Al montón. —La lanzó sin miramientos y Cuesta se encogió.

No podía seguir mirando este calvario.

Oyó un sonido en la cocina y gimió. Salió de forma apresurada del cuarto y vio cómo su tía María de las Mercedes —Merce, para el resto del mundo—, ordenaba los platos por tamaño. Con dedos temblorosos abrió el primer cajón y vio los cubiertos apilados a la perfección. En el segundo, lo mismo con trapos que ni sabía que tenía. Y en el armario, las sartenes, almacenadas en una perfección que rayaba la obsesión.

Tragó saliva.

Parecía como si un tornado hubiese arrasado su hogar. Ella, que silbaba feliz, ajena a su horror, era el desastre natural que había azotado su casa.

—Mira, mi amor. ¿Te gustan? —Cuesta abrió los ojos de par en par.

—¿¡Me has comprado gayumbos, mamá!?

—Si vamos a conseguir a Lía, no podemos hacerlo con calzoncillos agujereados, cielo.

—¿¿Vamos?? —Se atragantó. ¿Cómo se había metido en este jaleo? Odió a su melliza por traerse refuerzos.

—Cariño, eres mi hijo y sabes que te adoro. —Huy. Cuando María Rosa soltaba un apelativo cariñoso… un zarpazo verbal lo acompañaba—. Pero ese tipo es… es… —La cara de su madre cambió

y una chispa juguetona se instaló en sus ojos—. Merce,

¿recuerdas al de la telenovela turca? La del pájaro no sé qué. A ese me recuerda el de Lía.

—¡Can Yaman! —gritó Maite desde el cuarto de su hermano.

—Ese, ese, sí. —Le dio la razón Merce.

Cuesta chasqueó la lengua. De pronto sintió la mirada profunda de su tía, que lo examinaba como si fuese una radiografía.

Soltó un largo suspiro.

—Lo tiene difícil, Rosita.

—Mi pollito es muy guapo. —Cuesta puso los ojos en blanco ante el apelativo de su madre—. Ahora que se ha quitado esas dichosas greñas, tiene un aire a ese actor que le encantaba a María Teresa, Rex Petifli.

—Alex Pettyfer —la corrigió su hija entrando al salón—. Más quisiera *este* parecerse.

—Se rio.

Cuesta arrugó la nariz hacia ella y Maite le sacó la lengua. Su tía comentó algo sobre el de la telenovela esa y su madre se abstrajo.

—Y el acento, Rosita, que el tiarrón es mejicano.

—Argentino, tía. Sebastián es argentino.

Sebastián Guilera. El maldito tipo con el que se veía Lía. Su archienemigo.

Su madre lanzó un chillido. Miró a Cuesta de arriba abajo y meneó la cabeza.

—¡María Teresa! —vociferó.

—Estoy aquí, mamá —le dijo, apoyada en el marco de la puerta.

—Métele también los bañadores nuevos, los *siplis*. La de la tienda me ha dicho que marcan paquete y por lo menos de eso sí va bien dotado mi pequeño. —Le guiñó un ojo.

Cuesta gimió.

—¡MAMÁ!

## CAPÍTULO 4

# Desde su balcón

## Lía

*Pasado*

Maite, Paco, Cuesta y yo somos inseparables. Los mejores amigos del mundo mundial desde el año pasado. Todo mi mundo se reduce a ellos. Papá cada vez viaja más y mamá sigue triste, pero la abuela Amelia me deja ver sus películas con ella muchas noches, y eso me pone terriblemente contenta. Me gusta que vivamos en su casa porque nos mima a mamá y a mí.

Cuesta, porque odia que le digan Poli o Polidoro, es mi príncipe. Todas las noches sueño que es uno de esos que ve la abuela y que cuando seamos muy mayores seremos novios. Puede que él me suba a su caballo y vivamos en una casa grande, con perro. Me gustaría mucho tener uno porque mamá no me deja.

Siempre estoy detrás de él. Me pongo nerviosa cuando me habla, cuando me escoge de pareja para cualquier juego o cuando me ayuda a ocultarme para que no me pillen en el escondite.

Es el niño más guapo de todos y el más valiente. El otro día se enfrentó a los abusones que querían quitarle el almuerzo a Paco en el patio del cole, vi que le sacaban una cabeza y eran de los mayores.

Me dio mucho miedo, pero él no se movió ni siquiera cuando lo empujaron al suelo.

Cogió tierra y la lanzó a sus ojos. Consiguió que los dejasen en paz, aunque Paco tropezó y acabó aterrizando en la pierna de Cuesta y le hizo un esguince. Ahora estoy triste porque lleva semanas sin bajar a jugar con nosotros, aunque la abuela me llevó a su casa y todos pudimos escribirle nuestros nombres en el *yenso* que le han puesto para que no se sienta tan solo. Fue idea de su mamá, que me cae muy bien. Siempre me da zumo de naranja y esas galletitas que están tan ricas.

Al principio jugábamos en su casa, pero últimamente Maite baja con su mamá al parque y él se queda con su papi. Pero lo veo porque se asoma al balcón todas las

tardes, así que yo me siento en los escalones de piedra de enfrente y lo miro. Y él también a mí y me sonríe.

Maite dice que parezco boba al *suspinar* por él. Pero me da igual porque lo quiero con el corazón y algún día me casaré con él. Y ojalá me diga las palabras que Víctor Manuel de los Santos, el de la película de la abuela, le dijo a Margarita anoche antes de comerse las perdices. —La abuela Amelia dice que es como pollo. Por lo visto hay que comérselo todo para ser feliz.

«Yo a usted la amo, la amo desde siempre y la amo para siempre». Abu repitió ese trozo tres veces y me dijo que ya eran novios. Soñé que Cuesta, cuando fuésemos supermayores, me decía las palabras bonitas, comíamos el pollo que nos haría la abuela o mamá, y me subiría a un caballo. Abu dice que ese es el final perfecto.

Hoy vendrá al parque, por fin. Su mamá nos dijo ayer que le quitan la *escachola*, por eso le he pedido a la abuela que me ponga el vestido azul, el favorito de mami. Dice que con él parezco una princesa. Ojalá me dé una vuelta en su bici, Maite la ha conseguido de Pablo, ese niño que le gusta. Creo que se casarán también, igual podemos hacerlo juntos, los cuatro. A mi amiga le gustaría.

Estoy muy nerviosa, ni siquiera puedo hablar con la abuela y me limito a darle la mano y a pegar saltitos a su lado. Siento que mi sonrisa ocupa toda la cara, y ayuda que la abuela piense que estoy muy guapa. Espero que él también me vea así.

Cuesta. Mi Cuesta.

Me siento en el banquito junto a la abuela y sus amigas, a pesar de que detesto cómo me revolotean el pelo y me pellizcan en las mejillas.

Espero más de media hora.

Una hora.

Dos.

Tres.

No aparecen. He ido al balcón y nada, tienen las cortinas cerradas. Suspiro. Puede que el médico se les haya *atasado*, como me dice la abuela.

—Mañana jugarás con tus amiguitos, cariño. —Asiento, pero los ojos

se me llenan de lágrimas—. Venga, vámonos, que tu madre se enfadará. Es la hora de la cena.

Al llegar a casa pienso en que mañana sí los veré en el cole y, por primera vez, tengo muchas ganas de ir, así que cuando mamá me despierta, me levanto de un salto y me visto rápido. No vamos a la misma clase, pero si me doy prisa podré cruzarme con ellos en la entrada, como a veces hacemos.

Somos las primeras y la verja todavía no está abierta. Hago que mami espere a mi lado y ella sonríe por mi *impanciencia*. Pasan casi todos y por fin veo a Paco. Tiene la cabeza agachada y creo que llora; igual su mamá se ha enfadado con él.

Lo saludo, pero no me devuelve el gesto, y pasa por mi lado sin decirme nada. Su mami lo riñe.

—¡Paco! Este crío... Lo siento, cariño. —Se disculpa con una sonrisa bonita—. Es que está de morros por lo de sus amiguitos. Le va a costar hacerse a la idea de que se hayan marchado.

Miro a mamá, asustada, y ella parece muy triste también.

—¿Se han mudado? —pregunta, más por mí que por ella.

—Sí. No les habían dicho nada a los críos porque pensaban que se alargaría la cosa.

Pero al final ha sido rápido, tema laboral. Rosa no me lo ha explicado bien, pero se han ido lejos. Al sur, creo.

La mujer se despide y nos deja solas. Estoy llorando mucho, no puedo evitarlo.

Mamá se acuclilla a mi lado y me sonríe.

—Lo siento, peque. —Y sé que es así porque se le escapa una lágrima que da paso a más mías.

—Estoy muy triste, mami.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Pero pasará, te lo prometo. —Me abraza muy fuerte y huelo su perfume—. Harás más amiguitos pronto. Ya lo verás, cariño.

Pero yo no quiero otros. Los quiero a ellos.

Lo quiero a él.

«Por favor, por favor. No te olvides de mí», suplico por dentro.

## CAPÍTULO 5

# Los diez mandamientos

Era el gran día. Cuesta salió de la ducha con una amplia sonrisa. Este fin de semana se lanzaría a la piscina, y de cabeza. Llevaba muchos años enamorado de Lía y no dejaría que ese musculitos se saliese con la suya. Sebastián, ¿qué nombre era ese? El de un cangrejo. Bueno, para ser justos, tampoco es que él pudiese presumir de nombre, pero meterse con ese gilipollas le hacía bien.

Tres meses. Tres putos meses. ¿Qué podía pasar en ese tiempo? Pues de todo, joder.

A qué mala hora cerró el trato. Cuesta tenía su propia empresa desde hacía un año, y como todavía estaba despegando, no podía permitirse el lujo de rechazar proyectos tan interesantes como el de Japón. Diseñar la interfaz de usuario y crear el diseño de los personajes de *Orochi*, un videojuego que estaba desarrollando la empresa tecnológica Shanon y estaba basado en un manga que tenía un éxito brutal.

Cuesta lo había leído y era fan, así que la oferta fue un sueño. El único inconveniente era que tenía que irse allí, mano a mano con el resto del equipo. Estuvo trabajando prácticamente todas las horas del día que no dedicaba a dormir, así que cuando la cosa ya estaba avanzada, volvió a España. Lo que faltaba podría hacerlo desde casa e ir adelantando otros pedidos. Ventajas de los diseñadores gráficos *freelance*.

Maite organizó una pequeña fiesta de bienvenida y, aunque detestaba esas cosas, acudió porque se moría por verla. Y sí, ella asistió, pero con ese. Su nuevo ligue.

Cuesta lo odió al instante. No porque pareciese salido de una película de acción, sino porque al mirarla la vio ilusionada, como si él pudiese ser el indicado. Así que por ella, por su futura felicidad, dio un paso atrás.

Esta vez no le quedaron fuerzas para provocarla como hacía desde que eran adolescentes. No pudo ponerse por medio ni joderlo. Porque esta vez dolía de verdad y sentía que Lía estaba a punto de enamorarse, si no lo estaba ya.

Pasó las siguientes semanas encerrado en casa, rumiando su amargura, y completamente aislado del mundo. O más o menos, si no contaba

con las visitas de

Paco, las videollamadas de su madre y los interminables mensajes de la incordio de su melliza.

Lía.

Su Lía.

Joder, le costaba respirar.

El musculitos era el director de una cadena de restaurantes. Al comprarse una casa, quiso hacerle un lavado de cara y contrató a una interiorista. La mejor de todas. Así la conoció hace tres jodidos meses.

¿Y por qué había decidido dar batalla justo ahora? Pues todo empezó con un mensaje de su melliza la semana pasada…

**María Teresa:**

Poli. Lía pretende intentarlo con él.

Si de verdad la quieres, esta es tu última oportunidad.

Va en serio. ¡Haz algo!

**Yo**:

Son las cinco, María Teresa. ¿No tienes a nadie más al que torturar? Respeta a tus mayores.

**María Teresa:**

Por unos minutos, capullo.

Sé lo que estás haciendo, compartimos útero materno, no te olvides.

Te conozco mejor que nadie, y si he de ser la voz de tu conciencia, lo seré.

**Yo**:

Pepito Grillo.

**María Teresa:**

Idiota. Sigue escondiéndote y la perderás.

**Yo:**

Lo dices como si me importase. ¿Te recuerdo que no me soporta? Y es recíproco, además.

**María Teresa:**

Dale con el hueso a otro perro.

**Yo**:

¿Eh?

**María Teresa:**

Como sea el refrán, coño.

Que no puedes engañarme. En realidad, a nadie. Joder, Poli.

Llevas loco por ella desde los seis años, creo que la única persona que no se ha dado cuenta es Lía.

Así que te lo repito: ponte las pilas.

**Yo:**

¿Qué quieres que haga?

**María Teresa:**

Pues eso que hacéis vosotros. Espántalo, como a los otros.

**Yo:**

Creo que le gusta, Maite, que le gusta de verdad. Lo vi. Podría ser feliz con él. Y eso es lo único que importa.

**María Teresa:**

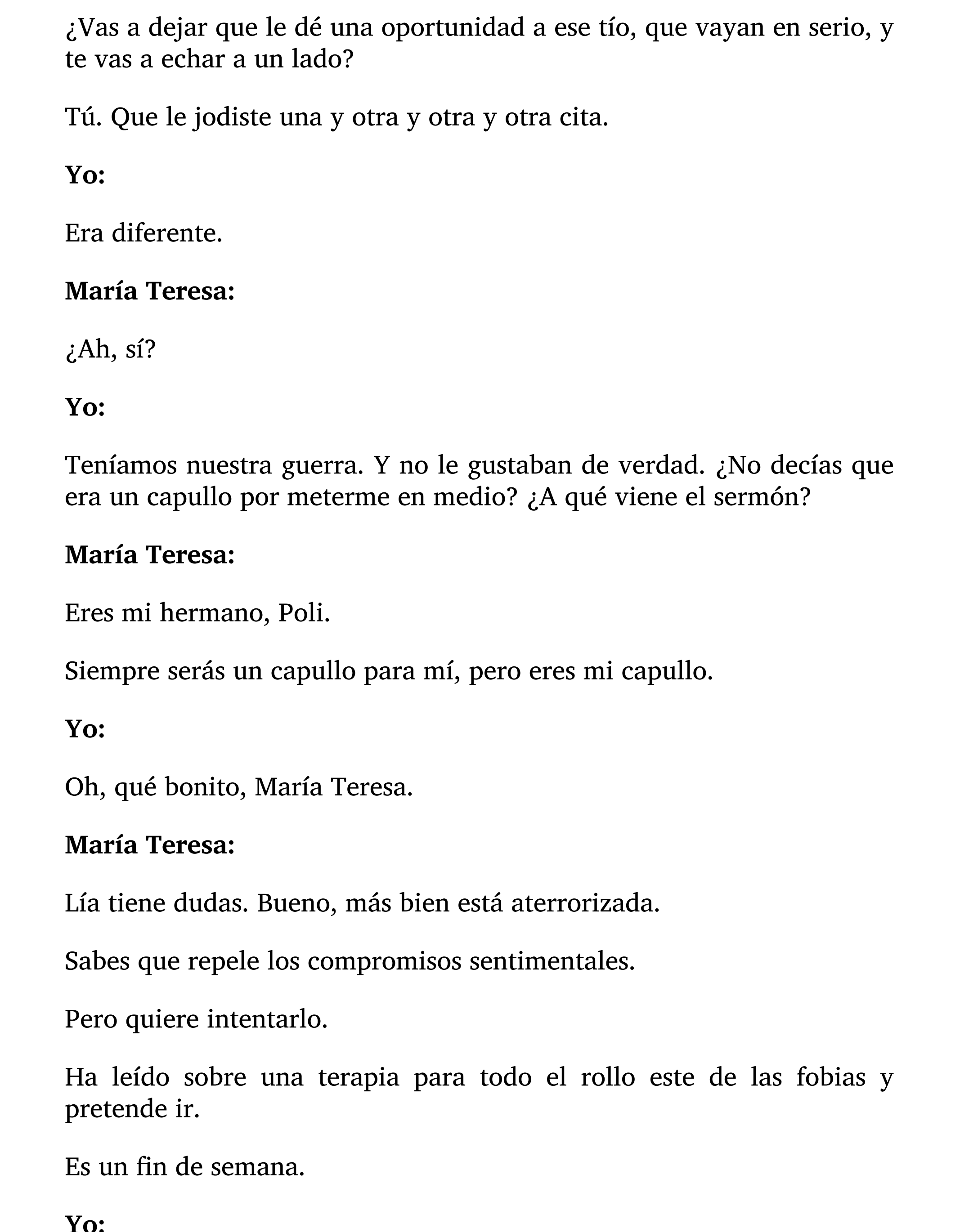
¿Y ya está?

**Yo:**

Sí.

**María Teresa:**

¿Toda tu puta vida babeando por Lía y ahora te vas a rendir?



¿Vas a dejar que le dé una oportunidad a ese tío, que vayan en serio, y te vas a echar a un lado?

Tú. Que le jodiste una y otra y otra y otra cita.

**Yo:**

Era diferente.

**María Teresa:**

¿Ah, sí?

**Yo:**

Teníamos nuestra guerra. Y no le gustaban de verdad. ¿No decías que era un capullo por meterme en medio? ¿A qué viene el sermón?

**María Teresa:**

Eres mi hermano, Poli.

Siempre serás un capullo para mí, pero eres mi capullo.

**Yo:**

Oh, qué bonito, María Teresa.

**María Teresa:**

Lía tiene dudas. Bueno, más bien está aterrorizada.

Sabes que repele los compromisos sentimentales.

Pero quiere intentarlo.

Ha leído sobre una terapia para todo el rollo este de las fobias y pretende ir.

Es un fin de semana.

**Yo:**

¿Y…?

**María Teresa:**

Que vayas. Tienes tres días, Poli.

Encerrados en ese sitio, sola para ti.

Déjate de tonterías y dile la verdad. Ya no eres un crío y tus jueguecitos no sirven.

Te lo digo en serio, hermano. Es tu última oportunidad.

Poli, díselo. Dile que la quieres. ¿Qué puedes perder?

Sí ella no siente lo mismo, te irás con el corazón roto, destrozado y totalmente hundido.

**Yo:**

Lo tuyo son los ánimos, hermanita.

**María Teresa:**

¡Cierra el pico! ¿Y si ella te quiere, Poli?

La conozco mejor que nadie. Nosotros hemos sido su única constante.

Y del amor al odio solo hay un paso. Échale huevos, ve y conquístala.

Eso sí, tendrás que cambiar algunas cosas.

**Yo:**

¿A qué te refieres?

**María Teresa:**

Para empezar, tus pintas, así ni se lo planteará.

Vas a sorprenderla con tu transformación. Podemos sacarte partido.

Cuando acabe el turno, me paso por tu casa. Tenemos mucho trabajo que hacer.

**Yo:**

Creo que ya me estoy arrepintiendo…

Cuesta se miró en un espejo y le costó reconocerse, aunque debía admitir —para él mismo, jamás para María Teresa—, que le quedaba bien el cambio. Llevaba el pelo corto, engominado. Unos vaqueros, una camiseta blanca que se le ajustaba de puta madre y una chupa. Se puso las gafas y sonrió con convicción.

Si alguien se iba a declarar a Lía, ese sería él.

Dio media vuelta y se acercó a la puerta. En ese momento, le sonó el móvil. Le había entrado un *email*. Consultó su teléfono móvil y vio que el remitente era el Hotel Cristal.

**Reglas básicas para acceder a la terapia.**

1. Higiene corporal (asistir perfumado).

2. No llevar ninguna prenda con botones.

3. No llevar plumas.

4. Abstenerse de usar colores vistosos, sobre todo amarillos.

5. Evitar relojes (en caso de llevar, ocultos). Nunca sacarlos durante las sesiones de la doctora.

6. Prohibidas las camisetas con el número 666.

7. Prohibidas las flores o cualquier otro tipo de planta.

8. A las sesiones se accederá con gafas de sol.

9. Nadie podrá asistir con barba (por favor, las caras rasuradas).

10.

Prohibidas las botas de lluvia en el recinto.

Esperamos que disfrutéis de un gran fin de semana. ¡Nos vemos en un rato!

Cuesta se olfateó el sobaco y asintió, satisfecho. Primer punto de la lista cumplimentado. Él solía usar camisetas, así que bien podría tachar el segundo.

Detestaba los colores vistosos y sí que tenía un reloj deportivo, pero con no quitarse la chaqueta bastaba. El punto seis sin problemas y las gafas de sol eran como su segunda piel. Se tocó la cara rasurada de esta mañana y sonrió. Lo de las botas pasando.

Estaba listo.

Le sonó el teléfono y contestó.

—¿Hola?

— *Buenos días, le llamo del Hotel Cristal.*

—Ah, sí, dígame.

— *Solo quería confirmar su asistencia a las sesiones de este fin de semana y preguntarle si ha recibido el correo electrónico que les acabamos de mandar. Es muy importante que se respeten los diez puntos, por el bien de la terapia.*

—Justo lo acabo de leer. Y sí, confirmo mi asistencia.

— *Perfecto. Recuerde, por favor… Es importante… Hay más, ya me entiende…* —La voz de la chica se interrumpió—. *Y creo que con eso tendríamos todo. Bienvenido, lo esperamos.*

—Disculpe. Es que se ha cortado.

— *Oh. Bueno… pasa… decía que….* —De nuevo la perdió.

—¿Hola? ¿Hola?

Nada. Miró el teléfono y vio que la llamada había finalizado. Marcó de nuevo.

— *¿Sí?*

—¡Hola! Estábamos hablando hace un momento…

— *Hola, aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

¡JODER! Otra vez no. Colgó. Marcó de nuevo.

— *¿Sí?*

—Hola. ¿Hablo con la recepción del Hotel Cristal?

— *Hola, aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa. ¿Qué desea?*

«Su puta madre».

— *Hotel Cristal. ¿En qué puedo ayudarle?* —Se oyó el tono alegre de la recepcionista.

—Sí, hola. ¡Hola! Perdona, estábamos hablando hace un minuto y me

estaba diciendo algo de la sesión de hoy. Pero es que se ha cortado un montón y…

— *¿Wonton? Sí, sí tenel sopa Wonton.*

— *¿Hola?* —oyó a la chica.

—¡Hola! —gritó él con ansia.

— *Hola*. —Le pareció que ese último tono era el del tipo del restaurante.

—¿Quién es?

Alguien resopló en la otra línea.

—A *quí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

Cuesta miró el teléfono como si fuese su peor enemigo y colgó. Respiró hondo y recuperó la sonrisa y la confianza. Preguntaría en recepción al llegar y punto. Nadie iba a chafarle ese día y nada iba a salirle mal.

CAPÍTULO 6

# Lo mejor es correr

Lía hizo una última comprobación para asegurarse de que reunía todos los requisitos especificados en el correo electrónico. Cargó sobre su hombro la bolsa de viaje y se giró para agarrar el abrigo. Del impulso barrió el marco que tenía sobre la mesita de la entrada, se agachó a recogerlo y, para su pesar, el cristal se había hecho pedazos en trozos tan pequeñitos como sentía su corazón.

Se quedó ahí, en cuclillas, observando los rostros sonrientes de la fotografía y con un nudo en el estómago. Paco y Maite estaban en el centro, sonriendo con expresión orgullosa al objetivo de la cámara. Ella, al lado de su amiga, fundía con los ojos al chico que estaba en el otro extremo, quien a su vez le dedicaba una mirada de pocos amigos.

Llevaban diplomas en las manos. Era el día de la graduación en el instituto, antes de la PAU.

Había querido, odiado y detestado a Cuesta toda su vida. La sacaba de quicio y era totalmente insoportable. ¡No podía ni verlo! Su mera presencia prendía la mecha interna que escondía al mundo y la encendía hasta sacar a relucir su mal genio. Lía era una mujer que presumía de control, de mantener sus emociones a raya, y ese idiota la sacaba tanto de quicio, que cuando estaba a su lado, parecía otra, una lunática.

Sebastián, el correcto y perfecto Sebastián, abriría sus preciosos ojos color café como platos si hubiese conocido a esa otra. La que era capaz de poner serpientes en la mochila de su enemigo o Viagra en su bebida. La culpa era de Cuesta, por supuesto, y de esa guerra silenciosa que se traían entre manos.

Suspiró recordando las atrocidades que había hecho para molestarlo y joderlo a lo largo de esos últimos años. A su pesar, reconoció que le hacía hervir la sangre. La planificación, la ejecución y la cara de fastidio de él cuando lo superaba en algo no podía igualarse a nada. Era la mejor sensación de todas.

«Te hace sentir viva», le recordó esa vocecilla traidora de su interior.

No, no. Lía quería estabilidad, una relación adulta y alguien como Sebastián. Él era seguro, fiable, leal, de los que se quedan, de los que no te rompen el corazón.

«De los aburridos». «¡Shhh!».

Cuesta era un crío, un idiota que no respetaba los compromisos y con tendencia a abandonar las cosas, jamás se tomaba nada en serio.

«Se ha montado una empresa y parece que le va bien». «¡Silencio!».

No era para ella, nunca lo había sido. Él no se arriesgaba, no se comprometía con nada. Solo había que verlo, con sus camisetas quinceañeras, sus pelos de roquero y sus videoconsolas.

«¿Y por qué no puedes dejar de pensar en él?».

Sebastián era tierra firme, orilla y calma. Cuesta una tormenta en pleno mar.

«Adrenalina pura». «¡Cállate!», se azotó mentalmente.

Toda su vida había huido de los compromisos. Cada vez que conocía a alguien y ese alguien parecía un buen tipo, empezaba la ansiedad, el pánico desmedido y la sensación de ahogo. Y, al final, acababa boicoteando sus relaciones sentimentales. Conectar con alguien emocionalmente era lo que más temía en la vida. Y por eso seguía sola y así pretendía seguir.

Hasta que apareció Sebastián.

No es que tuviesen nada formal, lo suyo eran encuentros esporádicos y química sexual. Pero él ya se lo había dejado claro. Quería más. Estaba decidido a dar un paso.

Le había planteado que fuesen en serio, que fuesen pareja y no solo sexo ocasional. ¿Y

qué hizo ella? Encogerse, poner una excusa, dejar la conversación en el aire e irse.

Vamos, lo de siempre.

Pero él seguía con la puerta abierta, esperándola. Sebastián parecía el hombre perfecto: paciente, atento y cariñoso. Sin obviar lo guapo que era, además de ese cuerpo de infarto, con esos músculos tan impresionantes.

«A ti te van menos definidos». Apretó los dientes para alejar el pensamiento.

*Sebastián* era un regalo para la vista. «Y Cuesta te moja las bragas con su sonrisa». «¡Que te calles!».

Habían pasado tres meses desde que lo conoció, tres meses de encantador sexo —

sin que el odioso y entrometido Cuesta se lo jodiese porque estaba en Japón—. Sin embargo, la cosa cambió cuando se declaró después de una noche especialmente buena y en la que ella, ¡ella!, aceptó quedarse a dormir en su casa reformada. Había dejado

parte de su alma en ese proyecto y esas paredes llevaban su sello. Se sentía segura. Le encantaba su trabajo, darle un nuevo rostro a un hogar. Y gracias a su profesión, lo conoció a él.

Tenía una regla de oro: nada de clientes. Pero con Sebastián hizo una excepción, fue incapaz de resistirse a su serena conquista.

Esa mañana, la que precedió a dormir en su cama, él despertó con una sonrisa en los labios y soltó la bomba. Así, sin anestesia, a bocajarro. Quería más.

En ese instante, regresaron el sudor, las palpitaciones, la angustia, las pesadillas y la sensación de asfixia. La voz interna susurrándole: «¡Corre! ¡¡Corre!!». Y eso hizo, se marchó de su casa y le puso mil excusas para no verse durante los siguientes días. Con la única excepción de la fiesta de Cuesta, en la que aceptó ser su acompañante.

A punto estuvo de mandarlo al diablo porque eso es lo que ella hacía, su *modus operandi* en el amor.

Su psicóloga —bueno, en plural, porque había consultado a muchos expertos—, le dijo hacía tiempo que lo que tenía se denominaba filofobia, o lo que es lo mismo, miedo a enamorarse. Y que por eso saboteaba todas las relaciones desde que era una adolescente. Que elegía a tipos que sabía que la iban a defraudar o que no podían tener nada serio para evitar enfrentarse a un futuro juntos.

Lía estaba rota.

Pero eso iba a cambiar. Quería enamorarse de Sebastián, quería darle una oportunidad. Era el ideal, el hombre por el que cualquiera suspiraría.

«Cualquiera menos tú».

Iba a intentarlo este fin de semana, a exponerse a la terapia y a curar su miedo. Iría en serio por una vez en su vida y nadie, ni siquiera ella, lo evitaría.

Miró una vez más al chico de cabellos dorados y su pecho se oprimió. Él era el culpable de que Lía estuviese en esta madeja de sentimientos, él que siempre se metía en sus cosas y la atormentaba.

Cerró los ojos y rememoró su último encuentro, en la fiesta de bienvenida que le organizó Maite semanas atrás. Estaba distinto, cambiado.

Lía esperó durante horas a que los atacase, a que la sacase de sus casillas como solía hacer, pero él simplemente se quedó ahí, mirándola como si se hubiese cansado de su pelea. Como si se hubiese rendido. Después de la fiesta, no lo había vuelto a ver. Ni había recibido ninguna de sus bromas ni tonterías. Cuesta, por fin, la había dejado en paz. Estaba dichosa de haberse librado del insoportable niñato de una vez por todas.

«Mentirosa. Te duele».

Y por eso, ahora que sabía que él no se interpondría, había decidido tener una relación de verdad. Ella también era capaz de pasar página, de madurar sentimentalmente.

Con rabia, dejó el marco sobre la mesa y boca bajo. Abrió el cajoncito y extrajo una libretita y un bolígrafo para ponerle una nota de despedida a su mejor amiga, con la que compartía apartamento. Les encantaba usar ese tipo mensajes; sobre todo, a Maite, que iba en contra de las nuevas tecnologías y tenía un montón de teorías conspiratorias al respecto:

Me voy, Mai. Nos vemos el domingo por la tarde. Es una terapia de desconexión exterior, según me acaban de comentar por teléfono, así que apagaré el móvil al llegar.

Para cualquier urgencia, marca a la recepción del hotel (Hotel Cristal). Mamá lo sabe y la abuela también. ¡Deséame suerte! ¡Estoy emocionada! Siento que me va a ir bien. Ah, recuerda lo que te dije, si llama Sebas, te inventas que estoy sin cobertura en una casa rural que estoy reformando. Te quiero.

Lía guardó el bolígrafo en su sitio y abrió la puerta. Cogió aire y lo expulsó con fuerza. Apretó las llaves del coche entre sus dedos y sonrió segura. Este fin de semana cambiarían las cosas: no más miedo,

no más rechazo. Iba a curarse y se enamoraría de Sebastián. Él sería el definitivo y nada podría cambiarlo.

## CAPÍTULO 7

# El olvido

## Lía

*Pasado*

Es curioso como el destino pone todo en su lugar.

Los interminables viajes de mi padre y la constante tristeza de mi madre resultó que tenía nombre y apellidos: Rosalía Olmedo Valverde. Sevillana afincada en Alicante, exsecretaria de mi progenitor, amante ocasional, futura madre de mi hermanastro Marcos y reciente madrastra mía.

Durante los siguientes dos años, lo vi bien poco. Mamá hablaba de algo que se llamaba divorcio —cuando se suponía que yo no debía oírla—, y que casi la ahogaba al pronunciarlo.

La abuela Amelia me compró un cuento en el que los protagonistas eran unos pies, los de la niñita Flor. Ella siempre usaba los mismos calcetines, unos blancos con florecitas que le regalaron sus papás para su cumpleaños. Hasta que un día se le rompieron de tanto usarlos y sus papis no pudieron encontrar otros iguales.

Sus papás ya no sonreían y siempre se peleaban porque juntos eran incapaces de conseguir unos calcetines iguales para ella. Flor odiaba verlos así, se ponía muy triste.

Pero entonces, su madre tejió uno blanco. Y su papá le regaló otro, también níveo, pero con mariposas azules. Eran distintos, pero cuando se los puso, chilló. ¡Se veían increíbles!

A los pies de Flor le encantaron y se pusieron tan contentos como la niñita. Sus papis habían encontrado los calcetines más bonitos del mundo para ella, pero por separado. Así que a partir de ese día, Flor llevó el calcetín de mamá, y el calcetín de papá, y cuando los miraba sabía lo mucho que la querían sus papis, a pesar de que cada uno había escogido su calcetín de forma individual, sin el otro.

Flor era muy feliz, con papi, con mami, y con sus dos calcetines, diferentes, pero preciosos al mismo tiempo.

La abuela me explicó que ahora tendría cosas de mamá y cosas de

papá, como en el cuento, y viviría en dos casas, con sus dos cuartos y el doble de juguetes. Y que no era malo porque ambos me querían muchísimo. Al contrario, iba a ser muy divertido.

Además, podríamos tener un perro, y papá me regalaría un hermanito, al que debería cuidar.

Pero no fue así. Papá simplemente se olvidó de mí. Un día oí que mamá le gritaba al teléfono. Ella no se dio cuenta de que yo estaba detrás porque se suponía que me había quedado dormida:

—Eres un egoísta, Juan. Me importa una mierda que me hayas dejado por *esa*, pero Lía es tu hija. Tu. Hija. Y la has abandonado. Se me parte el alma cuando pregunta por ti y ya no me quedan excusas. ¡Es que ni te las mereces! Porque la quiero demasiado y odiaría ver cómo le partes el corazón, sino le diría la verdad: ¡Que todos tus viajes son mentira! Que simplemente te has olvidado de ser su puto padre. ¡Te odio por hacerle daño! Oh, sí. Es que el dinero lo arregla todo, ¿no? Con pagar su manutención te sobra, puto cabrón. ¡No, Juan! Lía no necesita tu cochino dinero, te necesita a ti. A su padre.

Mira, ¡que te den! Eres tú el que sale perjudicado porque esa niña es maravillosa y te la estás perdiendo. ¿Sabes? Algún día querrás recuperar el tiempo y será ella la que te rechace. Sigue portándote como un imbécil y conseguirás que te acabe borrando de su vida.

Corrí a mi habitación y me encerré a llorar. Nunca se me han olvidado esas palabras y mi pobre mamá, tal y como predijo, se quedó sin excusas, pero tampoco le hicieron falta porque no volví a preguntar por él.

Papá fue el primer hombre que me abandonó, que se olvidó de mí.

Cuesta el segundo.

Por eso lo odié, lo odio y lo odiaré toda mi vida.

# CAPÍTULO 8

# La llamada

Cuesta llegó cuarenta minutos antes de la hora de inicio, pero supuso que no habría problemas. Llevaba las gafas de sol puestas, tal y como indicaban en el correo electrónico, y tras echarse la bolsa de viaje al hombro, entró.

Se dirigió a la recepción y esperó pacientemente a que despachasen a dos clientes que estaban registrándose en el hotel. Una anciana de rostro ceniciento y con un deje de pocos amigos aleteó su mano para llamarlo.

Cuesta estiró el cuello, pero no vio a nadie más. Sorprendido, observó a la mujer que rondaría los ochenta, por lo menos, pero cuya voz lo había engañado por teléfono.

Habría jurado que era una chica de su edad.

—Hola, hemos hablado hace un rato por teléfono. El problema es que se ha cortado y no me he enterado muy bien de algunas partes. —Ella tenía la vista fija en unos papeles y solo la despegó un microsegundo para echarle un vistazo.

—¿Viene al encuentro? —«¿Encuentro? Menuda forma de denominar esta terapia».

—Emm, sí.

—Diríjase hacia el pasillo que encontrará al fondo. Derecha, siga recto, y entre en la primera puerta con la que se dé de bruces. —Cuesta se quedó atónito—. Ya han empezado.

—¿Y el registro?

—Después. Llega veinte minutos tarde, yo de usted me daría prisa. —«¿Tarde?»

Pero si la cita era a las diez. A menos que… Mierda, ¡claro! Quizá esa era la información que no había recibido por el corte de la llamada. Pues qué faena, no era así como había imaginado el reencuentro con Lía—. Él no espera.

—¿Él? Pensaba que las sesiones estaban a cargo de una experta.

Le echó otro vistazo, puso los ojos en blanco y resopló.

—Sí, sí. Ya se lo he dicho. Se accede por esa puerta. —Estiró los arrugados labios y perdió todo el interés en él al saludar a la pareja que tenía detrás—. Bienvenidos al hotel Cristal.

Cuesta farfulló por lo bajo y se quejó del poco recibimiento que le había dado a él.

Siguió las instrucciones y no tardó mucho en dar con la sala. Abrió y penetró en el interior. Un hombre cincuentón estaba situado a lo alto de un podio con los ojos cerrados y la mano en el corazón. El resto estaban en sus sillas, con la cabeza agachada y sumergidos en un absoluto silencio.

Cuesta los repasó con ojos ansiosos tratando de dar con Lía, pero no la divisó por ninguna parte. De todas formas, era algo normal dada la cantidad de gente que había.

Calculó que un centenar. ¿Tanto éxito tenía esta terapia? Supuso que habrían llegado de todos los rincones del país.

Estaba tan ensimismado, que no atendió al hombre de la tarima.

—Algún voluntario para empezar. ¿Ninguno? —Cuesta giró la cabeza hacia él en el mismo instante en el que el otro lo señaló con la mano—. Oh. Aquí lo tenemos. Nuestro primer valiente. Acércate, venga.

Cuesta meneó el rostro y cuando vio que no había nadie más ni detrás de él ni a los costados se apuntó con el pulgar. El hombre movió el brazo para darle ánimo.

—Vamos, vamos, sube. No seas tímido. ¿Cómo te llamas?

Tragó saliva.

Mierda.

Arrastró los pies como si se dirigiese a su propia ejecución y ascendió despacio, presa de un pánico atroz. Siempre se le habían dado mal los actos públicos.

El hombre acudió en su rescate y lo abrazó con fuerza. A Cuesta le pareció un personaje peculiar, pero tenía un rostro amigable y bonachón, y su sonrisa le dio impulso para coger aire y levantar el pecho.

Se enfrentó a la multitud.

Al ver que nadie llevaba las gafas de sol, se las quitó y las colgó de su camiseta. El tío dio una palmada y le dijo que empezase.

—Pol… Me dicen Cuesta.

—Cuesta, espléndido. Empieza, cuéntanos.

—¿Cómo?

—Tu testimonio. —«¿Eh?»—. La llamada. Dinos, ¿cuándo la recibiste? —«¿La llamada?». «Ah, la de confirmación al balneario».

—Esta mañana.

Su contestación lo enloqueció. Echó la cabeza atrás y lanzó un chillido. Un murmullo proveniente de muchas voces se extendió por toda la estancia.

—Guau. Esta mañana. ¡Esta mañana! Alabado seas. He aquí un ejemplo de compromiso. —Se dirigió a los presentes—. Hace unas horas que ha recibido la llamada y ya está aquí con nosotros.

—Sé que llego tarde.

—No, no. Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Visto así…

—Ábrenos tu corazón, te escuchamos.

Cuesta lo miró de hito en hito.

—¿¿Aquí??

—Aquí —repitió el tipo con firmeza—. Cuéntanos, ¿qué te ha motivado a venir?

Sincérate, estás entre amigos.

Joder, el psicólogo este era un *crack*. Sus ojos lo atravesaban como si pudiese verle el alma. Él sabía que no tenía problemas, que su razón para asistir a este encuentro era otra muy distinta a lo de las fobias.

«Muy bien, pues allá vamos».

Se alegraba de no haberse encontrado con Lía, porque los nervios se lo comían vivo.

Ella estaba entre toda esta gente. Era ahora o nunca. Cogió aire llenando al máximo sus pulmones y lo expulsó lentamente.

Iba a hacerlo, por ella. Por Lía.

Su Lía.

—El amor. He venido por amor.

—Sííí —Parecía tan contento, que Cuesta le sonrió—. ¡Sí! El amor. El propósito más puro que tenemos, amarnos. ¿Sabes qué? Te ama, hijo.

—¿Cómo… cómo lo sabe? ¿Se lo ha contado? ¿Han hablado? —De soslayo intentó dar con ella. Notaba cómo el nerviosismo reptaba por su piel.

—Todos los días.

—Hostia puta. Entonces, ¿es cierto?

—Claro que sí. A ti, a mí y…

Los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿¡A usted también!? —Se le cayó el alma a los pies.

—Y es recíproco, hijo. Compartimos su amor.

—Yo… No quiero sonar tóxico ni nada de eso, pero… Joder. No sé si estoy preparado. Esto del poliamor… Es que… Lo es todo para mí. La idea no era abrir la relación.

—¿Poliamor? —El hombre parpadeó durante un segundo antes de sonreír y alzar los brazos al techo. Gritó de nuevo—. ¡Poliamor! —Le puso una mano en el hombro y le dio un apretón amistoso—. Me gusta esa forma de llamarlo, amigo. Poliamor, sí. ¡Sí!

—Creo que a mí no…

—Eh, ¡no te cierres! Sé que la llamada ha sido fuerte.

—En realidad se ha cortado.

—¡Pero has venido igualmente! Con nosotros. Tú estás preparado para

acoger el cambio.

—No lo sé. Con el de María Teresa creo que ya he tenido para tres vidas.

—¿Cómo de fuerte es tu amor?

—Intenso. Siempre ha sido así.

—Entiendo. Pero las inseguridades no te permitían dar el paso, ¿verdad?

—Sí. Me aterrorizaba su rechazo.

—¡JAMÁS! Te ama.

—Eso me reconforta. Puede… —Se pasó los dedos por el pelo, agobiado—. Si lo que desea es… Quizá podamos hablarlo.

—El miedo no te ha frenado, has tomado tu decisión.

—Eso sí. Quiero aprovechar esta oportunidad. Me ha costado ser valiente, no se lo niego. Llevo años mintiéndome a mí mismo, negando esto que me corroe por dentro. —

Acababa de abrirse en canal. Deseó con todas sus fuerzas que Lía no huyese y que sus sentimientos fuesen recíprocos.

—Pero hoy has recibido la llamada.

—A las ocho y algo, sí. —Puso un brazo en su espalda y se dirigió a los presentes.

—Tenemos un devoto. Un ejemplo. Nuestro amigo nos ha encontrado para disipar sus dudas. —Apretó el puño con fuerza, en alto. Cerró los ojos y sonrió complacido—.

Acojámoslo con nuestro amor como ha hecho él con nosotros. Fundámonos juntos, con desenfreno.

—Guau. Es un poco precipitado, ¿no? Me gustaría ir con más calma, todo esto es muy nuevo para mí.

—Te acostumbrarás, nosotros te ayudaremos este fin de semana.

—¿Este…? ¿Es imprescindible para las sesiones? —«Si esta era la cura de Lía…». Lo malo era que su mente se rebelaba. Quizá era estrecho

de miras, puede que anticuado.

Quería algo profundo con ella, sin nadie más.

—Por supuesto. Si no te abres, no me dejarás penetrar en tu interior. Ninguno podremos. Quiero que empecemos hoy, ahora.

Cuesta dio un paso atrás, aterrorizado.

—Nuestro señor te ama, Cuesta. No tengas miedo. Dios es amor y has venido para unirte a él, a nuestra comunidad.

—Un momento, ¿¿Dios??

—Deposita tu confianza en él, es nuestro padre. Te señalará el camino, no temas.

Elevarás tu alma y lo honrarás.

—¡Joder! Esta no es la terapia de exposición contra las fobias, ¿verdad? —El otro arqueó una ceja, confundido—. ¿¡Dónde cojones me he metido!?

—En la Asamblea Cristiana de España.

—¡Hostia puta!

CAPÍTULO 9

## ¿Qué coño haces tú aquí?

Cuesta apretó la tarjeta que hacía de llave de su habitación casi con amor. Por suerte, en su segundo contacto con la recepción se encontró con una chica joven, unos cinco o seis años menor que él, que se presentó como Tania.

Ella se disculpó por el error de la tal Margarita con las mejillas encendidas y le dio las señas correctas, después de incidir en unos puntos clave: (1) no podía entrar sin las gafas de sol ni quitárselas durante toda la sesión. (2) Debía dejar el móvil en la cajita que había depositado la psicóloga en la entrada. (3) Bajo ningún concepto podía mostrar su reloj de pulsera (4) ni enseñar su ombligo (5) ni sacar algún billete o (6) hacer una sentadilla.

Se limitó a asentir con firmeza, pese a lo ridículas que le parecieron dichas indicaciones, con tal de irse. Le quemaban las ganas de verla.

Siguió por el pasillo, torció a la izquierda, recto y primera puerta a la derecha. Y ahí estaba el cartel: «El valiente y el cobarde no se distinguen por la ausencia de miedo, sino porque el valiente a pesar de su miedo, actúa. Y tú, ¿qué vas a ser hoy?».

Cuesta hinchó el pecho y tomó esas palabras como una revelación. Toda su vida se había engañado a sí mismo y a los demás. Pero ya no. Quería a Lía, y a pesar del terror que le daba su rechazo, actuaría. Miró la pregunta, levantó la barbilla, se dio un puñetazo en el pecho y respondió a la puerta:

—Valiente. Hoy voy a ser un valiente.

Con esa determinación se subió las gafas, se atusó el cabello, cuadró los hombros y entró con la sonrisa más grande del mundo.

Abrió con ímpetu y oyó su voz:

—Sé que una parte de la culpa, una muy grande e importante la tiene él, que de alguna forma es el causante de todos mis problemas. No me pregunte, pero créame cuando le digo que lo que yo necesito para superar este miedo y construir una relación sólida es expulsarlo de una vez por todas de mi… —La alegría de tenerla delante lo

recorrió como una descarga eléctrica desde la punta de los pies hasta la cabeza, y no se pudo contener:

—¡LÍA! —chilló.

Ella se dio la vuelta de golpe. Jadeó sonoramente y Cuesta casi juró que empalidecía. Se tambaleó.

—¿¡Qué coño haces tú aquí!?

Se bajó las gafas de sol para observarlo mejor y parpadeó incrédula.

Entonces, estalló el caos.

## CAPÍTULO 10

# Colpofobia

Todo pasó muy rápido.

Los pacientes, sentados en forma de media luna, se pusieron en pie. Uno de ellos gritó con horror, Lía lo miró y él vociferó más fuerte al sentir su mirada. Cuesta fue hacia ella. Otro corrió, una se tiró del cabello. Y la doctora, como a cámara lenta, se lanzó sobre Lía mientras que sus labios se separaban en un «NOOOOO» profundo y la derribaba en un placaje digno de un jugador de fútbol americano.

Pero ya era tarde.

El tipo de la camiseta azul oscura vibró como si le fuese a dar un telele, un sudor frío perló su frente y sus rasgos se plagaron del más puro pánico mientras repetía con voz ahogada: —Ojoooos. Ojos. ¡OJOOOOS! —Señalaba con el índice a Lía. Emitió un gemido aterrorizado y se desplomó.

Cuesta aprendió dos cosas en esos primeros diez minutos de histeria: que los diez mandamientos eran sagrados y que las gafas de sol tenían un porqué. Y que, por la forma en la que lo miraba Lía, esa noche debía dormir con un ojo abierto porque era muy capaz de destriparlo con sus propias manos.

La extraña psicóloga, de cabello morado y gafas oscuras enormes, consiguió que el cuarentón, al que se dirigió como Leonardo, volviese a la vida con unas sales de amonio. Cuando este despegó los párpados, le explicó de forma muy paciente que debía incorporarse y mirarlos a todos. Él negó con estupor, pero ella se mantuvo firme, así que a él no le quedó más remedio que obedecerla.

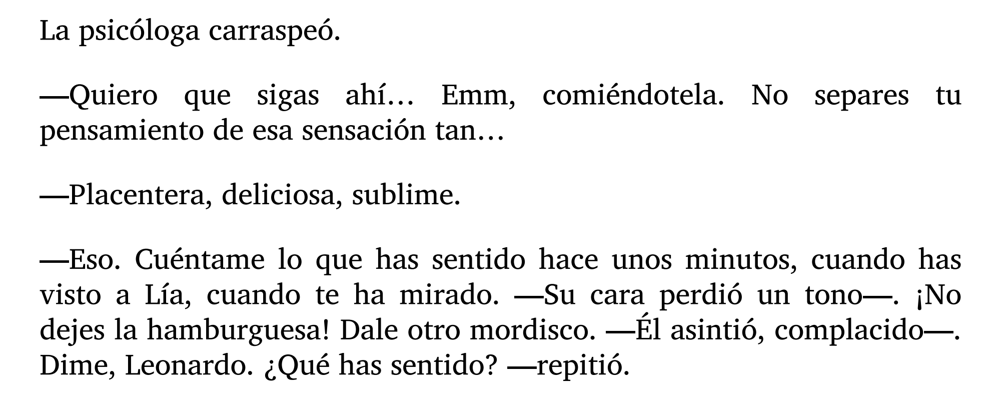
—Leonardo. Quiero que cierres los ojos y te concentres en tu propia respiración.

Visualiza un lugar que te calme, que te reporte paz y felicidad. ¿Estás ahí? ¿A qué huele?

—A carne recién hecha. —Ella abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué… qué ves? Descríbemelo.

—Una hamburguesa. Es grande y grasienta con doble de *bacon*. Acerco mis labios y muerdo un pedazo. Sabe a… pura vida.



La psicóloga carraspeó.

—Quiero que sigas ahí… Emm, comiéndotela. No separes tu pensamiento de esa sensación tan…

—Placentera, deliciosa, sublime.

—Eso. Cuéntame lo que has sentido hace unos minutos, cuando has visto a Lía, cuando te ha mirado. —Su cara perdió un tono—. ¡No dejes la hamburguesa! Dale otro mordisco. —Él asintió, complacido—. Dime, Leonardo. ¿Qué has sentido? —repitió.

—Miedo. Pánico. Asfixia.

—¿Cuál ha sido tu pensamiento más fuerte?

—Que eran muy marrones.

—¿Qué te daba más miedo?

—Los destellos dorados. Apuntaban a mí directamente, con amenaza.

—Leonardo, ¿recuerdas cuándo fue la primera vez que experimentaste ese terror?

— Él se paralizó—. ¡Da otro mordisco!

—En… en el instituto.

—Ahora quiero que hagas algo por mí. Sube a tu habitación y escríbeme una carta en la que reflejes todo lo que sentiste esa primera vez. Todo lo que se te ocurra. Y

cuando la hayas terminado, coge otro papel y reescribe. Convierte todos los sentimientos negativos que encuentres en algo positivo. Intenta darle la vuelta, Leonardo. Esa será tu tarea para hoy. Nos veremos a la hora de comer.

—¿Hamburguesa? —Casi suplicó con anhelo.

—Hamburguesa —le prometió.

Después de la marcha de Leonardo, la doctora se quedó callada unos segundos.

—Lo que voy a probar con Leonardo es la TCC, sé que muchos conocéis y habéis practicado a lo largo de los años esta Terapia

Cognitivo-Conductual, pero vamos a intentar ser un poco más agresivos. Este usuario, como hemos explicado, sufre un miedo intenso a la visión de los ojos, lo que se conoce como omatofobia. Por eso, es crucial que siempre que esté presente llevemos puestas las gafas de sol, no quiero precipitar la terapia con ninguno de vosotros. —Miró a Lía frunciendo el ceño.

Ella se removió inquieta en su silla.

—Aclarado este punto, y como ya no tenemos a Leonardo, si queréis podéis quitároslas —continuó e hizo lo propio—. Me gustaría presentaros a nuestra última incorporación. —Sonrió dichosa y enfocó su atención en Cuesta—. He de admitir que temía que te hubieses echado atrás, has de saber que habría sido una gran decepción.

No ocultaré que tu caso es fascinante. Probablemente, el más peliagudo de mi carrera.

Pero que sea complejo, no implica que sea imposible. —«¿Tan difícil era tratar el miedo a las alturas?»—. Por favor, démosle un aplauso de bienvenida.

Cuesta hizo un gesto de agradecimiento y hasta sonrió por los vítores y ánimos.

—Gracias. —Miró de reojo a Lía, que tenía cara de pocos amigos.

—Ponte en pie, Potorro. —«Un momento, ¿me acaba de llamar…?»—. Su fobia es muy poco común.

—Ánimo, ¡estamos contigo, Potorro! —gritaron al unísono para el absoluto horror de Cuesta, que del *shock* no pudo emitir ni una palabra.

—He aquí un colpofóbico.

—¿Un colpo…, qué? —preguntó Lía, confusa.

—La colpofobia es el miedo extremo a los genitales femeninos —le explicó—. Eh, no pongas esa cara ni te avergüences. Entre nosotros eres uno más, Potorro.

Lía parpadeó.

Cuesta se tambaleó. Negó con la cabeza lentamente.

«¿¡QUÉÉÉ!?».

# CAPÍTULO 11

# Una declaración de guerra

## Lía

*Pasado*

Mamá me explicó que mi nuevo hermanito iba a ser bautizado y que papá quería que yo fuese a la celebración, así que vendría a por mí. Estaríamos todo el fin de semana fuera, en Sevilla.

A mí no me apetecía nada ese viaje y menos porque mamá lloraba mucho. Pero Maite, mi mejor amiga, con la que me mandaba cartas, me había contado que era ahí donde vivían y, aunque no sabía mucho de su hermano, seguía siendo mi héroe.

Él no me escribía nunca y Maite solo hablaba de él para contarme alguna de sus trastadas o peleas, pero yo quería ver a mis mellizos. Verlo a él.

La abuela me explicó que ese sitio era muy grande y que era imposible que me los cruzase, pero insistí. Siempre he sido una cabezota, como dice mi mamá.

Los tres días fueron muy aburridos y la mujer de papá era muy antipática conmigo, tampoco me dejaban jugar con Marcos, mi nuevo hermanito. De hecho, Rosalía chilló cuando le pregunté a papá si podía cogerlo. Así que me pasé casi todo el rato en un cuarto, sola, con unos juguetes que papi me había regalado.

El día del bautizo se olvidó de mí.

Rosalía me riñó, dijo que había sido por mi culpa, por ser tan despistada, pero yo solo quería ir al baño antes de irnos, por eso di media vuelta y entré. Cuando salí no había nadie en la casa, la puerta estaba cerrada, y me puse a llorar, asustada. Papá tardó más de una hora en venir a buscarme, me dio un abrazo fuerte, y me dijo que lo sentía mucho y que me quería. Lloró y le di un beso. Tenía las mejillas muy rojas, como si se hubiese quemado con el sol.

Subimos a su coche, y mientras íbamos hacia el restaurante, pasamos por un parque. Entonces, lo vi.

A Cuesta.

Mi Cuesta.

Estaba jugando con unos niños a la pelota. Grité muy fuerte, a pesar de que molesté a papá, y saqué medio cuerpo por la ventanilla mientras lo llamaba.

Él se giró hacia mi voz, me miró, y luego me dio la espalda.

¡No se acordaba de mí!

Vi como una niñita se acercaba y le tocaba la cara. Le dio la mano y se fueron juntos, sentí una puñalada en el corazón.

Me había abandonado, como papá.

Después de aquello, ignoré las referencias de Maite hacía de él en sus cartas y no volví a preguntarle por su hermano. Me llegaron dos en las que ponía su nombre y las quemé.

Cuando mi amiga me contó que regresaban a Aspe e irían a mi instituto, una rabia como nunca había experimentado me consumió.

Cuesta no iba a volver a meterse en mi vida ni hacerme más daño; antes le declararía la guerra. Y eso hice, pisoteé su bandera blanca y apunté hacia su esternón, directa a matar.

Odiaba a Polidoro Cuesta Segura y me juré hacerle la vida imposible hasta que le rogase a sus padres volver a Andalucía.

Pero el muy maldito resistió y contraatacó.

Cuesta

Hacía un calor insoportable y el golpe que había recibido con el balón en la cabeza no ayudaba a que mis sentidos estuviesen en su sitio y ni a que ese mareo odioso me abandonase.

Quizá, por eso, tuve una alucinación. Creí oír su voz, verla en un coche, medio fuera de la ventanilla, llamándome. Una de mis nuevas amigas se acercó y me preguntó si

estaba bien, me tocó la cara y se asustó al verme tan pálido, así que me ayudó a llegar hasta la fuente para mojarme el pelo.

Después de hacerlo, volví a darme la vuelta, pero el coche ya no estaba. Parpadeé, sabiendo que todo era fruto de mi imaginación. ¿Cómo iba a estar Lía en Sevilla? Era una locura sin sentido.

¿Algún día dejaría de estar obsesionado por ella? Esa niña era mi debilidad. Habían pasado más de dos años y todavía la recordaba.

La odiosa de María Teresa no le había enviado ni una sola de mis cartas. Lo sé porque la pillé con las manos en la masa rompiendo la última. Mi mezquina melliza todavía me culpaba de lo de su muñeca, y eso que papá le había comprado otra.

Envié una carta por mi cuenta y esperé durante semanas, meses y años la respuesta que nunca llegó. Sin embargo, Maite seguía recibiendo de su parte. Pensé que se habría extraviado y, un día, me armé de valor y volví a escribirle.

Nada.

Pasó el tiempo y mi padre, que es otorrinolaringólogo, obtuvo plaza fija en Alicante, nuestra antigua ciudad. Mis padres no habían vendido la casa del pueblo, así que nos mudamos de nuevo a Aspe y el coñazo de Maite insistió tanto, que nos matricularon en el mismo instituto al que asistían Paco y Lía.

Paco seguía siendo mi mejor amigo, nos llamábamos y compartíamos juegos de la consola. A él sí me atrevía a preguntarle por Lía y siempre me respondía que estaba muy cambiada, que no iban juntos desde hacía mucho, pero que estaba buenísima.

Aunque a Paco le gustase todo el sexo femenino sin distinción, lo creí. Porque Lía era una niña muy bonita y ahora sería una adolescente preciosa.

El primer día de clase estuve tan acojonado, que casi ni dormí aquella noche por la anticipación de verla. Había tanta gente en el pasillo que era un caos. Maite daba saltitos a mi lado y Paco no paraba de parlotear.

Todo se congeló y, por fin, la tuve delante de mí. Di un paso con una sonrisa de oreja a oreja en su dirección. Ella me miró de arriba abajo, levantó una de sus oscuras cejas, agarró al chico que tenía al lado por la nuca y le comió la boca. ¡En mi puta cara!

Mi hermana dio un grito, me empujó y saltó a sus brazos. Lía chilló y dieron vueltecitas de alegría. A pesar del enfado, sonreí con alegría por ellas.

Luego le presentó al tipejo ese como Daniel Amores, su novio. Este le dio dos besos, saludó a Paco con la cabeza, y me miró.

—¿Y este? ¿Quién es, Lía? ¿No me lo presentas? —Ella fundió sus ojos con los míos y frunció el ceño. Juraría que parecía muy cabreada.

Se encogió de hombros y entrelazó su brazo al de mi hermana.

—Solo es su hermano, Polidoro.

¡POLIDORO!

Po.Li. Do.Ro. Ese nombre en sus labios era una declaración de guerra en toda regla.

Apreté los dientes y gruñí hacia el guaperas.

—Me dicen Cuesta —espeté con enfado. El otro me dirigió una sonrisa sincera.

—Cuesta, eh. Pues bienvenido, tío. —Me dio un puñetazo amistoso en el hombro y rodeó con su brazo la nuca de Lía.

Los tres se fueron juntos a clase y yo me quedé ahí, en ese maldito pasillo, hirviendo de ira. Ese día, se desató nuestra pelea.

Lía era la chica más guapa del puto instituto, pero también la más creída e insoportable. La odié por olvidarme, y lo raro y más flipante de todo era que ella parecía hacerlo el doble.

Pero ¿qué cojones le había hecho yo, aparte de quererla como un imbécil?

## CAPÍTULO 12

# El guerrero conquistador

Después de que la psicóloga explicase que durante las siguientes horas estarían expuestos de forma paulatina a las distintas fobias de los pacientes con talleres y actividades, les comentó que al día siguiente harían una especie de excursión al aire libre. Luego los liberó durante sesenta minutos para que se instalasen.

Cuesta se levantó de la silla y buscó desesperado a Lía, pero debió de salir de las primeras de la sala porque no se la veía por ninguna parte. Dio media vuelta para seguirla, cuando unos dedos lo sujetaron con fuerza.

La experta en fobias le sonreía con una expresión que daba auténtico pavor, como si pudiese radiografiarlo. Lo soltó, se ajustó las gafas de vista de montura amarilla con forma de mariposa, y parpadeó, enfocándolo de nuevo. No dijo ni una sola palabra.

Solo se quedó ahí, con esa mirada inquisitiva y penetrante, hasta que él tragó saliva.

—Potorro.

¡Vale, se acabó!

—¡Polidoro! —la corrigió. Su nombre era un esperpento, herencia de su bisabuelo, pero al menos mucho mejor que *eso*—. Creo que ha habido una confusión en la recepción. —De la cual culpó a la macabra abuela que lo había atendido a primera hora—. Es Polidoro. Polidoro Cuesta Segura. Aunque preferiría simplemente Cuesta, por favor.

—Cuesta —repitió ella, mientras abría su libretita y apuñalaba con el bolígrafo de pompón rosa las hojas—. Qué lástima. Era como muy original. Potorro, el Colpofóbico.

Vagina y potorro, sinónimos, ¿me entiendes? ¡Buenísimo! —Fue una especie de chiste de psicólogos porque emitió un graznido que Cuesta distinguió como risa. Él arqueó una ceja—. Disculpa, Poto… Cuesta. Soy un tanto entregada, ya me conocerás. —

Entrelazó sus brazos y lo condujo a la salida—. Tú y yo vamos a ser íntimos. Tu caso es fascinante y quiero que sepas que estoy volcada contigo. Esto te ha acarreado muchos problemas, ¿cierto? —No lo dejó negar—. Cuesta. —Hinchó el pecho, dio un paso atrás y subió un tono,

como si estuviese en medio de un discurso—. Has venido a mí, te has puesto en mis manos y te juro que saldrás por esa puerta con ganas de devorar ostras,

como si el marisco fuese el mayor de tus placeres. Tú, mi querido amigo, olfatearás, aspirarás y degustarás los moluscos femeninos o no me llamo Almudena Expósito Martínez.

—¡Me cago en la puta!

—Sé que ahora te parece imposible, y se debe a que tu apetencia sexual se ha reducido. Necesito que me contestes a una pregunta muy importante. —Se puso muy seria—. ¿Tienes disfunción eréctil?

La miró de hito en hito.

—Ya veo. —Apuntó algo en su libretita—. Es normal, todo parte de lo mismo. No te avergüences. —Le advirtió, apuntándolo con el bolígrafo rosa.

—¡Dios mío! —Se mesó el cabello, despeinándoselo—. Mire, no es lo que piensa. A mí no me pasa nada, ni siquiera tiene que ver con esta fobia. Soy muy capaz de levantar… Sé dar la talla, créame.

Ella jadeó.

—Oh, disculpa. Lo había presupuesto.

Él respiró más tranquilo.

—Esto no es más que una confusión. Verá, lo que yo le dije al diablo de recepción, es que tengo terror a lanzarme. —Se estaba haciendo un lío—. O sea, a las alturas. Ese es mi miedo. Soy incapaz de enfrentarme a cualquier experiencia que tenga que ver con eso. —Pensó en Paco y en lo que le pasaba cuando viajaba en avión—. No puedo volar, por corto que sea el trayecto.

—Capto la metáfora. —«¿Metáfora?» —. Y nunca has pilotado un avión.

—No, no. Para eso hace falta un curso especializado.

—Claro, y tú eres inexperto.

—Totalmente, sí.

—¿Tampoco te has lanzado desde uno?

Cuesta pensó en la pregunta. Algún día quería tirarse desde un paracaídas, era una experiencia que deseaba vivir. Sin embargo, lo iba posponiendo cada año.

—Tengo el deseo.

—Pero todavía no te has atrevido.

—Eso mismo.

Sonrió, aliviado. ¡Por fin se entendían!

—Disculpa. Supuse que habías… *viajado*. —Remarcó la palabra, con intención. Él alzó una ceja, confuso—. Imagino que tendremos que centrarnos en ese punto y ver qué es lo que te ha impedido desde el principio coger ese vuelo. Sé que ahora no puedes ni imaginarte recorriendo el destino, pero Cuesta, te aseguro que pisarás el campo del placer y sentirás el tacto de los pétalos en tus dedos. Y te gustará —le prometió. Se dio unos golpecitos con el bolígrafo en la mejilla—. Debemos remitirnos a la infancia, entonces. Si descubrimos el origen de tu rechazo sexual, daremos con la clave.

«¿¡Qué cojones!?»

—¿¡Está insinuando que soy virgen!? —Se aturulló—. Porque no lo soy, para nada lo soy. —Leyó la sospecha en los rasgos de la mujer—. ¡Se lo aseguro! —Vio que escribía la palabra «negación» y la subrayaba tres veces.

—¡Se lo juro! Me he acostado con tías. ¡Me gusta el sexo! Me *encanta*, de hecho. —

¡Esta mujer había hecho oídos sordos a lo de su fobia a las alturas! Qué tozuda—. Lo de las alturas… —Ella movió la mano.

—Sí, sí. La metáfora la he captado. —¡Qué metáfora! Volvió a despeinarse. Era como hablar con un muro—. O sea, que eras activo sexual hasta que vino el problema. Tu soldadito cayó en batalla, digamos. Hay heridas de guerra que cuestan sanar, pero si se tratan adecuadamente, cicatrizan. No está todo perdido, Cuesta.

Él resopló. De verdad, que no podía estar pasándole esto. Levantó los brazos al techo.

—Mire. ¡Estoy bien! No me pasa nada. NADA. Todo es un error….

—Tranquilo, tu soldado está en la enfermería, pero saldrá. Saldrá. Cuesta, confía en mí.

«Ni loco».

—Mi *guerrero* —Aleteó la mano por la entrepierna— sabe pelear, créame. Y para nada ha sido derrotado. —Pero bueno, ¿qué coño estaba diciendo? Un minuto más con esta mujer y acabaría tan majareta como ella. Cogió aire hasta llenar los pulmones y lo soltó lentamente. Se confesaría—. He venido por Lía. —Ella abrió mucho los ojos—. Es por ella, porque la quiero.

La mujer gimió sonoramente.

—Tú eres *él*. Nos ha hablado de ti.

—¿Sí?

—El grano en el culo persistente.

Cuesta frunció el ceño.

—Supongo que sí. En realidad es algo que ella diría.

—Interesante… —Más garabatos en su hoja.

—Sé que le parecerá espantoso por mi parte, y le juro que empiezo a creer que es la peor idea que he tenido en mi vida, pero yo solo quería recuperarla. O conquistarla, porque lo cierto es que tampoco hemos tenido nada tangible, más allá del deseo y las ganas. —Suspiró—. Créame, por eso me apunté. La conozco desde siempre y me vuelve loco, se lo aseguro. No sé ni cuánto tiempo llevamos peleando, pero no quiero seguir haciéndolo. La quiero. La quiero de verdad. Y estoy dispuesto a decírselo porque siento que es mi última oportunidad. No tengo dudas de mis sentimientos. Ella es y ha sido la única. Por favor, no me eche. Déjeme intentarlo, aunque me rechace. No me importa, aun así habrá merecido la pena.

—Entiendo. Y tu soldado…

—Guerrero —la corrigió.

—¿Tu guerrero se ha enfrentado a sus hordas?

—Bueno, es algo privado. —Se ensanchó el cuello de la camiseta con el dedo. ¿Hacía un poco de calor en la sala o era cosa suya?—. Sí. Digamos que he sitiado su castillo. Me costó derribar sus defensas, ya

me entiende.

—O sea, que entraste.

Esta era la conversación más rara e inverosímil que había tenido en toda su vida.

—Sí, señora. Con éxito, además. —Luego puso cara de confusión—. Pero creo que la cagué de alguna forma.

—¡Ahí lo tenemos! —Dio una palmada—. Por fin. El germen principal y posiblemente la respuesta para ambos. —Cuesta hizo una mueca ante la alegría de esta disparatada mujer—. Ve a refrescarte —lo despidió de repente—. Nos vemos en un rato en la entrada. Tengo mucho en lo que pensar.

—Emm, vale —respondió turbado y dio media vuelta.

—Ay, espera. —Cuesta se giró y aceptó lo que le tendía—. Esto es para ti. Tu primera prueba. Con tranquilidad, despacio. Cronométrate más o menos medio minuto por hoja y apunta cuánto duras antes de que llegue el rechazo. Luego quiero que me entregues los tiempos.

Le dio un paquete que estaba envuelto.

Cuesta aprovechó para huir de ella y casi corrió por el pasillo, camino hacia su habitación. Llamó al ascensor y justo antes de que las puertas se cerrasen, alguien se coló.

—¡Lía! —exclamó al verla.

Ella paró el elevador de un puñetazo cuando ascendía a su planta. Lo apuntó con el dedo. Sus ojos oscuros entrecerrados, de pestañas kilométricas, mostraban una furia potente. Los labios carnosos estaban tan apretados que se fundían en una línea. Llevaba un vestido marrón cortito de tirantes que dejaba a la vista un escote demasiado tentador.

Unas perlitas coronaban las orejas y su sedoso cabello ondulado estaba suelto.

Cuesta deseó hundir sus dedos en él. El flequillo ladeado remarcaba sus rasgos y acentuaba los pómulos. Cuesta la miró embobado, Lía era una mujer que robaba el aliento. Le encantaría besarla y capturar esa mueca de enfado hasta que su frente se alisase y dejase de asesinarlo con la mirada, aunque muy probablemente lo desfiguraría si se atrevía a dar un paso.

—Me vas a explicar qué coño es todo esto, Poli. Porque tú y yo sabemos que no tienes ningún problema de vaginas.

Almudena cruzó el pasillo a tiempo de ver cómo la morena se metía en el ascensor detrás del joven. Una sonrisa ensanchó sus labios mientras cierta idea iba tomando forma en su mente. La respuesta a los problemas de esos dos la tenía ahí, justo delante de sus narices. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada dichosa.

# CAPÍTULO 13

# La vagina asesina

Lía estaba furiosa. Pasó la tarjeta por la puerta y casi pudo notar cómo le salía un humillo de sus fosas nasales. El muy imbécil se había hecho el tonto y le había contado una historia inverosímil sobre una vagina-piraña asesina. Una película de cine B que había visto hacía unos meses y que, según él, lo había traumatizado hasta el punto de bloquearlo en el sexo y tener pesadillas.

«La veo, Lía. Cuando duermo, cuando intento estar con alguien. Te juro que la imagen me quema en la retina. Me… me avergüenza reconocerlo y más a ti. Pero siento un sudor frío, el pulso se me acelera y, por muy caliente que esté, soy incapaz de follar con nadie. Al principio va bien, disfruto de los preliminares, pero en cuanto miro hacia abajo… ¡PAM! Ahí está. Igual que en la escena de la película. Los labios internos se mueven, como llamándome. Luego se abre y muestra sus dientes afilados e intenta alcanzarme, dispuesta a estrangularme el pito».

Tras esa ridícula declaración y afirmar con todo el descaro que era una casualidad que se hubiesen encontrado en la misma terapia, además de un guiño de ojo seductor y ese maldito rictus desafiante que la sacaba de quicio, la había dejado plantada en el ascensor. Debatida entre si reír de forma histérica, gritar o lanzarse a su yugular.

¿Casualidad? Ja.

¿Colpofóbico? Ja. Ja.

¿Una vagina-piraña asesina? ¡¡Y una puta mierda!!

Cerró los ojos y suspiró; para su horror se le escapó una carcajada. Se mordió la mejilla por dentro mientras sentía cómo la vieja adrenalina recorría cada tramo de su piel, subiéndole por el cuerpo en una sensación indescriptible de anticipación. Solo Cuesta era capaz de convertir en cenizas su autocontrol.

¿Quería jugar sucio? Bien, jugarían. Era lo que mejor se les daba. La siguiente hora la dedicó a trazar el plan y en ningún momento pensó en Sebastián ni en sus motivos para asistir a la terapia. Su concentración apuntaba únicamente a él, a desenmascararlo y vengarse.

Atrás quedaba doña Perfecta, había vuelto la otra Lía. La del lado más oscuro, salvaje y canalla.

«Te hace sentir viva, reconócelo».

Apagó la vocecilla maligna y estrechó los ojos mientras se frotaba las manos y los labios se estiraban en una sonrisa perversa.

Él había hecho su movimiento, ahora le tocaba a ella.

Y pensaba atacar con todo su arsenal.

Cuesta no podía dejar de reír, mientras en su interior le daba las gracias a Paco por la película de la que le habló el año pasado, *Pirañas,* o algo así. Una de esas tan jodidamente malas que no las veía ni su director, aunque su pobre amigo estuvo todo el verano sin meterse al mar, medio traumatizado.

Ni siquiera sabía cómo había empezado a soltar aquellas gilipolleces, pero cuando se dio cuenta, estaba describiéndole el ataque de una vagina asesina. Se tuvo que morder las mejillas para evitar la carcajada que pugnaba por salir, sobre todo, cuando apareció esa arruguita en su preciosa frente y las chispas doradas en sus ojos.

Lo quería estrangular, no tenía dudas. Es que estaba tan acostumbrado a chincharla que era casi innato en él, aunque se había cavado su propia tumba y a ver cómo salía ahora de ahí.

Con un suspiro, echó un vistazo a la habitación, que, por lo visto, compartía con otras dos personas, dado el equipaje que estaba sobre dos de las tres camas del cuarto.

Se dirigió a la última y se dejó caer. Tiró al suelo la mochila deportiva y agarró el paquete de la psicóloga. Rompió el papel y extrajo lo que parecía una revista.

La miró de hito en hito.

Era una fotonovela y el título de la portada no dejaba dudas de lo que iba a encontrar en su interior: *Vaginaria: el paraíso del Edén.*

De forma muy gráfica, durante las siguientes veinte páginas, encontró

tres historias: la primera, una elfa sexualmente explícita; la segunda, un jefe déspota que acababa convertido por una hechicera desnuda en mujer. Y, por supuesto, se exploraba de todas las formas inimaginables su nuevo sexo femenino. Por último, dos amigas que se examinaban mutuamente con imágenes muy gráficas.

Al llegar a la última página vio un pósit que contenía unas indicaciones, estaba escrito a mano:

«Potorro. La tarea de hoy es sencilla. Quiero que mires fijamente cada página (márcate tiempos) y apunta cualquier pensamiento que te llegue. Intenta observar directamente las vaginas y dime qué sientes y ves al mirarlas. No te preocupes si no lo consigues a la primera. Tenemos todo el fin de semana. Recuerda que hoy has decidido ser valiente. Estoy a tu lado, a unos pocos metros. Cogiendo de forma invisible tu mano.

Imagínala, y visualiza un apretón. Eso te dará fuerzas para no tirar la toalla. No estás solo. Tú puedes. Podemos, juntos».

Cuesta tragó saliva.

¿En qué coño se había metido? (Nunca mejor dicho…).

## CAPÍTULO 14

## **Bienvenido, Braulio**

Paco bajó del coche con una gran sonrisa. Abrió el maletero y agarró su pequeña bolsa de viaje. Solo tuvo que dar dos zancadas antes de visualizar el enorme letrero que le daba la bienvenida.

Dio un paso hacia el interior al tiempo que un hombre se chocaba con él, golpeándolo en el hombro. Paco le gruñó, pero el otro ni se percató, pues hablaba por teléfono y gesticulaba de forma airada con el brazo.

—No me *jodás*, hermano. Tengo la *chamba* a punto, ¿qué *querés* que haga? Oh, ¿vos pensaste que los milagros caen del cielo o qué? ¿Cuánta plata, mi hermano? —Silbó, llevándose una mano a la cabeza —. Eso es mucho. ¿Y no *podés* retrasarlo? *Acá* solo me necesitan el fin de semana. ¡No *jodás*! No, huevón, no. Vale. Acepto. Emm, sí. Me las veré, hermano. Algo. *Sabés* que no puedo quedarle mal a la anciana. Bueno… bueno.

*Okey*, hermano. En una hora.

El hombre colgó con un suspiró. En el rostro se palpaba la tensión y el agobio, contempló la recepción y tragó saliva. Paco, que esperaba en la cola su turno, y cotilleaba sin pudor, siguió la dirección de su mirada y clavó los ojos en una viejecita que presidía el mostrador y bizqueaba. Sonrió al ver cómo despachaba al cliente.

Después giró el rostro y vio al extraño hombre inclinado sobre sí mismo, rezándole a sus rodillas.

—¿Estás bien, amigo? ¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó. El tío parecía a punto de caerse al suelo de lo blanco que estaba. El otro alzó la cabeza y estrechó los ojos, contemplándolo de arriba abajo.

—Si *concedés* un milagro, hermano, sí. Tengo dos *chambas* al mismo tiempo y —se señaló con el índice— no puedo partirme, así que a menos que *tengás* un clon… No *podés* ayudarme. —Inclinó la cabeza en dirección a la recepción—. La viejita me espera.

No quiero quedarle mal, por si me llama más adelante. Aquí, en Benidorm, hay muchas posibilidades, *sabés*. El boca a boca es importante. Me dedico a esto, hermano, y hacerse un hueco es… —Chasqueó la lengua—. Oh, menuda *cantaleta* te estoy dando.

Paco lo contempló con atención y se fijó en que le quedaban todavía dos personas por delante. Estrechó los ojos, se mordió la uña del pulgar y sonrió lentamente.

—Tengo una idea. Acompáñame fuera. —Le pasó un brazo por los hombros y lo sacó a la calle—. Voy a hacerte padre, colega.

—¿Eh? —El otro parpadeó y se alejó un paso, asustado.

—Me refiero a que tengo tu milagro. Te cubro este fin de semana y vamos a medias.

Me viene bien un dinero extra.

El colombiano dio un paso atrás, meneó la cabeza; incrédulo.

—¿Vos?

Paco se vio así mismo con una peluca larga y una barba trenzada, al estilo vikingo como Thor. Además, este tipo y él se parecían, era como si el destino lo hubiese planeado. Y el acento no sería un problema, sabría imitarlo.

—Iré de incógnito. —Sonrió de forma perversa. Cuesta lo asesinaría a sangre fría cuando se enterase de sus planes, pero así, bajo el perfil del otro, podría meter las narices sin que nadie lo descubriese. Era un plan de diez—. Además, no será tan difícil y solo es un fin de semana, ¿no? Soy Paco, por cierto. —Le tendió la mano.

El otro negó con la cabeza y estiró los labios mostrando unos dientes grandes, blancos y parejos.

—No, huevón. Braulio. Te *llamás* Braulio Mauricio Ramírez Catamuscay. —Estrechó sus dedos con fuerza—. Bienvenido al Hotel Cristal.

—¿Qué tengo que hacer?

El Braulio verdadero echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una profunda carcajada que le nació desde el estómago. El tipo estaba loco, ¡ *recocha*! Era la hostia de bueno, al final el Padrecito sí escuchaba las plegarias.

Cerró los ojos. «Gracias, mi Diosito, por ponerme en el camino a este necio», rezó.



Cuando el autobús paró bajaron tres mujeres: una, sumamente dichosa; otra, resignada.

Y la última, cabreada, además de hacer eses por cargar con todo el equipaje de las tres, puesto que las otras dos se habían negado a dejarlo en el maletero lateral del vehículo.

—Mamá, por favor. Estamos haciendo el ridículo. Llamamos más la atención con estas cosas que vistiendo normal. Joder, es una locura, deteneos —les suplicó mientras se las apañaba para descender por los empinados escalones del vehículo. Su madre lanzó una carcajada y le dio un golpecito con su abanico.

—Cariño, relájate o te saldrán arrugas.

Parecían tres plañideras de la época. Vestidas de negro de pies a cabeza, con tocas oscuras cubriendo los cabellos, y gafas de sol. Algo totalmente surrealista dado que estaban a finales de junio y se asaban vivas.

—Mamá, joder. Vámonos.

—¡Esa boca, María Teresa! Además, ya estamos aquí, ¡cómo vamos a irnos! —Por su tono casi parecería que había pronunciado la mayor locura de su vida—. Mi amor, has venido porque te ha dado la gana, quita esos morros, que no te hemos obligado. —

Cabeceó hacia el autobús— Siempre puedes regresar.

—¡Solo me he dejado arrastrar porque sabía que vendríais sin mí!

Las fulminó con los ojos.

—No estamos haciendo nada malo, María Teresa. Deja el drama. Solo vamos a registrarnos en un hotel con *spa*, nada más.

—El mismo en el que tu hijo y mi mejor amiga están internos. Lía me ahogará cuando me vea. —Se quitó la toca y las miró enfadada—. No, mamá. Insisto. Tenemos que irnos, no podemos estar aquí, no está bien. Admito que me pica la curiosidad por ver cómo Poli la caga, pero no podemos espiarlos. Nos vamos, y no podréis convencerme de lo contrario.

Su madre gimió sonoramente y puso cara de susto.

—¡¡Oh no, cariño!!

—¿Qué pasa? —El tono de Maite era de preocupación. Su madre parecía realmente alarmada.

—María Teresa, mi amor… —Se puso una mano en el corazón de forma teatrera—.

Creo… —Suspiró—. Respira, ¿vale? No sé cómo decírtelo, mi vida.

—¿Qué…qué pasa, mamá?

Su madre tragó saliva, miró a su tía con tristeza y luego de nuevo a su retoña.

Meneó la cabeza con pesar.

Maite sintió pavor.

—Hija. —Hizo una pausa larga. Se acercó a ella y susurró en su oído —. Tienes una calva, acabo de vértela.

Maite chilló, dio un paso atrás, y agrandó los ojos con terror. Se llevó las manos a la cabeza con un lamento. Si Lía tenía fobia al compromiso; ella, a quedarse pelada del cuero cabelludo. El año anterior se encontró una y estuvo una semana abatida. Solo cuando su amiga le rizó el pelo, y le juró y perjuró que estaba perfecto, pudo convencerla para salir de fiesta, reforzada con varios chupitos de tequila.

Al final, Maite supuso que habían sido imaginaciones suyas, pero desde aquello se esforzaba al máximo por prevenir su mayor temor. Usaba un champú especial, varios productos para afianzar la firmeza de su cabello, y se hacía una inspección capilar cada mañana, en busca de sus odiadas enemigas.

—¡Quééé! —Se llevó una mano a la garganta e hiperventiló. Su madre se tapó la boca con el abanico y se mordió el labio.

Maite corrió al retrovisor más cercano, se soltó la coleta y fragmentó su pelo. Se examinó con desesperación cada mechón.

—Eso es jugar sucio, María Rosa —le recriminó su hermana, cruzándose de brazos y meneando la cabeza en un gesto de negación. Rosa soltó una risita.

—Venga. —La agarró de la mano y tiró de ella—. Para cuando aparezca, ya nos habré registrado.

—Eres mezquina.

María Rosa levantó el mentón, orgullosa.

—Necesito que Polito siente la cabeza porque con esta he perdido las esperanzas. Ya sabes que quiero nietos. —Emitió un largo suspiro al pensar en su atolondrado hijo—.

Y, conociéndolo, precisará de nuestra ayuda.

María de las Mercedes puso los ojos en blanco y siguió a su gemela.

CAPÍTULO 15

**La venganza se sirve en un plato frío**

Cuesta

*Pasado*

Lo primero que hago al salir de la piscina cubierta es consultar el móvil para comprobar si me ha entrado un mensaje nuevo. Suspiro aliviado al no encontrar el que temía. He de admitir que estoy nervioso, me esperaba represalias por parte de Lía y que no haya movido ficha todavía me tiene con los pelos de punta.

Sus ideas son de lo más perversas y han ido tornándose más oscuras con el paso de los años, como cuando untó de crema de cacahuete mis pantalones de repuesto después de Educación Física, me paseé una buena hora con la mancha sin darme cuenta. O

cuando creó octavillas en mi nombre postulándome para Delegado general de los alumnos. O cuando entró en los ordenadores de la optativa de Prensa y puso un anuncio en la última página. Como ya se habían hecho las revisiones, la profesora lo mandó a imprenta sin echarle un último vistazo y, al día siguiente, todo el instituto tuvo su ejemplar en el que yo aparecía en una especie de anuncio con una imagen de mi cara sonriente y abanderando el herpes genital.

Sonrío.

Sí, Lía es retorcida. La semana pasada llevó a cabo una campaña en mi nombre para salvar a la rana que íbamos a aprender a diseccionar en Biología, apuntando que esas prácticas eran maltrato animal. Se movilizó tanta gente que la directora le prohibió al profesor darnos la clase. —Creo que desde entonces el hombre me odia—. Al final terminé con la dichosa rana en mi casa, como premio por su rescate. Y su mensajito: **Lía:**

+1

Esta es nuestra forma de comunicarnos. Ni hola ni nada. Un «más uno», cada vez que le hacemos algo al otro.

Respondí a lo de la rana quitándole la caja de bombones que un idiota le había regalado para San Valentín y entre Paco y yo nos los comimos. Después se la volví a dejar en la taquilla, con una notita que decía: «Dale las gracias a Mario, estaban riquísimos». Y le mandé el «más uno».

Ella le escribió una carta de amor en mi nombre —en la que también se mencionaban varios sueños eróticos— a la de Lengua Castellana y Literatura, y la dejó en el clasificador del aula de docentes con una rosa roja. Tuvimos una incómoda reunión con mis padres presentes, el director y mi tutor, en la que me señalaban que, a pesar de mi enamoramiento adolescente y hormonal, debía respetar ciertas

distancias con mi profesora. Por el bien de todos los implicados, y para no fomentar más mi idilio, el director decidió que la materia me la daría otro profesor durante el resto del curso.

Cuando acabó la vergonzosa charla recibí el dichoso mensaje: **Lía:**

+1

Contraataqué esa misma tarde. Lía estaba ensayando el solo que cantaba con su grupo del coro en el garaje de su abuela. La persiana estaba bajada, pero se oían los graznidos desde fuera.

Llamé a la policía local.

—Muchacho, ¿has sido tú el que nos ha alertado? —me preguntó un agente al llegar. Asentí varias veces.

—Sí. Creo que alguien ha encerrado un cerdo dentro. Estoy muy preocupado por el pobre animal, estará desesperado por salir.

El local me mandó guardar silencio con el dedo y pegó la oreja a la persiana.

Cuando oyó uno de los agudos chillidos, abrió los ojos con horror.

Liaron una buena para desalojarla. Me escondí para que no me viese al salir y le mandé mi «más uno». Nunca olvidaré esos ojos asesinos mientras intentaba localizarme por la calle, creo que me habría descuartizado si me hubiese puesto la mano encima.

Desde aquel episodio, temo su venganza. A veces me pregunto si esa es su intención, la espera eterna. Hacerme sufrir sin saber cuándo moverá su ficha.

Estoy tan concentrado en estos pensamientos, que no me he dado cuenta del corrillo que se ha formado a mi lado. Solo cuando les oigo mencionar a Lía, reacciono.

Achico los ojos al percatarme de quienes son. Odio a estos tíos. Van conmigo al Club de Natación del pueblo, pero son dos años mayores. Bueno, al menos, dos de ellos, el pecoso sí que es de mi edad, creo que va a la clase de Lía, y me suena que se llama Pau.

Ellos no pueden verme, porque el pilar que tengo delante me tapa, pero yo sí tengo una clara visión de estos capullos. Manuel *Manu* Rovira lanza una carcajada y deja que su mejor amigo —un tal

Alberto— le dé un puñetazo amistoso en el hombro.

—Claro que no estoy pillado, imbécil. Pero hay tías con las que te lo tienes que currar más. Lía es una de ellas. Un burdeos de primera.

—Menudo fantasma —escupe el pelirrojo, el que es de mi edad.

Ahora que me fijo se parece bastante al grandote, cuyo pelo oscila entre el rubio y el caoba. El zanahoria tiene la cara repleta de pecas y el orangután unas pocas por el puente de la nariz. Se dan un aire, juraría que son hermanos o primos.

—Cierra la puta boca, Pau.

—Déjalo, Alberto —dice Manu con una risita—. A tu hermano le queda mucho por aprender.

«Hermano». Lo sabía.

—Todavía es un puto crío.

—Me la han puesto dura más tías que a ti, idiota —estalla Pau.

Alberto resopla.

—Las de las revistas no cuentan.

Manu se carcajea por la salida de su amigo y Pau se pone rojo. Aprieta los labios y los fulmina con la mirada.

—¡Gilipollas! —espeta a su hermano. Luego se ríe y levanta la barbilla en dirección a Manu—. Estás que cae. Conozco a Lía, vamos juntos a clase. Ni de coña le entras.

—Estas cosas se hacen con elegancia, mocoso. Primero, la recoges en el coche, que siempre les mola cuando les das una vueltecita, sobre todo, a las de tu edad. Segundo, una cena en un restaurante pijo y, como el buen vino que es, la admiras y te la camelas con chorradas. Y, por último, la descorchas y te la bebes. No falla, tío. Es un clásico que acaba en el asiento de atrás. ¿Qué? ¿Lo dudas?

—Sé que te tiras a muchas, pero Lía es una estrecha. Yo ya lo intenté, te va a dejar con los huevos hinchados.

Pau alza el puño frente a la cara de Rovira, simulando sus pelotas, y se ríe. Su hermano gruñe por lo bajo y lo aparta de un manotazo en la cara.

—Espérame en el coche, joder.

—Vete tú.

—Déjalo, Alberto.

—Es un puto coñazo. No sé por qué tengo que cargar con él, qué *ascazo*.

Pau se cruza de brazos, sonriente.

—¿Apostamos? ¿O no tienes lo que hay que tener? —El desafío se lo lanza al guaperas de Manu.

Alberto resuella y hace amago de agarrarlo por el pescuezo, pero su amigo lo frena.

Le pasa un brazo por el cuello.

—Déjalo. Me ha retado y tengo que aceptar, que no se diga. —Le tiende la mano para sellar el trato—. Me apunto, enano. Cincuenta pavos a que sí.

Alberto bufa.

—Hostia. —Pau hace una mueca por la cantidad.

—Lo has acojonado, tío.

—De eso nada, acepto. —Le aprieta los dedos con fuerza, y saca la lengua a su hermano, quien pone los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra seguir adelante, que no te va a pagar. Está más pelado que yo —le advierte, cabeceando hacia Pau.

—Tengo dinero, idiota. Papá me lo dio en su última visita. —Después lo descarta y se centra en el guaperas—. ¿Cómo sé que no me meterás una trola?

—La grabaré y te la paso.

—Tío. *Nos* la pasas —rectifica Alberto con una sonrisa que me provoca ganas de borrarle a puñetazos.

—Al final harás que me la casque —suelta el repugnante pecoso—. Y tú, si quieres ver algo, me pagas.

—Eres un salido, Pau. —Se ríe Manu.

Su hermano jadea, ofendido.

—¿¡Que te pague!? ¡Puto mocoso! O me enseñas la grabación o te vas andando a todos los sitios —lo amenaza antes de darle la espalda y dirigirse a su mejor amigo—.

Aunque en esto tiene razón, Manu. Está tremenda, eres el amo.

Manu emite una carcajada y le da una palmada en la espalda.

—Si te portas bien, quizá nos la turnemos.

La arcada que me entra es casi tan fuerte como la rabia que bulle por todo mi cuerpo. Me duelen los dedos por la falta de estamparlos contra esas tres caras sonrientes.

—Podría conformarme con la amiga. La rubita que va con ella, tampoco está nada mal.

—¿Quién? —le pregunta Pau.

—La que tiene nombre de abuela, María Antonia, o algo así.

—Es Maite, imbécil. Su mejor amiga —le explica Pau a su hermano. Oír el nombre de mi melliza en boca de esos dos me lleva a la locura —. Coincidimos en inglés. Es guapa, sí. —Luego resopla y se ríe—. Aunque con lo gordo que estás no te toca ni con

un palo. —Suelta una profunda carcajada que se le corta de cuajo tras la sonora colleja de su hermano.

Alberto le da la espalda con intención y se gira hacia Manu.

—¿A qué hora la recoges?

—Hemos quedado a las seis.

Ya está. No puedo seguir oyendo. Estoy tan furioso que me cuesta respirar, aprieto los dientes y doy un paso totalmente cegado hacia ellos. Alguien se interpone en mi camino y me frena con un brazo de hierro que me inmoviliza en el sitio.

—No lo hagas —me aconseja. Abro mucho los ojos al reconocer la voz. Se me había olvidado que había venido a verme al entrenamiento.

—¿Es que no los has oído, Paco?

—Palabra por palabra. Llevo un rato detrás de ti. —La afirmación me sorprende porque no me he dado ni cuenta—. Pero lo único que vas a ganar es una paliza si te enfrentas a ellos.

—¡Me da igual! Alguna se llevarán también.

—Son tres, Cuesta.

Lo miro de arriba abajo. Paco es casi tan voluminoso como Alberto, así que, más o menos, igualamos posiciones.

—Y nosotros somos dos. Tampoco estamos en tanta desventaja.

—Bien, nos liamos con ellos. ¿Crees que eso impedirá que queden?

—¿¡Y qué pretendes que haga!? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras ese imbécil se aprovecha? ¡Es Lía, Paco! Antes me dejo partir la cara que permitir que le haga daño.

—Claro que no. Pero tú eres más listo, colega. Usa tu ingenio, seguro que se te ocurre algo bueno.

Paco tiene razón, aunque tardo bastante en convencerme. Cuando la ira disminuye, la bombillita interna se me enciende dejando paso a una idea.

Dejo que se vayan.

El reloj me indica que aún tengo tiempo, así que pongo en marcha mi plan. Hay dos cosas que sé y que me van a ayudar: dónde aparcará Manuel Rovira el coche porque vive a una calle de la mía, y a qué hora, más o menos, saldrá en busca de Lía.

Lo primero que hago es ir a la tienda de automóviles. Compro un montón de pegatinas para vehículos de esas extrafuertes. Como hay de dos tipos, me las llevo todas:

«¡Cuidado!, animal a bordo», mezclada con «Cuidado. Mascota a bordo». Con ellas, cubro cada palmo de los cristales de su Opel Astra. Doy un paso atrás y admiro mi obra con regocijo.

Compruebo la hora y sonrío con satisfacción. Desde mi balcón tengo plena visibilidad del vehículo, aparcado justo debajo. Echo un vistazo a la calle y, por suerte, nadie ha reparado en mí salvo unos ancianos a los que les he dicho que era una broma para alguien que se casa.

Subo y me saco una silla y un refresco. No tengo que esperar mucho antes de oír el grito rabioso, que es una dulce melodía en mis oídos.

El bueno de Paco, sin que yo lo sepa, también ha puesto en marcha el engranaje de su mente, me enteraré al día siguiente cuando Alberto acuda a ayudar a Manu a quitar pegatinas, con un ojo morado. La obra de su rostro se la debemos a Tomás, un mastodonte del pueblo de al lado, que se la tenía jurada porque sospechaba que se había liado con su novia. Por gracia del destino, Paco y Tommy van juntos a la academia de inglés y solo hizo falta un pequeño rumor para que el otro saliese como una tromba en busca del medio pelirrojo.

Después de aquello, al pobre Manu parece perseguirle la mala suerte. Primero, le cae un huevo en la cabeza; luego, una polilla agujerea sus bañadores y se pierde una importante competición de natación. Se le pincha una rueda del coche a la salida de la piscina y, lo peor de todo, lo eligen como modelo para un anuncio que detesta.

Juro que esto último es un golpe de suerte en el que no tengo nada que ver. El muy idiota debió de mandar su *portfolio* a la oferta equivocada. Pero menudo gusto me da ver su rostro en cada marquesina del pueblo y en la parte trasera de los autobuses, mientras anuncia una pomada contra la candidiasis genital masculina.

Ante la fama generada, y el poco éxito con el sexo femenino, acaba aceptando un trabajo en la capital y desaparece del mapa.

Un idiota menos.

Lía

Odiar a Cuesta es lo fácil, lo que se me da bien. Nuestra lucha continua, las pullas y las pesadas bromas que nos gastamos. Mandarle mi «+1» y chillar de impotencia cuando recibo el suyo, que, por joder, me lo envía en letra. Tiene la habilidad especial de sacarme de quicio como nadie, pero sé cómo enfrentarme a él y no vacilo. Para lo que no estoy preparada es para el otro, el que me recuerda a mi héroe de la infancia, el que me volvía loca. Contra ese no sé protegerme.

Odio a Paco porque no sabe contener la lengua. Si no me hubiese confesado lo de Manu Rovira, lo que Cuesta hizo por mí, a escondidas, podría detestarlo un poquito más. E ignorar que fue él quien me llevó

a casa tras la fiesta de Arancha, en la que me pasé bastante. Finjo que no me acuerdo del beso en la frente y de cómo me arrulló bajo las mantas. O que no sé que ese ojo morado que lució durante una semana fue lo que evitó que unos idiotas colgasen en el tablón de anuncios la lista con los mejores culos del año, que yo encabezaba.

Prefiero al otro, al despiadado que me jodió la cita con Lucas llamando a la grúa porque el chico había aparcado la moto en el vado de enfrente de mi casa. O el que me metió una serpiente en la mochila para que chillase en medio del examen de Historia. A ese sé enfrentarme y no le temo. Sin embargo, el otro sí me aterroriza. Porque es el único capaz de hacer temblar mis escudos, esos que protegen mi dañado corazón.

Sonrío al posar los ojos en el autobús que para cerca de donde estoy. Confieso que a veces me doy una larga vuelta por el pueblo para admirar mi obra en las marquesinas.

Partí de la idea que tuve con Cuesta, el anuncio del herpes, y recordé las fotografías que Manu me había enviado, las que utilizaba para mandar a todas las ofertas de modelo que veía.

Fue perfecto cuando descubrí que buscaban a un chico joven para promocionar una pomada sobre la candidiasis en hombres. Supe que lo cogerían de inmediato. Manu, tan guapo y con esa sonrisa tan irresistible, era el candidato perfecto para protagonizar el anuncio. Y no me equivoqué.

Suelto un largo suspiro mientras contemplo su hermosa cara alejándose de mí. ¡Qué bien sienta la revancha!

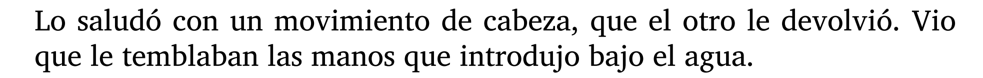
## CAPÍTULO 16

## La Venus Atrapamoscas y el cojín malvado

A Cuesta le gustaban las mujeres, le gustaba el sexo, pero ese maldito fin de semana iba a conseguir que se convirtiese en un auténtico colpofóbico. Todavía temblaba después de lo que la desquiciante psicóloga le había hecho en la última hora. Se adentró en el baño público, abrió el grifo de agua, y dejó el chorro correr antes de sumergir la cabeza debajo, empapándose la nuca y el pelo.

Se miró al espejo y resopló.

En ese mismo instante, entró al cuarto de baño otro de los pacientes de Almudena Expósito, con la misma cara descompuesta que lucía él.


Lo saludó con un movimiento de cabeza, que el otro le devolvió. Vio que le temblaban las manos que introdujo bajo el agua.

—Lo de ahí fuera…

—¿Ha sido terrorífico? —finalizó por él Cuesta.

—Peor —rebatió el otro. Se acercó un paso para susurrarle—. Me ha puesto la película de *In time*. —Tragó saliva—. Cuando… cuando cierro los ojos lo veo. Los minutos, los segundos, las horas… —Jadeó, agobiado—. Sé que es parte de la terapia de exposición, que he venido aquí para afrontarlo, pero… Uf. Me dan ganas de salir por esa puerta y no parar de correr hasta mi casa.

Cuesta se lo quedó mirando; ubicó su miedo: la cronofobia, el terror al paso del tiempo. Este pobre era de los peores, por eso debían esconder sus relojes, porque el mero hecho de verlos ya lo desestabilizaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —El otro asintió—. ¿Qué te da miedo? Lo siento, es que…

—Tranquilo. Sé que es extraño; estoy acostumbrado. No sabría explicarlo bien, es como un terror… que me ahoga. Pienso en lo rápido que avanza el tiempo, en cómo nos convertimos en sus esclavos. En que cada hora es una menos que nos resta, una que perdemos y que no se recupera y que nos acerca al final. Estamos muy cerca, macho.

Rozamos nuestro último aliento con cada manecilla del reloj. Con cada tic-tac. ¿No tienes miedo al paso del tiempo? ¿A la muerte? Porque a mí, el solo pensarlo, me paraliza. Date cuenta de cómo avanzamos. El tiempo nos devora.

—Si lo dejamos.

—¿A qué te refieres?

—A que eres tú el que le das el poder, el que dejas que te esclavice. Puedes mirar las horas y temerlas. Sufrir al pensar en lo rápido que va todo o disfrutar de cada momento y, joder, si va a ser el último, ¿por qué no lo conviertes en algo increíble? Si desde que abres los ojos temes a la muerte y crees que te queda poco… Pues vive cada instante y que le den. Deja huella. Convierte cada día en uno especial y así no temerás irte. No sé.

Piensa que habrás hecho lo que te ha dado la gana y que habrás vivido

como has querido. En vez de meterte en tu caparazón, asustado, vive el doble, por el tiempo que se te escurre de las manos. Sueña más fuerte, vive más intensamente, esas cosas.

El otro se lo quedó mirando con cara de pasmo.

—Vivir cada día como si fuese el último —murmuró.

—¿Por qué no? Si queda poco para el final… qué mejor manera de afrontarlo.

—Nunca me lo había planteado de ese modo. ¿Tienes un reloj? —Cuesta asintió y se levantó la manga—. ¿Puedo? —le pidió con los dedos hacia él.

Se lo quitó y se lo entregó. El hombre lo miró como si fuese la primera vez que lo veía y poco a poco estiró los labios en una sonrisa sincera.

—¿Estás bien? —le preguntó Cuesta, preocupado.

—Creo que tienes razón. Voy a hacer que cada minuto cuente. En la película, la gente era capaz de lo que fuese por tener minutos extra, por robarle el tiempo a otros.

Pero me gusta tu visión, la de aprovechar lo que tenemos. Plantarle cara al tiempo.

Someterlo yo, en vez de él a mí.

—Puede que avance deprisa, ¿y qué? ¿Por qué temerlo? Las cosas acaban, todo tiene punto final. Todo. Y eso es bueno porque ayuda a apreciar más el viaje, si no supiésemos que un día será el último, ¿cómo disfrutaríamos del resto?

El hombre lanzó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, amigo.

Le devolvió el reloj y se giró hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A la tienda más cercana, a comprarme el mío. Nos vemos en el jardín, creo que voy a empezar a disfrutar de este fin de semana. Me llamo Antonio, por cierto. Bueno, Tony mejor.

—Cuesta.

—Ah, sí, el de las vaginas. Me acuerdo.

—Ese soy yo —ironizó.

El otro lo miró con pena.

—Déjame decirte que es una putada lo tuyo, macho. Espero que pueda ayudarte, de verdad. No me gustaría estar en tu piel.

Cuesta sonrió.

—Tranquilo. Creo que a mí también me está haciendo efecto el peculiar método de Expósito.

—Me alegra oírlo. —Parecía realmente contento cuando le sonrió. Se despidió con la mano y se alejó.

Cuesta salió al jardín, en el que ya estaban casi todos los pacientes sentados en círculo, con la psicóloga en el medio. Se hizo un hueco con el culo para quedar al lado de Lía, pese a las protestas de esta.

Le sonrió y ella levantó la barbilla.

—¿Me echabas de menos, cariño? —la picó.

—Ya te gustaría.

—Mentirosa. —Lía puso los ojos en blanco y resopló.

Antes del episodio del baño con el cronofóbico, Cuesta estaba a su lado también.

Meneó la cabeza recordando esa parte.

Su reto había consistido en ver un documental. En realidad, todos se enfrentaron a una película o a un documental, según su afección. Almudena Expósito repartió unos cascos a cada uno y les devolvió sus teléfonos.

Cuando Cuesta lo accionó, comprobó que tenía un mensaje de un número desconocido, que lo saludaba como: «Soy Almudena. Aquí tienes tu enlace». Pinchó y reprodujo el contenido, y durante los siguientes veinte minutos, se sumergió en un intenso documental sobre la Venus Atrapamoscas, una planta carnívora depredadora.

Cuando finalizó, vio que tenía otro vídeo esperándolo: *Monstruos del río: la piraña*.

«Piraña. Según la leyenda, el pez más feroz del mundo. Con afilados dientes como cuchillas, cazan en grupo (…)». Se apartó los auriculares, con los ojos en blanco.

Lía, sentada a su derecha, se inclinó sobre él y le susurró: —Más uno.

Durante un segundo, se quedó sin habla al contemplarla. Los ojos le brillaban de forma especial, traviesos. Motitas doradas resaltando ese marrón chocolate que lo enloquecía. Sintió una punzada en el pecho. Fijó la mirada en sus labios rosados y plenos, en cómo se abrían en una sonrisa resplandeciente. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no capturarlos.

Lo llamaban.

Lo tentaban.

Lo enloquecían.

Respiró hondo. Joder, podría contemplarla durante horas y no se cansaría. Podría emborracharse con su imagen, con esas quince pecas que resaltaban el puente de su nariz, tan encantadoras como ella, y jamás alcanzaría el hastío.

Podría perderse en ella. En esa mirada triunfadora durante semanas, meses y años.

¿Alguna vez se daría cuenta de que él respiraba cuando ella lo hacía? Era el aire que necesitaban sus pulmones.

Lía era su luz, sus sueños, su anhelo.

Durante años la había molestado con el único fin de que ella lo mirase, que se fijase en él aunque fuese para provocarlo, como ahora.

Cuesta la desafiaba porque era la única forma de captar su atención, y cada vez que ella triunfaba sobre él, se maravillaba con su expresión. Lía se moría por ir un paso por delante, por sacarle ventaja y dejarlo atrás. Lo que no sabía es que llevaba años consiguiéndolo.

Él siempre iba e iría detrás de ella. Queriéndola en silencio.

Carraspeó e intentó dejar de observarla embobado, pero era una tarea muy difícil, más cuando el maldito órgano del centro de su pecho insistía en acelerarse y desbocar sus pulsaciones.

Lía era demasiado peligrosa para su paz mental.

Carraspeó y fingió que estaba indignado:

—Te has chivado —la acusó.

Ella abrió los ojos con inocencia.

—Solo quiero ayudarte, Poli. Ya sabes que en la terapia de exposición tenemos que enfrentarnos a nuestros peores miedos.

Echó un vistazo a la pantalla de Lía.

—¿Y el tuyo es Julia Roberts?

—Compartimos fobia, idiota.

—Yo puedo ser tu Richard Gere, cariño. —Le guiñó un ojo, seductor. En clara referencia a la película que le había tocado, *Novia a la fuga*.

—Si tú me esperases al final del pasillo, yo sería la próxima ganadora del Mundial de Atletismo, Polidoro.

Él apretó los puños. Ella sonrió, pues sabía lo mucho que le repelía su nombre de pila.

—Eh, vosotros dos. A las pantallas —los regañó la psicóloga y rompió el momento.

Después de ver el maldito documental de pirañas, tuvo que describir ante el grupo lo que había sentido al contemplarlas. Y confesarles si, en su mente, la imagen se había transformado y lo había llevado hasta su problema.

Como tenía tantos ojos pendientes de lo que decía, movió la lengua y empezó a soltar una sarta de idioteces sobre cómo la Venus Atrapamoscas se parecía a las pesadillas que tenía y comparó esas plantas carnívoras con lo que experimentaba al mirar el sexo femenino.

—Lo sabía —exclamó con júbilo Expósito—. Por eso elegí esos vídeos para ti.

La mujer estaba tan complacida, que Cuesta le siguió el juego. Describió los labios femeninos con pequeños dientes afilados. Y el miedo que tenía a que lo castrasen.

Los presentes lo contemplaron con lástima.

Lía bufó. Estaba claro que no se creía ni una maldita palabra.

Sonrió divertido y regresó al presente cuando oyó su nombre. Lía le pegó un codazo para que prestase atención.

—Vamos a centrarnos en ti, querido —anunció la psicóloga con felicidad. Cuesta gimió interiormente. Vaya suerte la suya, la mujer parecía obsesionada.

Sacó una bolsa blanca de plástico y extrajo lo que parecía un cojín rosado circular.

Sonrió de una forma que le puso los pelos de punta.

—Esto es una vulva. —Movió esa cosa de un lado al otro—. Mirad, qué preciosidad.

Sé que ahora no puedes concebirlo, Cuesta, pero lo harás. Te lo prometo. Aquí arriba está el pubis, sabéis a lo que me refiero, ¿no? Donde están los peletes, vamos. ¿Preferís que los pinte?

—NO. —El grito le salió demasiado fuerte.

—Está bien, está bien. Supongo que podéis imaginarlos. Abajo está el ano, el agujerito del culete. Y si abrimos esta maravilla… —Para absoluto terror de Cuesta, ese engendro con forma de almohada dio paso a una apertura que se asemejaba a los labios.

En el centro, tenía algo rosado oscuro, rodeado de una especie de encaje rosa palo—.

Como veis, tenemos los labios externos y los internos. Y la puntillita es la puerta que abre a la vagina. El botón este —lo señaló— simula la uretra, que es la salida del conducto urinario. Y en esta pequeña telita fucsia, donde se juntan los labios internos,

tenemos el clítoris. ¿Qué pasa si metemos nuestra mano? —Lo hizo, por supuesto, y le dio la vuelta a ese demoníaco cojín—. Ahí está. La tela elástica. —La estiró—. Es el conducto elástico que forma la vagina. Hermoso, ¿verdad? Un regalo que tenemos las mujeres. ¿Qué quiero que hagas? —Se lo lanzó. Cuesta casi se cayó de espaldas al evitar el objeto—. Cógelo, vamos, sin miedo. Solo es un pequeño cojín de algodón y seda. Pero es tu cojín. Quiero que lo explores, sin miedo. Acaricia cada parte, introduce los dedos.

Y esta noche, duerme con él.

—¿¡Qué!?

Últimamente decía mucho esta palabra.

—Tú, puedes. Tú. Puedes. No tengo ninguna duda. Venga, todos, ayudadme.

Cuesta, has decidido ser valiente. Hoy, no mañana. Hoy. —Se puso en pie exaltada. Con el brazo alzado y el puño hacia el cielo, dio varios golpes, como si se pelease con el aire—. Gritémosle juntos: puedes. Puedes. ¡Puedes!

El grito unánime resonó en su cabeza.

Cuesta tragó saliva.

Lía lanzó una carcajada que se ganó una mirada indignada por parte de él.

—Tú puedes, cariño —le susurró ella muy divertida.

## CAPÍTULO 17

# La despedida

Cuesta se metió en el ascensor antes de que las puertas se cerrasen. Respiraba con dificultad y todavía se notaba las mejillas encendidas. Se disculpó con las tres chicas por la invasión y marcó el número cinco. Ellas estaban dos pisos más abajo, en el tercero.

La del pelo rosa comentó algo a sus amigas y las otras sonrieron, antes de seguir con su parloteo. Él se centró en respirar con normalidad. O se lo tomaba de otra forma, o este fin de semana perdía la cabeza. Mientras le daba vueltas a la última espeluznante escena que había vivido con la psicóloga, notó una insistente mirada sobre lo que sostenía en sus manos.

Tragó saliva, avergonzado, y levantó la cabeza antes de encogerse de hombros de forma graciosa.

—Es un cojín con forma de… Sí. —Ahora las tres lo observaban, perplejas, así que dijo lo primero que se le ocurrió—. Una broma de despedida —aseguró.

—¡Oh! —exclamó la rubia, y su sonrisa tensa se ensanchó.

—¿Eres el novio? —preguntó la del pelo rosa y provocó un suspiro soñador en la morena.

—Algo así.

—¿Vais a estar todo el fin de semana?

—¡Leo! Deja de acosarlo —la riñó la morena.

La de los mechones rosados, la tal Leo, le sacó la lengua.

—Te mueres por saberlo. —La morena enrojeció y la rubia soltó una risita baja.

—Hasta el domingo —contestó y no faltó a la verdad. Esa idea pareció contentarlas.

—Supongo que de fiesta, ¿no? —intervino la rubia. Él volvió a encogerse de hombros—. Bueno, no tendrás ni idea. Será sorpresa. Nosotras también nos quedaremos esos días, quizá nos veamos por aquí.

—Sí, supongo. —No le pasó por alto la mirada apreciativa que le dedicó.

—Córtate, Sonia. Que es su despedida.

Leo le dio un empujón amistoso en el hombro. La rubia, Sonia, según la había llamado, estiró los labios en una sonrisa lobuna y sus ojos brillaron.

—¿Sois muchos?

—Lo que mi amiga quiere saber es si hay solteros en tu grupo, por si tiene alguna oportunidad. —Leo cabeceó hacia la rubia.

—Idiota.

Sonrió al pensar en su variopinto grupo. Reflexionó por un momento para encontrar las palabras adecuadas.

—No lo creo.

—Oh, vaya. —Sonia pareció decepcionada—. Estáis todos cogidos —afirmó desolada.

—No, no es eso. Digamos que es una reunión distinta.

—¡Ah, joder! —Leo emitió una risita y murmuró una especie de explicación y las otras dos lo miraron con otros ojos—. ¡Es una despedida homosexual! Os lo dije en cuanto lo vi.

Él enmudeció.

—¡Pues ahora sí que me gustaría apuntarme! Tienes que decirnos por dónde vais a estar —le pidió la rubia.

La morena puso los ojos en blanco.

—Tía, que no te acoples.

—Mira que lo sabía. —Leo parecía pagada de sí misma—. Tengo un radar para estas cosas. A la primera lo he captado.

—No, no. Yo no… —Las tres lanzaron risitas por lo bajo justo cuando llegaron a su planta.

Cuesta volvió a intentarlo, pero la rubia se le adelantó.

—Soy Sonia, por cierto. Leo y Alejandra —. Señaló a sus amigas, la del pelo rosa y la morena.

Las puertas se abrieron.

—Cuesta.

Lo avasallaron con besos en la mejilla. Él movió los labios para sacarlas de su error, pero solo se le escapó un gemido horrorizado.

Parpadeó.

Boqueó.

Y gimió sonoramente.

Reconoció tras ellas una forma familiar y aterradora. Estaba de espaldas, pero la silueta era inconfundible, a no ser que sus sentidos le fallasen. Iba en bañador y portaba una enorme pamela.

Las otras tres, ya fuera del ascensor, lo miraban.

—¿¿¿Mamá??? —exclamó con la voz demasiado aguda.

La mujer del pareo se dio la vuelta y le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Poli!

Antes de que las puertas se cerrasen y se elevase hacia su planta, oyó cómo Leo exclamaba: —Qué mono. Se ha traído a su madre a la despedida.

Cuesta se dejó caer hacia el suelo, derrotado.



Lía sonrió de forma perversa al salir de la tienda. Se había escapado en el descanso que tenían antes de la comida para ir comprar una cosa especial, destinada a desenmascarar al mentiroso. Sabía que él se encontraba en el *spa*, así que fue ahí adonde se dirigió.

Cuesta necesitaba aclarar sus ideas, fundirlas en agua caliente y sí, escapar de su retorcida madre antes de que lo apresara. La suerte estaba de su lado porque no había nadie en el *jacuzzi,* así que se permitió relajarse y cerrar los ojos.

Oyó un chapoteo y maldijo entre dientes a quien había invadido esos momentos de pura paz. Abrió apenas un ojo y el otro le siguió.

Jadeó con sorpresa y placer.

—¿Lía?

Ella iba de rojo, con esa cosa hecha para pecar. No se había puesto el gorrito, como él, que tenía que tener una pinta horrorosa. Se echó el pelo a un lado y él fijó los ojos en esos labios carmesí. Ella le sonrió y se acercó muy despacio hacia donde estaba.

Él no podía apartar la mirada, los separaban escasos centímetros.

—Espero que no te importe, Cuestita —ronroneó.

—Yo… —Era pura gelatina, a un paso de derretirse.

Tragó saliva.

—No quisiera incomodarte… Por lo de tu problema, ya sabes. —Se mordió el labio y él no pudo apartar la mirada. Fijó la vista en esos dientes blancos deseando que fuesen los suyos los que mordiesen la carnosa boca. Que su lengua hurgase dentro y se acompasase con la de ella.

¡Joder! ¿Alguien había subido el termostato?

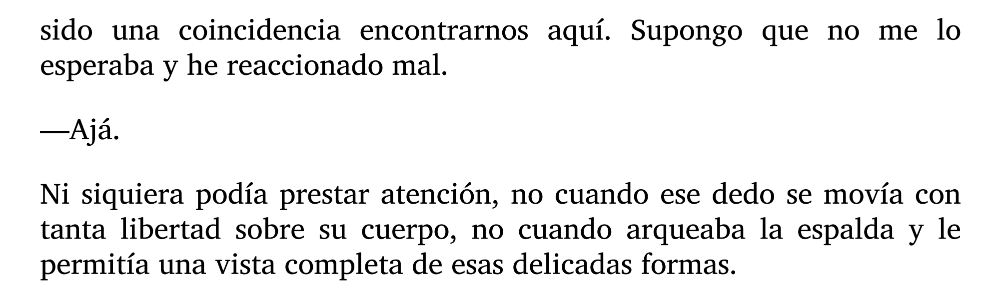
Con una risita demoníaca, ella se alejó para ponerse enfrente. Se aupó y se sentó en el borde. Cuesta seguía embobado, pendiente de sus movimientos.

Lía abrió de golpe las piernas, él gimió.

—He estado pensando, Poli.

—¿S… Sí?

—Y quiero disculparme contigo. Se puso una mano en el pecho. —Él miró esos dedos tan cerca de… Joder, ¡joder!, los pezones punzaron contra la tela. Notó cómo ardía todo su cuerpo. Lo estaba matando—. He sido una insensible. Está claro que tienes un problema y que ha


sido una coincidencia encontrarnos aquí. Supongo que no me lo esperaba y he reaccionado mal.

—Ajá.

Ni siquiera podía prestar atención, no cuando ese dedo se movía con tanta libertad sobre su cuerpo, no cuando arqueaba la espalda y le permitía una vista completa de esas delicadas formas.

¡Iba a perder la cabeza! Sintió un sudor frío por la sien.

—Creo que esto es bueno. Una señal. Quizá podamos enterrar el hacha de guerra,

¿no crees?

—Ajá… —Ni la oía. Solo veía esa mano danzando con lentitud.

—Nos conocemos desde hace muchísimo y me gustaría ayudarte. Me preocupo por ti, aunque no lo creas.

El dedo bajaba, ya traspasaba el ombligo. Estaba tan cerca de la tela...

—Gra… gracias —le contestó por inercia, parecía lo adecuado. Seguía observando la uña que jugueteaba con el borde del biquini inferior.

Lía ocultó una sonrisa al apreciar su confusión.

—Ven. Acércate.

Lo hizo, como atraído por el canto de una sirena. Se paró a mitad.

—Más, venga. Que hay confianza.

Las burbujas le cosquilleaban el cuerpo. Ahora estaban muy próximos, demasiado.

—La terapia de exposición tendría que ser práctica, ¿no crees?

—Umm.

—Digo, ese cojín no va a conseguir nada. Pero… quizá si te enfrentas a tu miedo.

Cara a cara. Estoy dispuesta a ser tu conejillo de indias, Poli. —Su dedo jugueteó. Ahí.

En el centro. Dio un toquecito.

Cuesta agrandó los ojos.

Ella deslizó la uña y toqueteó la costura a la altura de la ingle, casi apartándola. Se asomó un poco de piel.

Él jadeó de forma sonora.

—Cierra los ojos, da un paso más. Ven —le ordenó. Se inclinó y su boca quedó cerca de uno de sus pezones, quiso morderlo. Se moría por hacerlo, pero ella fue veloz. Ató un pañuelo sobre sus ojos y lo sumió en la oscuridad. Todos sus sentidos se encendieron a la vez—. Quiero que toques, que acaricies. Es la única forma.

—Sííí —resolló.

—Mete el dedo. Palpa la humedad. Cúrate, Cuesta. Cúrate así, quiero que lo hagas.

No sabes cuánto lo deseo, cuánto he esperado esto. —Su bendita voz, ronca y seductora, lo arrastró como las olas del mar.

No veía nada bajo la seda de sus ojos, así que siguió sus indicaciones.

—Voy a abrir el interior para ti. Todo para ti, cariño. Toca, toca sin miedo.

La punta de su pene golpeó contra el bañador, estaba tan duro que le dolía.

Extendió el índice y palpó sus labios externos. Estaban algo fríos, pero también muy húmedos.

Se le escapó un gemido. Metió el dedo.

Olía fuerte, como a… pescado. Notaba la humedad, su terso interior. Jugueteó con la yema para acariciarla. Dio unos toquecitos.

¡Dios! Qué húmeda.

Se le escapó una gotita. Sabía que si se rozaba, si ella lo tocaba, estallaría. Sonrió con gusto y se mordió el labio para no gemir con fuerza. Era una locura lo que estaban haciendo, podrían descubrirlos; no le importaba. A estas alturas que lo viese quien fuese, sentir a Lía, tenerla así… Solo podía pensar en eso.

—¡POLIDORO CUESTA SEGURA! —La voz de su madre tronó por el *spa*. Él se echó hacia atrás de un salto, separándose del centro de Lía. Se quitó el pañuelo con un solo movimiento. Su madre lo miraba, aterrada; a su lado estaba su tía, también espantada. Su hermana, al lado de esta, blanca. Lía le sonreía. Un momento, ¿Lía? ¡Lía!

¿Cómo demonios se había levantado tan rápido?—. De todas las cosas inéditas que te he visto hacer… No sabría ni calificar... —Se tapó la cara con la mano—. Creo que tendré pesadillas. ¿¡Qué se supone qué hacías!?

—Yo diría que estaba masturbando a un pez —susurró su hermana, atónita.

Él desplazó la vista hacia el húmedo molusco con forma de centro femenino, abierto por la boca. Se descompuso. Luego frunció el entrecejo y achicó los ojos, furioso.

—No es una piraña, pero… —pronunció Lía antes de que una carcajada la sacudiese de arriba abajo y la cortase. Se rio sin parar.

Él apretó los puños y juró venganza.

Su madre se estaba dando aire con la mano, mientras su hermana y su tía la ayudaban.

Cuando Lía dejó de sostenerse el estómago, le guiñó un ojo y sus labios se movieron para decir: —Más uno.

CAPÍTULO 18

# La sauna

Lía se refugió en la sauna antes de subir a su habitación para darse un baño y acudir a la comida. Seguía con una sonrisa en los labios por la escena del molusco. Pasasen los años que pasasen, jamás olvidaría la expresión atónita de Cuesta.

Nunca.

Los ojos de él echaban chispas y la mirada asesina que le lanzó prometía venganza.

Su «más uno» estaba cerca. Sin embargo, no la aterraba, qué va. Lejos de eso, deseaba con gusto ver la nueva jugada que él presentaría. Ni siquiera quiso reflexionar sobre lo que sentía. Ese fuego que corría por sus venas como siempre, desde hacía años.

«Porque te hace estar viva», le recordó la maldita voz entrometida de su interior.

Otro punto y aparte era Maite y su séquito. Ni qué decir de lo mucho que había alucinado al verlas a su lado. No obstante, salvo una mirada de «no te librarás de esta, hablaremos más tarde», y la de contestación de su mejor amiga que parecía decir:

«Conoces a mi madre. Ahí tienes tu respuesta», lo había dejado estar. Por el momento.

Tampoco le dio vueltas a lo poco que estaba pensando en Sebastián. Se suponía que había venido a la terapia por él, para darle una oportunidad, para permitir que lo suyo se pusiese serio antes de que sus pies sintiesen la imperiosa necesidad de echar a correr.

Pero el dichoso Cuesta lo había estropeado todo. Desde que había aparecido, su mente volaba lejos, y solo podía pensar en él, en su partida de ajedrez comenzada hace años y en el siguiente movimiento que realizaría.

Cerró los ojos y vio su cara.

Era guapo el maldito. Por un instante, cuando toqueteaba el pescado, se fijó en sus labios, en esos gemidos que soltaba.

Sabía que era por ella.

Lía no podía permitirse esa ronda de pensamientos, los que se prohibía desde hacía años. Intentó alejar su mente, pero la muy estúpida no atendía a razones. Vio su sonrisa

pícara, sus ojos encendidos. Su furia por la jugarreta y sintió una leve punzada en su interior. Su boca… Todavía la recordaba. Caliente sobre la de ella, con la lengua húmeda jugando, buscando y provocándola.

Cerró los ojos.

Él apareció ante ella. ¿Cómo había entrado?

—Así que te gusta jugar. Pues juguemos, cariño —ronroneó, mientras la acariciaba por el cuello.

Lía no podía emitir ninguna palabra, notó cómo los pezones punzaban sobre la tela, sensibles. Se mordió el labio. Arqueó su cuerpo cuando los pulgares de él juguetearon con ella. Gimió.

Hacía calor. Su cuerpo desprendía una llama que nada tenía que ver con la alta temperatura. Tuvo que reconocerlo: la jodida adrenalina.

Se dejó vencer y se entregó a esas caricias. Su lengua trazó un largo trayecto por su ombligo mientras notaba un suave pellizco en ambos pechos. Sollozó de placer.

Él seguía con su boca, con un reguero de besos. Notaba su aliento muy abajo. La mano apartó con suavidad la braguita del biquini y la tentó.

¿Sería esta su venganza? ¿Seducirla? No le importaba. Solo quería que siguiese, que no parase. Apretó con fuerza los párpados.

La yema acarició su dulce botón. Lía se erizó. Se dejó vencer y se entregó al placer que le daba. Solo veía su rostro, y por más que quiso conjurar el de Sebastián, no pudo.

Fue él, solo él, quien la llevó a la locura. Cabello dorado, sonrisa pícara. Labios gruesos, ojos castaños. Seductores, traviesos. Esa mirada sedienta de ella.

Lía estaba tan excitada, que el pulso se le desbocó.

—Voy a saborearte. —No hablaba de su boca, lo sabía. Ella levantó la espalda, arqueó las caderas hacia él, dándole permiso. ¡Dios! Lo necesitaba. Sus pezones volvieron a punzar contra la tela. Se derritió

ante su mirada, con la piel tensada, palpitante para él.

La cabeza de Lía se vació de todo pensamiento. Solo estaba él, ella, y esa mano cruel que intentaba arrastrarla hacia la locura. Tembló, y no de miedo cuando sus dedos

encontraron su interior. Primero uno, el índice. Luego el corazón. Penetrándola, una y otra vez, desde el interior hasta el núcleo. Ella engarrotó los dedos de los pies, no podía pensar en nada coherente, solo en él, en él. Y en lo que le hacía. Toqueteó de nuevo su manojo de nervios y se estremeció.

—Vas a pagar la deuda, Lía. Por lo que has hecho.

—Sí, ¡sí! —susurró ahogada.

—Córrete. Hazlo para mí.

Presionó más fuerte con dedos hábiles, sabía cómo lo quería, lo que necesitaba y no dudó en dárselo. Ella lloriqueó.

—Más fuerte —le suplicó.

Lía se soltó y dejó que cayese su orgullo. Esos dedos… esa sonrisa… esa mirada hambrienta. Él gruñó mientras entraba con un movimiento rítmico: dentro y fuera, dentro y fuera, dentro y fuera... Se arqueó y se mordió con fuerza el labio para evitar el chillido cuando el orgasmo la alcanzó, devastándola. Sus extremidades se aflojaron y la vaciaron, quedó temblorosa, saciada. Lanzó un suspiro y la imagen de ese rostro pícaro desapareció, se desvaneció.

¿¡Qué!?

Abrió los ojos.

Seguía sola. Encerrada en la sauna. Bajó la vista. Era su mano la que estaba perdida entre sus braguitas. Soltó el aire, ruborizada y aterrada a partes iguales. No, no, no. Él no.

Mierda.

Joder.

No tenía que haber pasado esto. No tenía que haber tenido esta fantasía. Le echó la culpa a Cuesta por alterarla, por confundirla. Por volver a meterse en su vida. Luego se mintió, que era lo que mejor se le daba. Se intentó convencer de que había pensado en Sebastián. En

que era él quien la tocaba, quien la había puesto así. Por el que había ido a ese lugar.

Por él.

Solo por él.

«Mentirosa», le reprochó esa voz endemoniada suya.

Tenía la cara encendida de vergüenza. En ese momento se abrió la puerta y entró una chica, le sonaba de la terapia. Se sentó en un banquito inferior, no parecía haber reparado en su presencia o, simplemente, la ignoró.

El corazón de Lía latía deprisa. Estaban en sumo silencio y ella solo podía oír los latidos que salían de su pecho, se preguntó si la otra también los sentía.

Intentó moverse, pero su cuerpo no respondió. Seguía paralizada por lo que había hecho. Maldito, maldito Cuesta. Casi podía sentir su sonrisa sobre ella y un susurro con el odioso: «Más uno». Se la había devuelto sin saberlo.

Emitió un sonidito estrangulado que captó la atención de la chica. La pobre chilló asustada. Lía comenzó a sudar el triple. Se puso nerviosa y, para romper el hielo, soltó lo primero que se le ocurrió.

—Qué calor hace, ¿verdad? Me arde la cara. —La otra fijó la vista en sus mejillas y su mirada se tornó vidriosa—. Por otra parte, es lo normal, claro. Aquí en una sauna. Tú también. Estás roja, sí. Como un tomate.

La chica agrandó los ojos, se llevó una mano a la garganta y pareció sumamente aterrorizada. Se tapó la cara y respiró con dificultad. Su pecho subía y bajaba.

Lía soltó un taco al tiempo que recordaba cuál era su miedo: eritrofobia. Terror a enrojecer delante de otra persona.

## CAPÍTULO 19

# Eritrofobia

La pobre chica estaba fuera de sí. Lía se había arrodillado delante de ella e intentaba que se destapase el rostro, oculto por sus manos. No sabía qué hacer y no quería dejarla sola por los aspavientos que soltaba. Le daba miedo que le diese algo. Para colmo de males, la maldita puerta se había atrancado y no se acercaba nadie para abrirles desde fuera.

—Venga, respira. Tranquila. No pasa nada. Tranquila.

La otra intentó seguir las instrucciones, pero seguía más tensa que las cuerdas de un violín desafinado.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? Dime, por favor. Me… ¿me doy la vuelta? —La morena movió la cabeza casi de forma imperceptible, pero en un claro gesto afirmativo, así que Lía lo hizo.

—No me mires —susurró sin apenas voz—. Por favor.

—Vale. Seguiré dándote la espalda hasta que nos abran.

Oyó un ruidito que supuso que era su aceptación.

—Lo siento —se disculpó Lía—. No pretendía… Lo siento —volvió a repetir—. Sé, sé lo que se siente. El miedo, la angustia. El pulso acelerado, la asfixia. Es horrible, te paraliza. He ido a muchísimas terapias, a psicólogos y sigo igual. No sé qué está roto en mí. —Hizo una larga pausa. Sin embargo, siguió hablando. Era como si no pudiese parar después de haber empezado—. Cada vez que las cosas se ponen serias con alguien, huyo. Quizá es más fácil ese camino. Irme antes de que me hagan daño. Antes de que alguien derribe mis escudos. Por eso no tengo relaciones de verdad y me alejo de los buenos tíos. Me invento mil excusas para acabar con los inadecuados o echo a correr cuando la cosa se pone seria. Es mejor que lo haga yo primero, así duele menos. Me aseguro de que no sea duradero, sin sentimientos de por medio. No he permitido que nadie traspase mis barreras desde hace tiempo, pero me he cansado de correr. Puede que por eso esté aquí, porque estoy realmente cansada de no sentir. —Su voz se apagó, tragó para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Ni siquiera era consciente de cuándo esa lágrima odiosa se había deslizado por su rostro.

La cara sonriente de Cuesta acudió a su mente, lo alejó con un

movimiento de cabeza. Se odió por pensar en él y por soltarle todo ese rollo a la desconocida.

La otra se mantuvo en silencio durante un rato.

—Fue en el instituto —confesó la chica—. Sé que empezó ese día. —Casi no la oía de lo bajito que hablaba—. Manché una silla. No me di cuenta. Al acabar la clase y levantarme, un compañero lo vio. La sangre. Se rio. Todos se rieron. La vergüenza… Me abrumó. Tenía la cara ardiendo, coloradísima y ellos… Ellos se burlaron más. Desde ese día, cada vez que me acaloraba, mencionaban lo de la mancha. Me lo recordaron durante días, semanas, meses y años. No podían olvidarlo, yo tampoco. Poco a poco fue a más. Hizo que me refugiase en mí misma, que me alejase de la gente. También he ido a expertos de todo tipo y nada. Mejoro algo y vuelvo a lo mismo. No tengo amigos, no tengo relaciones sociales. Nada. Soy incapaz de hablar con la gente. He perdido trabajos a las horas de encontrarlos. Estoy sola. Soy un puto desastre. —Se le quebró la voz.

—Conmigo lo estás haciendo —le señaló Lía, sin darse la vuelta—. Hablar.

—Nadie entiende esto.

—Yo sí, yo te entiendo —le aseguró con firmeza.

—Siempre me he sentido como la rarita. La gente se ríe cuando se entera de lo que me pasa. —Soltó una risa amarga—. Y los comprendo. ¿Avergonzarse de sufrir vergüenza? ¿Paralizarse por enrojecer?

—Que les den —soltó Lía sin pensar. Se mordió el labio por temor a haberla cagado, pero la chica rio por lo bajo.

—Ojalá. —Bajó otro tono—. Mi familia ha perdido la esperanza. Antes lo intentaban, ahora me han dejado por imposible. A veces creo que piensan que no quiero poner de mi parte. Que en el fondo me gusta ser así. Mi madre me ha acusado muchas veces de ser demasiado floja, de no querer mejorar. Sé que soy un desastre, que se avergüenzan. Vivo con ellos porque a mis veintisiete años soy incapaz de retener ni un empleo temporal. —Lloró—. A veces siento que he perdido mi voz, escondida en mí misma.

A Lía se le encogió el corazón por ella.

—Pues es una pena. —Se atrevió a mirarla. Ya no tenía las manos en

el rostro, aguardaba con ojos húmedos a que la condenase, pudo vérselo en la cara—. Porque es preciosa.

La chica le sonrió.

—Me llamo Marta.

—Lía. ¿Sabes otra cosa, Marta? Estás preciosa cuando te sonrojas. —La chica lo hizo y antes de que se tapase la cara, Lía agarró sus dedos—. Ves, preciosa —le aseguró—.

Creo que este sitio, encontrar personas que compartan nuestros miedos y complejos, es bueno. Entre raritos nos entendemos —bromeó.

—Gente afín.

—Quién sabe, quizá hasta algún que otro amigo.

Marta se iluminó, dichosa.

—Me parece que esta es la conversación más larga que he mantenido en años.

—Entonces la terapia funciona. O lo hacemos nosotras.

—Es cosa del método.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Lía, confusa.

—Socializar. Da la casualidad de que la doctora me ha animado a venir a la sauna, me ha prometido que a esta hora no habría nadie. Cuando he entrado no te he visto por eso. Hasta que has hablado.

—Y luego la puerta estaba trabada —continuó Lía, pensativa. Sonrió. Se acercó a la madera y volvió a empujarla, cedió.

—Somos libres.

Las chicas se miraron y sonrieron.

—Estaba pensando… —se aventuró Lía.

—¿Sí?

—Pues que si no puedes trabajar cara a la gente, ¿por qué no pruebas algo diferente? Teletrabajo o… radio. De verdad te lo digo, tienes voz de locutora.

Marta se rio.

—Me saqué el título de Psicología por la UNED, a distancia, desde casa, ya sabes.

Quería… Buscaba una salida a lo mío.

—Podrías ayudar a otros, también desde la distancia.

La chica pareció sopesar las palabras. Sonrió y algo brilló en sus ojos, algo como la esperanza.

—Podría.

Expósito se ocultó un poco más y dejó que las jóvenes pasasen por su lado mientras se sumergía en las sombras. Ellas reían y Marta permitió que Lía la enganchase por el brazo y se acercase a su oreja, con complicidad.

La doctora sonrió, abrió su libreta y buscó sus apuntes sobre Marta Sansó. Entre las observaciones que había anotado destacaban tres:

1. Exposición con prevención de respuesta.

2. Regular las emociones relacionadas con las interacciones sociales.

3. Ganar seguridad y confianza.

Debajo de la primera colocó un apunte: «La paciente se ha expuesto a una situación social con resultado positivo. Ha logrado destaparse el rostro y ha interactuado satisfactoriamente con otra compañera de terapia». En la tercera remarcó: «Y

reforzarlas». Subrayó la palabra varias veces.

## CAPÍTULO 20

**Al compás, al compás. Todas juntas, al compás**

Las tres mujeres tragaron saliva al compás. Él seguía de pie frente a ellas, de brazos cruzados, y terminando la perorata sobre el porqué no

deberían meterse en sus asuntos nunca más. Repasó varias situaciones a lo largo de su vida y las fue mencionando una a una. En especial a su madre, quien tendía a husmear en sus cosas más que el resto.

—Por consiguiente, considero que deberíais recoger ahora mismo e iros. ¿Estamos de acuerdo? —finalizó.

—Poli, cariño. Llevo un rato dándole vueltas.

—Me alegro, mamá. Por fin nos entendemos.

—¿Tú no sabrás lo que ponen en el menú de hoy, verdad? Es que no he conseguido que nadie me lo diga. Chico, parece secreto de estado.

Cuesta parpadeó.

—¿Qué?

—El menú, Poli. El menú. Céntrate, que queda menos de una hora. Sabes que me gusta ir preparada.

—¿¿Pero tú has oído alguna palabra de lo que acabo de decir??

—Ah, no. Desconecté al principio. Estaba dándole vueltas a lo de la manicura, la que me quiero hacer. Sopesando si añadirle alguna florecilla o no. Merce, he visto una oferta. —Se besó el índice y el pulgar—. Creo que deberíamos aprovecharla. —Se tocó los mechones que escapaban de la pamela y sonrió—. Igual me hago también las trencitas esas que anunciaban.

Cuesta levantó los brazos al cielo y soltó un graznido de pura desesperación. Ella se tapó los oídos y lo miró con espanto.

—Por Dios, hijo. Que pareces un ganso afónico.



—¿No pensáis marcharos? —las increpó.

—Pues sí.

—Menos mal.

Su madre consultó su reloj deportivo con una amplia sonrisa y se puso en pie.

Cuesta dejó escapar el aire contenido. Había sido más fácil de lo

esperado. Se permitió hasta una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Al masaje, que tengo hora en tres minutos.

Parpadeó de nuevo. Demasiado fácil.

María Rosa se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla.

—Nos vemos luego, cariño. —Echó un vistazo al pescado que reposaba sobre una de las hamacas del *spa* e hizo una mueca—. María Teresa, tira eso antes de que a tu hermano le entre otro arrebato.

—¡Mamá! —protestó Cuesta con los ojos de par en par.

A Paco le gustaba el puesto que le habían asignado. Masajes. Siempre se le había dado bien, tenía unos dedos mágicos, de esos que saben hurgar, tensar y aliviar para conseguir el desahogo.

Hace años hizo un curso que no le sirvió de mucho, o quizá sí; quizá, sin saberlo, estaba predestinado a este momento. A este trabajo y a este instante. Todavía no se había planteado cómo abordar a su amigo, pero ya vería después. Ahora estaba concentrado en su primera clienta.

Enchufó la música ambiente y se puso la bata. Le habían explicado dónde estaban los aceites, así que se coló en el pequeño cuartito al tiempo que oía cómo la de recepción acompañaba a la mujer y le daba las indicaciones.

Aguardó unos minutos para que se instalase cómodamente y disminuyó el volumen de la música, antes de darse paso a la habitación.

La mujer se había desprendido de la parte superior, tenía el rostro encajado en el agujero de la camilla y una sábana blanca cubría su trasero y piernas. Paco consultó la ficha y vio que le tocaba un masaje relajante.

Llevaba una peluca, pero no pudo ponerse la barba falsa porque al parecer estaba prohibida en el recinto por algo de la terapia, así que fingió que se afeitaba y se la quitó.

Seguía con su acento impostado, eso sí.

—Bueno, mi reina. Relájese y disfrute. Es tiempo de liberación. Usted

sienta, siéntalo *todito*.

—Umm.

Paco cogió el aceite y volvió a impregnar sus manos. No se acordaba mucho de todos los pasos, pero se dejó llevar por la intuición y por la música que salía del altavoz, siguiendo el ritmo que marcaba con los dedos. No sería difícil; después de todo, era solo un masaje para relajarla.

La tocó con suavidad, de arriba abajo. Deslizando las yemas por la tersa piel.

—Ohhh.

—Sígale. Disfrute. —Frunció el ceño porque había sonado más mejicano que colombiano, pero ella no pareció percatarse.

—¡Oooh!

La tocó con más ahínco, con movimientos circulares del pulgar desde la cintura hasta el cuello.

—Aaaah. Ahhh. Qué gusto, qué manos.

— *Todititas pa'* usted.

—Sigue… Sí, oh, sí. Sigueeee.

—Démelo todo, mi reina. No se lo guarde.

Sonrió ante el ímpetu de la mujer. Se meció. La música impregnaba sus sentidos.

Eran uno solo. Ella soltó gemiditos, él la siguió. La tocó con los nudillos apretando aquí y allá, y pareció gustarle.

—¡Sííí! Sí. Sigue… Oh. Sigue.

Él levantó los ojos, asustado de su vehemencia. Le dio golpes con las palmas cuando la música ambiente desarrolló un ritmo de timbales. Él se sumergió en ella y la siguió sobre la espalda de la mujer. Pam pam, pam pam, pam pam. Era un tambor. Era un águila que volaba en los cielos. Era melodía. Saltó de un pie al otro. Echó la cabeza hacia atrás, movió los hombros, rugió y meneó el pelo de forma salvaje. Se metió de lleno en su papel, tarareando, sobándole la espalda.

—Déjese llevar, reina. Déjese. No se corte.

—Qué manos, qué dedos, chico. ¡Por la Virgen de los Desamparados! Es gloria bendita.

—No, señora, nada de vírgenes. Es Braulio, a su servicio.

La música subió un tono y él dio nuevos saltitos mientas se venía arriba y volcaba sobre la espalda de la mujer un chorro de aceite. Sus dedos la amasaron como se amasa la harina para hacer pan.

La mujer gimió.

Gritó.

Él la siguió sin parar de mover las caderas en una danza tribal. Ella giró la cabeza y sus miradas se encontraron, antes de desencajar la barbilla y abrir de hito en hito los ojos.

Chilló.

Él también, más fuerte.

—¿¿¿Paco???

—¡¡María Rosa!! —se atragantó. Perdió el fingido acento y su tono se agudizó con horror.

La mujer se dio la vuelta, escandalizada, sin acordarse de que sus pequeñas protuberancias clamaban en libertad. Pechos al aire. Paco deslizó la mirada hacia abajo.

La madre de su mejor amigo lanzó un rugido.

Él se encogió.

## CAPÍTULO 21

# Corre como el viento

Cuesta apretó el botón y aumentó la velocidad de la cinta de correr, necesitaba quemar energía, enfado y esas ganas locas de buscar revancha. Lo resistiría. Es lo que haría su antiguo yo, el que Lía parecía repeler. Estaba en ese endemoniado problema por ella, para demostrarle su amor y su intención de ir en serio.

Iba a conquistarla, seducirla y enamorarla. Cómo lograría ese misterioso milagro era otra incógnita que dejaría para más adelante. Los problemas de uno en uno. El primero, deshacerse de sus familiares. No. El primero era quemar en esa cinta. Quemar las ganas que tenía de Lía. Quemar esa imagen que no podía quitarse de la cabeza. Esos labios rojos, exquisitos, perturbadores. Esa sonrisa maliciosa que lo volvía loco. Ese biquini que estaba hecho para pecar. El dedo, vagando sin control por su piel. Y el toquecito en el centro.

El condenado toque.

Ahí. Justo donde él quería poner su lengua.

¡Maldición! Se dio más potencia.

Sudaba tanto que se quitó la camiseta para secarse las gotas que le caían por la cara.

Se la colocó detrás del cuello y siguió corriendo un poco más.

Tenía la boca seca. Por el deporte y por ella. Agua, necesitaba agua. Echó la cabeza hacia atrás mientras sus piernas continuaban en movimiento. Vio la máquina expendedora en la parte de fuera, la de la recepción que comunicaba con el *spa*, el pequeño gimnasio y la zona de masaje.

Cortó en seco la carrera y bajó, directo a sacar algo de beber. Agarró la camiseta de nuevo para limpiarse justo cuando alguien chocó contra él, derribándolo. Cayeron al suelo en un revoltijo de extremidades entrelazadas.

Su asaltante estaba encima, a horcajadas. Cuesta soltó un taco por el golpe y se masajeó la nuca golpeada. Su mirada malhumorada se agrandó con pasmo al observarlo.

—¿¿Paco?? ¿¡Qué cojones haces tú también aquí!? —El otro parecía

aterrado. Su rostro ceniciento adquirió un tono verdoso. Echó la cabeza hacia atrás con una mueca, como si temiese encontrarse con alguien o como si huyese de algo fantasmal.

Estiró los labios en un intento de sonrisa.

—¡Sorpresa!

—Voy a arrancarte la cabeza como no te expliques —le ladró.

Paco se encogió de hombros.

—No podía dejar tirado a mi colega. Me necesitas, tío. Estoy aquí para ofrecerte mi ayuda.

Cuesta se tapó la cara al tiempo que soltaba un quejido lastimoso y maldecía su mala suerte y a las personas que lo rodeaban. ¿Podía salir peor el jodido día?

Paco, que tenía las palmas extendidas sobre su torso, y seguía inclinado sobre él, palpó sus pectorales y frunció el entrecejo. Un olor dulzón, proveniente de sus manos pringosas, ascendió hasta sus fosas nasales y se mezcló con el que desprendía Cuesta, propio de su sudor.

—¿Desde cuándo tienes estos músculos? Joder, tío, estás mazado. —Sonó a acusación. Y le pellizcó un pezón. Cuesta le arreó un coscorrón.

Paco era un fiel defensor de los *fofisanos*, como él. Decía que su *sex appeal* residía en parecer natural. El hombre de a pie.

Cuesta movió la boca para soltar una ácida réplica cuando oyó unas risitas que provenían de detrás de ellos. Giró el rostro en un movimiento nada cómodo e hizo una mueca de pesar. Ahí estaban las tres chicas del ascensor, mirándolos con ternura.

—Son monísimos, ¿verdad? —La morena asintió y Leo, la del pelo rosa, parpadeó con una sonrisa.

—Y no se pueden quitar las manos de encima —añadió la rubia. ¿Se llamaba Sonia?

La morena suspiró con una sonrisa y sus amigas la imitaron. El rostro de Paco estaba encendido y mostraba una expresión felina, que se veía ridícula con esa peluca pelirroja torcida que llevaba sobre su cabeza.

—Señoritas. —Les guiñó un ojo seductor.

Ellas rieron.

Cuesta resopló, antes de darle un manotazo a su amigo para que se bajase de su cuerpo.

—Quita de encima, idiota.

Expósito contempló la escena con mirada escrutadora; se aseguró de seguir oculta en uno de los pasillos. Observó a su paciente con atención. Con un dedo, elevó por su nariz las enormes gafas, y entrecerró los ojos. Abrió su libreta y asintió, pensativa. Repasó las últimas anotaciones:

«El sujeto mantiene un tacto apreciativo con un molusco por iniciativa de otra de las pacientes. Ella no es reacia a su presencia. Se conocen. El rostro de él muestra signos de aceptación y de placer. Los gemidos pueden indicar un signo de apetencia sexual reprimida».

Apuntó nuevos comentarios junto a lo anterior:

«¡Alarma! La experiencia marina anterior produce un retroceso en el sujeto colpofóbico, temprana exposición. El paciente intenta otro tipo de interacción.

Proximidad hacia su mismo sexo. ¿Apetencia sexual hacia el macho pelirrojo?

¿Inclinaciones ocultas y no reconocidas? ¿O es este otro intento de escapar del problema? Observar atentamente. Seguir con los estímulos. Pasar al plan B».

CAPÍTULO 22

## Miéntete, miénteme o miéntele

—Te estaba esperando.

María Teresa soltó un gritito mientras se llevaba la mano al corazón. Reclinada contra la pared, estaba su mejor amiga, de brazos cruzados y con una expresión aburrida en el rostro. Alzó las manos en señal de rendición e intentó camelársela con una sonrisa. La conocía bien, tras esa desidia fingida estaba furiosa. Unas motitas doradas brillaban en sus ojos a modo de señal.

—Puedo explicarlo.

—Eso espero.

—Es muy fácil, todo este lío tiene nombre y apellidos: María Rosa Segura Núñez.

—¿Qué estáis haciendo aquí, tía? Te conté de qué se trataba, por qué venía y lo importante que es para mí. —Maite sintió una punzada de culpabilidad y ese órgano dichoso del pecho se saltó un latido.

—Lo sé y lo siento. Créeme que he intentado frenarlas, pero te juro que es más sencillo parar un desastre natural que a esas dos.

—Tres. ¿Qué pinta tu hermano? ¿Es otra de sus bromas? ¿Una forma perversa de fastidiarme de nuevo? Esto no es un juego para mí, de verdad que necesito superar lo que me pasa. ¿Por qué lo ayudas? Eras la única que sabía dónde iba. No sé qué se trae entre manos, pero no entiendo cómo puedes ayudarlo. Sabes que esto me ha destrozado la vida, que me paraliza. Tengo un problema, un problema de verdad. ¿Por qué, Mai?

¿Por qué lo apoyas? —Esta vez el precioso rostro de Lía no mostraba ni una pizca de humor, estaba enfadada y dolida a partes iguales. Maite se sintió fatal.

—No, Lía. No es eso.

—Siento que es mi última oportunidad.

Lo dijo con tal angustia, que la maldita culpabilidad se acrecentó. Era la peor de las amigas, ahí estaba ella, con casi toda su familia al completo inmiscuyéndose en la vida de Lía sin derecho. ¿Qué clase de persona era?

Su amiga había confiado en ella, le había confesado sus temores y miedos, y Maite se había metido por medio. Sus intenciones eran buenas, solo quería ayudar al pelmazo de su mellizo a encontrar un final feliz, ya que él no parecía dispuesto a hallarlo.

Siempre hacía todo al revés cuando se trataba de Lía y se hundía más en el fango.

Sabía cuánto la quería, sabía que había sido así desde siempre. Que ambos fingían detestarse cuando la realidad era otra. Veía las miradas robadas, los gestos crispados cuando habían terceros de por medio, y

esa tensión que los rodeaba cuando estaban juntos. Saltaban chispas y los únicos que no parecían percatarse eran ellos. Camuflaban sus verdaderos sentimientos con bromas, discusiones tontas o pinchándose, pero ella sospechaba que había algo más, algo que sucedió antes de que su hermano se fuese lejos a estudiar.

Y Maite, como una entrometida Celestina, ahí estaba, con la narizota metida en asuntos ajenos. Porque los quería a ambos y solo deseaba verlos felices. Pero ¿y si se había equivocado? ¿Y si en realidad su amiga había pasado página? ¿Tenía ella derecho a inmiscuirse? La respuesta estaba clara: no.

—¿Tanto te importa Sebastián?

Su amiga parpadeó, confusa. Por un momento dio la impresión de que ni se acordaba de quién era.

—¿¿Sebastián??

—Querías superar lo de tu fobia por él, para darle una oportunidad, para ir en serio.

—Ahora ni siquiera puedo centrarme en eso. No desde que tu hermano vino.

Necesito saber qué hace aquí Cuesta y por qué.

Maite se esforzó para que su rostro no reflejase esa pizca de alegría. Si Lía no pensaba en Sebastián, no todo estaba perdido.

Acababa de prometerse que no se metería más, cuando lo hizo.

—Te juro que esta vez no tiene mala intención.

—Ya, claro. ¿Hablamos del mismo tío?

—En realidad nunca la ha tenido —se corrigió. Lía chasqueó la lengua —. De verdad.

—Lo he vivido en primera persona, ¿sabes?

—Siempre he estado de tu lado, siempre.

—Le hablaste de la terapia, le diste la dirección —la acusó con voz tensa.

—Sí.

—Se ha presentado aquí con una excusa ridícula. Joder, ¿miedo a las vaginas?

—¿¡Qué!? —Maite meneó la cabeza con pesar. Solo su hermano podía cavarse su propia tumba de esa forma—. Te prometo que no tenía ni idea, él me dijo que se había inscrito, nada más.

—Es que no lo entiendo. ¿Para qué ha venido?

Maite soltó un largo suspiro.

—Tú lo sabes, Lía. Lo sabes bien.

—Te aseguro que no. —Apretó los puños y los dientes, y levantó la barbilla, empecinada. Pero ahí estaba, a pesar de ese gesto de indiferencia sus ojos brillaron con una emoción concreta: el terror. Y en lo más profundo… la vulnerabilidad.

—Sí. Lo has sabido desde siempre.

Su amiga dio un paso atrás, con la cara descompuesta. Más blanca que la pared del pasillo.

—No sé de qué hablas.

Mentira. La verdad estaba ahí, reflejada en sus pupilas. En ese miedo palpable que la recorría.

—No me corresponde a mí poner las palabras, sino a él, y a ti. Y sois tan cabezotas que no lo reconoceréis en la vida, preferís lanzaros dardos que dejar al descubierto

vuestras cartas. Lleváis años así. Lía, puedes mentirte a ti misma, a mí o a él. Pero en el fondo, aquí —se dio golpecitos en el pecho— tienes la respuesta. Nunca dejaría que te hiciese daño, ni le habría dicho dónde estabas de pensar que era una simple broma. Sé que esto es importante para ti y él también lo sabe.

—¿Entonces?

—Entonces piensa por qué, o mejor dicho, por quién ha venido.

—No… no. —Sonrió con amargura—. Solo es un juego para él, es incapaz de tomárselo en serio.

Maite resopló. ¡Eran las personas más cabezotas de todo el universo!

—Mantendré a las Marías fuera de vuestra vista, o al menos lo intentaré. Pero amiga, tienes que pensar en lo que quieres realmente; me da que después de este fin de semana las cosas cambiarán, tú decides el rumbo. Le dije al capullo de mi hermano que era su última oportunidad.

—¿Y…?

—Ha venido, ¿no?

No diría ni una palabra más. El resto estaba en manos de Poli y de ella. Estudió el rostro de su amiga con atención y vio cómo tragaba saliva, una vez, y otra.

—¿Te apetece ir al *spa* después de comer? Tenía reservada hora, así podrás huir de tu madre y tu tía un ratito. Te hará falta. —Maite arqueó las cejas—. Necesito que las mantengas ocupadas, muy ocupadas.

—¿Y tú qué harás? —Lía se encogió de hombros y esa picardía que solo su hermano conseguía sacarle se expandió por sus rasgos.

—Algo se me ocurrirá.

Maite emitió una carcajada.

—Me gusta el plan. Me gusta mucho.



Lía se dirigió a su habitación mientras repasaba lo que le había contado Maite. ¿Sería verdad? ¿Estaría aquí Poli por… ella? Cerró los ojos cuando algo profundo le contrajo el pecho. Puso la palma sobre la puerta e intentó recuperar el aire. Un pitido se instaló en sus oídos y la conocida ansiedad la asaltó.

Se ahogaba.

Boqueó y la visión se tornó borrosa. Abrió la boca en busca de aire, pero emitió un ruidito estrangulado que salió desde lo más profundo de su garganta. Se dejó caer en el suelo, mientras se esforzaba por alejar el conocido terror.

De fondo oía una voz.

Alguien se movía, le sujetaba la cara y le hablaba con palabras calmadas que parecían provenir de muy lejos. Escondió el rostro entre las manos. El terror se anidaba en su cuerpo apretando con la fuerza de una boa, estrangulándola.

«Puedes mentirte a ti misma, a mí o a él. Pero en el fondo, aquí. Tienes la respuesta». Las palabras de su amiga la sacudían, la atormentaban.

«Le dije al capullo de mi hermano que era su última oportunidad».

Correr.

Huir.

La necesidad se antepuso a todo lo anterior. Hacer la maleta e irse lejos. Escapar de él, de ella, de sus sentimientos. De lo que siempre se había negado.

«Puedes mentirte a ti misma, a mí o a él».

Alguien la levantó del suelo. Parpadeó varias veces y enfocó a Marta, la chica de la sauna. Estaba balbuceando algo. Oyó palabras sueltas: «Cuarto». «Compañeras».

«Agua». Se dejó arrastrar adentro, la condujo al baño de la habitación y abrió el grifo. La chica le mojó la cara mientras le pedía que inspirase y espirase.

Lía siguió las instrucciones sin estar realmente presente, solo de cuerpo. Su mente volaba, volaba lejos. A aquel niño que se enfrentó al otro, el que condujo con la moto eléctrica y se estampó en un árbol. El que se fue y la olvidó. El que le mandó cartas que ella no abrió, el que regresó de nuevo y se convirtió en su archienemigo. El que la salvó de aquella lista de traseros, el que la defendió de ese imbécil conquistador, el que la sacó de la fiesta y la cuidó. El que le fastidiaba todas sus citas.

El que la besó.

Todavía recordaba su sabor, todavía cerraba los ojos y sentía su humedad. Todavía se mentía y se decía que no fue nada, menos que nada.

«Puedes mentirte a ti misma, a mí o a él».

Sí. Eso es lo que mejor se le daba, mentirse, negarse las cosas, evitar ahondar dentro de ella, escarbar esa verdad que permanecía oculta desde los seis años. Porque reconocerlo daba demasiado miedo, la exponía ante él. Bajaba sus protecciones y no podía permitírselo.

«Le dije al capullo de mi hermano que era su última oportunidad. ¿Y…? Ha venido,

¿no?».

¡Maldita sea!

Eso que burbujeaba en su pecho… Era un sentimiento que se parecía demasiado a la… felicidad.

Joder, joder, joder.

## CAPÍTULO 23

# Un beso robado

## *Pasado*

*Lía*

Estamos a un paso de la graduación, de separar nuestros caminos. Algunos seguiremos juntos, pero otros no. Eso lo sabemos, y de ahí la fiesta. Hemos alquilado un bajo que sirve de centro social para la tercera edad y lo hemos convertido en una especie de *pub* casero.

Sergio, un chico de nuestra clase, que ya despunta como *DJ,* se ha ofrecido para pinchar esta noche y entre todos nos hemos ocupado de la bebida y los aperitivos. Solo están invitados los de último curso, así que a pesar de estar un poco hacinados aquí dentro, nos las hemos apañado bien.

Algunas chicas, Maite y yo entre ellas, somos las responsables de la organización, por lo que la idea de los disfraces es nuestra. Maite propuso, además, que las invitaciones que dan acceso al recinto fuesen en forma de pulsera y las hemos ido repartiendo a la largo de esta última semana. Hemos sido flexibles en cuanto a los acompañantes, dejando más de uno. Este punto es cosa mía, que me interesaba. Quería que viniese Benjamín, un chico supermono del pueblo de al lado. Le di la pulsera hace dos días y prometió que se pasaría, así que espero que lo haga. Lo espero con ganas.

Miro el reloj y suspiro.

El pobre Miguel, que hace de seguridad y control, está discutiendo con unos que se quieren colar. Son las doce y ya esto está a reventar. Hay de todo en la pista: demonios, brujas, superhéroes, payasos, hadas, bestias e incluso insectos. Sin embargo, solo una *Cenicienta*: yo.

Tenía claro mi disfraz desde el principio. Me he visto todas las adaptaciones modernas habidas y por haber, pero de entre todas ellas, la de Hilary Duff es mi favorita. Tengo el DVD en casa y no me canso de ponérmelo, incluso he viciado a la pobre abuela. Quizá sea mi fijación por Chad Murray, que no es que sea mi prototipo de chico, pero me encanta. No lo es, para nada. Me digo que es casualidad que sea rubio y

que la simetría de su cara se asemeje a otra odiosa. Por suerte, uno

tiene el pelo largo y el de mis sueños, muy corto.

Esta noche soy un calco de Sam Montgomery, en morena. Toda de blanco y con el mismo recogido. De hecho, esta mañana he ido a la peluquería. Les he dejado hacerme los tirabuzones y cortarme el flequillo en recto, tal y como ella iba al baile. La abuela también me ha ayudado con el aspecto, pues me ha confeccionado un vestido con corsé de palabra de honor y falda de tul voluminosa. Pero mamá ha sido la responsable del toque final, que me ha hecho muchísima ilusión. Me ha prestado sus pendientes de perlas y me ha conseguido una máscara blanca de brillantes tan preciosa como la de la actriz.

Hace dos días, cuando le di la pulsera a Benja, le dejé caer varias indirectas directas sobre mi aspecto para el baile con la esperanza de que sea mi Austin Ames. Ya veremos, porque parecía un poco distraído.

Todavía no ha aparecido y estoy de los nervios.

Echo una mirada a la puerta e ignoro el vuelco que me da el inútil órgano que bombea en mi pecho cuando veo aparecer a esa tortuga ninja con cara de Paco; sé que el otro no debe andar lejos, y maldita sea si lo busco por la pista.

Lo busco.

Aunque me digo que es para ir preparada, por si se le ocurre una de las suyas. Sé que esta noche ha quedado con una también del instituto de Benja, una cosita guapa que espero que lo entretenga tanto que no le quede tiempo para joderme mi cita.

A nadie, ni siquiera a Maite y mucho menos a mí misma, reconocería que la busqué en la página web de su centro por algo que no fuese un interés meramente informativo.

Por mi pellejo, básicamente. Después de todo, si él trama algo y la ha involucrado es mejor estar prevenida, ¿no?

Que apretase con fuerza el teclado y quisiese arrancarle la monísima coleta cuando vi lo guapa que era nada tenía que ver con celos. Eso estaba fuera de toda discusión.

Solo sentía lástima por ella, porque sé lo veleta que es Cuesta y estoy segura de que después pasará de ella. En cierto modo, hasta me preocupo por la desconocida.

Aguantar a ese pelmazo durante horas tiene que ser una pesadilla.

Vuelvo a hacer un barrido. Paco sigue solo, sin rastro del incordio.

Maite, que parece sacada de uno de sus libros de fantasía, da saltitos en mi dirección y entrelaza su brazo al mío.

—No me digas que no ha aparecido.

—Pues entonces me callo. —Me pega un codazo y se ríe.

—Vendrá, está loquito por ti.

—Eso espero. —Y me refiero a ambas afirmaciones. Benjamín me gusta y espero que pase algo, un beso, quizá. Siento un nerviosismo que repta por mi cuerpo al pensar en esos labios sobre los míos.

Está tremendo. Pelo castaño, ojos marrones, grandes e intensos. Sonrisa arrebatadora y tiene esos hoyuelos que hacen suspirar. Es alto y muy fibrado, además de ser el capitán del equipo de fútbol del pueblo.

La tortuga ninja corpulenta se acerca a nosotras y deja a Maite con lo que fuera a decirme en la boca. Paco la arrastra a bailar e ignora sus protestas. Ella, después de echarle una buena bronca, acepta moverse.

Me río por lo mal que baila nuestro amigo y abro mucho los ojos cuando siento unos dedos rozando mi brazo. Giro de golpe y me encuentro a un zorro enmascarado.

Sé quién es, a pesar del disfraz, y no lo puedo evitar, la decepción me golpea. Por suerte, la máscara cubre mis rasgos y está tan oscuro dentro que no creo que él lo haya percibido.

—Hola, guapa —ronronea. Como no le ofrezco una sonrisa de bienvenida, echa un paso hacia atrás, algo acongojado—. Eres tú, ¿verdad?

—¿Yo?

No sé por qué hago lo que hago, fingir. A ver, lo he invitado al baile, quería que estuviese aquí, quería que fuese mi acompañante. Entonces, ¿a qué viene la decepción?

Benja es muy mono, me digo. Y le queda genial lo que lleva.

«Pero no es tu Austen Ames». Ignoro esa maldita voz interior.

—Lía —Parece inseguro, como si no me reconociese bajo la máscara y la escasa luz—. Eres Lía —repite.

Dudo durante un instante, con la negativa en la punta de la lengua, pero finalmente recapacito y asiento. Fuerzo una sonrisa.

—Pues claro. Te dije de lo que iría.

—Por eso estoy vestido así.

—¿Del Zorro?

—Vi unas imágenes, cuando la prota baja las escaleras y el chico la recoge, el que va del Zorro. Supuse que te gustaría. ¿Te… te referías a esto?

No. Imbécil. Ese es el amigo de Sam.

—Claro. Me encanta. —Lanzo una carcajada.

—Hostia, menos mal. Por un momento me parecía que estabas como chunga.

¿Bailamos?

—Ajá.

Lo dejo conducirme al centro y sonrío al observar a Paco y sus pasos extravagantes, Maite por fin ha huido y está con otras de clase, en una especie de círculo, bailando muy divertida. Por un segundo, deseo ser una de ellas y me pregunto para qué he invitado a este.

Mis ojos repasan a la multitud y buscan. Por saber quién ha venido y quién no. Con tantos disfraces… a saber.

—¿Estás bien? —me pregunta. Tiene el ceño fruncido.

—Ajá. ¿Por?

—No sé. Te noto rara.

—Qué va.

—No has dicho ni una sola palabra y llevo un buen rato contándote lo del partido del sábado.

—Estaba escuchándote. —Mentira cochina, ni una palabrita.

—Ah, bueno. —Como tiene el ceño fruncido, digo lo primero que se me pasa por la cabeza, que es una chorrada, básicamente: —Están poniendo temazos, eh.

—Ya te digo. Pincha que te cagas el tío.

—Sí.

—Bua, eso me recuerda al partido que tenemos este mes. Hay uno que también… —

Dejo de oírlo en ese mismo instante. Asiento cuando se supone que debo hacerlo y suelto varios «ajá», seguidos de «sí, sí». Parece que lo hago bien porque se lo ve satisfecho.

Fijo la vista en la entrada. Esperando.

¿Es que no piensa venir? Es de mala educación comprar dos entradas y luego no presentarse. Dos entradas que podrían haberle servido a alguien más. Pienso echárselo en cara, por su culpa dos personas se han quedado fuera. Encima de idiota, desconsiderado.

—Me pone mucho ese vestido. —Se pega tanto, que puedo percibir cuánto le gusta mi ropa. —¿Lo notas? —Doy un paso atrás, asqueada. Él ni se da cuenta y me sigue, cubre el espacio que he dejado—. Llevo un buen rato pensando en comerte la boca. —Se lanza a por mis labios y me aparto, finjo que tropiezo, pero lo cierto es que le he hecho una buena cobra. Lo sabe él y lo sé yo.

Enrojece, cortadísimo.

—¿Por qué no vas a por bebidas?

—Eh… vale. Te traigo algo. —Casi corre hacia la mesa y ni me pregunta qué me apetece.

Está tan nervioso que arrolla a Paco a su paso. Me siento mal porque se suponía que nuestro tonteo iba a llevar a esto. Lleva semanas lanzando insinuaciones y yo se las he devuelto, con coquetería. Aunque si soy sincera, todo eso ha ocurrido cerca de alguien, del innombrable. Mi enemigo jurado.

¿Dónde hostias está?

Miro hacia la puerta de nuevo, cabreada conmigo misma, con él y con Benjamín por ser justo lo que esperaba que fuera. Un gilipollas

monísimo, pero gilipollas, al fin y al



cabo. ¡Mierda! Se supone que busco chicos así, predecibles, que van a lo que van, sin más. Con ellos es fácil, una no se arriesga, no sufre, no pone expectativas. ¿Por qué cojones me molesta tanto? ¿Por qué ardo de furia al pensar que Cuesta está por ahí, con ella? Que se lo pase de puta madre, que no aparezca, que no me joda la cita, eso es lo que quiero. Eso.

¿Qué me pasa? ¿Es que soy masoquista? Él me odia. No siente ni una mierda por mí y, joder, ni siquiera dedica un mínimo pensamiento en mi dirección. Me detesta y es lo que quiero.

Lo que quiero.

Es lo que quiero.

Es.

Él.

Lo quiero.

El sollozo me coge desprevenida y una traicionera lágrima cae por mi rostro. Siento tanta lástima de mí misma que hago lo que no debería, o sea, lo que será un error garrafal y de lo que me arrepentiré luego.

Agarro el móvil y le mando un mensaje a Benja.

«Te espero detrás del escenario. Cinco minutos. Liémonos».

Voy hacia el lugar y me sumerjo en plena oscuridad, esperándolo con el corazón encogido. Me digo que es la mejor decisión, una tirita para cubrir mi herida.

Entonces llega y me besa. Sin palabras, sin gestos, pero no necesito nada más para saber que no es él, que son otros labios húmedos los que cubren los míos.

Los que yo, en secreto, deseo.

*Cuesta*

Llevo unos minutos observándola, apartado de la gente. Ella reluce en la pista, destaca sobre cualquiera. Ese imbécil no se aparta de su lado ni le quita sus zarpas de encima.

Tengo que tragarme la bilis que me sube por la garganta.

Odio que la toque, odio que su preciosa sonrisa vaya para él, pero sobre todo odio que me odie y que no tenga ni la más mínima posibilidad con ella. Aprieto la mandíbula cuando veo que el idiota se le pega. Por un segundo, parece asustada. Y doy un paso en su dirección, dispuesto a partirle el cráneo a ese si se pasa de la raya. Unos dedos me frenan.

—Tranquilo —me aconseja.

Aprieto los puños.

—No lo soporto. No soporto verlo cerca —le confieso. Mis ojos buscan los suyos, amables y preocupados. Alba es una buena amiga. Su sonrisa es preciosa y me pregunto si se lo he dicho, lo guapa que está.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Te entiendo.

Sonrío de medio lado.

—Estás muy guapa, por cierto.

—Eso también lo sé.

Echo la cabeza hacia atrás y lanzo una carcajada.

—Lo siento. Menuda pareja de mierda te has buscado.

—¿Estás de broma? Me lo estoy pasando genial viendo cómo luchas por controlar tus instintos asesinos.

—Es que no se la merece. Es demasiado para ese idiota. Sabes lo que iba diciendo por vuestro instituto, tú misma me lo contaste. Me dan ganas de partirle la boca, a ver si así la cierra.

Alba me acaricia la cara.

—¿Por qué no le cuentas la verdad? Esto te está consumiendo.

—¿Para qué? Se reiría en mi cara.

—Lo dudo. Ella siente por ti, Cuesta. Lo he visto.

—Sí, siente. Siente odio. Lo peor es que me conformo con cualquier migaja que pueda darme; la verdad es que prefiero que me odie a que no sienta nada. Y eso me vale, por tenerla de alguna forma en mi vida, aunque sea solo para fastidiarme. —Me río sin humor—. Soy patético.

—No. Estás enamorado. —Levanto la mirada y abro la boca para negárselo. No lo hago. Por una vez dejo que alguien me restriegue la verdad en la cara.

Sonrío, triste.

—¿Te apetece bailar?

—Siempre.

La conduzco a la pista justo cuando veo cómo Lía se aleja. Benjamín se queda en la zona de las bebidas y puedo ver el gesto que hace, vulgar como él al mirar el móvil. Da un puñetazo en la mesa y sonríe de forma lobuna.

El estómago se me contrae. Sigo su mirada, en dirección a donde ha desaparecido Lía. Y no es difícil sumar dos más dos. Lo está esperando, detrás del escenario.

Trago saliva. Y joder si no tengo ganas de llorar, si el músculo al que llamo corazón no me revienta en el pecho. Quiero gritar, quiero lanzar patadas al aire, pero lo que más quiero es que ella me mire, que me vea como yo la veo a ella. Como yo la siento, como yo la quiero.

—Ve.

—¿Qué?

—Que vayas. Ahora. Es tu oportunidad, Cuesta. Déjate de gilipolleces y ve.

—Pero ella lo espera a él. —Alba es del mismo instituto. Mi amiga lo conoce y me ha hablado de cómo es y de cómo la ha tratado por su sexualidad. Es un tipo de mierda.

Pero también la decisión de Lía y eso lo respeto por encima de cualquier cosa. Hasta de mí y de mi puto corazón.

—Ve —repite, con firmeza.

—No puedo…

Benjamín pasa por nuestro lado y Alba se lanza a por él, cogiéndolo del brazo. Este la mira con extrañeza y ella se pone de puntillas para susurrarle algo. Él exclama y suelta varios tacos. Luego corre hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

Levanto una ceja, divertido.

—¿Qué ha sido eso?

—Me ha parecido que robaban una moto. Una muy similar a la suya. Ahora, ve. VE.

VE. VE.

Quedo paralizado, indeciso.

—¿Y si ella no…?

—Joder, Cuesta. Arriésgate. Por una vez. Hazlo.

Tiene razón. A la mierda, ¿qué puede pasar? ¿Que me parta el corazón? Ya lo tengo roto. Pero… ¿y si sale bien? Tengo que intentarlo, aunque solo sea una vez. Por mí, por ella, por lo mucho que la quiero.

—Vale.

—¿¡Vale!? —Ella abre los ojos de par en par y se ríe como si no pudiese creer que me haya convencido—. Sí, vale. ¡Vale! Venga, corre.

Y lo hago.

Huelo su perfume aunque no puedo verla en medio de la oscuridad, siento que me va a explotar el pecho y que el pulso se me dispara.

Me inclino. La beso.

Es un beso repleto de promesas ocultas y sentimientos escondidos, un beso que revela y muestra. Suave y dulce, tan dulce como lo que siento por ella. La beso despacio, con mimo, como si estuviésemos solos y tuviésemos todo el tiempo del mundo. La saboreo. Ella levanta los brazos y me abraza con ellos, pegándose. Mis fosas nasales palpitan con su olor. Gimo despacio y ella me abre la boca, con su lengua pidiendo permiso para entrar. La dejo y se desliza hacia la mía, acariciándola.

Lía gime, ¡gime!, y ese sonido es tan hermoso como aterrador.

De pronto, me paralizo, horrorizado. Es como si me echasen una jarra de agua fría encima. Porque no soy yo el que provoca ese gemido en su mente. Es otro. *El* otro. No es por mí por quien suspira y yo no debería haberle robado este beso.

Me aparto, tambaleante. Me cuesta hacerlo, porque alejarme es lo más difícil a lo que me he enfrentado.

Pero lo hago.

Me digo que no he debido, que he usurpado un momento que no era mío, que ella desea otros labios. Doy un paso atrás y ella me sigue. Me agarra de las solapas de la chaqueta y noto sus ojos en mí.

—Sé que eres tú, Poli. Te he reconocido. Reconocería tu perfume en cualquier parte.

Trago saliva. Y le susurro lo único que podría destensar este momento: —«Chica Princeton, ¿me dirás tu nombre si adivino quién eres?».

—«Tal vez» —responde siguiendo la escena de la película, que me he visto como cinco veces por ella.

Mi pecho explota.

Un foco apunta cerca de nosotros y me ilumina por atrás. Su rostro muestra sorpresa al contemplarme y luego muy despacio sonríe.

—¿Cómo sabías mi disfraz?

—Le robé el móvil a Maite —confieso sin remordimientos. Ella niega con la cabeza con esa sonrisa tan bonita que me destroza.

—No quiero que seas Austen Ames, Cuesta. —Es como un puñetazo en todo el estómago. Estoy con las defensas tan bajas que la tristeza se me refleja en la cara, no puedo evitarlo. Sé que le encanta, que ella iba a ir de Sam Montgomery, y por eso yo me he vestido como el protagonista de la historia. Quizá en un triste intento de ser también el de la suya. Pobre idiota. ¿En qué estaba pensado?

—Lo siento… —¿Esa voz rota es mía?

Le doy la espalda, dispuesto a esconderme, a irme antes de que remate lo que ha empezado, porque hoy no soy fuerte, hoy no tengo ganas de pelear. Hoy su odio me quema.

—No. —Sus dedos me aprietan con fuerza y detiene mi marcha—. No

es eso lo que quería decir.

—¿El qué, entonces? —emito con un hilo de voz, sin atreverme a mirarla. Estoy a un paso de quebrarme.

Sus manos buscan mi cara y me pierdo en sus ojos. Me bebo su imagen, respiro su olor, me embriago de ella.

—Quiero que seas tú, solo tú, Cuesta.

Y me besa.

Me.

Besa.

Y no se parece en nada al anterior, este es salvaje, hambriento. Muestra las ganas que nos tenemos. Me muerde el labio inferior. Gimo y hundo los dedos en su cabello, ella profundiza el beso, que se hace más urgente. Su lengua busca la mía con un movimiento tan preciso que todo mi cuerpo se inflama. Pienso en cómo sería tocar su tersa piel, en cómo sería sentir su lengua por todo mi cuerpo.

Doy un paso atrás, con el aliento entrecortado. Ella está igual. Nos miramos en silencio y volvemos a encontrarnos. Boca con boca, lengua con lengua.

Necesito más. Quiero más.

La necesito. La necesito tanto que me duele.

Es la noche más increíble de toda mi vida. Había soñado tantas veces con sus labios, con sus manos hundiéndose en mi pelo, con nuestras lenguas entrelazadas, que me cuesta respirar. Me cuesta creérmelo. Si es un sueño… Joder, espero que no.

Ella se ríe y se aparta de mi boca para susurrar: —No estás soñando. Es real. Soy real, Cuesta. Lo somos. —La miro, la miro como siempre he querido mirarla sin creerme que esto esté pasando. Que sus ojos soñadores están fijos en mí. En mí—. Vámonos de aquí.

Asiento. Y la sigo sin importar adónde me lleva porque la seguiría hasta el fin del mundo.

Lía.

Mi Lía.

# CAPÍTULO 24

# El villano del cuento

## *Pasado*

*Lía*

La noche más alucinante de mi vida. Con él. Bajo el manto de las estrellas y con el lamento del mar de fondo que fue testigo de cómo nos entregamos el uno al otro. Nos tocamos, nos besamos, nos respiramos.

Perfecto.

Él fue perfecto. Amoroso, delicado y paciente.

Puede que todo este tiempo haya esperado para ese momento mágico, para entregarle lo que sentía que siempre había sido suyo. Porque somos una misma alma desde los seis años. Porque ahora soy suya y él es mío. Y tengo ganas de gritar como una loca. Soy tonta, lo sé. Pero no me puedo quitar la odiosa sonrisa de la cara.

Estoy feliz.

Soy tan feliz.

Tengo ganas de llorar de alegría.

La puerta suena. Me quedo paralizada, con el corazón encogido y una sonrisa de anticipación. Estoy sola en casa. Mamá se ha ido a trabajar y la abuela está con sus amigas. Me dirijo a la entrada y cojo aire antes de abrir.

Feliz, feliz, feliz.

Abro y suelto el aire contenido con un suspiro desilusionado. Siento una pequeña decepción al encontrar a la otra Cuesta delante de mí. Adoro a mi amiga, pero hoy quería ver a su mellizo, necesitaba encontrármelo de nuevo.

Y para qué mentirnos, a pesar de seguir un poco dolorida y de todos los mensajes que nos hemos mandado, quería comérmelo enterito.

—Siento presentarme así sin avisar, pero te juro que tenía que salir de esa casa o me iba a explotar la cabeza.

Todavía no le he contado nada de lo que pasó anoche con su hermano y ni siquiera sé por dónde empezar.

—No puede ser tan malo.

—¿Que no? ¿Sabes lo que es aguantar cómo María Rosa habla de su pollito sin parar durante todo el día? Ah, y da igual que ya lo haya contado. Necesita repetirlo hasta la saciedad. Creo que toda la finca se ha enterado de que se va. Por Dios, qué hartazgo, ¡no lo soporto! —Esto llama mi atención.

—¿Cómo… cómo que se va? ¿Quién?

—No creas que no me alegro, eh. Perder de vista a ese capullo durante unos años es una bendición del cielo y…

—¡Cómo que se va! —la corto, con la ansiedad raspando mi voz.

Ella agranda los ojos.

—¿Estás bien, Lía? —La zarandeo para que continúe, no puedo evitar esas lágrimas que le revelan demasiado—. Amiga.

—Por favor, dime.

—Le han dado la beca. Se marcha a estudiar fuera —susurra, como si así fuese más fácil decírmelo.

—Se va. Se… va. —Me ahogo. ¡Me asfixio! No sé cuándo caigo de rodillas, ni cuándo los brazos de Maite me rodean o cuándo empiezo a sollozar sin parar. Tampoco cuándo paro de hacerlo.

Se va.

Se marcha.

Otra vez. Otra vez.

—Siempre ha querido ir al MIT. —Su tono es muy bajo, como si temiese hacerme más daño—. Lo… lo sabías. Te dije que había solicitado plaza.

Massachusetts. Durante años.

—Yo… —No puedo hablar, no puedo respirar. Cuesta se va. ¡Se va!

¿Cuándo pensaba decírmelo? ¡Tuvo toda la maldita noche! Me siento como una estúpida.

Se va.

Se va.

Se va.

Y me olvidará. Otra vez.

¡Estúpida! Estúpida, estúpida.

—¿Qué pasa, Lía? —Maite me conoce demasiado—. ¿Acaso vosotros…?

—Nada —la corto antes de que siga. Sonrío, estiro los labios todo lo que puedo enseñando los dientes. Ella entrecierra los ojos, desconfiada —. Que se vaya. Que se vaya bien lejos. Mejor. Estará bien perderlo de vista. ¡Por fin!

Lanzo una carcajada amarga.

Maite me mira con pena y me abraza, sin decir nada más. Ella sabe que sufro, pero no lo menciona y tampoco lo hará nunca.

*Cuesta*

Todo mi cuerpo rebosa de alegría, solo empañada por mi señora madre y el disgusto que se va a llevar cuando le diga que no pienso marcharme. ¡Se lo ha soplado a media finca! Así que me arrancará la cabeza, la cocinará a fuego lento y se la servirá a la

familia para comer en cuanto encuentre las fuerzas necesarias para decirle que lo del MIT es historia.

Son muchos años y sí, quería ir. Pero sobre todo para alejarme de este pueblo, de esta gente y de Lía. Porque creía que solo poniendo distancia la olvidaría. Ahora es lo último que quiero, alejarme. No podría.

Joder. Si el solo recuerdo de su piel, de sus besos, de sus caricias… ¿Puede alguien morir de felicidad? ¿De amor? Sé que estoy siendo un flojeras, pero es que el pecho me escuece y estoy… Mierda, estoy demasiado bien.

La quiero.

La quiero y ayer se lo dije de todas las formas que pude.

Fue nuestra primera vez, la de los dos. Y lo más maravilloso que me ha pasado nunca. Me pregunto si le habré parecido torpe. Si a pesar de mi inexperiencia, disfrutó.

Ella me ha asegurado que sí y me ha repetido mil veces que no le hice daño, no más del necesario, por eso de ser la primera vez. Y que lo compensé con creces después. Pero aun así, en cuanto la tenga delante me preocuparé de nuevo, seguro. La besaré hasta robarle el aliento, conteniéndome, o eso espero. Porque aunque me muera por volver a tocarla, no lo haré. No mientras esté delicada, así me tenga que atar los putos dedos.

¿He dicho ya que la quiero como a nadie?

Sonrío y me meto las manos en los bolsillos. Una cosa que se parece demasiado a un dolor de barriga, pero en plan bonito, se instala en mi estómago, provocándome un retortijón de alegría. La anticipación de verla, de volver a experimentar esa mirada suya plagada de estrellas y promesas, esos labios preciosos sobre los míos. Necesito verla, tocarla, abrazarla, besarla…

Soy un tonto enamorado. Lo sé.

Vuelvo a sonreír.

La he llamado y no me lo ha cogido, así que le he escrito que me voy a pasar por su casa. Sé que está, que esta tarde no tiene plan porque me lo ha dicho esta mañana por mensaje, así que aquí estoy. Con esta cara de idiota que solo ella me pone y un ramo de flores blancas, sus preferidas, entre las manos.

Cruzo la acera y al dar un siguiente paso, me congelo en el sitio. Estoy quieto, como petrificado en medio de la calle. Pierdo la sonrisa y creo que me he puesto tan blanco o más que las putas flores que llevo. Me quema el pecho y no me importa que se me escape una lágrima. Me cuesta respirar y no sé ni cómo trago saliva con el nudo que tengo en la garganta.

Sus ojos se posan sobre los míos, los de ella, y veo la satisfacción rezumando en su rostro. Su sonrisa, esa que tanto adoré anoche, ahora se me clava en el pecho, como un puñal directo al corazón.

El gilipollas de Benjamín se acerca a su cuello y ella sonríe, sin apartar sus ojos de mí. Le coge la cara y le planta un beso.

No puedo seguir viendo esto.

No puedo seguir aquí.

Dejo caer el ramo de flores y me tambaleo al dar un paso atrás.

Me doy un puñetazo en el pecho y hundo los hombros sin contener el sollozo. Si quería destrozarme, partirme en dos, esta era la mejor forma de hacerlo.

Ni siquiera recuerdo cómo encuentro la fuerza para ir a casa de Paco; mi amigo no emite ni una palabra al abrir la puerta, creo que mi cara devastada se lo dice todo. Me abraza y yo me rompo en mil pedazos.

Recibo un mensaje de ella: «+ 1».

Pero esta vez no hay contestación ni represalias de mi parte. No tengo ganas de devolvérsela ni fuerzas para odiarla por lo que me ha hecho, porque si detesto a alguien con el alma es a mí mismo por quererla tanto, por darle esta ventaja.

Tomo la decisión de irme y lo hago.

No volveré a verla hasta después del primer curso en el MIT, durante las vacaciones de verano. Tan bella, distante y fría como siempre. Ella está en el aeropuerto cuando aterrizo, al lado de Maite, con una sonrisa de bienvenida que desaparece en cuanto me ve. Y ve a mi acompañante. Aunque es mi amiga. Bueno, *follamiga*, y nada más. Dejo que todos piensen que tenemos una relación. La idea no es mía, sino de Julia, que sabe lo que he sufrido y que ha pegado cada trocito de mi destrozado corazón con su infinita

paciencia y su cojonuda alegría. Julia es otra española estudiando fuera, una *crack* de la informática, y desde que nos conocimos ha sido como un soplo de aire fresco.

Ni siquiera la desmiento cuando se presenta como mi novia. No después de esa cara que pone Lía, como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el estómago. Cosa que no entiendo porque nunca le he importado. Solo era parte de su juego, de su venganza. Así que no comprendo por qué parece dolida ni por qué su cara se contrae en una mueca, como si estuviese destrozada. Lo que sí sé es que yo he lamido mis heridas y que le debo mi «más uno».

Y se lo devuelvo durante ese verano.

Sus ojos hablan de dolor, los míos… los míos no reflejan nada. Ya no. O eso me digo durante los próximos años. Se me da bien mentirme y aparentar que he extirpado mis sentimientos por ella.

Retomamos nuestra guerra cada vez que regreso a España y seguimos así cuando vuelvo definitivamente. Año tras año.

Dos enemigos jurados.

Sin más ataduras que su odio. Y esto que siento cada vez que la tengo cerca… queda bien oculto, dentro de mí, silenciado. Porque se me da de puta madre fingir que no es la mujer de mi vida, y a ella también.

## CAPÍTULO 25

# El desastre

La comida en el restaurante del hotel transcurrió con bastante normalidad durante la primera media hora. Los pacientes fueron tomando asiento en la mesa que habían dispuesto para ellos, con pequeños cartelitos sobre el plato que contenían el nombre de cada uno. Cuesta estaba completamente seguro de que esa distribución no era casual, sino intencionada, más teniendo en cuenta la mirada escrutadora de Expósito, con un deje de sonrisa perversa en su rostro. Esto atendía a alguna estratagema.

La mesa era larga, y como el de las pupilas, después del susto de esa mañana, había desarrollado una obsesión en exclusiva por los ojos de Lía, focalizando en ellos todo su miedo, liberó al resto y pudieron quitarse las gafas, salvo ella, que lo tenía expresamente prohibido. El hombre estaba en la fila de Cuesta, pero a unas sillas de distancia de Lía, y de vez en cuando la observaba, con expresión inquieta.

Ella estaba colocada frente a Cuesta y, a pesar de las enormes y oscuras gafas, pudo sentir que lo miraba, que tenía la vista clavada en él de forma insistente. Se removió inquieto y dos veces sacó el teléfono móvil. Con gran disimulo activó la cámara, dándole la vuelta, para observarse la cara y los dientes, por si tenía algún perejil encajado o alguna mancha graciosa.

Nada.

¿Qué estaría planeando?

Lo cierto es que su atención se desviaba continuamente hacia la chica morena que se sentó tímidamente a su lado. La presentó como Marta y habían acudido juntas al comedor, charlando animadamente. No dijeron mucho, salvo que eran compañeras de habitación.

Hablando de eso, de compañeros. Él ya había conocido a uno de los suyos, un pesado que se presentó como Carlos y que estaba sentado a su lado. Era un tipo alto, delgado como un junco, y más o menos de la edad de ellos tres, con el cabello rubio, en punta, y ojos del color de la medianoche. De esos tipos que no paraban de soltar chorradas y que lo hacían a grito pelado; Cuesta podía jurar que su conversación se seguía en cualquier rincón de la larga mesa.

Se reía de forma estridente e intentó bromear varias veces con la

morena, que no le dirigió ni dos miradas seguidas. Después de varios monosílabos cortantes, centró su atención en Lía, con la que sí habló unos minutos, incluyendo a Cuesta en la conversación con molestos codazos en forma de *colegueo*.

El tipo habló de su ombrofobia, que padecía desde niño.

—¿Y no sabes de qué te viene? —le preguntó Lía.

—Ni puta idea. Ha sido así desde siempre que yo recuerde. Nunca me ha gustado la lluvia, pero conforme pasaban los años iba empeorando la cosa. Ahora ni siquiera puedo ver un paraguas o unas botas de agua sin echarme a temblar. Sé que es ridículo.

Podéis reíros, os dejo. Un tío de veintinueve años que se esconde como un ratón cuando el cielo llora.

Aleteó la mano como si fuese gracioso su comentario, pero su sonrisa no le llegó a los ojos. Cuesta se fijó en cómo apretó el tenedor entre sus dedos. En los diez mandamientos del *email* había un punto específico sobre las botas de agua, que claramente iba por él.

—No creo que nadie se atreva —susurró de forma apenas audible Marta—. Aquí todos hemos venido por lo mismo. Si tuviese que burlarme de alguien sería de mí misma, ¿quién se avergüenza de la propia vergüenza? De… de enrojecer delante de los demás. Ni siquiera puedo mirarme en un espejo. —Se trabó con sus palabras.

Carlos la contempló con una gran sonrisa y ella pareció encogerse. Lía le puso una mano sobre la suya en un gesto reconfortante y le dio unos suaves toquecitos.

—Pues con esa cara deberías. El rubor resalta tus rasgos, ya de por sí preciosos. —

Carlos le guiñó un ojo. El pobre intento de seducción fue muy mal recibido. Ella tosió.

Enrojeció salvajemente. Se puso las palmas sobre las mejillas y pareció horrorizada, sus rasgos mostraban pavor. Empezó a respirar con dificultad y lanzó a ciegas un manotazo que le asestó a Lía, justo cuando esta se metía una oliva en la boca.

Cuesta saltó sobre la mesa y varios platos se volcaron. La mujer que presidía uno de los extremos agarró su bolso con fuerza y terror, mientras hiperventilaba, sin dejar de examinar los alimentos volcados.

El joven no se percató de esa conmoción, su atención estaba puesta en su amada, en salvarla de ahogarse. Se colocó detrás y presionó el estómago con fuerza hasta que esta

escupió la oliva, con tan mala suerte que aterrizó en el rostro del de las pupilas. Este gimió mientras se llevaba una mano a la cara, tapándose el ojo.

—¡Oh, no!

Lía medio sollozó y, cuando consiguió zafarse del preocupado Cuesta, corrió a su lado. Se olvidó de su prohibición y se deshizo de las gafas para examinarle los daños.

Expósito, de pie, intentó frenarla, al tiempo que una mujer de unos setenta y largos acudía a ellos con un espejo en la mano que le intentó pasar al hombre para que se observase. Cuando este abrió los ojos y se encontró con las pupilas de Lía estalló el desastre, chilló y manoteó tanto que lanzó por los aires el espejo, que se estrelló en la mesa, a pocos centímetros del tipo sentado al otro lado de Marta.

Este al ver que se hacía añicos, soltó un agudo quejido y la mandíbula se le desencajó. Comenzó a persignarse de forma obsesiva. Cuesta reconoció su miedo: eisoptrofobia, terror a los espejos. El tipo se puso en pie haciendo aspavientos por lo que derribó a la mujer de la enorme pamela que venía directa hacia ellos.

Cayeron al suelo.

—Poliii, auxilio.

Cuesta rescató al pobre hombre de los manotazos que le arreaba su madre con la pamela y la alejó de él. Ella se apoyó en su hombro hasta recuperar la respiración.

—¿Quién es esta mujer? —exigió saber una descompuesta Expósito.

María Rosa infló el pecho y se apartó un paso de su hijo.

—Yo. Soy. Su madre. —Sí, tal cual. Con el tono de Darth Vader.

Expósito emitió una especie de gruñido.

—¿¿Madre?? No se admite contacto con el exterior, lo sabéis. Las reglas de la terapia son muy concretas y por una razón. Las interferencias familiares pueden perjudicar seriamente los avances. Si

desea que su hijo lo consiga tiene que alejarse. De lo contrario, fallará estrepitosamente.

—Pero si no me hago notar, ¿verdad, Polito? ¡¡Madre del amor hermoso!! ¿Qué habéis liado aquí? —Examinó el desastre de mesa con los platos y vasos rotos y los alimentos esparcidos por el mantel, así como a los agonizantes pacientes. Movió la

cabeza con pesar—. Esto os va a salir por un ojo de la cara, prepárate para la cuenta, cariño —comentó en tono jocoso.

La mujer que presidía la mesa y estaba aferrada a su cartera emitió un silbido plagado de pánico antes de poner los ojos en blanco y caerse redonda al suelo. Expósito miró a uno y otro y se abanicó con la servilleta, como si acabase de enfrentarse a un huracán.

—Huy. ¿Y a esa qué bicho le ha picado? —ladró su madre.

—¡Usted! —le reprochó Expósito, taladrándola con los ojos. María Rosa hizo una mueca entre enfadada y ofendida. Levantó la barbilla. La psicóloga resopló—. Se llama crometofobia. Es el miedo extremo a gastar dinero.

—Pues vaya cosas. —Luego bajó la voz, aunque todos la oyeron—. Polito, ¿tú estás seguro de esto? Hijo, esta es la forma más rara de llamar la atención de una chica. O te pones las pilas o el argentino te gana más terreno. —Bajó mucho la voz y centró la mirada en su entrepierna—. Puede que sea la hora de sacar los *sliplis*, después de lo del pescado tenemos que recurrir a cualquier medida de conquista.

—¡Mamá! —refunfuñó él apretando los labios.

—¡Qué! Solo digo lo que pienso. —Su madre señaló a Lía—. O te declaras de una vez o Lía se te escapa. Cariño, lo digo por nuestro propio bien, el tiempo corre en contra.

Lía se giró hacia él, dejando de lado al hombre histérico, y con la conmoción pintada en el pecho.

—¿Cómo?

CAPÍTULO 26

## Perdiendo el norte… y el olfato

Su mano se coló por la rendija y evitó que se cerrase la puerta de

metal. Lía vio cómo Cuesta se sobresaltaba cuando ella se introdujo en el ascensor. Se fijó en que estaba grabado el quinto piso y dio gracias a su buena suerte por encontrarlo solo.

Comenzaron a ascender.

—¿Qué ha sido eso?

Él la entendió. Se la quedó mirando fijamente como si estuviese contando la cantidad de pecas que surcaban su nariz hasta que soltó un suspiro largo y lento.

— *Eso*. Se llama María Rosa Segura Núñez y es mi madre. Un auténtico acontecimiento de la naturaleza.

—No te hagas el tonto.

—¿Y qué quieres que te diga?

—La verdad, Poli. Basta de juegos y de tonterías.

—Quieres la verdad.

—Sí, lo que he dicho.

Él dio un paso hacia ella. Pegándose mucho. Ella chocó contra la pared del ascensor y tragó saliva, sus ojos lobunos la traspasaban. Alargó una mano, pero no la tocó. Paró el ascensor con un golpe.

Lía ahogó un gemido, sentía su respiración en la oreja cuando se inclinó sobre ella.

—La verdad es que estoy aquí por ti.

—Bueno. —La voz le tembló—. Eso ya lo había supuesto. Lo que quiero saber es por qué. ¿Es otra de tus bromitas? Porque te juro que no tiene ni puta gracia. Para mí es importante, Poli.

—Y para mí —ronroneó.

—No me vengas con lo de la colpofobia, que ambos sabemos que es una gilipollez.

Sé sincero por una puta vez. Quiero saberlo, saber qué ronda por esa cabeza tuya tan perversa.

Él sonrió de una forma que le encogió el estómago. Sus ojos ardían y

supo muy bien de qué: un deseo puro y atroz se reflejaba en sus pupilas.

—Te aseguro que no quieres saberlo.

—Claro que sí. —Lo apuntó con el dedo. Dio un paso en su dirección, acortando la distancia y posó la palma en su pecho firme. Un escalofrío la recorrió—. Dímelo. Dímelo de una vez y con todo lujo de detalles.

—¿Detalles?

—Sí.

Él, que le sacaba una cabeza a pesar de que Lía medía un metro setenta y cinco, se inclinó sobre ella. Hundió la nariz detrás de su oreja y ella sintió cómo todo el vello de su cuerpo se erizaba.

—Me vuelve loco tu olor. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—No… no.

—Sueño con lamerte, saborearte entera. —Sacó la lengua y le chupó detrás de la oreja. Las rodillas de Lía se aflojaron—. Me despierto con la polla tan empalmada que me duele. Me toco pensando en ti cada mañana. Todavía recuerdo tu sabor de aquella vez. Daría mi vida por sentirlo de nuevo.

Le dio un mordisquito suave en el lóbulo de la oreja antes de despegarse.

—¿¡Qué!? —Lía se atragantó.

Él se rio por lo bajo. Colocó los brazos a cada lado de su cabeza y la encerró. Tenía la cara a un palmo de la suya. Sus ojos, fijos en su boca, se oscurecieron. Se inclinó tanto que creyó que la besaría. Respiró hondo. Él le habló sobre los labios con un susurro que la acarició:

—Pienso en tocarte. En embestirte con mis dedos antes de hacerlo con mi polla.

—¡Cuesta! —jadeó.

—Y te equivocas. Sí le tengo terror a tu vagina. Me da un miedo de cojones porque sé que una vez que me hunda en ella, no voy a ser capaz de salir. Es pura droga para mí, la adicción más peligrosa.

—¿¡Pero qué coño estás diciendo!? —¿Y por qué sus palabras la deshacían por dentro? Hacía demasiado calor en ese ascensor.

—Coñito, el tuyo. El que me muero por comerme hasta que explotes en mi boca.

—¡Madre del amor hermoso!

—Deja a las madres fuera de esto, Lía. Es entre tú y yo. Y las ganas que te tengo. ¿Y

sabes qué? Que tú te empapas solo de pensarlo, lo reconozcas o no.

Cuesta se alejó un paso, apartó sus brazos y le devolvió su espacio personal.

—¿Qué…?

Él la miraba con el rostro tan tranquilo que, por un instante, Lía pensó que acababa de soñar despierta. Como si el protagonista del *dark romance* ese que le había prestado Maite hubiese traspasado las páginas del libro y se hubiese hecho presente ante ella.

¿Había soltado todo eso Cuesta? ¿¡Cuesta!? ¿O había sufrido un lapsus mental transitorio?

Apostaba ya por la enajenación mental cuando él le dijo:

—Me has pedido que sea sincero, que te diga lo que me ronda. Pues ya lo sabes. Las veinticuatro horas del día pienso en ti. Y sí, soy perverso. No sabes cuánto. Porque cuando cierro los ojos imagino las mil y una formas en las que te follaría.

Ella abrió los ojos de par en par y se quedó sin aliento.

Vale. No era un sueño. Entonces, ¿quién era este hombre y qué había hecho con Polidoro Cuesta Segura? Sintió que sus entrañas ardían y, joder, para qué mentirse, una humedad desquiciante empapó las braguitas que llevaba.

¿A qué jugaba? ¿A qué jugaba ella poniéndose así? La estaba llevando a la locura y lo peor de todo es que se lo estaba poniendo en bandeja.

Él se reclinó sobre el ascensor y se cruzó de brazos, en una pose relajada, casi chulesca. Ella observó esos vaqueros apretados que marcaban tanto y esa camiseta blanca que se le pegaba al pecho. Inspiró con fuerza y él lo notó. Sus labios se torcieron hacia un lado y

Lía lo contempló, cada matiz de su cara. Tuvo que reconocer para sí misma que con ese brillo travieso en los ojos y esa pícara sonrisa estaba más guapo que nunca. Y complacido.

El muy hijo de puta sabía que la había descolocado. Ahí estaba su «más uno».

¿Conque sí, eh? Pues ella también podía jugar a este juego, y mejor. Quiso borrar esa expresión de regocijo y superioridad. Y se juró que si iba a arder, él ardería con ella.

Sus oídos zumbaban con cada una de sus palabras, su piel quemaba, su sangre estaba espesa y caliente, tan caliente como su cuerpo y su interior. Un pinchazo le recorría la entrepierna y joder si lo deseaba. Más que nunca.

Acercó la mano y le agarró el paquete con fuerza. Los ojos de Cuesta se desorbitaron.

—Ya veo que la tienes dura.

Se dijo que hacía esto para borrarle esa sonrisa, para sorprenderlo tanto como él a ella. Su « + 1». Y lo del pulgar acariciándolo era parte de su estratagema, así como el pegarse tanto a su cuerpo y buscar fricción.

La expresión de él cambió de repente, pasó de estar relamido a ansioso. Un oscuro deseo se filtró en su mirada. Ella se pasó la lengua por el labio, que, de repente, notó muy seco.

Él gimió.

Se miraron a los ojos durante segundos interminables y tuvieron que perder la razón al mismo tiempo porque sus bocas se encontraron, con hambre voraz y desesperación. Los labios de Cuesta se movieron a un ritmo salvaje, intenso, como si pretendiese grabarla a fuego con la humedad de su boca, como si no la fuese a liberar jamás. Ella le devolvió el beso con las mismas ganas. Sus manos le agarraban la nuca y la inmovilizaban, ella hundió los dedos en su cabello, corto por primera vez en su vida.

Admitió que le encantaba cómo le quedaba, pero echaba de menos sus greñas. Daría lo que fuese por tirar de ellas con fuerza ahora mismo.

Esa parte salvaje que nunca había visto en Cuesta y que la derretía hasta lo más hondo tomó la delantera y la estampó contra la pared del

ascensor. Lía jadeó, complacida, sin separar sus labios. La lengua de él chocó contra sus dientes, pidiéndole permiso para entrar y ella se lo concedió por completo. Accedió al interior de su boca y sus lenguas se encontraron, se acariciaron y se unieron a un ritmo frenético.

Era el beso más alucinante, más jodidamente bueno, que le habían dado jamás. Y

nada tenía que ver con que su corazón estuviese a mil por hora y que un sentimiento viejo, conocido y odiado revolotease en forma de mariposas por dentro de su estómago.

Lía tomó el control y cambió el ritmo con besos lánguidos, detenidos en el tiempo.

Suaves y profundos. Sintió los dedos de él acariciando su espalda con reverencia, deslizándose hasta abajo. Agarró sus nalgas y las apretó con fuerza. Lía jadeó sobre su boca. Sus manos también exploraron el cuerpo de él y se colaron invasoras bajo su camiseta. Tocando ese vientre definido y sus pectorales. En este punto, el beso volvió a tornarse salvaje.

Él metió las manos dentro de su falda, sorteando las bragas y yendo a su piel. La estrechó contra su cuerpo y su erección se le clavó entre las piernas, a pesar de la tela que los separaba. Lía gimió. La tenía más dura de lo que creía posible ¿y a quién pretendía engañar? Estaba completamente mojada.

Cuesta abandonó su culo y buscó su interior. Le metió un dedo, ella gimió de forma sonora y prolongada y se arqueó. El placer la recorrió como una descarga de electricidad. Le metió un segundo dedo y gritó.

—Joder. Joder, Lía —exclamó cuando sus dedos palparon lo mojada que estaba. La penetraron y luego salieron hacia arriba, hacia ese cúmulo de nervios. Arriba, abajo.

Arriba, abajo.

Ella creyó morir.

Lo acarició por encima de su vaquero y Cuesta gruñó. Volvió a besarla sin dejar la tortura de su mano y Lía sintió unas ganas locas de tocarlo, de sentir lo empalmado que estaba; así que liberó el botón y metió la mano bajo sus calzoncillos. La liberó y la agarró con fuerza. Era grande, tanto como recordaba.

Él exhaló con dificultad. Apretó la mandíbula y repitió:

—Joder. Qué bueno.

Ella sonrió, pues solo con su contacto notó cómo se volvía más duro entre sus dedos. Él suspiró con dificultad y jadeó cuando sintió la caricia de ella, que empezó suave y se volvió intensa. Lía le dio un empujón y se apartó un paso, él gruñó al dejar de tocarla. Fue hacia ella, pero negó con la cabeza y una sonrisa, y lo mantuvo a raya.

Entonces se puso de rodillas. Se moría por probarlo. Notó la rigidez de él y sonrió de nuevo. Su respiración se tornó pesada, como anticipándose a lo que le haría. La deslizó en el interior de su boca centímetro a centímetro hasta la garganta. Con la lengua buscó la fricción. Aceleró el ritmo. Levantó la mirada y vio que la expresión de su rostro era de puro placer.

—Oh. Joder.

—¿Ese es todo tu repertorio? —bromeó ella, separándose de su envergadura. Sentía los labios húmedos, chorreantes. Él los miró y se mordió los suyos.

Se la volvió a meter, con más dureza. Con más fuerza. Chupándosela con toda su energía. Con toda ella.

Él se tambaleó.

—Me da que se me… —Lamió su punta mientras contestaba. Su voz salió ronca, como si le costase hablar— se me han fundido las neuronas.

Ella sonrió y se la introdujo entera. Los dedos de él se enredaron en su cabello y arqueó las caderas, embistiéndole la boca. Clavándosela hondo.

Lía nunca había sido tan desinhibida con nadie, pero con él no podía reprimirse, era como si algo o alguien la hubiese poseído. Embistió de nuevo, adelante y atrás, con brutalidad. Ella lo apretó y succionó su punta como si fuese una dulce piruleta. Cuesta gimió tan fuerte que ambos se tambalearon.

El ascensor se puso en marcha.

Sus ojos se encontraron de golpe, asustados.

De la emoción, Cuesta había dado un golpetazo, con la mala suerte de que reactivó la ascensión.

Se miraron a los ojos durante un segundo y se separaron de golpe. Él se dio la vuelta y se arregló como pudo. Aunque el ascensor no era rápido ni mucho menos, les faltó tiempo. Ella se fue a la otra esquina, jadeando. Se limpió la boca con la palma.

Las puertas se abrieron de repente y la señora de la recepción entró.

—¡Hola! —Chilló—. ¿Se os ha parado? Llevo un buen rato dándole al botoncito.

Lía asintió efusivamente sin poder hablar. La mujer arqueó una ceja cuando se fijó en Cuesta, de espaldas. Haciendo movimientos raros con los brazos, seguramente en un intento de arreglarse su excitación para no causarle un desmayo.

Lía se tocó el rostro, que le ardía.

—Tiene claustrofobia —dijo.

—Oh —Pareció espantada—. ¿Estás bien, muchacho? —gritó.

Dio un paso hacia él y Cuesta se apresuró a contestar para que no lo tocase.

—Sí —emitió, con voz estrangulada. Pegó la cabeza a la pared del ascensor y ambas oyeron cómo respiraba con dificultad y maldecía.

—Pobrecillo. A mi esposo, que Dios lo tenga en su Santa Gloria, le pasaba. Vaya que sí, menos mal que nuestra nuera lo trató. Ella es una prominente psicóloga. —Todo este discurso lo dijo a grito pelado. Lía se preguntó si alguien le habría hablado de las maravillas del sonotone.

Se movió hacia Cuesta, pero antes de que pudiese arrastrarlo a esa quinta planta, la anciana tocó al botón que conducía a la recepción.

Sin preguntarles.

El pausado descenso les sirvió para serenarse. Cuesta por fin se dio la vuelta y la miró como si fuese agua en medio del desierto, con tanta desesperación y anhelo que ella misma se tambaleó por la necesidad que sentía.

Se fijó en su pantalón, algo abultado, pero sin resultar escandaloso y

se preguntó en qué estaría pensando para bajar la libido. La suya estaba por las nubes. Se dio cuenta que contenía la respiración y no pudo sonreír porque a ella también le faltaba la suya.

Su pecho subía y bajaba con fuerza. Las uñas se le clavaron en las palmas cuando cerró con firmeza los puños para evitar tocarlo de nuevo. Todo su cuerpo clamaba liberación.

Pidió una distracción, lo que fuese, para no lanzarse encima de él y perder el norte de nuevo. Y, como si sus súplicas fueran escuchadas por un ente divino, la anciana de la recepción se inclinó un poquito hacia abajo y emitió un sonido largo y característico desde su zona trasera.

Un olor pestilente e insoportable los golpeó, como una bofetada con la mano bien abierta. ¿No quería algo que rebajase sus altos niveles de dopamina? Pues toma pedo al canto.

Lía se ahogó e intentó coger aire, pero fue peor. Cuesta parecía tener los mismos problemas, por cómo se retorcía y abría la boca en una arcada poco disimulada. Y la encantadora ancianita sonreía mirándolos sin el más atisbo de culpabilidad.

Seguro que pensaba que había sido uno de esos silenciosos, hasta tuvo el descaro de arrugar la nariz y girarse hacia Lía como si ella fuese la responsable de esa abominable flatulencia.

Las puertas se abrieron y los dos jóvenes corrieron al exterior, chocándose entre sí, en busca de aire puro, mientras la dueña del hotel se alejaba con el porte de una reina.

# CAPÍTULO 27

# Un capullo encantador

Cuesta se dirigió a la piscina exterior del hotel con una sonrisa en los labios. A pesar del trágico desenlace se sentía pletórico por lo que había pasado en el ascensor. Y sí, también algo necesitado. Todavía no se lo creía. Joder, parecía un sueño. Un sueño que lo había dejado tan empalmado que tuvo que darse una ducha helada durante veinte minutos. Ni siquiera se atrevía a cerrar los ojos porque su imagen venía a él, arrodillada con su… No. Basta. O tendría que meterse de nuevo en un chorro de agua fría.

Tragó saliva.

Empujó las puertas de cristal y accedió a la terracita superior. Buscó a su hermana por una de las hamacas, pero no había ni rastro de la Cuesta pelmazo, así que cogió el teléfono.

Debía admitir que, por una vez y sin que sirviese de precedente, María Teresa le había dado un consejo de oro, más o menos.

Recibió un mensaje cuando se dirigía a la comida. Era escueto y tan raro como ella: María Teresa:

Si quieres que pase algo, haz algo.

**Yo:**

¿Es una frase de esas chungas de los azucarillos que tanto te gustan?

**María Teresa:**

Gilipollas.

**María Teresa:**

Que actúes.

**María Teresa:**



Y no seas tú mismo.

**Yo:**

Siempre tan encantadora, hermanita.

**María Teresa:**

Tú sorpréndela. Como si fueses tú, sin ser tú. Imagina que eres otro, uno más guay, más guapo, más *tocho*. Y ten más confianza en ti mismo, ya me entiendes.

**Yo:**

Pues no. Eres como un galimatías.

**María Teresa:**

¡A esas cosas me refiero! No uses palabrejas, *friki*. Mira, cierra el pico. Hazle ojitos, alguna caricia aquí y allá. No sé, sé más directo. Como más guarro.

**María Teresa:**

Esas cosas nos ponen, a mí por lo menos.

**Yo:**

**Yo:**

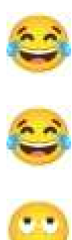
Dime la verdad, por favor. Es importante.

**María Teresa:**

Claro, pregúntame lo que sea.

**Yo:**













¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿O tantas horas con mamá te han pasado factura?

**María Teresa:**

Capullo.

**Yo:**

Eres tan cariñosa, María Teresa… A tu lado me siento parco en palabras.

# María Teresa.

Que te den.

**Yo:**

**Yo:**

**María Teresa:**

Cuesta pinchó en el chat de WhatsApp que compartían y le mandó un nuevo mensaje: Yo:

Lo admito, hermanita. Has dado en el clavo.

Por cierto, ¿dónde estás? Mamá me ha escrito que ibas a leer en la piscina.

He venido a buscarte, no te veo.

**María Teresa:**

Quiero más detalles, mustio. Dame algo jugoso, anda.

Él reflexionó un segundo antes de contestar. Sonrió con malicia mientras tecleaba al imaginar la cara que pondría: Yo:

Tengo los huevos tan duros como dos pelotas de tenis.

Pero hemos dado un paso.

Más de uno, diría yo.

**María Teresa:**

He ido a relajarme. Además, mamá se ha apuntado a la clase de *aquagym* y antes de que me arrastrase he huido. La tía también iba. Vete de allí, corre, insensato. Como te pesquen, no te sueltan.

**María Teresa:**

¡Qué asco! Hoy tendré pesadillas. Hay límites que ni los mellizos deben cruzar.

Cuesta sonrió de nuevo.

**Yo:**

Tú querías detalles; yo complacerte.

**María Teresa:**

Eres tan galante… ¿Algo más? Rápido, que estoy ocupada.

**Yo:**







No. Solo quería darte las gracias, desagradecida.

**María Teresa:**

Vale, capullo. ¿Deduzco que estás satisfecho? La verdad es que esto se me da bien, lo de hacer de Celestina. Debería dar más consejos a menudo. Quizá forme a otras parejas, tengo algunas en mente.

**Yo:**

Pobres incautos.

Los ojos de Cuesta brillaron con picardía cuando escribió: Yo: Tan satisfecho como para acabar bajo una ducha de agua fría tocando la zambomba.

**María Teresa:**

Dajj. Esa imagen, no, gracias. Si fueses cualquier otro, le pediría a Lía que me diese más información, pero contigo y el repelús fraternal, prefiero ahorrármelo. Por el bien de mis sueños y eso.

**Yo:**

Eres un cielo.

**María Teresa:**

Cuesta lanzó una carcajada. En ese momento, un tono conocido de voz llegó hasta él. Arqueó las cejas y rezó una plegaria al cielo. Por una vez, deseó estar equivocado.

Pero no.

Su intuición o, más bien, su oído no le había fallado en lo más mínimo. Dio unos pasos y se encogió.

Paco, ataviado con un minúsculo bañador y un collar de flores, de esos hawaianos, estaba sobre la superficie de la piscina. Movía su cuerpo de forma obscena y aberrante

para sus ojos, mientras que las señoras, dentro del agua, seguían sus pasos. Se preguntó si alguna encontraría esos ejercicios tan carentes de sentido como él.

Parpadeó dos veces.

Localizó a su tía Merce entre las de la primera fila, pero le extrañó no ver a su progenitora. ¿Dónde se habría metido?

— *Vamo,* mis reinas —vociferó su mejor amigo con un acento demasiado forzado—.

¡Arriba esos cocos! —Extendió los brazos a cada lado y meneó de manera frenética los hombros. La panza marcó también el ritmo—. Daleee. Dalee fuerte, mamitas. Sentid el ritmo que quema, que arde bajo vuestra piel. ¡Daaaleee!

Hizo algo raro con las rodillas, como si las llevase al pecho, y unas sentadillas un tanto peculiares.

Cuesta bufó.

De pronto, una garra se clavó en su pierna desnuda. Dio un brinco, se giró y chilló horrorizado.

Nada ni nadie lo había preparado para lo que vieron sus ojos. Supuso que, pasasen los años que pasasen, jamás borraría esa imagen de su cabeza.

Pamela enorme. Hamaca. Mujer al sol. Tanga. ¡TANGA!

—¡Mamá! —Fue una especie de graznido aterrado. Ella se dio la vuelta. Él abrió los ojos como platos—. ¿¡Qué haces!? —Su mirada se desplazó ahí, *ahí*.

Señaló al torso desnudo.

—¿A ti qué te parece, chico? *Torples*. Quiero que se me pongan morenitas, a ver si a tu padre le parecen más interesantes a la vuelta y me da un *meneillo*.

Y le guiñó un ojo. ¡¡¡Un ojo!!!

Cuesta necesitó aire. Esa noche tendría pesadillas, fijo.

## CAPÍTULO 28

# Engatusada

Lía no estaba espiando, para nada. Solo hacía tiempo mientras su nueva amiga conversaba con Carlos, el compañero de habitación de Cuesta. Pensó que era mejor mantenerse en las sombras y aguardar a que terminasen, que dar un paso al frente y cortarles el rollo.

Marta reía y se le iluminaba la cara. De vez en cuando bajaba la vista hacia sus pies, que retorcía inquieta. Carlos no paraba de hablar y se preguntó qué le estaría contando.

—Una de las claves es la observación minuciosa. Contemplar a los sujetos en el terreno de campo. Sus interacciones, miedos y respuestas. Y actuar conforme a ello.

Lía pegó un salto y se llevó una mano al corazón.

—Joder, qué susto. —Expósito sonrió de forma enigmática—. Lo siento. Es que no sabía que estaba aquí.

La mujer era más silenciosa que un gato y parecía que se teletransportaba, pues estaba en cien sitios a la vez. Se fijó en su característico atuendo, tan extravagante como ella. Un vestido fucsia ancho, sus peculiares gafas y una coleta alta, con un enorme lazo azul celeste. En los pies, cuñas. Esa carpetita y su inseparable bolígrafo rosa.

—Tranquila. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Es parte de la evaluación.

Estar y no estar. Ver sin ver. —Levantó las dos cejas y las movió con gracia—. Inspira y espira conmigo. Venga, uno, dos, tres. Sigue. —Lía lo hizo. Para su sorpresa, se encontró relajada—. ¿Qué opinas?

—¿De ellos?

La psicóloga asintió.

—No sé. Creo que es la primera vez que Marta tiene una conversación tan larga con alguien del otro sexo, según me comentó.

—En eso se basa este tipo de terapia. En la sociabilización. Sigue, sigue. Inspira, espira. Respira de manera profunda. —Lía siguió las indicaciones—. ¿Por qué no la invitas a dar una vuelta esta noche?

—¿A Marta?

—Ajá. Parece sentirse cómoda en tu compañía. Le haces bien.

—Vaya, gracias. Lo cierto es que me cae genial, es muy maja.

—Sí. Solo tiene que salir de su caparazón y darse cuenta de que allá fuera hay un mundo por descubrir, que está esperándola. Fíjate. Ha enrojecido varias veces y ni una sola se ha encogido. ¿Sabes por qué es?

—¿Porque está entretenida?

Asintió conforme.

—Tiene la atención puesta en la conversación, está tan metida que ni ha reparado en ese encantador rubor. Por cierto, si tienes que hacer alguna llamada aprovecha este tiempo porque en la excursión os confiscaré el teléfono de nuevo. Avisa a tus familiares.

—Gracias. Sí, mi abuela estará preocupada.

—¿Vives con ella?

—No, qué va. Ella sigue con mi madre. Llevo unos años compartiendo piso con Maite, mi mejor amiga. De hecho, está por aquí también. Puede que la veamos luego. Es la melliza de Cuesta.

—Vaya, qué casualidad.

—No tanto. Han venido a meter el moco. —Lía soltó una risita—. Bueno, ella a frenar a su madre y a su tía que son como un pequeño tsunami.

—Sí, la de la pamela. De armas tomar, ¿no?

—Ni se lo imagina.

—Quizá debería soltar un poco el amarre. Con su hijo, digo.

—No, si Cuesta va a su bola. Siempre ha sido un poco así.

—Lo conoces también desde hace mucho.

—Desde los seis años más o menos. Menudo era por aquel entonces.

—¿Un pillo? Tiene pinta de haber sido un tanto travieso.

—Qué va. Era encantador. Nos salvó, a su hermana y a mí, de un abusón. Así los conocí.

—Vuelve a respirar profundo. —Lía lo hizo—. Vaya historia. También conservo amigos de la infancia. Imagino que vivíais por la misma zona.

—Sí, en el mismo barrio. En un pueblecito de aquí, de Alicante. Aspe. Fue justo cuando nos mudamos.

—Con tu abuela.

—Sí.

—Tu madre y tú.

—Las dos. Por aquel entonces mi pobre madre no estaba muy bien porque papá…

—Inspira y espira. Perdona, sigue.

—Mi padre estaba ausente. Pero la abuela fue la salvación de mamá y la mía. Era genial vivir con ella.

—La quieres mucho.

—Sí, no sabe cuánto.

—Entonces a tu padre no lo veías a menudo.

—Era muy pequeña y no pillaba las cosas, pero se estaban divorciando. Por eso mi madre lloraba, aunque a mí me decían que era porque él tenía que trabajar fuera. —

Lanzó una carcajada amarga—. Se *trabajaba* a la secretaria.

—Respira profundo de nuevo. —Lía lo hizo—. También crecí en una familia así, te entiendo. Con madrastra incluida.

—La mía era lo peor. Creo que me odia y por eso nunca me ha dejado acercarme a mi hermanastro ni recuperar la relación con mi padre.

—Puede que todas lo sean. —Soltó una risita cómplice—. Siempre me he sentido un poco *Cenicienta*.

Lía abrió mucho la boca.

—Se reirá, pero es mi película favorita. En todas las versiones, incluidas las modernas.

—No lo hago y no me extraña.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que también era fan. —Aleteó la mano como restándole importancia—. Soñaba con que mi padre cambiaba de idea y volvía con nosotras.

—Yo también. —Lía suspiró. Después, y sin darse cuenta, cogió aire—. Vaya tontería, eh. Como si lo fuese a hacer. Solo éramos una molestia.

—Bueno, ¿sabes qué, Lía? Él no condiciona ni tus actos ni tu vida. Ese es mi mantra.

Las acciones de los demás no definen tu valor.

—Bien dicho. Tiene usted razón. ¿Todavía piensa en él? En su padre.

—Creo que esa respuesta la sabes. Somos iguales en esto, ¿no?

—Sí. Hay que ser tonta. Si ni recordará que existo.

—Volviendo a tu historia, tu mejor amiga y tú seguís juntas a pesar de tantos años, según me comentabas.

—Sí, pero estuvimos separadas cuando se mudaron. Fue triste.

—Perderla.

—Sí. Era como si me hubiesen arrebatado una parte de mí, otra vez.

—Lo mismo que con Cuesta. He supuesto que erais todos amigos.

—Sí. Y el pesado de Paco. —Lía puso los ojos en blanco—. Que se fueran fue…

difícil.

—¿Lo echabas de menos?

—Muchísimo. Lo era todo para mí —contestó sin darse cuenta.

—Pero retomaríais el contacto, por lo que veo. Seguís juntos.

—Con Maite no lo perdí, ella continuó escribiéndome.

—Él no.

—Él hizo nuevos amigos, y yo… Yo pasé a formar parte de su vida anterior, supongo.

—Inspira y espira. —Lía le hizo caso—. Pero volvieron.

—Ah, sí, cuando íbamos al instituto.

—Y seguisteis siendo amigos.

—Maite y yo sí, inseparables. Lo de Cuesta era diferente. —La mujer le sonrió tan atenta que ella se animó—. Nos peleábamos todo el rato. Chinchándonos. Teníamos una especie de clave. Bueno, tenemos. Un mensaje que nos enviamos poniendo: «Más uno», cada vez que uno de nosotros fastidia al otro. Me jodió un montón de citas y yo a él. Fue casi divertido. Todavía lo es.

—Adrenalina pura.

—Joder. Es usted buena.

Expósito lanzó una carcajada.

—Es mi trabajo, querida. Observo y aprendo.

—Ya veo, ya.

—Te gusta el rifirrafe.

—Puede —respondió Lía con una sonrisa.

—Debisteis tener una adolescencia muy movida.

—Ni se lo imagina.

—Y entonces te partió el corazón.

—Sí. Cuando se marchó otra vez. —Espera, ¿qué? —No, yo…

—Respira profundo. —Sintió una náusea. Notó cómo aumentaba su frecuencia cardiaca—. Tranquila, Lía. No pasa nada. Inspira y espira.

¿Tenía los ojos húmedos? ¡Qué le pasaba!

La psicóloga le puso una mano en el brazo.

—Estabas enamorada de él.

—No. No.

Sudaba. Sudaba mucho. Respiró con dificultad. ¡Se ahogaba! Sintió que el estómago se le retorcía.

—Uy, mira. —Señaló a la pareja. Lía desvió la vista—. Parece que han hecho migas.

Lía sonrió, el pulso bajó el ritmo. Su respiración volvió a su sitio mientras contemplaba a esos dos. Marta recibió el teléfono del chico y le apuntó algo.

—Se la ve contenta —afirmó, feliz por su compañera de habitación.

—Sí. Sé que está mal, pero tengo curiosidad. —Miró a la psicóloga con una sonrisa pícara—. Lo admito. Soy una cotilla terrible. Mi mujer siempre me lo dice.

Le caía bien. Rio con ganas.

—Está casada.

—Sí, es la dueña del hotel, aunque no suele dejarse ver. Su madre es el rostro visible. La tienes que conocer, suele estar en la recepción. —Lía recordó la escena del ascensor y se le escapó una carcajada—. Veo que sí. No quiero ni preguntar.

—No lo haga. Solo le diré que Cuesta y yo hemos quedado… marcados.

—Estabas con él.

Le vinieron a la cabeza unas imágenes de lo más eróticas y enrojeció. No se dio cuenta de la fijeza con la que la observaba la profesional.

—Eh, sí. —Sonrió al recordar la cara verdosa de Cuesta. Ella misma debía haber adquirido un tono similar.

—Todavía lo quieres.

—Sí.

Dio un paso atrás, petrificada. Cogió aire. Abrió mucho los ojos. Boqueó. Salivaba.

El pulso se le descontroló. Giró para contradecir su afirmación y vio que la psicóloga ya no estaba. ¿Cómo lo hacía para desaparecer así?

Inspiró y espiró.

Expósito. Esa intrigante y manipuladora mujer la había despistado y la había conducido a una conversación tan íntima y profunda que no se dio ni cuenta. Le había hablado de su infancia. Del abandono de su padre, del rechazo de su madrastra. De cuando Cuesta le rompió el corazón y…

«Todavía lo quieres». «Sí».

De su verdad más oculta. La que negaba a todo el mundo, en especial, a sí misma.

«Sí».

Quería a Cuesta.

Lo quería.

Todavía lo quería.

Lo había querido siempre.

Estaba tan impactada por la revelación que se le olvidó hacer lo que mejor se le daba: Correr. Huir. Poner distancia.

# CAPÍTULO 29

## ¿Por qué a mí?

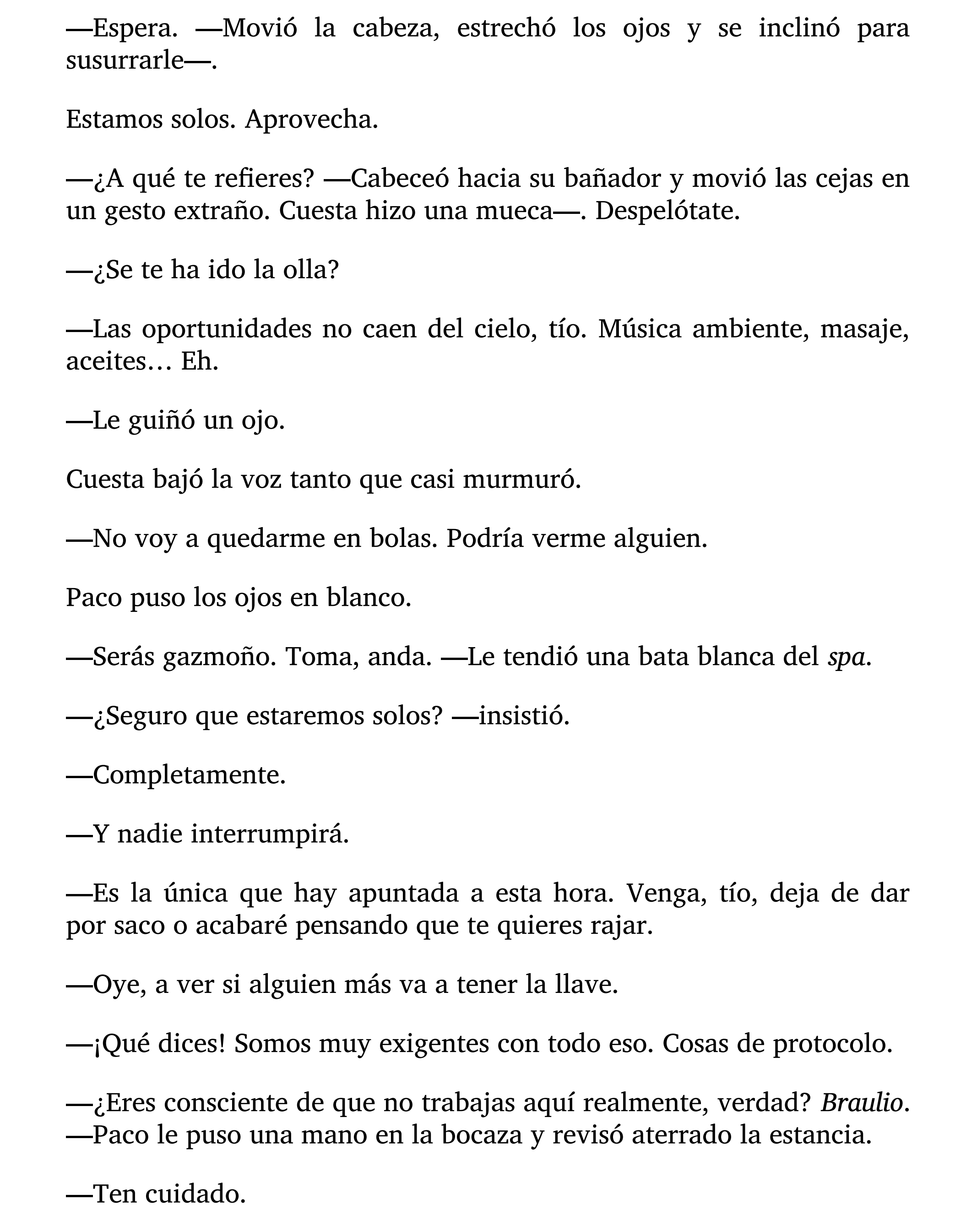
—¿Estás seguro? ¿Completamente seguro, Paco?

—Pues claro. Tío, confía en mí. ¿Acaso te he metido en algún lío alguna vez?

Miró de arriba abajo a su amigo, todavía ataviado con el bañador minúsculo, el collar de flores y un porrón de aceite bronceador y se limitó a arquear una ceja.

—Vale. Pues allá voy.

Dio un paso, pero la manaza de Paco lo detuvo.



—Espera. —Movió la cabeza, estrechó los ojos y se inclinó para susurrarle—.

Estamos solos. Aprovecha.

—¿A qué te refieres? —Cabeceó hacia su bañador y movió las cejas en un gesto extraño. Cuesta hizo una mueca—. Despelótate.

—¿Se te ha ido la olla?

—Las oportunidades no caen del cielo, tío. Música ambiente, masaje, aceites… Eh.

—Le guiñó un ojo.

Cuesta bajó la voz tanto que casi murmuró.

—No voy a quedarme en bolas. Podría verme alguien.

Paco puso los ojos en blanco.

—Serás gazmoño. Toma, anda. —Le tendió una bata blanca del *spa*.

—¿Seguro que estaremos solos? —insistió.

—Completamente.

—Y nadie interrumpirá.

—Es la única que hay apuntada a esta hora. Venga, tío, deja de dar por saco o acabaré pensando que te quieres rajar.

—Oye, a ver si alguien más va a tener la llave.

—¡Qué dices! Somos muy exigentes con todo eso. Cosas de protocolo.

—¿Eres consciente de que no trabajas aquí realmente, verdad? *Braulio*.
—Paco le puso una mano en la bocaza y revisó aterrado la estancia.

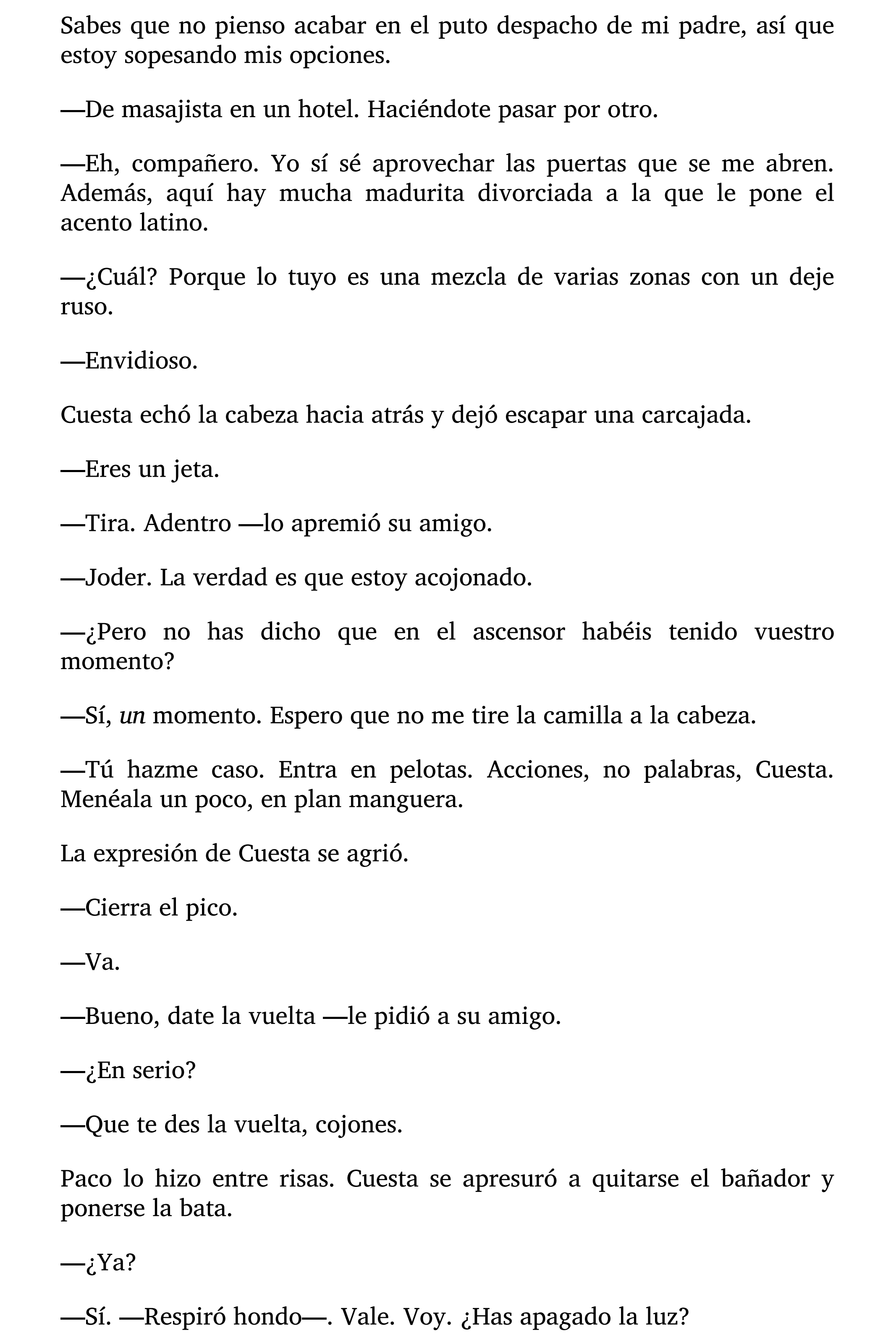
—Ten cuidado.

—Eres contable. En paro.

—De eso nada.

—¿Ah, no? ¿Y cómo exactamente se llama al hecho de no currar?

—Año sabático. Estoy reflexionando sobre mis posibilidades futuras.


Sabes que no pienso acabar en el puto despacho de mi padre, así que estoy sopesando mis opciones.

—De masajista en un hotel. Haciéndote pasar por otro.

—Eh, compañero. Yo sí sé aprovechar las puertas que se me abren. Además, aquí hay mucha madurita divorciada a la que le pone el acento latino.

—¿Cuál? Porque lo tuyo es una mezcla de varias zonas con un deje ruso.

—Envidioso.

Cuesta echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

—Eres un jeta.

—Tira. Adentro —lo apremió su amigo.

—Joder. La verdad es que estoy acojonado.

—¿Pero no has dicho que en el ascensor habéis tenido vuestro momento?

—Sí, *un* momento. Espero que no me tire la camilla a la cabeza.

—Tú hazme caso. Entra en pelotas. Acciones, no palabras, Cuesta. Menéala un poco, en plan manguera.

La expresión de Cuesta se agrió.

—Cierra el pico.

—Va.

—Bueno, date la vuelta —le pidió a su amigo.

—¿En serio?

—Que te des la vuelta, cojones.

Paco lo hizo entre risas. Cuesta se apresuró a quitarse el bañador y ponerse la bata.

—¿Ya?

—Sí. —Respiró hondo—. Vale. Voy. ¿Has apagado la luz?

—La he dejado tenue.

—Perfecto. —Cuesta asintió. Dio pequeños saltitos como los boxeadores en el *ring*, movió la cabeza de un lado al otro y sonrió con fuerza—. Allá voy.

Se movió hacia la entrada.

—Espera. —Paco lo frenó.

—¿Qué pasa?

—Es solo… Ven aquí. —Tiró de él por el hombro y lo abrazó con tanta fuerza que casi lo ahogó—. Estoy orgulloso, tío.

—¿¡Estás llorando!?

—No, joder. Son las hormonas. Últimamente estoy un poco revolucionado. Algunos tenemos nuestro corazoncito.

—¿Eh?

—Es que… —lloriqueó—. Son muchos años. Has estado tan jodido, tan en la mierda… He visto cómo te rompías en mil pedazos. Cómo veías que se te escapaba una y otra y otra, y otra vez. Y esos otros tíos, que eran cojonudos. Guapos de la leche.

Como el Sebastián este, que hasta yo me lo tiraba. Y luego estás tú. Tú, tío. La resiliencia hecha persona. La palabra resistir se ha creado para ti a tu imagen y semejanza. Por más palos, por más rechazos… ¿te has rendido? No. No y no. Eres de puta madre, tío. De puta madre.

—No sé cómo tomarme esto.

— Y mírate ahora. Es una historia de cojones y qué quieres que te diga. Me molan los finales felices. Lo confieso. Soy de comedias románticas, me veo todas las del Netflix. —Su expresión varió. Sus ojos adquirieron dureza—. Entra, tío. Dale un masaje, tócala, bésala, acaríciala, métele la lengua hasta el fondo. Haz que gima, que grite, que se ponga a cua…

—Lo pillo —lo cortó rápidamente.

Paco lo volvió a abrazar.

—Estoy contigo. Ahí dentro. Imagínatelo.

—Mejor que no.

—Soy tu apoyo, macho. Tu sostén. Y si necesitas algo, lo que sea, me llamas y entro.

—Ni se te ocurra.

—Lo que sea, tío. Lo que sea.

—Vale. Entro. —El otro seguía aferrándolo por el cuello. Asintió con decisión, con los labios apretados. Le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Sí. Cumple, tío. Cumple. Déjanos en buen lugar.

—Creo que esto se ha vuelto demasiado raro.

Paco lo liberó y se llevó los puños a la boca para evitar un sollozo.

—¿Has pensado en lo que vas a decir para romper el hielo? Porque tengo algunas ideas que igual…

—Mejor improviso. Puede que tire un poco del rollo malote, como antes. Lo de María Teresa me ha ido bien.

—Cojonudo. Dale fuerte.

—Te irás. No te vas a quedar aquí en la puerta.

—Alguien tiene que custodiar, hermano.

—Prefiero que te vayas.

Paco levantó las manos. En su expresión se leía la decepción.

—Me las piro, entonces.

—Te lo agradecería.

—A no ser que cambies de opinión.

—No, no lo haré.

—Tú mismo.

—Venga, voy ya.

—Ve.

Cuesta agarró con fuerza la manivela y le dio la vuelta. Antes de pasar al interior, giró el rostro hacia Paco. Este le sonrió con satisfacción y le hizo una reverencia.

Maite estaba tan relajada que se sentía en el Edén. Hacía años que no se dedicaba un momento para ella, un momento así, de absoluto relax. La música ambiente, los olores

estos tan relajantes… Estaba tumbada sobre la camilla, boca bajo, con la cara metida en el agujero y sin nada de ropa en la parte de arriba.

Suspiró con deleite.

Oyó un ruido y supuso que era la masajista. Dio las gracias mentalmente a su amiga por cederle su hueco para el masaje. Lo cierto es que lo necesitaba, realmente lo necesitaba. Después de pasar tantas horas con las gemelas, las movidas de su hermano, un trabajo que detestaba… Relax. Re. Lax. Esa palabra era el más puro néctar para ella.

Un carraspeo.

—Casi me quedo dormida aquí dentro —murmuró tan despacito que ni ella misma se oyó—. Se está genial. ¿Qué vas a hacerme primero?

Otro carraspeo, más profundo. Pobreta, estaría afónica.

—Primero voy a darte la vuelta. Abrirte de piernas y comértelo como si fueses mi primer y segundo plato. Vas a correrte en mi boca. Luego te la voy a meter hasta el fondo y haré que te corras de nuevo. Y te embestiré la boca. Terminarás lo que hemos empezado en el ascensor y te la comerás toda, ¿a qué sí? Te tragarás hasta la última gota que tengo para darte.

María Teresa Cuesta Segura abrió los ojos de par en par. Hizo una mueca y se encogió. Había reconocido la voz.

Reconocería esa voz en cualquier sitio.

Sintió un escalofrío. Lanzó una exclamación ahogada.

—Sí. Es bueno que te asustes. Yo también me tengo miedo cuando me pongo así.

Porque voy a follarte duro, Lía. Y… —La primera carcajada salió sola.

La segunda le nació desde el estómago y sintió cómo le pasaba por la garganta para reventar en el exterior.

—Antes de que sigas con el numerito y tengamos secuelas para toda la vida es mejor que sepas que soy yo.

—¿Maite? —La voz era tan aguda que le provocó nuevas risas—. ¿Qué coño haces aquí?

Lo del coño le hizo tanta gracia que volvió a reír. Se puso en pie, tapándose con la toalla que le habían dado y fue hacia el interruptor de la luz en forma de rueda. La giró para aumentarla hasta la máxima potencia e iluminar toda la habitación.

Perdió la sonrisa.

Su hermano estaba como su madre lo trajo al mundo. Con los brazos en jarras, la expresión ceñuda y avergonzada. Y su… su cosa en punta.

—Creo que al final sí acabaremos en el psicólogo.

CAPÍTULO 30

# Mi mejor amigo

Huir de María Teresa como si fuese la misma peste era una tarea sencilla, había cogido práctica a lo largo de todos estos años. Puede que se cambiase el nombre y se colgase un cartelito en el cuello en medio de alguna plaza concurrida de Madrid, a ver si otra familia lo adoptaba. Era un buen plan. Un plan de puta madre. Porque de lo contrario, su melliza perversa estaría burlándose de él hasta que peinase canas. Bueno, eso siempre y cuando superase la escenita. Rezó para que al menos no se lo contase a nadie.

Él no pensaba hacerlo. Quizá algún día a Lía, si la cosa salía bien. Allá por la vejez.

Se escabulló en su cuarto. Cerró la puerta y apretó los párpados, lanzó un suspiro.

A salvo.

—¡Tío!

O no.

Abrió los ojos para encontrarse con un sonriente, demasiado sonriente, Carlos.

Estaba sentado sobre una de las camas, con la mirada fija en él.

Cuesta meneó la cabeza a modo de saludo y estiró los labios un poco. Parecía más una mueca que una sonrisa.

—Qué pasa.

—¿Conoces ya a Salva?

En ese instante reparó en la otra persona que ocupaba la estancia. Estaba sentado sobre la cama, con cara de pocos amigos, como si lo hubiesen molestado con su invasión.

—Eh, no. Hola. ¿Qué tal? Soy…

—El de las vaginas —sentenció el otro. Su tono era tan gruñón como su expresión.

Cuesta lo miró ceñudo—. Potorro.

Se esforzó por no fulminarlo con los ojos. Carlos soltó una risita.

El cascarrabias tendría unos cuarenta y largos, pequeñas y redondas gafas coronaban su nariz aguileña. Labios finos y muy apretados. Entradas poderosas en su cabeza de tono cobrizo y un rostro cubierto de pecas. Calculó que sería de estatura media y lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, rojos y húmedos, con grandes bolsas en las cuencas y ojeras oscuras, como si no hubiese dormido en años. De hecho, la expresión de su rostro, si te fijabas bien, era abatida, cansada. Los contemplaba inquieto, y unas gotitas de sudor perlaban su frente. Sacó un pañuelo y con pequeños golpecitos se limpió la humedad. Respiró hondo, como si le costase. Cada pocos segundos realizaba el mismo proceso.

—Le dicen Cuesta, tío. Cuesta, Salva. Salva, Cuesta. Bueno, ahora que nos conocemos todos. ¿Qué os apetece hacer? ¿Salimos esta noche? Me han hablado de un sitio que…

El otro bufó. Se puso en pie y con dos zancadas y un enorme portazo que casi se lleva por delante a Cuesta desapareció de la habitación.

Carlos parpadeó.

—Joder, qué genio. —Exageró un escalofrío—. Pero no se lo tengas en cuenta. Es que sufre nictofobia.

Cuesta se acercó a su cama y abrió su mochila para sacar la ropa que llevaría durante la tarde y la noche. Escogió otros vaqueros y una camisa azul cielo, con zapatillas de vestir.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Miedo a la oscuridad —explicó el chico—. El problema, según me ha contado, es que le está derivando en un grave insomnio, creo que se llama somnofobia, o algo así. El caso es que se puso superagresivo en el trabajo y golpeó a un compañero por una chorrada, dice que lo tuvieron que sujetar entre cuatro.

Cuesta se giró hacia la puerta por la que se había ido Salva y soltó un largo silbido.

Estaba impresionado. El tipo era flaco como un junco y pequeño, supuso que todo eso lo había conseguido por la adrenalina del momento.

—Llamaron a la ambulancia y lo trasladaron al hospital. —La voz de

Carlos era baja y monótona, como si estuviese haciéndole una confidencia—. Tuvieron que inducirle el

sueño y estuvo como tres o cuatro días allí. Luego lo derivaron a Expósito, que lo ha arrastrado a la terapia de este fin de semana.

—Y nos ha tocado de compañero de habitación. Vaya suerte la nuestra —masculló, con un deje irónico.

Carlos estiró los labios en una sonrisa perezosa. De hecho, estiró también los brazos y el cuerpo, como si se estuviese despertando de una profunda siesta.

—Bueno, sospecho que nos dejará en paz, si hacemos lo mismo. Por cierto, espero que no te cabrees, pero te he usado de cebo. Con Marta.

Cuesta levantó una ceja y se cruzó de brazos, se dejó caer en la cama. El otro soltó una carcajada.

—Suelta.

—Le he dicho que estás loco por su amiga. La morena de la comida, ¿te acuerdas?

Lía. ¡No pongas esa cara! Si está que te cagas.

—¿¡Qué!?

—Es que me encanta, tío.

—¿Lía?

—No, Marta. A ver, la otra es un bomboncito, no negaré que es un regalo para la vista y…

—Lo he pillado.

—Pues eso. Pero Marta es mi tipo. No sé, tío. Me cuesta explicarlo, pero ha sido como si hubiésemos conectado o algo. Como si alguien me hubiese dado un puñetazo en la boca del estómago y me dejase sin respiración. Y siento lo mismo cada vez que la tengo enfrente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Un tanto gráfico, pero sí, te capto.

—No me la puedo quitar de la cabeza. Esa sonrisita, esa mirada avergonzada…Como si pidiese perdón por existir. Me dan ganas de

protegerla y de liarme a hostias con todo el que la haga sentir mal, incluido yo. Por lo de la comida y

eso. No se me da nada bien sociabilizar y la he liado bastante. Joder, tío, no sé ni lo que me pasa.

—Tiene pinta de flechazo.

—Ya.

Carlos sonrió.

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—¿¡Estás loco!? Si le entraba yo, me hubiera mandado a tomar por saco. He optado por la estrategia del amigo. Le he hablado de ti, de lo que te ha impactado su compañera de habitación y le he pedido que indague a ver si ella estaría interesada.

Marta me ha comentado que todo el rato habla de ti, ¡que ya os conocíais! Anda que me lo dices, ahí he quedado un poco mal, tío. —Lo acusó con la mirada—. Vaya Cupido de mierda al que le faltan datos.

—Bueno, dado que acabamos de conocernos y que solo hemos hablado unos minutos en la comida… Perdóname por el descuido. A la próxima desnudaré mi vida ante el primer desconocido que vea.

Carlos se rio.

—Eres gracioso, tío. Supongo que tienes razón.

—¿Supones? —El rubio lo ignoró.

—El caso es que te he dejado en buen lugar.

—Me da que no quiero saberlo. ¿Y cómo demonios juega todo esto en tu favor?

—Para empezar, he podido invitarla a salir esta noche, le he prometido que irías, así que tienes que hacerlo. Intentará arrastrar a Lía. Como sois amigos, puedes invitarla a bailar, a beber o algo. Así aprovecho para acercarme a Marta y hablarle más de ti. Como no verá peligro en mí, podré abrirme y ser yo mismo.

—Y en ese momento caerá redonda a tus pies —se burló Cuesta. El otro no pareció captar la ironía.

—Ese es el plan. Que se permita conocerme, puede que hasta le guste.

Carlos le guiñó un ojo y sonrió con picardía. Quizá si no estuviese mirándolo tan fijamente no se habría dado cuenta, pero lo vio. Esa vulnerabilidad que intentaba ocultar.

—Te gusta de verdad.

—Sí, tío. Por primera vez en mucho tiempo, no me siento como un bicho raro delante de una tía. Lo mío complica bastante las relaciones, al principio pinta bien, pero luego cuando me dan los ataques de pánico, suelen salir escopetadas. Y no las culpo, también lo haría.

Cuesta se compadeció.

—Vale, te ayudaré. Tampoco supondrá un problema.

Carlos emitió una risita estridente.

—Te atrae la amiga, eh.

—Más que eso. La quiero.

—Joder.

—Resulta que estoy aquí por ella. En esta terapia de locos. —Abrió la boca con horror al percatarse de sus palabras—. No digo que estéis locos, perdona. Solo es una forma de hablar, yo…

Carlos meneó la mano.

—Tranquilo, tío. Lo he captado.

Cuesta sacó pecho.

—He venido para demostrarle lo que siento.

—Hostia, pues te alegrará saber que mañana nos han puesto a los seis juntos durante la excursión. Se lo he sonsacado a Expósito.

—¿Seis?

—Nosotros cuatro y Salva, claro.

—Cómo no. —Cuesta arrugó la nariz.

—Y el monitor que nos ha tocado. Es un tío cojonudo. Te caerá de

puta madre. —De repente, pareció avergonzado—. Nos hemos hecho un poco íntimos durante una de sus clases. Curra en el hotel. Ahora somos colegas, como nosotros dos.

«Colegas, colegas…». No se atrevió a negarlo en voz alta porque el otro parecía extasiado. En ese momento, alguien tocó a la puerta.

El rostro de Carlos se iluminó, corrió hacia la entrada y abrió.

—¡Colega! —exclamó. Se oyó un sonido estrangulado al otro lado, como un gorgorito jubiloso. Cuesta todavía no podía ver al monitor porque Carlos lo había fundido en un abrazo de oso, que el otro le respondió.

Entonces, dio un paso atrás y pudo contemplar el rostro del visitante.

Lo conocía.

Lo conocía muy bien.

¡Paco!

—Mi *bro*. Le he echado de menos. Gusto en verlo. —Agarró a Carlos por los hombros y lo zarandeó con alegría. Este se infló como un pavo real.

Después se giró hacia Cuesta.

—Braulio, te presento a mi mejor amigo y compañero de cuarto, Cuesta. —El aludido puso los ojos en blanco. Tanto por la presentación, como por la reverencia que le hizo Paco. Un momento, ¿¿acababa de calificarlo como mejor amigo??

Se preguntó si sobreviviría a este fin de semana.

— *Mijo*, encantado de conocerlo. Venga usted aquí y salude a este viejo.

Cuesta soltó un quejido lastimoso y se dejó caer en la cama, tapándose el rostro con las manos.

## CAPÍTULO 31

### **Ni el bueno es tan bueno ni el malo tan malo**

Al final sí había huido.

Lía se aferraba al volante de su coche con fuerza mientras se adentraba en la urbanización de Sebastián. No es que hubiese abandonado la terapia. Pensaba volver, claro que sí. Pero con las ideas en su sitio. Estaba allí por este hombre, no por Cuesta. Lo que pasa es que Expósito la había confundido y el rubio también tenía la culpa, por lo que le hizo sentir en el ascensor. Admitía que la había sorprendido y también que la había calentado demasiado. Sin embargo, Sebastián también la atraía. Muchísimo. Solo tenía que verlo y recordarlo.

Entonces, regresaría. Pondría a Cuesta en su lugar. Se olvidaría de la tontería esa del amor, se lo dejaría claro a la psicóloga y se curaría de su filofobia. El lunes regresaría aquí y aceptaría a su argentino.

El plan estaba trazado y no pensaba mover ni una coma.

Aparcó frente a la casa y admiró la fachada con un pellizco en el pecho. Estaba muy orgullosa de su obra, uno de los mejores trabajos que había realizado. Era un hogar. Un precioso y acogedor hogar.

Bajó del vehículo y rodeó la casa. Lo bueno es que los ventanales eran enormes, así que tenías una amplia vista del interior cuando las cortinas no estaban echadas como ahora. Imaginó a Sebastián recostado sobre el sofá con el portátil en las caderas. La barba recortada y su melena castaña recogida en un moñete encantador.

Miró a un lado y al otro, y saltó el precioso matojo que la separaba de las vistas.

Calculó mal la distancia y dio de bruces contra el suelo. Maldiciendo y con un rasguño en la rodilla derecha se puso en pie. Se recolocó la minifalda granate de vuelo y el *body* negro que ahora estaba manchado de barro. Lo espolsó como pudo. Y se peinó la larga melena con los dedos mientras hacía una mueca. El sol de mediados de junio quemaba como el infierno a esas horas. Maldijo el clima alicantino, por la molesta humedad que se adhería a su piel a pesar de las horas, más de las siete de la tarde.

Pegó su cara al cristal y sonrió al ver de espaldas a Sebastián.

Llevaba pantalones de chándal y nada más. Con su enorme y fornida espalda desnuda. Admiró los tensos músculos que se le marcaban. Era un diablo potente. Tenía las manos en las caderas y se meneaba. Sonrió pensando en que estaría oyendo alguna canción de su tierra.

Desplazó una mano hacia delante y la dejó ahí e hizo un inconfundible

movimiento con las piernas. Embistió.

Lía boqueó.

Él gimió y hasta los cristales temblaron.

Apartó con un gesto rápido a la chica de pelo negro y la colocó sobre la mesa, a la vista de Lía. Esta tenía los enormes y rellenados labios hinchados. Sonreía coqueta, antes de dejar caer la cabeza hacia atrás. Iba desnuda. Lo que le facilitó la entrada a Sebastián. En un solo empujón.

Lía estaba tan sorprendida que se le olvidó moverse. Él agarró a la morena de la nuca y volvió a arremeter, con las nalgas apretadas casi tanto como su mandíbula. Tenía los ojos cerrados y la cara marcada con una expresión de puro placer. Entonces los abrió. Y la vio.

Las ventanas de su nariz se agrandaron. Sus labios formaron su nombre y la expresión varió. De placer a pánico. Pero el muy cabrón no paró el movimiento de sus caderas. Es más, aceleró hasta que halló el consuelo. Dejó a la pechugona insatisfecha antes de correr hacia ella, a pesar de las protestas de la otra.

Por suerte, Lía recordó cómo funcionaban sus pies y antes de que la alcanzase ya estaba de vuelta en su Peugeot 207.

Abrió la puerta y una amplia manaza la sujetó por detrás.

Olía a sexo y sudor.

Lía cerró los ojos y esperó sentir algo: rabia, celos, traición. Cualquier cosa que casase con lo que acababa de ver.

Nada.

Solo una especie de liberación. Joder, era como si se hubiese quitado un peso de encima. Lo único que experimentaba era calma. Una enorme y satisfactoria calma.

No era tonta. Sabía lo que significaba. O más bien, lo que no significaba él para ella.

—Lía, no es lo que parece.

Se giró hacia Sebastián. Tenía el pelo revuelto y una mirada de culpabilidad. Soltó una carcajada, divertida. ¡Vaya morro! No solo porque la evidencia estaba más que clara, sino por la pobre elección

de palabras. Menuda justificación de mierda.

—¿No te la estaba chupando y tú metiéndosela hasta el fondo? —Pareció atorado.

Tartamudeó. Y al menos hizo una mueca.

—Yo… eh… Es solo… Lía, no es nadie. —Agarró sus manos, con súplica. Ella se soltó—. Ni siquiera recuerdo su nombre.

Le sonrió y meneó la cabeza. Ahí estaba. Su prototipo. El típico capullo del que te esperabas justo eso: que fuese un capullo.

—Eso no te deja en muy buen lugar.

—No, Lía. Escuchá, yo…

—Sebastián, no pasa nada —lo cortó—. De verdad, nosotros no teníamos nada. Así que no te sientas mal.

La mirada de él se encendió con una chispa de esperanza.

—Gracias, sabía que lo entenderías. Ella no es nadie —repitió—, menos que nadie para mí. Vos *sos* la única que me importa.

—También te doy las gracias. Hoy me has recordado algo importante.

—¿Sí…? —Esto último lo dijo con una especie de inseguridad mezclada con la certeza de que Lía pasaría por alto lo que acababa de ver.

En el pasado así era. Porque quería a tipos como este. Cabrones infieles que eran justo lo que aparentaban, que no la sorprendían ni atacaban sus defensas. Imbéciles por los que no arriesgaba ni una minúscula parte de su corazón. Con ellos era fácil porque no se jugaba nada. Eran lo que se esperaba de ellos.

Como su padre.

Al final, todo se reducía a eso. A ese sentimiento de abandono, a esa sensación de la que huía. Para que no la rompiesen en mil pedazos de nuevo, para no arriesgar sus lágrimas y convertirse en una mujer solitaria y amargada como su preciosa madre, se limitaba a buscar a hombres así. A imagen y semejanza de su progenitor.

Pero ya no.

No más.

—Mi fase de capullos ha llegado a su final. Sin ofender. —Le sonrió para suavizar el insulto. Él alzó una ceja, confundido. Era un hombre acostumbrado a salirse con la suya y esto estaba yendo por otro camino, uno que lo descolocaba.

—Yo, eh…

Lía se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Te deseo lo mejor. —Cabeceó hacia la casa y le guiñó un ojo. —Una buena sesión para lo que queda de día.

Se metió en el coche.

—¡ *Pará*! ¿Y ya está? ¿Te vas? ¿Qué pasa con nosotros?

—No hay un nosotros, Sebastián. Nunca lo ha habido.

—Si es por esta mina… Ya te dije que no significa nada. No es como vos, Lía. Solo es un *garche*.

—Como lo era yo.

—¡Pero no siento nada por ella! La conocí hoy, en el restaurante. Mi corazón no está en juego.

—El mío sí. Desde hace años, me temo. Aunque me lo haya negado. —Ella se refería a sí misma, al terror que tenía a arriesgarse con los demás para evitar que la dañasen para no exponer ese órgano en concreto.

Él frunció el entrecejo y pareció enfadado.

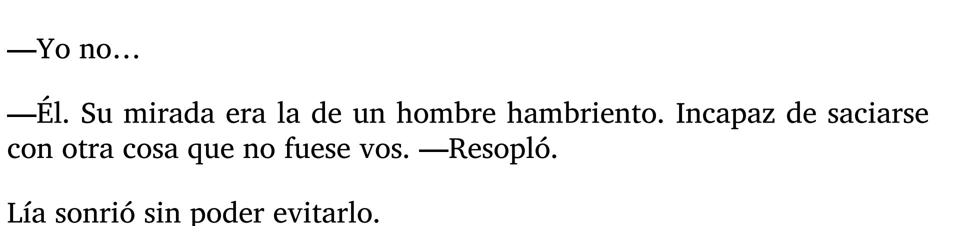
—Cuesta —soltó el nombre con asco y enfado.

—¿Cómo?

—Mierda. Tengo ojos, no soy *boludo*. Vi cómo lo mirabas en su fiesta de bienvenida.

Por ahí no te diste cuenta, pero no paraste de hablar de él en toda la noche. Cuando volvimos ni te planteaste terminar en mi cama. Y es más, desde ese momento, no me diste ni la hora. Volvió y vos te escapaste. No te volví a tocar, lo evadiste de todas las formas posibles. No me *jodas*, Lía. Sé sumar dos más dos. Y vos también. Además,

reconozco el anhelo cuando lo veo.



—Yo no…

—Él. Su mirada era la de un hombre hambriento. Incapaz de saciarse con otra cosa que no fuese vos. —Resopló.

Lía sonrió sin poder evitarlo.

—Lo siento, Sebas.

—Yo también.

—Es lo mejor. Tú no estás preparado para nada serio, no va con tu forma de ser y yo… Yo quiero más. Quiero otra cosa.

Quererse un poquito más y un poquito mejor.

—Supongo que *tenés* razón. —De pronto sus labios se estiraron y su frente arrugada se alisó. Aceptó tan bien el cambio que Lía supo sin lugar a dudas que lo único que sentía por ella era una profunda atracción, pese a lo que prometiese su boca—. Pero si alguna vez te apetece pasarlo bien, recuerda mi número.

Ella lanzó una carcajada.

—Espero que eso pase a la historia. —Lo dijo sin pensar. Sin embargo, se dio cuenta de que era cierto. No quería más Sebastianes en su vida.

Ahora iba a pensar en ella. Solo en ella.

Puso el coche en marcha y arrancó. Por el espejo retrovisor vio la figura corpulenta del argentino que se fue haciendo pequeñita a medida que la distancia los separaba. Ahí se quedaba una parte de ella, de su pasado.

Sebastián era el fin de una etapa.

Lía quería esta terapia. Quería un cambio. No por Cuesta, ni por ningún otro. Por ella. Porque se merecía cerrar heridas. Porque estaba harta de menospreciarse e infravalorarse. Ella era mucho más que todo eso.

Las palabras de Expósito acudieron a su mente: «Las acciones de los demás no definen tu valor».

Sí. Nadie la definía salvo ella. Y no volvería a darles el poder de

aplastarla. Se le había olvidado lo fuerte que era. Ya era hora de recordarlo.

Marcó un número y el manos libres de su coche se activó. No tuvo que esperar muchos tonos para oír su voz.

— *¿Lía?¿Qué pasa? ¿Estás bien?* —Sonaba confuso. Se debía a que rara vez hablaban.

—Papá.

— *No tengo mucho tiempo, cariño. Me has pillado a punto de salir, tenemos que hacer unas compras y…*

—Tranquilo, solo te robaré un par de minutos. —Respiró hondo y soltó el aire junto a todo lo que guardaba dentro, a bocajarro, antes de perder el coraje—. Te llamo para decirte que me he pasado media vida esperándote. Esperando que vinieses a mí. Que me dijeses que me querías y que abandonar a mamá no era abandonarme a mí. Que cerrar esa etapa de tu vida no me dejaba fuera porque tu matrimonio era una cosa, yo otra. Pero no quiero esperar más. De hecho, no espero nada de ti. Ni lo quiero. No te necesito. Mamá ha sido la figura materna y paterna que necesitaba, y mi único error ha sido no darle las gracias más a menudo, algo que pienso compensarle con creces. Te cargaste algo maravilloso, destruiste a nuestra familia. Y no te culpo por eso, porque sé que las relaciones fallan, que la gente se cansa y se rinde. Y tú lo hiciste. Con nosotras.

Pero sí te culpo de irte. Porque al dejar a mamá, me dejaste también a mí. Al crearte esa nueva y cómoda vida me olvidaste. A mí, a tu hija. Y yo te permití definir mi valor. Tus acciones marcaron las mías. Te deseo lo mejor, papá. Pero sé que tú no vas a ser feliz, ni con Rosalía ni con nadie. He conocido a muchos tipos como tú. ¿Crees que no sé lo de tu secretaria nueva? Es casi cómico. Y estoy segura de que Rosalía también lo sospecha.

Eres reincidente. Solo espero que esta vez lo hagas mejor, por Marcos. Porque ese niño no se merece que lo olvides. Porque te quiere y vas a romperle el corazón. Lo harás. No podrás evitarlo, eres así.

— *¡Lía! Hija. No… no digas eso. Yo te quiero.*

—Lo sé. A tu manera.

— *Puede que no lo haya hecho bien, que no… Es que vivimos lejos. Tienes que entenderlo.*

—Si lo hago, papá. Lo hago. Por fin. Tú, que te has comido el mundo, no has sabido dar la talla en lo más importante. Como padre, no has estado a la altura. Y es culpa tuya, no mía. He perdido mucho tiempo creyendo lo contrario, preguntándome qué hay de malo en mí para que no me quisieses. Y cómo podría mejorar. Me he castigado por errores que no eran míos y me he infravalorado demasiadas veces. Pensaba que si me esforzaba más, que si era mejor, tú volverías. Me querrías. Pero eso se acabó, papá.

— *Te lo compensaré, hija. Abriré una cuenta a tu nombre y…*

—Guárdate tu dinero. Quería un padre, solo eso. Y ya es tarde para representar el papel, ¿no crees?

— *Todavía podemos…*

—No. Hace tiempo que me perdiste. El problema es que yo no te dejaba ir, no podía. Pero ahora sí. Suelto el amarre, papá. Te dejo libre y también a mí. Se acabó.

— *No puedes romper nuestro lazo, hija. Aunque lo detestes siempre seré tu padre.*

—Por desgracia.

— *Eso nunca cambiará.*

—Ya. Pero yo sí. Yo lo haré. No voy a seguir esperándote, papá. Me he cansado.

— *Te quiero, Lía. Sé que lo dudas, pero así es.*

—No lo dudo, papá. Sé que me quieres, a tu modo. Y antes me bastaba. Me sobraba con una pizca de atención por tu parte, me aferraba a cualquier cosa que pudieses darme, por pequeña que fuese. Lo peor de todo es que tu abandono me quemó tanto y tan hondo que me olvidé de mí misma. Por suerte, creo que he aprendido, o que aprenderé, a encontrarme. Adiós, papá. Hoy me despido de mis idiotas. Así que también de ti, que eres el primero de mi lista. Me elijo a mí, papá.

— *Cariño, déjate de chorradas.* —Lía rio y puso los ojos en blanco—. *Solo estás resentida.*

*Mira, te llamaré más, te lo prometo. E intentaré hacerte alguna visita, a ver si cuadro agenda.*

Soltó una carcajada amarga. Su padre nunca lo entendería porque su esencia era así.

—Adiós, papá. —Él gritó algo al otro lado de la línea y Lía supuso que su mujer le estaba metiendo prisa.

— *Hija. Lo siento, tengo que colgar. Pero te prometo que te lo compensaré. Quedamos un día de estos y te llamo.*

—No hagas promesas, papá. No las quiero.

— *Mira, yo…*

—Adiós.

— *Te quiero.*

Lía colgó. Ahora sí que se sentía ligera. Por fin, había cerrado una etapa, la más grande y dolorosa de su vida.

Regresó una hora y pico después al hotel. Aparcó y le mandó un mensaje a su madre.

**Yo:**

Te quiero, mamá.

Creo que no te lo digo lo suficiente.

**Mamá:**

Cariño. ¿Va todo bien? ¿Necesitas que vaya? Puedo salir del trabajo, me deben horas. Menos mal que me has escrito. Me tenías muy preocupada. Esa terapia… Si quieres que te rescate, solo dilo. Puedo ser tu heroína.

**Yo:**

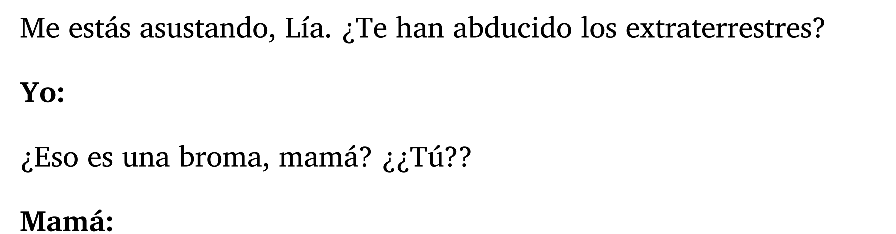
Ya lo eres, mamá.

Y sí, mejor que nunca.

Cuando regrese, tú y yo vamos a hacer algunas cosas juntas.

Es hora de que salgas de tu caparazón.

**Mamá:**



Me estás asustando, Lía. ¿Te han abducido los extraterrestres?

**Yo:**

¿Eso es una broma, mamá? ¿¿Tú??

**Mamá:**

¿Qué son esos interrogantes? A ver si te crees que no tengo sentido del humor, niña.

**Yo:**

Sé que lo tienes. Pero es a ti a la que se le olvida.

**Mamá:**

Estás muy rara. Aunque me gusta. Pareces… feliz.

**Yo:**

¿Sabes? Lo soy. Y tú y la abuela tenéis la culpa.

**Mamá.**

¡Cariño! Ale, ahora se preguntarán por qué lloro. ¿Seguro no quieres que vaya? Si me necesitas…

**Yo:**

Siempre. Pero no, no salgas.

Solo te he hablado para decirte que te quiero y que te echo de menos.

Dale un achuchón a la abuela. Estaré sin móvil el resto del fin de semana.

El lunes me paso por casa a comer con vosotras.

**Mamá:**

Pues te preparo algo especial.

**Yo:**

Genial.

**Mamá:**

Te quiero, cariño. Cuídate.

Lía sonrió y le contestó con algo que le decía de niña.

**Yo:**

Yo más.

**Mamá:**

No, yo mucho más. Siempre.

Tras acceder al hotel fue directa a su habitación. Marta la esperaba, la había cubierto en la reunión que todos habían tenido con la psicóloga. Le explicó todos los detalles relacionados con la excursión del día siguiente y lo que harían el domingo. Después la puso al día sobre el resto de la charla en la que algunos expusieron sus avances.

—¿Dónde vas? —La chica frunció el ceño cuando la vio coger su

neceser.

—A ponerme pibón, y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Y eso?

—Porque acepto tu propuesta. Salimos esta noche. Arréglate.

—¿En serio? —Dio unas palmaditas emocionada. La enorme sonrisa de su cara revelaba lo contenta que estaba.

Lía alzó el dedo índice y la apuntó con él.

—Chicas solas. —Marta asintió—. ¿Te importa si invito a mi mejor amiga? —La joven intentó disimular su rechazo a la idea con una sonrisa insegura—. Es genial, ya lo verás. Congeniareis enseguida.

—Vale —susurró, atragantada.

Lía sonrió ante su patente incomodidad. Sin embargo, y tal y como vaticinó, media hora después Maite conquistó a su compañera de cuarto mientras se arreglaban juntas.

Su mejor amiga tenía un don especial para caerle bien a la gente. Era de ese tipo de personas que saben engancharte, divertidas y arrolladoras.

Pensó en su mellizo. Y suspiró. Admitió para sí que lo de la personalidad atrayente no solo se aplicaba a esta Cuesta. El otro atraía, la atraía demasiado.

Pero esa noche era para ellas. Para reír, emborracharse y bailar hasta que les sangrasen los pies.

Sin chicos. Sin Cuesta. Sin nadie más.

No vio la sonrisa de Marta ni cómo sus dedos tecleaban deprisa un mensaje, tampoco supo que sus planes iban a verse trastocados.

# CAPÍTULO 32

# El Santo Grial

Calificar esa cena de peculiar era quedarse corto. Cuesta alternaba la mirada entre Carlos y Paco, sus ojos iban de un lado al otro como si estuviese en un partido de tenis.

Era como si esas dos almas extrañas se hubiesen encontrado. Tal para cual.

Parecía que se conociesen desde hacía años y no escasas horas.

Carlos echó la cabeza hacia atrás y soltó una profunda carcajada ante la anécdota que le contaba el supuesto Braulio.

—¿Verdad que es gracioso, colega?

Esa noche todos eran colegas. Cuesta hizo un gesto de asentimiento y le dedicó otro vulgar a Paco cuando Carlos no les prestaba atención. Su amigo soltó una pequeña risa, se lo veía muy divertido.

Les trajeron el primer plato y Paco, que había pedido un surtido de marisco, se lamió los labios. Luego, agarró su cigala y simuló que le atacaba el cuello, Carlos se desternilló. Cuesta se encogió un poco más en la silla y soltó un bufido resignado.

De la mesa de al lado, les llegó una risotada. Un grupo de sexagenarias los observaban atentamente.

—¿¿Petra?? —Paco fue hacia ellas con los brazos extendidos. Abrazó a la mujer con fuerza cuando esta se puso en pie—. Señoras. —Hizo una reverencia que puso en serio peligro su horrible peluca—. Tanta hermosura junta ciega mis sentidos.

Ellas cacarearon de dicha.

—Qué galante —dijo una.

—Y qué guapo —otra.

Paco sacó pecho.

—Chicas, os presento a Braulio. Es el masajista del que tanto os he hablado. Tiene unos dedos que son pura magia.

Paco los movió y ellas rieron encantadas.

—Quiero apuntarme —solicitó una de rosa.

—Y yo.

—Yo también.

—Eh, y yo.

—A mí no me importaría repetir.

—Mis bellas señoras, aquí tienen a Braulio para servirlas. —Movió las caderas de forma sugerente.

La de rosa casi se atragantó con el vino, agrandó los ojos.

—¡Ponme a primera hora de mañana!

—¡Después voy yo!

—Yo también quiero.

—Y yo.

—Tranquilas, mis hermosas palomas. Hay para todas ustedes. Pero será el domingo, mañana tengo otra actividad. Una excursión con su grupo. —Cabeceó hacia su mesa.

—¿Podemos apuntarnos? —preguntó Petra.

—Me temo que es privada. Están haciendo una terapia y las cosas que hacen son exclusivas de su grupo.

—Oh. —Pareció desilusionada.

Bromeó con ellas y consiguió más risas. Luego se prestó para hacerse una fotografía con todas.

—Joder, colega. Este tío es un auténtico seductor. ¿Has visto cómo se las ha camelado? Ojalá tuviese su labia.

Cuesta giró la cara hacia él y levantó una ceja ante la admiración que relucía en su voz. No tuvo tiempo de contestarle porque las cinco mujeres se trasladaron a su mesa.

Supuso que Paco las habría invitado por la forma en la que lo miraban, casi con adoración.

Una de ellas, la de su derecha que iba de negro y tenía unas enormes gafas, sacó su teléfono y se hizo un selfi con él.

—Para mi hija adolescente. Que luego no me cree cuando le cuento estas cosas.

Cuesta sonrió con ternura. Pero pronto se le congeló en los labios cuando notó una manaza en el muslo izquierdo. Miró esos dedos sobre su pantalón y levantó de golpe la cabeza. La rubia le guiñó un ojo. Tenía un aire de *femme fatale* que encogía las pelotas.

Era alta y atractiva, de mirada profunda, curtida en mil batallas.

Le recordó muchísimo a una actriz, la que salía en *Sexo en Nueva York*, Samantha no sé qué.

Él tosió y apartó la silla, incómodo. Ella sonrió coqueta.

—Eres muy guapo —murmuró.

—¡Ramona! No avasalles al chico. Mira la cara de susto que tiene —le recriminó la de la foto.

Ramona se inclinó hacia delante para hablarle, Cuesta se separó todo lo que pudo, pegándose al respaldo.

—En otros tiempos, Enriqueta, era tan deseada por los mocetes que se peleaban por mí.

—Tú lo has dicho, Ramona, en otros tiempos.

—Allá por el Pleistoceno —se mofó Petra, la conocida de Paco. El comentario provocó las risas de sus otras amigas.

Ramona se cruzó de brazos con una expresión severa y las fulminó con la mirada. A Cuesta le supo mal.

—A mí me pareces encantadora, Mona. —La mujer resplandeció ante el cumplido de Paco—. Con temple. Con experiencia.

—Te sorprenderías, muchacho, de las cosas que puedo enseñarte.

—Siga hablando así, mi reina, y me postraré a sus pies.

Ella se reclinó en la silla con renovado interés.

—Tengo *jacuzzi* en la habitación—ronroneó—. Con luces… de colores.

Paco rugió.

—Seductoras, como usted.

—Estoy en la 105.

—¡Y duermes conmigo, Ramona!—Esta puso los ojos en blanco. Petra resopló.

Paco aprovechó para comerse una de las ostras frescas que le habían servido y succionó el jugo de forma sonora y sin apartar la vista de la rubia coqueta. Su lengua trazó un recorrido sobre el molusco antes de devorarlo.

Ramona lo miró con sorpresa.

—Veo que sabes cómo usar esa lengua. Si me dices que dominas los cuatro movimientos, te entrego la tarjeta de mi habitación.

—¡Ja! Que te lo crees tú —replicó su compañera de cuarto, indignada.

—¿Qué es eso de los cuatro movimientos? —preguntó Carlos, interviniendo por primera vez en la conversación.

Todas las mujeres jadearon con sorpresa.

—¿No sabéis de lo que hablo?

Los tres negaron a la vez. Los miraron con pena.

Ramona bajó la voz, como si fuese a hacerles una confidencia.

—Es el Santo Grial de la seducción, muchachos. Tomad nota, porque hoy cambiará vuestra vida.

Ellos se observaron entre sí. Ramona sonrió.

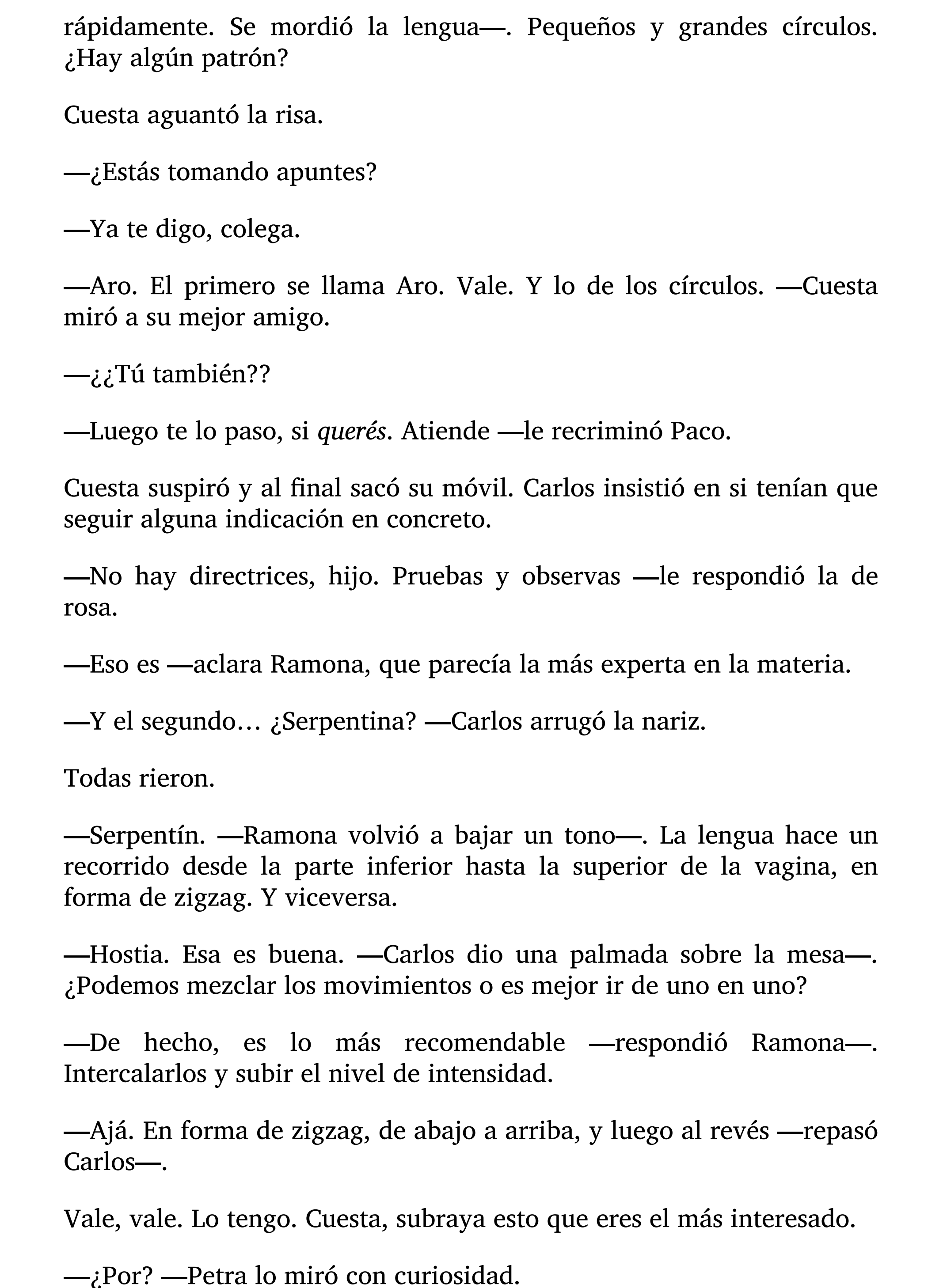
—El primero es el aro. ¿Habéis oído hablar de él?

Todos negaron de nuevo.

—Consiste en dar círculos pequeños y grandes con la lengua alrededor del punto sensible femenino.

—Luego está el Serpentín —apuntó Petra.

—Espere, señora, por favor. —Carlos sacó su móvil y tecleó



rápidamente. Se mordió la lengua—. Pequeños y grandes círculos. ¿Hay algún patrón?

Cuesta aguantó la risa.

—¿Estás tomando apuntes?

—Ya te digo, colega.

—Aro. El primero se llama Aro. Vale. Y lo de los círculos. —Cuesta miró a su mejor amigo.

—¿¿Tú también??

—Luego te lo paso, si *querés*. Atiende —le recriminó Paco.

Cuesta suspiró y al final sacó su móvil. Carlos insistió en si tenían que seguir alguna indicación en concreto.

—No hay directrices, hijo. Pruebas y observas —le respondió la de rosa.

—Eso es —aclara Ramona, que parecía la más experta en la materia.

—Y el segundo… ¿Serpentina? —Carlos arrugó la nariz.

Todas rieron.

—Serpentín. —Ramona volvió a bajar un tono—. La lengua hace un recorrido desde la parte inferior hasta la superior de la vagina, en forma de zigzag. Y viceversa.

—Hostia. Esa es buena. —Carlos dio una palmada sobre la mesa—. ¿Podemos mezclar los movimientos o es mejor ir de uno en uno?

—De hecho, es lo más recomendable —respondió Ramona—. Intercalarlos y subir el nivel de intensidad.

—Ajá. En forma de zigzag, de abajo a arriba, y luego al revés —repasó Carlos—.

Vale, vale. Lo tengo. Cuesta, subraya esto que eres el más interesado.

—¿Por? —Petra lo miró con curiosidad.

—Porque tiene aversión a las…

—¡Por nada! —lo cortó Cuesta.

Paco sonrió y acudió a su rescate.

—Siga, mi Mona. Carlito, *mijo*, preste atención. ¿Qué más?

—Elevación. La lengua asciende de arriba abajo por la vulva con un movimiento lento.

—Y, por último, la Cruz —declaró Enriqueta.

—Cruz —repitió Carlos.

—Consiste en, como su nombre indica, lamer en forma de cruz —aclaró Ramona.

Carlos alzó el brazo para preguntar.

—Tengo una duda. ¿La cruz es recta o ladeada? ¿Empezamos mejor por arriba, por abajo o por los laterales?

—No, no. Es como una *x*. Y el orden que escojas no altera el resultado —explicó Petra.

—Esto es a base de prueba y error, muchacho —matizó Ramona.

—¡Recordad que los movimientos han de ser suaves! —La de rosa parecía preocupada por este punto.

—Y que podéis intercalar los cuatro —apuntó la pelirroja que iba de verde. Fue la primera vez que les habló.

Enriqueta se levantó de la mesa y apremió al resto recordándoles que tenían partida de bingo. Tras una breve despedida y un coqueteo descarado de Ramona hacia Paco, se marcharon.

Los tres se pegaron a la silla a la vez.

Los tres suspiraron.

Y los tres se miraron a los ojos con sorpresa.

En sus móviles tenían un tesoro en forma de conocimiento: el *cunnilingus* perfecto.

Paco pensó en Ramona, Cuesta en Lía y Carlos en Marta.

El Santo Grial de la seducción.

Sonrieron, pero ninguno se atrevió a romper ese silencio religioso.

## CAPÍTULO 33

**¿Desde cuándo te mueves así?**

Con cada chupito, un brindis. El último le tocaba a Lía. Sus dos amigas la miraban expectantes, con una sonrisa de anticipación. Cada palabra era esencial en esa noche.

Una noche en la que se habían prometido una metamorfosis. Cambios. Decisiones.

Quizá mañana, sin la euforia que corría por sus venas y con un fuerte dolor de cabeza, todos esos propósitos se replegarían, como los que se juraban en Nochevieja y morían en Año Nuevo. Pero hoy no. Hoy se comían el mundo y a todas aquellas personas que les impedían comérselo.

Hoy eran tres mujeres empoderadas, dueñas de la noche. Seguras de sí mismas y con unas enormes ganas de dejarse llevar por el más dulce de los olvidos. No había fobias, trabajos penosos, padres, hermanos, tíos ni vergüenza. Eran libres. Eran todo aquello que querían ser.

Lía respiró entrecortadamente, pensando en cómo se había convertido en una de esas chicas que permitían que un hombre las definiese. Se había venido abajo y se había olvidado de lo más importante: levantarse, quererse y mimarse.

«Nunca más».

Haría lo que le apeteciese. Se arriesgaría, apostaría su corazón y si perdía la partida, pegaría cada uno de los trozos rotos una y otra vez. Con resiliencia, con la fuerza que nacía de dentro, la que a veces olvidamos. Había silenciado su voz, se había silenciado a sí misma.

«Nunca más».

Levantó el cristal, con el pecho escocido y palpitante, con la garganta enrojecida de todas esas promesas que quería lanzar al aire. Estaba decidida a no dejarse abatir por nadie. Se sentía tan bien, tan confiada, tan ligera… Que supo lo que debía decirles:

—¡Por nosotras! —Y asintió.

Las otras parpadearon durante un segundo, antes de repetir sus palabras. Agotado el líquido, y con la música retumbando por todos los rincones de la discoteca, se encaminaron al centro de la pista.

Lía cerró los ojos y se dejó llevar, sintiendo el ritmo y sintiéndose más ligera. Libre como el viento, sin preocupaciones, sin nada más que ella y esa canción. Barrió cualquier problema con las caderas y dejó que el alcohol diluyese el tiempo. Sonrió mientras se meneaba y oyó a lo lejos las risas de sus amigas, que también se movían.

Hasta Marta estaba desatada y había dejado fluir a su propio yo, ese que habitaba dentro de su coraza interior y al que no le permitía salir a explorar por miedo.

Lía sonrió. Perdida en otro mundo, fundida en ese cante latino que la hacía bullir por dentro. Le encantaba bailar porque en la música siempre había encontrado un refugio. Un lenguaje propio que extraía las palabras de su alma. Cuando bailaba sentía sin límites.

Notó una mano quemándola a la altura de la cadera. Olió su característico perfume y supo que era Cuesta antes incluso de que su acelerado pulso se lo dijese. Se inclinó sobre su oído y le susurró, acariciándole la oreja con su aliento, estremeciéndola.

—¿Bailamos?

La dejó elegir, apartarse o moverse junto a él. Ella, bien por lo desinhibida que estaba o bien porque era lo que más le apetecía en ese momento, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su pecho. Cerró los ojos y él la atrajo hacia sí.

Lía se movió sincronizándose con el ritmo. Él le dio la vuelta y sonrió con esa cara de pillo que la había enamorado desde los seis años. La siguió, tensándola y aflojándola con cada nota musical.

Y entonces, comenzó a moverse y moverla con él. Tomó el mando.

A Lía se le desencajó la mandíbula. ¿¿Cuándo había aprendido a bailar así?? No tenía que imitarla ni seguirla porque sabía justo lo que había que hacer. ¡Estaba bailando bachata!, y joder, cómo lo hacía.

Giró con él y se relajó en sus brazos. Permitió que la dirigiese y la hizo volar por la pista. Se fundió con los acordes que acompañaban a Romeo Santos en su *Eres mía*.

Cada toque, cada roce, la elevó. Era sensual, era jodidamente

tentador. Se pegó a ella y de forma erótica la deslizó entre sus brazos. Ese meneo de caderas, esa forma de

arquearlas, de embestirla al ritmo, le hizo imaginarlo sobre ella y tuvo que esforzarse por no gemir. La inclinó hacia atrás y su cara ascendió lentamente desde el escote de su pecho hasta su rostro. Fue un segundo, aunque el tiempo se detuvo para ella. Su aliento rebotó contra su boca y Lía jadeó. Él sonrió y le mordió el labio inferior, lo hizo tan rápido y seguido de una vuelta, que creyó haberlo imaginado. Un abanico, ¡que alguien le tirase uno!

Rodeó su cabeza con las manos y él la sujetó a la altura de los omoplatos y giraron juntos, muy pegados. Entonces la deslizó hacia abajo y se arqueó hacia ella. Embistió.

Una, dos. Tres veces. Y meneíto en el sitio. Joder. ¡Joder! Más pasos y otra vuelta que los fundió de nuevo. Frente con frente, sin perder el ritmo.

Una gotita le cayó por la sien mientras Cuesta la giraba y se colocaba detrás, tan pegado que podía sentirlo, sentir cómo lo afectaba. Su palma se extendió sobre su vientre y la quemó. Se movió hacia abajo y ella con él.

¿Sería consciente de cómo ardía? ¿De cómo calentaba cada centímetro de su piel que tocaba? Hicieron otro cruce y entonces lo vio. Reflejado en sus ojos: el hambre puro y descarnado. Joder, claro que era consciente. De hecho, estaba seduciéndola a fuego lento y con éxito.

Leyó el deseo animal que se reflejaba en su mirada y tragó saliva. No se despegó de sus ojos en ningún momento. Su tonalidad marrón verdosa había variado hacia un negro profundo, tan oscuro como el deseo que sentían.

La gente se hizo a un lado y les dejó vía libre, rodeándolos y animándolos. Algunos grababan con sus teléfonos móviles. Lía no podía prestarles atención. No podía apartarse del único espectáculo que le apetecía contemplar: el de ese rostro perfecto que la observaba como si fuese lo más bonito del mundo. Y así se sentía entre sus brazos, hermosa y querida. ¿Sería el alcohol? Quizá. Pero no podía ni quería alejarse de esa cálida mirada.

Giro y giro, cruce. Más caricias. Sus palmas por todos los rincones de su cuerpo, dedos hundidos en su cabello, su nariz sobre su cuello. Sus manos entrelazadas.

Lía estaba tan entregada que sonrió con alegría y abandono. Él le devolvió la sonrisa mientras afrontaban el último desafío de la música en una vuelta imposible, que acabó con ellos pegados, sudorosos y con las respiraciones entrecortadas.

Cuando finalizó la canción, sus pechos subían y bajaban. Buscó sus ojos y jadeó, al mismo tiempo que lo hacía él. Sabía que su corazón latía tan rápido como el suyo. Lía sintió una descarga eléctrica. Temblaba de pies a cabeza. No se atrevía a hablar, a romper ese mágico silencio.

Sentía como si le hubiese hecho el amor ahí en medio, con su baile. Tuvo que obligar a su mente para que reaccionase y solo cuando se gritó mentalmente tres o cuatro veces pudo apartarse de su cuerpo. Dio un paso atrás y carraspeó. Tenía las piernas convertidas en gelatina, los dedos le temblaban por la necesidad de tocarlo y las ganas… Joder, quería comérselo entero.

Carraspeó de nuevo.

—¿Desde cuándo bailas así? —La voz que salió era tan ronca que no parecía suya.

Él parpadeó, su nuez subía y bajaba. Deseó alegrarse de que lo hubiese afectado tanto como él a ella. Pero no fue capaz. Seguía mirándolo con sed; quería bebérselo.

—Desde que dijiste que solo te casarías con un hombre que supiese moverse tan bien como tu Víctor Manuel de los Santos. —Ella abrió mucho los ojos. Recordaba esa declaración tonta, hecha por una cría deslumbrada por el galán de la telenovela que veía su abuela.

—Pero eso fue hace mucho. Cuando éramos pequeños.

—Pues ya ves; he tenido tiempo para practicar.

Le guiñó un ojo y se alejó de ella, acercándose a Paco. Un momento, ¿¡Paco!? ¿Qué hacía ese aquí? ¿Y por qué llevaba una peluca tan horrenda? Respiró hondo y se pasó una mano por el flequillo sudoroso. Vagamente fue consciente de cómo Carlos y Marta bailaban a su lado y reían.

Maite se colocó junto a ella y Lía la miró desconcertada. Su amiga estaba contemplando la espalda de su hermano con el ceño fruncido. Suspiró de forma lenta y entrelazó sus brazos.

—Después de esa tarde, le dio el coñazo a mamá hasta que lo apuntó a clase de baile. Lleva años asistiendo.

Lía se mordió el carrillo por dentro.

—¿De verdad?

Maite asintió.

—Sabía que te gustaba, así que era importante para él.

## CAPÍTULO 34

# Un Cuervo y un Cerdo

«Sabía que te gustaba, así que era importante para él».

Esa declaración la martirizaba. ¿Por qué? ¿Por qué alguien que la olvidó tan fácilmente haría algo así? ¿Le cogió gusto al baile?

«Era importante para él».

¡Maldita sea! ¿Qué significaba todo eso? ¿Qué significaba ella para él? ¿Se habría equivocado? Pero no, imposible. Estuvo en Sevilla, lo vio y la vio. La ignoró, pasó página. Lo hizo, ¿verdad?

«Te envió cartas», la odiosa voz de su interior le recordó estas tres palabras.

No. No. No. Él se fue. Él la olvidó. Nunca la había querido. Nunca.

Recordó aquella escena, en el instituto. El día que se reencontraron después de que los hermanos Cuesta se mudasen de nuevo. Vio su cara de adolescente, su sonrisa de oreja a oreja. Su expresión ilusionada, ese paso que dio hacia ella.

*—¿Y este? ¿Quién es, tía? ¿No me lo presentas?*

*—Solo es su hermano, Polidoro.*

En ese momento su cara abandonó la alegría. Apretó los dientes, enfadado.

«Sabía que te gustaba, así que era importante para él».

¿Se había equivocado todo este tiempo? Se pasó una mano por la cara y hundió los dedos en el pelo, que esa noche llevaba suelto. Le costaba respirar. Dio un puñetazo sobre la barra, en la que esperaba su turno para ser atendida.

Imposible.

Su guerra, su odio. Eso era real. Real. Tenía que serlo porque de lo contrario… De lo contrario la había cagado mucho. Muchísimo.

¡No! Cuesta nunca se había tomado nada en serio y menos que nada su corazón. En el baile de fin de curso la besó. Y sí, fue disfrazado como Austin Ames y vivieron una noche alucinante.

«La mejor de tu vida». «¡Cállate!», silenció a su cabeza.

Pero después le mintió. O le ocultó la verdad, que es una mentira en sí misma. Una mentira camuflada. La utilizó. No le dijo que se iba, no le importaba lo más mínimo. Ese encuentro alucinante solo fue para él un movimiento más dentro de esa guerra desatada entre ambos.

Cerró los ojos y volvió a aquella tarde. A ese chico que estaba frente a su puerta; ella sabía que iría porque le había mandado un mensaje para decírselo, por eso quedó con el idiota de Benjamín. Quería hacerle tanto daño como él se lo había hecho a ella. La había usado, la había destrozado y todo para burlarse después con su «más uno». Y eso era lo que más la desconcertaba, que él no lo hizo, que no le escribió. De hecho, no volvieron a verse hasta que regresó en verano después de su primer curso en la universidad tecnológica.

Recordó su cara devastada, cómo ese ramo de flores blancas, sus preferidas, caía al suelo. Él se tambaleó. Se dio la vuelta, hundió los hombros. Y se alejó, despacio.

«Sabía que te gustaba, así que era importante para él».

Cogió aire.

Por favor, por favor, que no se hubiese equivocado. Que él fuese lo que siempre había creído.

—Hola, ¿qué te pongo?

Lía meneó su cabeza embotada y enfocó la mirada en esa rubia sonriente.

—Ron con cola. Bien cargado.

—¿Una noche difícil?

—Más o menos.

La camarera le dedicó una sonrisa cómplice y cumplió con su petición. Le tendió la tarjeta para pagar.

—Hola. —Notó que alguien rozaba su brazo. Tenía una voz algo rasposa, tocada por el alcohol. Giró el rostro hacia el tipo. Pelo castaño, nariz torcida y un rostro de lo más común. Podría calificarse de mono y poco más. Vestía con una camiseta roja de cuello en pico, que dejaba a la vista una cadena dorada, y vaqueros. Era delgado sin

estar muy definido, de estatura normal. Ella levantó la barbilla y arqueó una ceja. Se lo quedó mirando con mala cara sin decir nada, esperando a que se marchase—. Estás muy solita aquí, ¿no? Es un pecado en una chica tan guapa.

—Estoy perfectamente, gracias.

—¿No te apetece compañía?

Esta vez la proposición vino de la derecha, alguien posicionado demasiado cerca. Su voz era grave, profunda. Había seguridad en ella, confianza, quizá demasiada.

Lía frunció el entrecejo. Lo miró y sintió un estremecimiento. Él sonrió, satisfecho.

Como si disfrutase. Sus sentidos se activaron, advirtiéndola. Este hombre exudaba peligro y no del interesante, no. Del que te paraliza y te quita la voluntad.

Vestía con una camisa blanca, con los primeros botones desabrochados, su pecho era duro, fuerte. Se cruzó de brazos y Lía notó los músculos. Llevaba pantalones negros, tan oscuros como su pelo. Era guapo, muy guapo. Y lo sabía. Es más, algo le dijo que se aprovechaba de ello. Sin embargo, lo que más miedo le dio fueron sus ojos, vacíos y depredadores; satisfechos con su incomodidad.

Estaba disfrutando.

—No. Id a molestar a otra parte —refunfuñó. Intentó que su tono no reflejase la inquietud que sentía, pero no pudo evitar ese leve temblor. Él lo percibió y sonrió de medio lado. Sus ojos brillaron de satisfacción durante un breve instante.

—Tan guapa y tan arisca —dijo el otro. La risita baja del peligroso la sacó de quicio.

El de la camiseta roja volvió a rozarla con el dedo—. Podemos pasarlo muy bien los tres, cariño.

—¿Qué letra de *NO* es la que no entiendes? —le ladró, enfadada.

El chico se rio de ella.

—Es que el *no* no está en nuestro vocabulario, amor.

La contempló de arriba abajo con avidez, deteniéndose en su amplio

escote. Lía se removió inquieta. Ese idiota la hizo sentir incómoda y desnuda. Como si tuviese derecho a mancharla con la lujuria de su expresión por el simple hecho de que llevase un top. Como si se lo mereciese por ir *sexy*. Mentalmente lo apodó como Cerdo.

Se mordió el labio, perturbada. Él fijó la vista ahí y se pasó la lengua por la boca.

—Será mejor que me vaya, antes de que pierda la poca paciencia que tengo esta noche —espetó, cabreada.

—Espera.

El odioso de la izquierda agarró su mano, ella se soltó de forma brusca.

—¿Qué coño haces?

Él levantó las manos en alto, con una sonrisa inquietante.

—Solo queremos ayudar a que te relajes. Estás muy tensa, amor. —Volvió a hablar el Cerdo. Ella no le dedicó atención porque estaba observando al otro y él a ella. La analizaba como si pudiese mirar en su interior.

Tuvo mucho miedo.

Notó que el pulso se le aceleraba. El Cerdo le colocó una mano en la cadera. Lía sintió asco. Su pulgar trazaba círculos sobre la piel desnuda que quedaba al descubierto entre su top y el vaquero. El de la camisa levantó una ceja.

Lía quiso llorar. Tragó saliva y recurriendo a su enfado empujó al baboso.

—¡Que no me toques, imbécil!

—Tranquila, nena. Solo queremos jugar.

—Pues yo no. NO. Y si no os apartáis en este mismo instante, llamaré a seguridad.

—Lía nunca había utilizado un punto violeta. ¿En las discotecas tenía que haber, verdad? Se lo preguntaría a la camarera, ella lo sabría. Al pensar en la rubia la buscó, desesperada, pero no estaba tras la barra. Solo un chico que iba muy ajetreado.

El Cuervo de la camisa blanca soltó una risita ante su desesperada búsqueda de ayuda. No quiso girarse hacia ninguno de los dos. La estaban aprisionando entre ambos.

Se inclinó sobre ella y le susurró en el oído, por detrás.

—Tu agresividad me pone tan cachondo que la tengo como una piedra. —Ella se dio la vuelta de golpe y también lo empujó para obligarlo a dar un paso atrás. Quería fingir que no pasaba nada, pero el miedo estaba enroscándosele en el estómago. Y él lo vio, en sus ojos. Sonrió de forma oscura.

—Me gusta cuando suplican que pare —confesó el Cerdo.

Ella abrió mucho los ojos. ¿Acababa de insinuar que había forzado a alguna chica?

—Y a mí me pone el miedo. Ese que sientes ahora mismo. —Por alguna razón que no podía explicar, aunque esta afirmación era menos reveladora que la otra, fue la que le puso los pelos de punta.

El de los dedos largos volvió a acariciarla. Lía ahogó una arcada. Buscó desesperada a sus amigos por la pista.

Carlos y Marta seguían bailando, muy juntos. Paco y Maite estaban hablando entre ellos, pero le daban la espalda. Y ni rastro de Cuesta.

Sus ojos se humedecieron. Se sentía impotente y atrapada. Examinó con desesperación a la gente que los rodeaba, intentó pedir ayuda a alguien, a quien fuese.

Nadie le prestó atención.

Tragó saliva. Tenía el corazón a mil por hora. Bien, estaba sola. No pasaba nada porque saldría de esta. El sitio estaba lleno, no podían llevársela, ni hacerle nada allí en medio de todo el mundo. Solo pretendían incomodarla. Eran unos buitres asquerosos pero no se dejaría amilanar. Era fuerte y tenía medios a su disposición: la seguridad de la discoteca. Los pondría sobre aviso y los echarían, evitaría que cualquier otra chica pasase por esto.

Primero, se libraría de ellos. Luego, se encargaría de que los expulsasen.

La risa del Cuervo tronó entre ellos. La observaba atentamente, consciente de su pánico. Y por ese rostro complacido supo que era

justo lo que pretendía con sus ataques, llevarla al límite y dejarla temblando de miedo.

Pues no le daría el gusto. ¡Que le jodiesen!

—Te has vestido pidiendo guerra —voceó el Cerdo. Le dio una palmada en el culo.

Ese toque la sacó de su miedo paralizante y fundió todos los fusibles de su interior.

Una ira trepó por su cuerpo y olvidó el terror durante un segundo. Se dio la vuelta hacia el de la camiseta roja y le pegó un puñetazo con todas sus fuerzas en las pelotas.

Él agrandó mucho los ojos y ahogó un gemido de dolor.

—Vuelve a ponerme un dedo encima y te las corto, gilipollas de mierda.

—¡Zorra! —Su voz estrangulada fue un placer.

Le sonrió porque sabía que a los tipos como este, machitos de manual, era lo peor que podrían hacerles. Superarlos. Que los superase una mujer.

—Te arrepentirás de lo que has hecho, puta —le advirtió con los rasgos desfigurados por la rabia.

El Cuervo lanzó una carcajada. Su amigo enrojeció y apretó los puños. Dio un paso hacia ella con la cara repleta de ira.

—Contrólate —le ordenó. El otro tomó aire con dificultad y se esforzó por parecer relajado de nuevo, así que Lía le sonrió de forma triunfal.

Él apretó los labios, miró a su amigo durante unos segundos, asintió, y se dio la vuelta de malas maneras, alejándose.

Lía no cantó victoria porque todavía estaba a merced del más peligroso. Se encaró a él. Alzó el mentón con desafío y este se limitó a observarla, antes de sonreír, como si percibiese que toda su bravata era pura fachada y que por dentro se estremecía de miedo.

Le dio la espalda y siguió el camino que había trazado su compinche.

—Voy a decírselo a los de seguridad. No voy a permitir que acoséis a ninguna chica más, degenerados —le advirtió.

El otro se paró, giró la cabeza hacia ella y estiró los labios en una sonrisa lenta que la alarmó. La contempló con seguridad, como si guardase un secreto que pudiese afectarla.

Imbécil. Cuadró los hombros y él emitió una carcajada.

Menudo psicópata sin alma. Daba pavor y se alimentaba de ello. Disfrutaba. Le ponía, tal y como había afirmado. Se esforzó por rehuir la humedad de sus ojos y tuvo que clavarse las uñas en las palmas para controlar las lágrimas. Él bajó la vista hasta sus manos y sonrió más profundamente.

—Os voy a denunciar —repitió.

Él ni siquiera parpadeó, levantó el labio y mostró sus dientes. Luego se alejó.

Lía consiguió respirar cuando la dejaron sola. Una lágrima cayó por su mejilla y se llevó un puño al pecho. Se esforzó por coger aire y con manos temblorosas sujetó su cubata. Dio unos pequeños tragos y luego otros más grandes. Apuró la bebida, sin relajarse.

Inspiró y espiró.

Ya está. Había sido horrible. Pero había pasado. Ahora cumpliría con su advertencia, los denunciaría. El punto violeta tendría que estar en la zona de los baños, recordaba vagamente una noticia que salió en la televisión en la que mencionaban algo de eso. Que todas las discotecas y bares contarían con esas zonas para denunciar agresiones y comportamientos de violencia machista.

Dio un paso en dirección a los servicios y se tambaleó. Parpadeó con la vista nublada. La cabeza le palpitaba y oía un pequeño silbido. Percibió la angustia que nacía desde su pecho.

Mierda.

Contempló el vaso de cristal vacío que acababa de tomar y gimió preocupada. Se tocó la frente húmeda y respiró hondo. Volvió a marearse. Ahora entendía esa mirada satisfecha, esa sonrisa de superioridad.

¿Esos putos maniacos la habían drogado? Joder, joder.

Cogió aire e intentó mantener el equilibrio. Los baños. Tenía que ir a ellos. O a alguien. Se sujetó al brazo de una chica y esta se apartó de

ella.

Quería pedirle ayuda. Abrió la boca y no le salió nada, o sí, porque la otra frunció el ceño y murmuró una especie de «cómo va la tía». Ella jadeó e intentó deshacer el nudo de su garganta. Se giró e hizo un movimiento inseguro.

Entonces entró en pánico.

Distinguió unos ojos oscuros. Unos ojos depredadores, de Cuervo. Estaba entre la multitud, con la vista fija en ella y una lenta sonrisa cruzó su rostro. Una sonrisa de triunfo.

Lía ahogó un sollozo.

«Por favor, ayuda. Alguien. Alguien. Por favor». Suplicó su mente.

Unas manos la sujetaron por la cintura en el momento en el que sus rodillas se aflojaron. Ella chilló cuando se vio arrastrada hacia la puerta del exterior. Alargó un brazo hacia las figuras lejanas de Carlos y Marta y les gritó que se girasen desde su interior.

CAPÍTULO 35

## ¿Por qué no me tocas?

—¿Lía? ¿Lía? —Ella parpadeó. Su voz, conocida y querida, le llegaba desde lejos, como si estuviese al final de un largo túnel y él la buscase desde la entrada.

Parpadeó confusa.

—¿Poli? ¿Eres tú?

Sonrió. Enfocó su rostro y tocó esos rasgos que conocía tan bien. Tenía la cabeza tan nublada que no recordaba mucho de lo que había pasado. A su mente acudieron dos animales: un cerdo y un cuervo.

—Creo que te ha sentado mal la bebida. Te llevaré al hotel. —Notó que la depositaba sobre el asiento de su coche, ella alargó la mano para tocarle el rostro, se maravilló de la suavidad de su mejilla. Parecía tan sedosa que se inclinó para besarla y suspiró de placer.

—Me gusta. Es esponjosa. —Se le trabó la lengua.

Él sonrió divertido.

—¿Mi cara?

—Eres guapo. ¿Por qué? ¿Por qué no podías ser feo? —lo acusó—. Lo haces aposta,

¿verdad? Quieres tentarme y por eso bailas así.

El rio por lo bajo.

—¿Te tiento?

—También me gusta el algodón de azúcar —le informó. Él arqueó una ceja, confuso.

—Ya veo.

—Es esponjoso. Y sabe bien. Como tú. Me encanta. Siempre quiero comer.

—¿A mí también?

—¿Qué? —Sus yemas rozaron la mandíbula de él. Le dio un beso ahí también—. Me has salvado.

—¿Ah, sí?

—Del Cuervo.

—Voy a mandarle un mensaje a Maite y nos vamos al hotel.

—La bebida.

—No te ha sentado bien.

—Sí. Ha sido el Cuervo o quizá el Cerdo. Me han echado algo.

La preocupación brilló en su iris.

—¿Piensas que te han drogado? Tendría sentido por cómo estás —masculló—.

¡Joder! Lía, cariño, mírame. Por favor, presta atención.

Ella estaba tocando su pelo.

—Me gustaba más cuando tenías greñas. ¡No deberías habértelo cortado! Ya no puedo hundir los dedos. —Tocó el tupé—. Y pincha —dijo enfadada.

—Eso ya se lo recriminaremos a tu amiga. Ahora, óyeme. ¿Crees que han adulterado tu bebida?

—Pero estás guapo. Shhh. No se lo digas, eh. Que luego se le sube a la cabeza. Es un picaflor.

—La única flor que me gusta es la tuya, cariño.

—¿Volverás a besarme como en el ascensor?

—¿Quieres que te bese?

—Como vas mal y no te acordarás, puedo decírtelo. Sí, sí quiero. He soñado con eso.

Y que me tocabas y me lamías ahí abajo. ¿Te gustaría?

—Joder.

—Quiero que me lo comas.

—Lía.

—Y comértela.

—Mierda.

—Lía, amor.

—¿Soy tu amor?

—Siempre. Escúchame. Ahí dentro, ¿estabas con alguien?

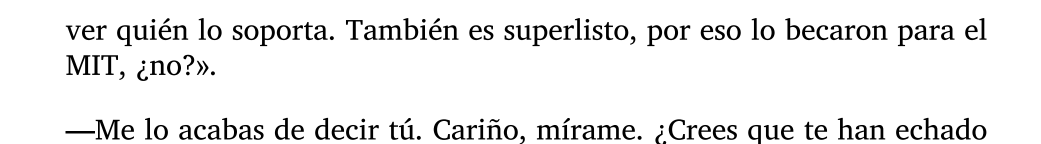
—El Cuervo. Daba mucho miedo —lloriqueó—. No dejes que me atrape, Poli. Ni que me toque el Cerdo. Es asqueroso. He sentido una arcada cuando lo ha hecho.

—Eran dos.

Ella lo miró de par en par.

—¿Cómo lo sabes?

«Mierda, es adivino. O igual tiene poderes como el de la novela de Maite. ¿Cómo se decía? ¿Telequinesia? No, eso es mover cosas. Tele no sé qué. ¡Telepatía! Hostia, ¿me leerá los pensamientos? Si lo hace sabrá que quiero que me haga de todo y se vendrá muy arriba, luego a



ver quién lo soporta. También es superlisto, por eso lo becaron para el MIT, ¿no?».

—Me lo acabas de decir tú. Cariño, mírame. ¿Crees que te han echado algo en la bebida? ¿Los has visto?

—Querían asustarme, y los he espantado —declaró orgullosa—. Aunque el Cuervo sonreía. Sus ojos daban mucho miedo.

—Cariño. Voy a la puerta. No te muevas, por favor.

Ella sintió pánico.

—¡No me dejes! —Clavó las uñas en su brazo—. Podría atraparme. Por favor, no te vayas, por favor. —Había tanto temor en su voz que él la abrazó.

—Vale, tranquila. Llamaré entonces. Solo será un momento y nos vamos.

Cuesta cogió el móvil y Lía se dedicó a palparle el músculo del bíceps.

—¿Es tuyo o te has puesto relleno?

Él ni la miró, seguía pendiente de su teléfono y hablaba sin parar con alguien. Lía no le prestó mucha atención, perdida en ese cuerpo que estaba tocando. Menos mal que esto era un sueño y él nunca lo sabría.

—No. No tengo una descripción. Tampoco, no sé nombres, no.

—Cuervo y Cerdo —confirmó Lía, de repente.

—Vale. Sí. Para que estén pendientes, sí. Gracias. No lo sé, por si acaso. —Lía rozó sus labios con el dedo. La había salvado. Era su héroe.

Él le guiñó un ojo y tapó el teléfono antes de inclinarse.

—No, cariño. La heroína de esta historia eres tú. —Luego volvió a prestar atención al móvil—. Sí, vale. Lo importante es que vigilen. Dos, sí. No podría decirles cómo van vestidos, no lo sé. Mi amiga no lo recuerda.

—Camiseta roja.

—Un momento. —Se quitó el teléfono del oído—. Lía, ¿te acuerdas de su ropa?

—El Cerdo llevaba una camiseta roja y dedos largos. Me ha dado mucho asco que me tocase.

La mandíbula de Cuesta se tensó, apretó los labios.

—¿Te has enfadado?

—Sí, mucho.

—Lo siento.

—Contigo no, cariño. ¿Qué más recuerdas?

—Una cadena de oro. Y el Cuervo. Él no me gusta, menos que el otro. Es guapo pero parece el peor.

—Vale, espera. —Volvió al teléfono—. Uno va de rojo con una cadena de oro. El otro es un tipo guapo.

—Camisa blanca. Su pelo es tan negro como el ala de un cuervo, por eso le he puesto ese mote.

—Con camisa blanca. El pelo negro. Ajá. Sí, sí. Gracias. Vigílenlos. Vale, mañana se lo diré. Gracias a ustedes. Sí, sí. — Cuesta colgó y la miró—. Ya está. Darán una ronda a ver si los ven o ven algo raro.

—¿Por qué arrugas la frente? ¿Te duele algo?

Él soltó el aire lentamente.

—Estoy cabreado.

—¿Conmigo?

—Conmigo. Por haberte dejado sola. Había una cola de miedo en el baño. Me odio un poco por eso.

—Yo no te odio. Pero sí odio que me odies tú. —Se dio golpecitos en el pecho—.

Duele. Aquí —susurró.

—Te aseguro que no es odio lo que siento hacia ti, cariño.

—¿Volveremos a bailar? Me ha gustado y quería besarte, ¿tú querías besarme? —Él le sonrió de una forma bonita, como si la apreciase mucho.

—Siempre. A todas horas.

—Tengo calor. —Se tocó el escote—. Ardo. —Él dirigió los ojos a la parte de su cuerpo que ella acariciaba y tragó saliva.

¿Se enfadaría si lo besaba?

—Nunca. Pero preferiría que lo hicieses cuando no te encontrases mal y lo recordases.

Ella se sentía libre, mareada, pero libre. Tan ligera que podía volar por los cielos. La vida era maravillosa. Cuesta también. Sin miedo, sin preocupaciones. Podía hacer y decir lo que quisiese. «Mira, ¡qué pecho más duro!». Sebastián también lo tenía así, pero este le gustaba más.

—Me alegro.

Sebastián era imbécil. Se alegraba de haber puesto fin a lo suyo esa tarde. Después de todo, no sentía nada por él ni él por ella, en vista del polvo que estaba echando sobre la mesa.

—Joder, ¿en serio? Menudo idiota.

En el fondo nadie la quería, no de verdad. Sebastián lo había demostrado.

—Sebastián es gilipollas. Y yo sí te quiero, cariño, te he querido desde siempre.

Tocó su torso de nuevo. Antes no tenía esos músculos, ¿se habrá metido relleno bajo la camisa? En la polla no, ella lo había visto. Era tan grande como aparentaba.

Él tosió.

—Mierda.

Ojalá lo sintiese dentro, que se la metiese hasta el fondo. Oyó que él se atragantaba y soltaba una maldición. De pronto, el coche se detuvo y él le abrió la puerta. La cogió entre sus brazos como si fuese una princesa de cuento.

Ella suspiró de placer hasta que se le ocurrió una idea horrible. ¿Y si todas esas atenciones eran por…? Oh, no.

—¿Me voy a morir? —preguntó asustada.

Supuso que sí por cómo la sostenía y por esa sonrisa repleta de cariño. Sí, estaba en las últimas.

Él soltó una risita.

—No. Solo bebida.

Lía se dio cuenta de que la transportaba a alguna parte y sonrió dichosa, quizá la llevaba a la cama. Ella quería que la llevase. Pero no a dormir. Eso no. Se sentía demasiado bien. Le dio un beso en la barbilla y hundió la nariz en su cuello para aspirar su perfume.

—Tócame —le suplicó.

Él gimió y durante un segundo la contempló de tal forma que Lía supuso que inclinaría la cabeza y buscaría su boca. Pero después su expresión cambió, apretó los dientes y meneó la cabeza.

Resopló.

¿¡Por qué no la tocaba de una vez!?

—Sería aprovecharme. Te han drogado, cariño. No eres tú misma.

—¿¿No?? ¿Y quién soy? —Lía pasó una mano por su pecho y metió los dedos por debajo de la camisa.

—Una ducha. Sí, eso es lo que necesitas. Y luego yo me meteré también. Bajo un chorro helado.

—¿Juntos?

Lía no oyó lo que siguió contándole, estaba demasiado concentrada en esa imagen de los dos sobre el agua. Acariciándose, tocándose. Él le daría la vuelta y se colocaría detrás, con sus palmas llenas por sus pechos. Le mordería el cuello y su polla enorme le rozaría las nalgas, erecta. Ella devoraría sus labios mientras él la embestía.

También lo probaría.

—¡La madre que me parió! Lía, joder.

Lía abrió los ojos de golpe y se vio en su habitación. ¿Cómo habían llegado hasta ahí? Al final sí que tendría poderes. La depositó con cuidado en una cama, la de Marta.

Él se mesó el cabello, parecía como si tuviese fiebre. Sudaba un

montón. Lía le tocó la frente. Gimió.

—¿Te encuentras bien?

—¡A la ducha!

Él se adentró en el baño y ella aprovechó para desnudarse. Qué calor tenía. ¿Había dicho ducha? Sí, necesitaba refrescarse.

Lía caminó despacio hacia el baño de su habitación y él soltó un ruidito raro cuando cerró el grifo y se giró hacia ella. Abrió los ojos como platos y tragó saliva.

El pobre parecía enfermo. Quizá había pescado un virus. Se metió en la bañera y se sumergió en el agua con un gemido de placer. Estaba templada, buenísima.

Se enjabonó lentamente.

—¿Por qué no te metes conmigo? —Él respiró con dificultad y movió la cabeza en un gesto negativo, con los ojos fijos en su cuerpo. Oscuros y ardientes.

La deseaba.

—Sí. No sabes cuánto.

A Lía le gustaba su cuerpo, su cara. ¿Si lo mojaba se clarearía su camisa? Salpicó agua y se estremeció al verlo empapado.

—Para, Lía. Estoy intentando portarme bien. —Su voz era dura, tenía la mandíbula tensa. Ella se puso de pie, las gotitas de agua chorreaban por su cuerpo. Él extendió una mano, hipnotizado, pero antes de tocarla retrocedió un paso con una mueca de dolor.

Con un gruñido ronco le dio la espalda. Ella se puso detrás, tocándole el torso. Él gimió.

—Vuelve al agua —suplicó medio afónico.

Lía sacó la lengua y la pasó por detrás de su oreja, le dejó un beso húmedo en el cuello. Él se dio la vuelta tan rápido que la asustó. La empotró contra la pared y devoró su boca con ansia. Lía le devolvió con gusto el beso.

—Por favor… —ronroneó ella. Arqueó las caderas y se restregó contra su entrepierna. Él se apartó de pronto. Lanzó una maldición y apoyó la

frente sobre la suya; apretó los dientes.

—Bésame más.

—No puedo. No puedo —murmuró, con tono doloroso.

—Pues tócame. Mira, así. —Lía se llevó una palma a su pecho. Él gimió mientras le proporciona un suave pellizco sobre el pezón que la hizo temblar de pies a cabeza—.

Oh.

—Métete en el agua, Lía. Por favor. Antes de que pierda la razón y no me porte como el caballero que mereces.

—No quiero un caballero. Te quiero a ti, dentro. Ya.

—Joder, Lía. Me estás matando.

—Tócame.

—No.

—¿Es que no te gusto? —La voz de Lía sonó tan lastimera que él bufó.

—Demasiado. —Le costó articular la palabra—. Me gustas demasiado —susurró.

—¿Y por qué no me tocas como quiero? —Se retorció contra él buscando más fricción.

—Porque no es correcto. Porque cuando lo haga quiero que lo sientas como yo.

Porque quiero que grites y te estremezcas de deseo y seas consciente de todo lo que te hago. Que chilles pidiendo más. Porque no quiero contenerme y lo quiero todo de ti. Te deseo tanto que voy a partirme en dos y te voy a hacer tantas cosas que tienes que tener todos tus sentidos a pleno rendimiento. No permitiré que la bebida nuble tu juicio. Lo recordarás, recordarás cada roce, cada beso y cada toque. Por eso no puedo tocarte, aunque me muera.

Lía jadeó. Se pegó a su cuerpo.

—Pero te necesito, necesito alivio.

Él agarró de malas maneras la toalla y la envolvió. Luego la cogió

entre sus brazos y la dejó sobre la cama con suma delicadeza. Lía seguía ardiendo, con un dolor en el centro de su zona interna. Tenía que tocarla, *necesitaba* que lo hiciese.

Se abrió la toalla y se exhibió ante su mirada hambrienta. Él deslizó los ojos por cada centímetro de su piel expuesta, deleitándose en lo que escondía entre sus piernas.

Ella se abrió todo lo que pudo para facilitarle las vistas. La miel de sus ojos se deshizo, convertida en una llamarada de deseo.

Se hizo con su mano y la llevó hasta su boca; le lamió los dedos como si fuese esa punta que se clavaba contra los pantalones. Él jadeó y estrechó los ojos, durante un segundo relajó el gesto, pero luego dio un paso atrás negando con la cabeza.

—Lía… Yo… Joder.

Con un fuerte gemido se metió en el baño. Lía oyó el sonido del agua antes de cerrar los ojos e imaginar que ese dedo que dirigía hacia abajo no era el suyo sino el del rubio que estaba tras la puerta. Arqueó la espalda cuando alcanzó su núcleo y se mordió los labios para evitar cualquier sonido. Se acarició hasta que la más pura liberación acudió a ella y la dejó sin fuerzas.

Aquello era un pobre sustituto de lo que necesitaba y quería realmente.

A él, tocándola.

A él, dentro de ella.

Se obligó a alejarlo de su mente y relajarse sobre el colchón. No supo cuánto tiempo pasó, pero percibió la calidez de su cuerpo cuando se acomodó a su lado. Se removió.

—Duerme —ordenó Cuesta entre dientes. Suavizó el mandato con un beso sobre su cabello—. Descansa, cariño.

Y sorprendentemente ella lo hizo. Cerró los ojos y se dejó llevar, cuidada y protegida. Por primera vez en mucho tiempo durmió como un lirón.

CAPÍTULO 36

# Latigazos

Unas garras invisibles lo retenían en ese sueño placentero e impedían que la molesta luz se filtrase por sus párpados cerrados.

Ramona era la protagonista de esa dulce agonía que lo mantenía subyugado. ¿Real o fantasía? ¿Estaba realmente en su dormitorio o todo era producto de su mente? Deseó con toda su alma que fuese lo primero. Iba de cuero y estaba sentada a horcajadas sobre su espalda. Lo había atado a la cama y lo había convertido en su cachorro, a cuatro patas. Reía con una carcajada grotesca que lejos de atemorizarlo, lo complacía. Ella mordió el mango del látigo con esos labios rojos y él se inclinó, retorciéndose. Intentó liberarse de su agarre, pero solo obtuvo burlas por parte de la ardiente fémina. Soltó unas risitas. Meneó la cabeza y bajó al suelo.

Alzó el látigo e hizo un círculo por el aire antes de dejarlo caer sobre sus nalgas. Él jadeó, con los ojos bien abiertos. Sabía lo que le gustaba.

¡Pam!

Se le escapó un gemido. Joder, ¡qué hembra!

¡Pam!

Otro gemido.

¡Pam!

Oyó su risita baja y gorgoteó. Luego se inclinó sobre su oído y le metió esa lengua húmeda. Chupó su mejilla en un movimiento lento, de abajo arriba.

Lo reconoció: Elevación.

Pam. Otro latigazo.

¡Pam! Otro más y nuevos lametazos sensuales.

—Suéltalo. —Paco sonrió ante la orden, ¿quería que se corriese?

Latigazo.

—¡Déjalo ir!

Latigazo.

Él sonrió despacio y con los ojos todavía cerrados se puso de lado. Un aliento un tanto fétido con regustillo a pescado invadió sus fosas nasales. Hizo una mueca. No es que fuese una princesa de cuento por las mañanas, pero mejor. A él le iban más las villanas. Sacó la lengua e intentó moverla en zigzag por su mejilla, replicando la Cruz.

Entonces, una bola de pelo se le metió en la boca y por poco se atraganta.

Abrió los ojos de golpe.

¡Latigazo!

—¡Que lo sueltes, degenerado!

Risas.

Paco parpadeó confuso. Abrazó con más fuerza a su Ramona y con su mirada todavía nublada por el sueño se encaró a esos dos ojos pardos. Un maullido lo despertó por completo. Al enfocar mejor a la cosa que sostenía entre sus brazos, ahogó un grito.

¿¡Un gato!? ¿Pero qué coño…? ¿¿Estaba acaramelado con un puto gato?? Este sacó su larga lengua y le dio un lametazo, metiéndosela por la oreja. Su rostro se crispó, antes de mover los labios en una arcada.

Latigazo.

El dolor en las nalgas ahora era considerable y para nada placentero. Se dio la vuelta y vio cómo la imagen erótica de Ramona se esfumaba para ser sustituida por la de una figura encorvada con un haz de luz, el sol rebotaba directamente sobre su espalda. Se puso una mano en la frente a modo de visera y se encontró con el rostro crispado de un viejo malhumorado, que estaba atizándolo con su toalla de playa.

—Apártate de él, depravado —exigió.

Risitas.

Venían de un grupo de niños situados al lado del abuelo, que lo señalaban y se reían. Uno lo fotografió con su teléfono. Paco miró hacia abajo y comprobó que llevaba

la misma ropa que anoche. Estaba sobre una de las tumbonas de la

piscina exterior, aferrado al maldito animal que ronroneaba entre sus brazos.

Latigazo.

Se incorporó y el odioso gato aprovechó para saltar al suelo, a los pies del abuelo, quien rescató a su adorada mascota, no sin antes atravesarlo con la furia que brillaba en sus arrugados ojos. El pomposo minino de pelaje blanco, uno de esos que parecían aristocráticos, de raza Angora o algo así, se acomodó en el pecho de su dueño.

El anciano se alejó entre zancadas, mientras lo insultaba y lo amenazaba con la denuncia que iba a formular ante las autoridades; los críos lo siguieron sin dejar de reír.

El del móvil volvió a enfocarlo con su pantalla y Paco le rugió; salió escopetado.

Sonrió complacido e hizo el amago de levantarse, pero volvió a dejarse caer cuando sintió una mirada fija sobre él, clavándolo en el asiento. Se retorció hasta dar con el responsable.

La reconoció al instante.

Cabello morado, gafas de vista enormes de montura amarilla. Llevaba un vestido fucsia y estaba reclinada sobre su silla junto a una mesa sobre la que descansaba una taza de café. Movía con ímpetu su bolígrafo de pompón rosa.

La psicóloga de la terapia: Expósito.

Sonrió hacia la mujer y sus ojos escrutadores lo perforaron con mucho interés.

Anotó alguna cosa en su inseparable papel antes de estirar los labios en una sonrisa inquietante que le dio un escalofrío. Apuró el contenido de su vaso y se puso en pie con una expresión resplandeciente.

—Hola —lo saludó, acercándose.

Él levantó la barbilla y le guiñó un ojo. Pagó caro el gesto porque un dolor palpitante se instaló en su sien. Joder, sentía como si la cabeza se le fuese a partir en dos, y lo peor de todo es que no recordaba ni una mierda de las horas que precedieron a todo ese lío con el gato. Lo último que le venía a la cabeza era la mesa del restaurante con

Ramona y las demás. Después de eso, fundido a negro.

—Braulio, ¿verdad?

Asintió.

La mujer le tendió una tarjeta con sus credenciales.

—Me llamo Almudena Expósito. Soy psicóloga.

Paco ya lo sabía porque le habían dado indicaciones para participar esa misma mañana en su terapia como monitor de la excursión con un grupito de pacientes. Se las había ingeniado para estar en el de sus amigos.

—Creo que deberíamos hablar —continuó—. Tu caso es fascinante. —Enrojeció—.

Perdona mi exaltación. Es que… he de confesar que este tipo de retos me pirran. Creía que me enfrentaba al mayor de mi carrera este fin de semana con un joven colpofóbico hasta que te he visto. Lo tuyo es francamente desafiante. Te suplico que te pongas en mis manos, puedo ayudarte. Si me aceptas, tu cambio comenzará ahora, hoy mismo.

Será un camino lento, no voy a mentirte, quizá plagado de obstáculos, pero lo recorreremos juntos. Y llegaremos a la meta; tardemos lo que tardemos.

«¿¡Pero qué demonios dice esta mujer!?».

—¿Mi… mi caso? —Arqueó una ceja.

—He tratado con este tipo de parafilias. Bueno, miento. —Lanzó una risita—. Este, en concreto, no. Pero sí tuve un paciente con dendrofilia. Fue complicado porque lo suyo era una atracción casi obsesiva, se había involucrado sentimentalmente y estaba convencido de que mantenían una relación; dormía agarrado a la corteza. Mira, no te cuento más, solo quiero que sepas que después de trabajar muy duro, lo conseguimos.

Dejó sus afectos por el árbol del jardín de su madre y se liberó de sus fantasías sexuales con las raíces que perforaban el suelo. Cuatro años, Braulio. Cuatro. Pero salió, como también lo harás tú.

¿Ese tipo tenía una relación con un árbol? ¿Qué tenía que ver con él?

¿Y por qué lo miraba así esta señora? Lo acojonaba que te cagas. Parecía una pantera a punto de lanzarse a la caza de su presa.

—Debes aclararme una duda. Una vez que la despejemos será más fácil abordar el problema. ¿Lo tuyo tira hacia la tricofilia o directamente es más una zoofilia?

La miró como si tuviese un cuerno en la frente.

—¿Zoo, qué?

—Oh, perdona. Es que cuando me apasiono no me modero. Lo simplifico para que me entiendas. ¿Qué es lo que te excita más, el cabello, es decir, el pelo como tal? ¿O tus fantasías sexuales involucran a ciertos animales? ¿Alguno en concreto? ¿Los mininos, quizá? ¿O te sucede con cualquier mamífero?

Definitivamente, estaba como una regadera. La contempló de forma tan bobalicona que ella le dio una palmadita en el hombro.

—Tómatelo con calma, querido Braulio. Sin presiones. Iremos poco a poco, ¿vale?

Paco tragó saliva.

Marta se desperezó con una amplia sonrisa en los labios. Tenía el cuerpo satisfecho, ella misma se sentía así. Sin embargo, enfrentar su mirada esa mañana se le hacía imposible.

Solo de pensarlo, se ponía a temblar. Notó que las mejillas se le encendían y lloriqueó asustada.

Ese viejo sentimiento de asfixia regresó, junto con el pulso acelerado y la ansiedad corrosiva. Mierda, iba a darle uno de sus ataques.

Debía salir de allí, cuanto antes.

Lo último que desearía era espantarlo; no después de que le hubiese regalado la mejor noche de su vida. O, concretamente, el *cunnilingus* más alucinante de todos. Pero

¿cómo iba a mirarlo a la cara después de lo que habían hecho? Nunca se había expuesto así ante nadie y no solo físicamente. Anoche

desnudaron sus cuerpos y sus almas, hablaron de sus problemas, de sus fobias, y de cómo les había condicionado la vida. Por primera vez en toda su existencia, Marta sintió que estaba ante un igual, alguien que no solo podía llegar a entenderla mejor nadie, sino que jamás la juzgaría. Alguien con el que podía ser ella misma.

Puede que para él fuese solo una experiencia pasajera, una noche más, producto del alcohol que corría por sus venas, pero para Marta lo había sido todo. Todo.

Podría enamorarse de él. Agachó la cabeza y notó el ardor de las lágrimas, cálidas y saladas, deslizándose por sus mejillas. ¿A quién quería engañar? Posiblemente ya lo había hecho. Entre estas sábanas no solo había entregado su virginidad, también su corazón.

Vio la mancha roja y sonrió al recordar el tacto amoroso de Carlos, la forma en la que la veneró y cómo limpió sus piernas. Fue tan perfecto… Que no podía arrepentirse.

Quizá lo suyo no iba más allá de esas horas, pero Marta lo atesoraría para siempre entre sus recuerdos.

Sonrió con tristeza.

Puede que no regresase a casa libre de su eritrofobia, pero debía reconocer los progresos: ahora tenía dos amigas nuevas y sabía lo que era un auténtico orgasmo.

Porque lo de Manu, su vibrador, no contaba para nada.

Se limpió los ojos húmedos y clavó la vista en esa figura relajada, que dormía con un brazo sobre su cintura y roncaba dulcemente. Alargó los dedos para acariciarle el rostro, pero no llegó a tocarlo por temor a despertarlo.

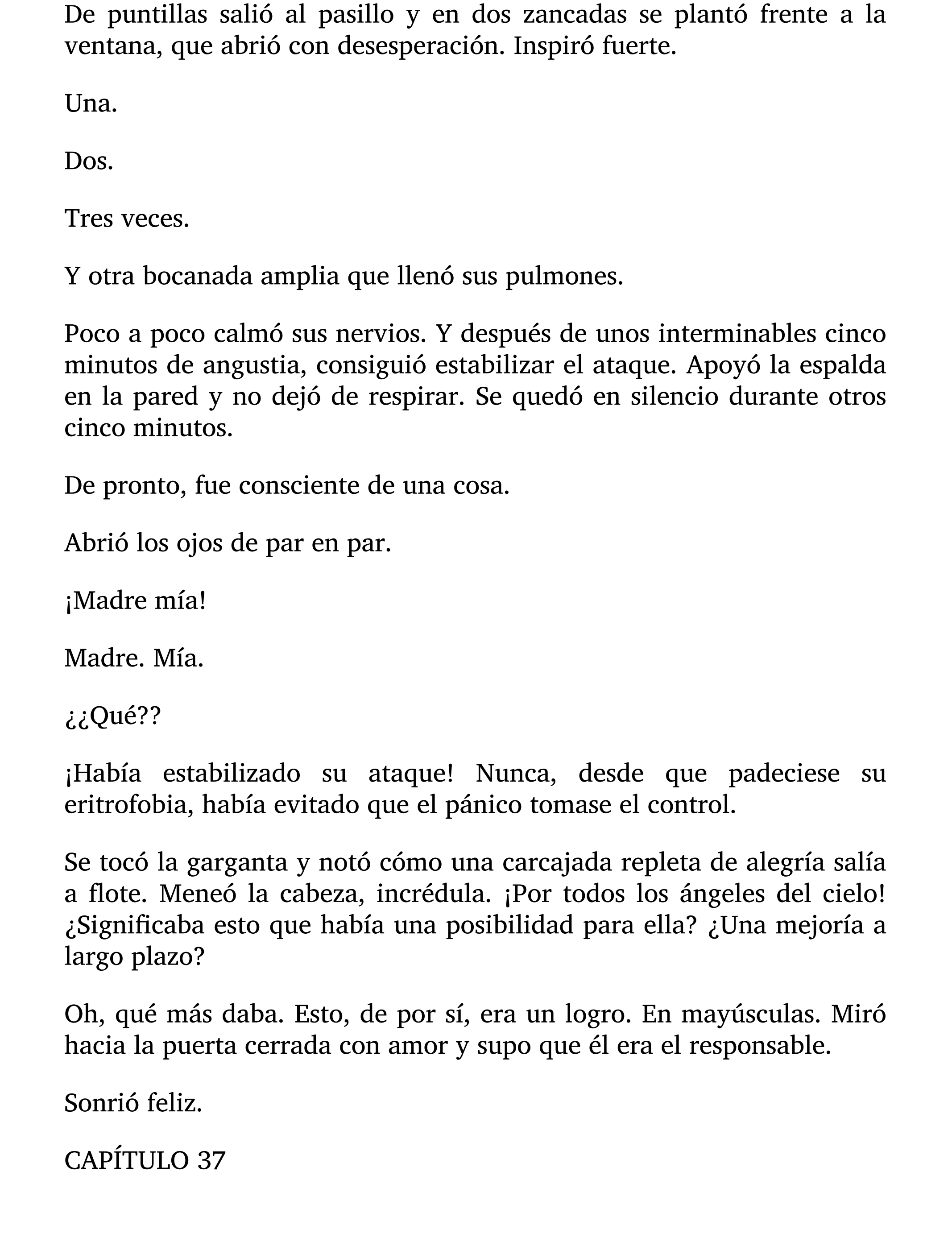
Prefería huir a tiempo.

Retiró el brazo con suavidad y se incorporó en silencio. Alumbró con su teléfono el suelo y recogió sus prendas para vestirse. Se preguntó si Braulio había dormido en la cama de Carlos, después de que les cediera su pequeño cuarto.

Al pensarlo, ahogó un gritito de vergüenza. Él lo sabía, y Maite. Lo que pretendían hacer o, mejor dicho, lo que habían hecho. Se palmeó el rostro encendido y se tocó el pecho con el puño.

Mierda.

Se ahogaba.



Necesitaba aire.

De puntillas salió al pasillo y en dos zancadas se plantó frente a la ventana, que abrió con desesperación. Inspiró fuerte.

Una.

Dos.

Tres veces.

Y otra bocanada amplia que llenó sus pulmones.

Poco a poco calmó sus nervios. Y después de unos interminables cinco minutos de angustia, consiguió estabilizar el ataque. Apoyó la espalda en la pared y no dejó de respirar. Se quedó en silencio durante otros cinco minutos.

De pronto, fue consciente de una cosa.

Abrió los ojos de par en par.

¡Madre mía!

Madre. Mía.

¿¿Qué??

¡Había estabilizado su ataque! Nunca, desde que padeciese su eritrofobia, había evitado que el pánico tomase el control.

Se tocó la garganta y notó cómo una carcajada repleta de alegría salía a flote. Meneó la cabeza, incrédula. ¡Por todos los ángeles del cielo! ¿Significaba esto que había una posibilidad para ella? ¿Una mejoría a largo plazo?

Oh, qué más daba. Esto, de por sí, era un logro. En mayúsculas. Miró hacia la puerta cerrada con amor y supo que él era el responsable.

Sonrió feliz.

## CAPÍTULO 37

## Por ti, soy capaz de todo

Lía se despertó con un gemido angustioso, se dio la vuelta y ese movimiento le provocó un gran dolor. Se llevó la mano a la cabeza y arrugó el rostro. Le dolía todo, hasta las pestañas. Y sentía la lengua pastosa, como si la tuviese plagada de arena.

Por un momento, no supo dónde estaba. Parpadeó varias veces ubicando la habitación, que no se parecía en nada a la de su piso. Entonces, varias descargas de recuerdos acudieron a su mente: Sebastián. Sebastián sobre una mesa y sobre una tía.

Una mujer pintoresca de pelo morado, gafas enormes y bolígrafo rosa de pompón.

Terapia. Cuesta. Cuesta y un besugo. Las Marías. La cena. Marta. Maite. Un baile demasiado sensual. Un cerdo y un cuervo. Miedo. Y ganas.

Infinitas ganas de que Cuesta la tocase.

Las imágenes vinieron a modo de ráfaga y la cara se le contrajo, muerta de vergüenza. Oyó una risita que reconoció muy bien cerca de la cama. Otra oleada: el baño, su rechazo, su piel, el anhelo. Ella, suplicándole. Suplicándole mucho.

Se sentó de golpe, con las mejillas al rojo vivo. No se atrevía a girar la cara y enfrentarse a él. Todavía no.

Cogió aire despacio.

«¿Y por qué no me tocas como quiero?».

«Tócame».

«Bésame más».

«Pero te necesito, necesito alivio».

Mierda. ¡Madre mía! Lía notó el rubor que encendía de nuevo sus mejillas. Y lo peor de todo no fue eso, sino la palpitación que sintió justo en su entrepierna. Jamás lo admitiría, mucho menos después de su comportamiento de horas atrás, pero quería más.

Mucho más.

—¿Estás bien? —Detectó la preocupación en su tono.

«No».

—Bueno… La cabeza me estalla. —Giró el rostro en su dirección. Estaba reclinado sobre la silla, masajeándose el cuello. ¿Había dormido ahí? Por la postura que tenía y las ojeras marcadas apostó que sí. Vale, eso era muy mono. Y joder, la complacía—. Es como si me hubiesen dado un martillazo o perforado el cráneo.

—Normal. Ayer te echaron algo en la bebida.

«No quiero un caballero. Te quiero a ti, dentro. Ya».

Tragó saliva y el rubor de sus mejillas aumentó. La mirada de él brilló con picardía.

Cuesta estiró los labios en una sonrisa traviesa.

Ella gimió y se tapó el rostro con las manos, muy mortificada. Deseó poder cubrirse con la sábana a modo de capa de invisibilidad y desaparecer. O, quizá, abrir un hoyo en la tierra y meterse dentro, hasta que se la tragara.

Sonrió divertido y Lía lo miró con cara de pocos amigos.

—No pasa nada. No eras tú misma. Aunque admito que disfruté muchísimo, no he podido pegar ojo dándole vueltas. Mi parte favorita es cuando te abriste de pier… —Lía chilló y le tiró la almohada a la cara para hacerlo callar.

Él lanzó una risita.

—Largo.

—¿Seguro? Todavía podemos terminar lo que ayer…

—¡Que te pires! —Lo amenazó con un paquete de pañuelos, lo único que encontró a mano. Él levantó los brazos en señal de paz y, sin borrar esa sonrisa de capullo engreído, se puso en pie.

—Está bien, me voy.

—Y ni pienses por un segundo que lo de anoche es por… ¡Fue la maldita copa esa!

Ni me gustas ni…

—¿Cómo es ese refrán? «Los niños y los borrachos siempre dicen la

verdad». ¿Fue la bebida? ¿O la bebida derribó tus implacables muros y se llevó por delante esas mentiras a las que te aferras para poner distancia entre los dos?

—¿Qué coño quiere decir eso?

—Que me deseas, Lía. Que tu cuerpo arde y tu piel se eriza. Que anhelas mis caricias y mis besos. Mi lengua, mi roce. Que quieres que te toque, que te lama y que te haga gemir. Y me hunda en ti. Lo quieres ahora y lo querías ayer. Lo quieres siempre, aunque te lo niegues. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque es recíproco, cariño. Porque siento lo mismo. A cada minuto del puto día, cada vez que te miro, cada vez que te sueño. —

El pulgar apuntó hacia abajo, a la zona puntiaguda y bien visible de sus pantalones—. Y

duele. Joder, no sabes cuánto.

—De eso nada.

De eso sí. Claro que lo deseaba, claro que ardía por él a cada minuto. Pero no pensaba reconocérselo, primero muerta que darle esa ventaja.

«Él te lo acaba de confesar, tonta». Shhh, maldita voz interna.

Cuesta la contempló en silencio, repasándola con lentitud. Llevaba su camisón rosa de tirantes de escote en V, sin nada debajo. Supuso que él la habría vestido en algún momento. Le dio la espalda y se agachó sobre su maletita revuelta. Sacó el chándal que llevaría a la excursión y la ropa interior, que escondió debajo. La dejó sobre la cama, pero el dichoso tanga rodó y quedó expuesto.

Él silbó al contemplarlo y cuando lo encaró se dio cuenta de que toda su atención estaba puesta en esa pequeña prenda, que devoraba con ansia. Tenía una cara rara, como si la estuviese imaginando con ella puesta.

—Fuera.

Sonrió.

—Si necesitas ayuda… —La broma se volvió en su contra porque se atragantó a mitad de la frase. Agrandó mucho los ojos y tragó saliva de tal manera que la nuez subió y bajó de forma marcada. Lía siguió su mirada y gimió horrorizada.

El movimiento que había hecho al levantarse había dejado al descubierto su pezón, que estaba bien tieso, encañonándolo. Cuesta jadeó y se mesó el cabello dorado. Con las pupilas dilatadas, fijas en su pecho. Ella subió la tela, cubriéndose. Él respiraba entrecortadamente.

No tuvo que señalarle la salida porque él se precipitó hacia ella como alma que lleva el diablo. Apoyó las palmas sobre la puerta y hundió los hombros.

Suspiró de forma profunda.

Se tomó su tiempo antes de hablar. Y lo hizo con voz ronca y sin volver a mirarla.

—Por cierto, me ha llamado el encargado de la discoteca hace un rato. No los encontraron, creen que se fueron después de lo tuyo. Pero estarán pendientes por si vuelve a pasar. Han dado aviso a todos los trabajadores y a la Policía, por si actúan en otro sitio. Se han disculpado como un millón de veces y nos han dado las gracias por denunciarlo e imagino, que por no meterlos en un follón. Pero, si tú quieres, podemos ir a la comisaría.

—¿Me acompañarías? —La sorpresa reverberó en la pregunta.

Giró el rostro, con la mirada dura.

—Por supuesto.

Lía lo sopesó durante unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Da igual. Si ya han dado parte, me conformo. Tampoco creo que la Policía hiciese mucho más.

—Deberías denunciarlos. Ojalá los tuviese enfrente, joder. Me gustaría darles de hostias y hacerlos sangrar.

—Tú no eres de esos. —Mientras lo afirmaba recordó a ese niño de seis años plantándole cara al otro, al abusón que las molestaba a Maite y a ella.

Su héroe de la infancia.

—Lía. ¿Todavía no lo sabes?

—¿El qué?

—Por ti, soy capaz de todo.

Media hora después, mientras bajaba por el ascensor al comedor del hotel para desayunar algo rápido, las palabras de Cuesta resonaban en su cabeza una y otra vez:

«Por ti, soy capaz de todo».

La duda corrosiva volvió a asaltarla. ¿Se habría equivocado todo este tiempo con él?

¿Habría sido tan imbécil de dejar pasar los años, queriéndolo en silencio, por un malentendido? No. No.

Él se fue. No una, sino dos veces. Y nunca pensó en ella. Solo era un juego, una amiga lejana, a lo sumo.

«Sabía que te gustaba, así que era importante para él».

Mierda.

Dio un puñetazo sobre la puerta de metal antes de que esta se abriese y salió por ella tan deprisa que chocó contra alguien, quien la sostuvo antes de que ambos cayesen al suelo.

—Lo sient… —Al levantar la mirada recordó la noche anterior—. ¿¿Paco?? Joder, Paco. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡ *Mija*! Ándele, era hora de verla.

Arqueó una ceja por ese acento forzado y sin sentido.

—¿Eh?

—Soy Braulio. Trabajador del hotel y su monitor en el día de hoy.

—¿Qué cojo…? Déjate de tonterías. ¿Qué demonios haces aquí, Paco?

Le puso una manaza sobre la boca. Y espió la zona, asustado. Ella le arreó un tortazo en los dedos para que la soltase y lo fulminó con sus ojos. Los de él chispearon de diversión.

—Es una larga historia, *mija* —susurró—. Estoy de incógnito, durante estos días soy Braulio. Debes llamarme así. Podemos hablarlo si…

—Uf. No. Algo me dice que en el fondo no quiero enterarme. Mira, ¿sabes qué?

Olvídalo. Ahórrame los detalles, que conociéndote será lo mejor para mi paz mental.

Él se llevó una mano al pecho de forma exagerada.

—Eso me dolió.

Lía puso los ojos en blanco y resopló.

—Déjame pasar, anda. Que al final llegaré tarde.

Él levantó los brazos y dio un paso atrás. Lía lo rodeó y caminó hacia el restaurante, pero se paró y con un largo suspiro se dio la vuelta. Lo miró de arriba abajo, vestía como un auténtico *boy scout*, con el sombrerito incluido, además de esa horrenda peluca en tono caoba que se había recogido en una coleta baja. No faltaban las botas y los calcetines por debajo de la rodilla.

Paco la observaba atentamente. Sonrió.

—Vale. Sé que me voy a arrepentir. Pero ¿qué llevas puesto?

—Ya te lo dije, *mija*. Soy su monitor en el día de hoy. Capitanearé la excursión y los guiaré. —Sacó pecho y alzó la voz, como si estuviese dando un discurso—. Velaré por todos ustedes y me aseguraré de que nada les pase. Tengo de todo, voy bien preparado.

—Señaló la mochila que colgaba de su espalda.

Lía aguantó la risa.

—¿Tú? Que odias la hierba, las plantas, las flores, sudar, caminar… Por no hablar del miedo que te da dormir la intemperie, todavía recuerdo la que liaste en aquel cumpleaños de Maite en el que dormimos en tiendas de campañas.

—Se oían cosas raras —arguyó.

—Estábamos en su jardín. Con sus padres a pocos metros dentro de la casa.

—Me encanta la naturaleza —replicó, inseguro.

—Y no hablemos de las arañas que seguramente encontraremos. Y las abejas, las avispas, las hormigas…

Paco tragó saliva con la mirada desencajada. Echó a correr hacia el

ascensor, seguido por la carcajada de Lía. Vaya, al menos le había devuelto el buen humor.

Con una amplia sonrisa, entró en el comedor. Escogió varias piezas de fruta y se sentó en una mesa cerca de la zona del bufé. Iba por la segunda manzana cuando su compañera de habitación se dejó caer sobre la silla de enfrente, con un bol de leche y cereales.

—Marta. —Dejó de pelar la manzana y se limpió las manos con una servilleta—.

¿Dónde estabas? ¿Has dormido con Maite? —Escrutó ese rostro escarlata y se preocupó—. ¿Estás bien? Te he llamado hace un rato.

—Eh, sí. Perdona. Acabo de pasar por la habitación para ducharme y coger las cosas de la excursión. —Miró hacia ambos lados, algo inquieta—. Volvimos al poquito de iros.

Pero la que debería preguntarte soy yo, ¿cómo te encuentras? Maite no me dijo mucho, solo que te encontrabas fatal y habíais regresado al hotel.

Lía le lanzó un agradecimiento silencioso a su mejor amiga. No es que se avergonzase ni que temiese contar lo que le había pasado con esos dos gilipollas, pero prefería no volver al tema y darle más vueltas. Lo que quería era olvidarlo de una vez por todas. Pasaba de preguntas y muchísimo menos de confesar la escenita con Cuesta.

Ni siquiera se lo contaría a Maite.

—Tranquila. Algo me debió de sentar mal.

Marta asintió, despistada. Buscaba a alguien por el salón. De pronto, agrandó los ojos y gimió. Volvió corriendo la vista a su regazo. Pero al segundo, echó otra miradita hacia el fondo. Lía siguió el curso de su mirada y vio que estaba fija en la mesa ocupada por Cuesta, Carlos y el hombrecillo pelirrojo con cara perenne de enfado.

—¿Qué pasa?

—Nada —se apresuró a responder. Bajó la mirada al bol y jugueteó con la cuchara y los cereales.

Lía entrecerró los ojos, pero no quiso presionarla. Desvió su atención hacia una conversación banal y esperó a que terminase el desayuno, mientras ignoraba a la mesa del fondo y a ese rubio que la

descolocaba.

Media hora después, se levantaron. Listas para dirigirse a la recepción, donde habían quedado con el resto del grupo. Se metió en el ascensor, sin volverse hacia él. Sin embargo, sintió su mirada quemándole la espalda.

## CAPÍTULO 38

# Canciones para morir

Cuesta tenía los ojos fijos en la espalda de Lía, que estaba tan tiesa como una tabla de planchar. Rehuía su mirada desde el comedor en el que habían desayunado, pero no lo engañaba. La había pillado echándole varios vistazos a escondidas. Sonrió complacido, pues aunque fingiese ignorarlo, sabía que no era así.

Cada vez que la sorprendía, ella resoplaba indignada, y él reía, como ahora.

Notó un codazo en sus costillas.

—Eh, colega. ¿Me estás oyendo?

«¡No!», quiso gritarle, pero se contuvo. En cambió le sonrió y el otro asintió, con renovados ánimos. Se ajustó la diadema de los cascos en los oídos e intentó sumergirse en la canción que sonaba a todo volumen: *The Pretender* de los Foo Fighters.

Hacía diez minutos que intentaba alejarse de su diatriba por el bien de su salud mental. Carlos estaba obsesionado con la marcha de Marta esa mañana y no paraba de comentarlo. Y cuando se refería a no parar era exactamente eso, a no respirar entre palabras.

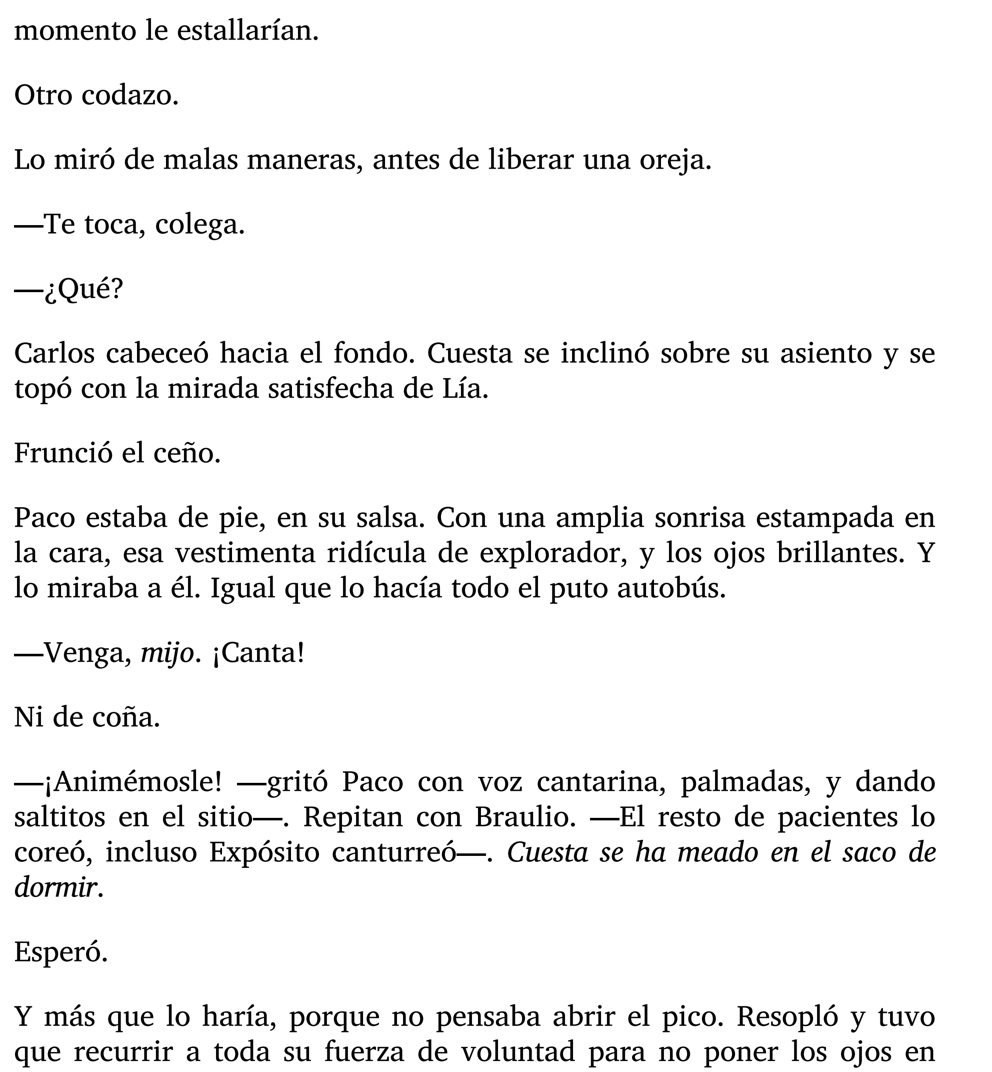
Lo había avasallado desde que entró en su cuarto y no acalló su incesante verborrea ni siquiera mientras se duchaba. Simplemente se pegó a la puerta y alzó todo lo que pudo la voz para que se colase por la puerta cerrada y sortease el ruido del agua al caer.

Llegó, incluso, a espantar al siempre malhumorado Salva.

La verdad es que a Cuesta lo maravillaba ese poder de intercalar frase sobre frase sin coger apenas aire. Y no es que fuese un desalmado. Claro que al principio lo escuchó con atención y dejó que se desahogase todo lo que quisiese. Incluso le aconsejó y se comprometió a ayudarlo con ella durante la excursión. El problema fue que entró en bucle y que seguía ahí dentro horas después.

Por eso tuvo que alejarse, no físicamente, dado que lo tenía sentado al lado en el autobús, pero al menos se abstrajo con el grupo de *rock*. Eso sí, el precio que pagaría

eran sus tímpanos, pues tenía la música a toda hostia y en cualquier



momento le estallarían.

Otro codazo.

Lo miró de malas maneras, antes de liberar una oreja.

—Te toca, colega.

—¿Qué?

Carlos cabeceó hacia el fondo. Cuesta se inclinó sobre su asiento y se topó con la mirada satisfecha de Lía.

Frunció el ceño.

Paco estaba de pie, en su salsa. Con una amplia sonrisa estampada en la cara, esa vestimenta ridícula de explorador, y los ojos brillantes. Y lo miraba a él. Igual que lo hacía todo el puto autobús.

—Venga, *mijo*. ¡Canta!

Ni de coña.

—¡Animémosle! —gritó Paco con voz cantarina, palmadas, y dando saltitos en el sitio—. Repitan con Braulio. —El resto de pacientes lo coreó, incluso Expósito canturreó—. *Cuesta se ha meado en el saco de dormir*.

Esperó.

Y más que lo haría, porque no pensaba abrir el pico. Resopló y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco.

Paco aleteó una mano y se encogió de hombros.

—*¿Quién, yo?* —falseó su voz.

Los ocupantes del resto de asientos respondieron con tono cantarín: —*Sí, tú.*

— *Yo no he sido* —pronunció Paco con un tono tan agudo que hasta Cuesta cedió a la sonrisa.

— *Entonces, ¿quién?* —repitieron todos.

— *¡Carlos!* —señaló su amigo.

El aludido lanzó un gritito de emoción y por poco se sale de su asiento. Se incorporó todo lo largo que era para alzar el cuello cual avestruz. Cuesta se recolocó los cascos y subió dos puntos la música mientras la boca de Carlos se movía al compás de su cabeza.

Miró el reloj y lloriqueó para sus adentros. Todavía faltaban cuarenta minutos de tortura.

CAPÍTULO 39

Lía esperó a que bajasen los que tenía delante antes de hacerlo ella. Las puertas del maletero lateral del autobús estaban abiertas y se apresuró a rescatar su mochila y a poner distancia entre ella y Cuesta. Dio una vuelta sobre sí misma y sonrió ante la belleza que los rodeaba. Era impresionante.

Marta se acercó a su lado.

—Son las doce —dijo Expósito, una vez que todos estuvieron reunidos alrededor de ella—. Nos veremos en este mismo punto a las seis de la tarde. Sé que os asusta ir sin móviles, pero para eso tenéis a vuestros monitores, que se pondrán en contacto conmigo si es necesario. Nos dividiremos en tres grupos, capitaneados por mí, por Úrsula —

señaló a la morena bajita que estaba a su lado y que a Lía le sonaba de la zona del *spa*—, y por Braulio. Los dos son trabajadores del hotel, supongo que los habréis visto por ahí.

No os preocupéis, son expertos senderistas y están curtidos en este tipo de rutas.

Lía ahogó la risa y su mirada se cruzó con la de Cuesta, quien puso los ojos en blanco.

Paco tenía el pecho fuera, henchido de orgullo. ¡Menuda cara! Si no andaba ni para ir a por el pan, que lo tenía a dos calles de su casa.

—Vale. Ahora os repartiremos una bolsa a cada uno con comida y agua —añadió la psicóloga. La tal Úrsula fue dándoles el improvisado pícnic—. Esta experiencia es para que reforcéis vuestra confianza en vosotros mismos y recordéis que sois capaces de cualquier cosa. El cambio empieza hoy, en este mismo instante, no lo olvidéis. Confiad los unos en los otros y ayudaos. Vuestro monitor os someterá a una serie de pruebas y retos para dinamizar la actividad. No quiero que nadie lo pase mal, si os agobiáis, podéis volver con toda la libertad del mundo. Esta excursión es para pasarlo bien y no quiero padecimientos

innecesarios. Bien, dicho lo cual, voy a ir nombrándoos.

Empezaré por los de Úrsula, después los de Braulio y, por último, los míos.

»Supongo que todos habéis reconocido la zona, estamos en la Serra del Menejador, concretamente, en el Parque Natural del Carrascar de la Font Roja. Tiene una extensión de 2.450 hectáreas y rodea las poblaciones de Ibi y Alcoy. Por favor, os ruego respeto y cuidado. Esta es una de las zonas de mayor biodiversidad de la Comunidad Valenciana y hay que prestar especial atención a las zonas protegidas, tanto las ambientales, como

las de las aves. Por favor. Muy importante esto. Somos parte de la naturaleza. —Se subió sus gafas amarillas y cuadró los hombros—. Y lo que le hagamos a ella, nos lo estaremos haciendo a nosotros mismos.

Uno de los pacientes alzó la mano. Expósito le dio paso.

—¿Son rutas muy difíciles? No estoy nada en forma y me preocupa, la verdad.

—Tranquilo. Como os he comentado, son tres. La primera es muy fácil, aunque su nombre indique lo contrario. —Soltó una risita—. El Barranco del infierno. Es la que llevaré yo y tú, Manolo, estás en ella. No llega a cinco kilómetros. La segunda, la de Úrsula, consiste en subir a la Cumbre del Menejador. Nada, unos siete kilómetros y medio, más o menos. La última se la ha quedado Paco porque es el más versado en estas cosas y quería caña. Esta sí que es un poco más peliaguda, con dieciocho kilómetros de recorrido.

¡Había que joderse! Lía taladró con la mirada a su amigo y este pareció incómodo.

Cuesta gruñó por lo bajo.

—Elena. —La aludida dio un brinco. Lía se fijó en la mujer que apretaba los dedos y tenía las pupilas dilatadas, como si se hubiese metido un chute o estuviese presa del pánico—. Irás conmigo, querida. Quiero que respires hondo, tranquila. Hemos hablado de ello. Recuerda lo que te comenté, los ejercicios que hemos realizado. Te has enfrentado a esto en tu mente, lo has imaginado, y lo has palpado en el jardín del hotel.

Puedes hacerlo. Puedes. Sé que esta es la prueba decisiva, pero tú

decides. Siempre. Si quieres regresar, lo haremos.

Asintió despacio. Luego pareció más convencida, aunque su pecho subía y bajaba sin cesar. Restregaba sus palmas y una gota de sudor frío recorrió su frente. Lía reconoció su temor: antofobia, miedo a las flores. Contempló el espacio y admiró el coraje de Elena. Había que tener buenos ovarios para aceptar esta exposición que no era para nada gradual. Supuso que llevaría años intentándolo porque, de lo contrario, se habría encerrado en el autobús. El tratamiento le sonaba que era un poco como el de Carlos, con desensibilización sistemática.

Los ejercicios de Expósito irían por ahí. Primero, técnicas de relajación, meditación y respiración; y segundo, hacer que la mujer se imaginase el objeto de su terror, que se viese ahí e ir exponiéndola poco a poco y con cautela hasta reducir ese malestar. Era *heavy* que ya la metiese en un bosque. Pero Elena parecía convencida y con ganas, lo cual era asombroso.

La psicóloga fue nombrándolos uno a uno y agrupándolos en los tres grupos. Como la ruta del listillo de Paco era la más complicada, su grupo fue el más reducido: Salva, Carlos, un tal Tony, que tenía los brazos llenos de relojes, Cuesta, Marta y ella.

El del tiempo saludó a Cuesta con una amplia sonrisa y se pusieron a charlar, muy animados, como si fuesen conocidos de toda la vida y no un encuentro casual en el baño. Esto último lo supo cuando Carlos se interesó y Tony lo contó. Le dijo que Cuesta era su salvador, que le había abierto los ojos al tesoro de la vida. El rubio pareció incómodo con los halagos y se removió inquieto en su sitio.

Marta también estaba turbada. Parecía nerviosa y algo rara. Se había apartado del grupo y no alejaba la vista de la pareja formada por Cuesta y Carlos, que estaban hablando muy juntos. Lía sabía que algo le pasaba, no solo por su actitud, sino porque casi ni habían hablado durante el viaje de una hora.

En un intento de tranquilizarla, puso su mano sobre los dedos agitados de su nueva amiga.

—¿Hay algo que quieras contarme? —le preguntó, casi susurrando.

La otra jadeó, sorprendida.

—¿Quééé? No, yo… ¿Por qué? ¿Qué iba a tener que contar?

—No sé. —Cabeceó hacia los chicos—. Ayer bailasteis, ¿verdad?

Carlos y tú, os vi.

—¿Eh? No, qué va. Fue solo una canción. O dos. Pero vamos, que nada más.

—Parece majo. —Se puso muy colorada.

—Sí, supongo. Emm… Cuesta también, ¿no? Digo, que es simpático, ¿no te parece?

Ayer… No sé. Me dio esa impresión.

—Bueno.

¿Por qué lo mencionaba? ¿Iba a hacer de Celestina entre ellos? Ocultó una sonrisa.

—Lo conoces desde hace mucho, ¿verdad? —se interesó.

Lía asintió despacio. ¿Adónde quería llegar?

Marta se puso el triple de nerviosa. Se balanceó hacia atrás, apoyándose en los talones, mientras miraba hacia la izquierda, huyendo de ella.

Oh. Oh.

—Desde los seis años, más o menos.

—Ya. Es mucho… es tiempo. —La observó y se mordió el labio.

—Ajá. ¿Por?

—Nada. —Hizo una pausa y tiró de un hilo invisible de su sudadera—. Entonces,

¿sois muy amigos?

Lía frunció el ceño.

—Es complicado.

—¿Complicado?

—Tenemos nuestros días. Aunque la mayor parte de nuestra historia se basa en peleas y piques.

—Oh.

—¿A qué viene ese interés?

—Nada. Nada. Solo que… parece majo.

—Sí, ya lo has dicho. —No pudo evitar el tono duro. «Relájate», se ordenó. «Es Marta. Y Marta te cae bien. Os habéis hecho amigas, ¿recuerdas?»—. Cuando quiere lo es. Puede ser realmente encantador.

—Me lo he… me lo he encontrado antes, en el ascensor —confesó con un hilito de voz. Lía se clavó las uñas en las palmas. ¿Por qué sentía un agujero en el pecho? ¿Por qué temía las siguientes palabras de su amiga?—. Hemos bajado juntos al comedor. Me ha hecho reír.

—Vaya.

Lía apretó los dientes.

—Es simpático.

—Veo que no te ha costado hablar con él —apuntó, mordaz.

«Joder, Lía. Rebaja». Por suerte, Marta no pareció percatarse. Ahora tiraba del cordón de la capucha con movimientos histéricos.

—La verdad es que no. Y es sorprendente. Hace apenas unos días, ni habría cruzado dos palabras y mírame ahora, ¡una conversación de ascensor! Como alguien normal.

Supongo que él lo hace fácil.

—Sí, supongo.

Sintió un ramalazo de celos y no pudo contenerlo. Era idiota por su parte, lo sabía.

Apreciaba a Marta y sabía los problemas sociales a los que se había enfrentado, pero ese maldito órgano llamado corazón iba por su cuenta. Ahora bombeaba rápido y fuerte y estaba algo estrujado.

Echó un vistazo a la pareja de rubios y frunció el ceño. Cuesta miraba a Carlos, quien gesticulaba sin parar. Al volver sobre su amiga, vio que esta también los contemplaba, tenía un brillo especial, como si estuviese fascinada.

—¿Y qué te ha dicho? —le preguntó, aguantando la respiración.

—¿Cómo?

—Para hacerte reír, ¿qué te ha dicho?

—Ah, nada especial, tonterías. Es muy gracioso.

—Hum.

—Oye, Lía. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Se retorció los dedos—. Es personal.

No respondas si no quieres.

—Tranquila, dime.

—¿Hay… hay algo entre vosotros?

—¿Te refieres a Cuesta? —Marta asintió profusamente—. No, nada. —Por un segundo, dudó. Quería contestarle que sí, que había una historia, que había

sentimientos. *Sus* sentimientos. Que él…Que ayer… Pero calló. Como siempre, con ese miedo que se enroscaba en su estómago y la ahogaba.

—Oh. Vale. Yo… tenías razón antes. Dios mío, Lía. Es que no sé ni cómo decírtelo.

—Su atención regresó a esos dos y sonrió lentamente. Suspiró—. Creo que sí. Bueno, no lo creo. En realidad, sí. Vamos, que sí, sí.

Lía se rio. La pobre estaba tan nerviosa que le temblaba la voz.

—¿A qué te refieres?

—Me gusta.

Su corazón se le paró. En seco.

Mierda.

—Me gusta mucho. ¿Debería hacer algo?

No.

—Pues…

—Me da pavor decírselo. Pero, por otra parte, queda poquísimo tiempo y no quisiera… —Se mordió el labio e hizo una mueca—. Me

da más miedo todavía no volverlo a ver. Eso me aterra. Dios, pensarás que estoy loca. Lo conocí ayer. ¡Ayer! Sí, seguramente se me ha ido la cabeza. Es la única explicación posible.

—O un flechazo.

—Pues te juro que eso es lo que siento. Es que lo miro y… —Sonrió—. Me parece guapísimo. Con ese pelo rubio y esos ojazos.

Una daga le atravesó el pecho y a duras penas contuvo las ganas de gritar. Sentía rabia e impotencia. Y las lágrimas agolpándose en sus ojos. Respiró hondo y las mantuvo a raya.

Marta la estaba destrozando.

—¿Qué hago, Lía? Dime. Estoy tan perdida… No tengo experiencia en estas cosas.

—Soltó el aire con pesar—. Lo único que sé es que si acaba este fin de semana y he dejado que el miedo me venza de nuevo, no me lo perdonaré jamás.

—Yo… —No podía, no podía darle carta blanca. Su mente gritaba una palabra, la misma que su corazón abrazaba: mío. Es mío. Y yo soy suya. Desde siempre, a pesar de las peleas, de los piques, de todo. Lo quería a él, solo a él.

«Por ti soy capaz de todo».

—Necesito tu consejo de amiga, tía. Confío en ti.

Lía miró ese rostro ilusionado, esa sonrisa brillante y esos ojos que clamaban a gritos que la ayudase y sus labios se movieron sin permiso: —Claro. Inténtalo. Nunca se sabe.

Jamás cinco palabras le dolieron tanto como aquellas. Sus ojos buscaron los de Cuesta, él le devolvió la mirada y le sonrió. Ella giró el rostro.

«Por ti soy capaz de todo».

Paco anunció que se dividirían en tres grupos. El primer reto consistía en llegar al inicio de la ruta por sus propios medios. La salida se haría en Ibi, en dirección a Banyeres de Mariola. El punto de encuentro era el panel de información situado al lado de unas naves industriales. Les dio una hora para completarlo.

Ella miró a Cuesta y dio un paso hacia él, al mismo tiempo que Carlos lo empujaba, ganándose un gruñido por parte de este.

—Iré con Marta —anunció Cuesta.

Iré. Con. Marta.

Las palabras se le clavaron en el pecho como si fuesen agujas al rojo vivo. Se dio la vuelta de golpe hacia su amiga sin poder contener esa opresión en la garganta y vio la sonrisa trémula de esta.

Marta asintió y se acercó a él. Lía se quedó quieta, clavada a la tierra. No podía moverse, le costaba respirar. Ni siquiera se percató de lo que ocurría a su alrededor hasta que la sonriente cara de Paco se cruzó en su campo visual.

—Parece que vamos juntos, *mija*. —Dio una palmada—. Tengo un montón de canciones para el viaje. ¿Empezamos por *Veo-Veo*?

Lía lloriqueó.

## CAPÍTULO 40

# Un trato y una confesión

Cuesta sopesaba las mil y una formas en las que torturaría al pesado de Carlos. Por su culpa había perdido una oportunidad de oro, la de pasar una hora a solas con Lía. Una hora sin las Marías, sin Paco y sin nadie. Una hora para declararse de una vez y por todas, sin más interrupciones, confusiones y tonterías.

En cambio, aquí estaba, pedaleando mientras se preguntaba cómo iniciar la conversación y hacer de Cupido para el tonto de su compañero de habitación, quien debería haberle echado huevos y aprovechado este tiempo para aclarar las cosas con Marta. Sin embargo, estaba tan acojonado que, según le dijo textualmente, era incapaz de soltar ni un monosílabo. Al final se apiadó de esa cara triste y hundida, y dio un paso adelante por él. Aunque no se le escapó la miradita enfadada de Lía. Rezó para no haberse metido en problemas, suficientes trabas tenían ya, como para sumar uno más, uno que era de Carlos, no suyo.

Miró de reojo a la chica morena y esta le sonrió. Habían alquilado unas bicicletas para recorrer la distancia que los separaba del punto de inicio y estaban sumidos en un cómodo silencio. Lo cierto es que le caía muy bien, Marta era un tesoro por descubrir, como una cebolla —en el buen sentido— cuyas capas pelabas hasta que te encontrabas con su esencia, la que tendía a ocultar al resto. Se le daba bien juzgar a la gente y en ella veía a una persona leal, divertida y soñadora.

Resopló fuerte y el gesto llamó la atención de ella.

—¿Estás bien? —Le tembló la voz y, por un segundo, perdió el control de la bicicleta. Cuesta se lanzó a ayudarla—. Perdona. —Enrojeció.

Él emitió una sonrisa tranquilizadora.

—Lo siento, te he asustado.

—No, qué va. Estoy bien.

—Vale.

—Vale.

Menuda conversación de besugos. Se quedó en silencio de nuevo, tratando de hallar las palabras correctas.

—Bueno…

—Bueno.

—Hace un día de puta madre, ¿no? —Ella levantó la barbilla y frunció el ceño.

—Está muy nublado. Me preocupa esa nube, ¿la ves? Viene de allá; se ve muy negro.

—Vaya. Pues quizá caiga un chaparrón. Una tormenta de esas de verano.

Ella lo miró muy asustada.

—¿Te da miedo?

—A mí no. —Ah, ya. Carlos y su fobia. Joder, ahí lo tenía. La oportunidad—.

¿Tardarán en darnos alcance?

—Espero que no.

—Yo también. —Su bonito rostro se arrugó de preocupación.

—Es una fobia algo rara, ¿verdad?

—¿La mía? —Su cara se puso al rojo vivo. Volvió a perder el control de la bicicleta.

Mierda.

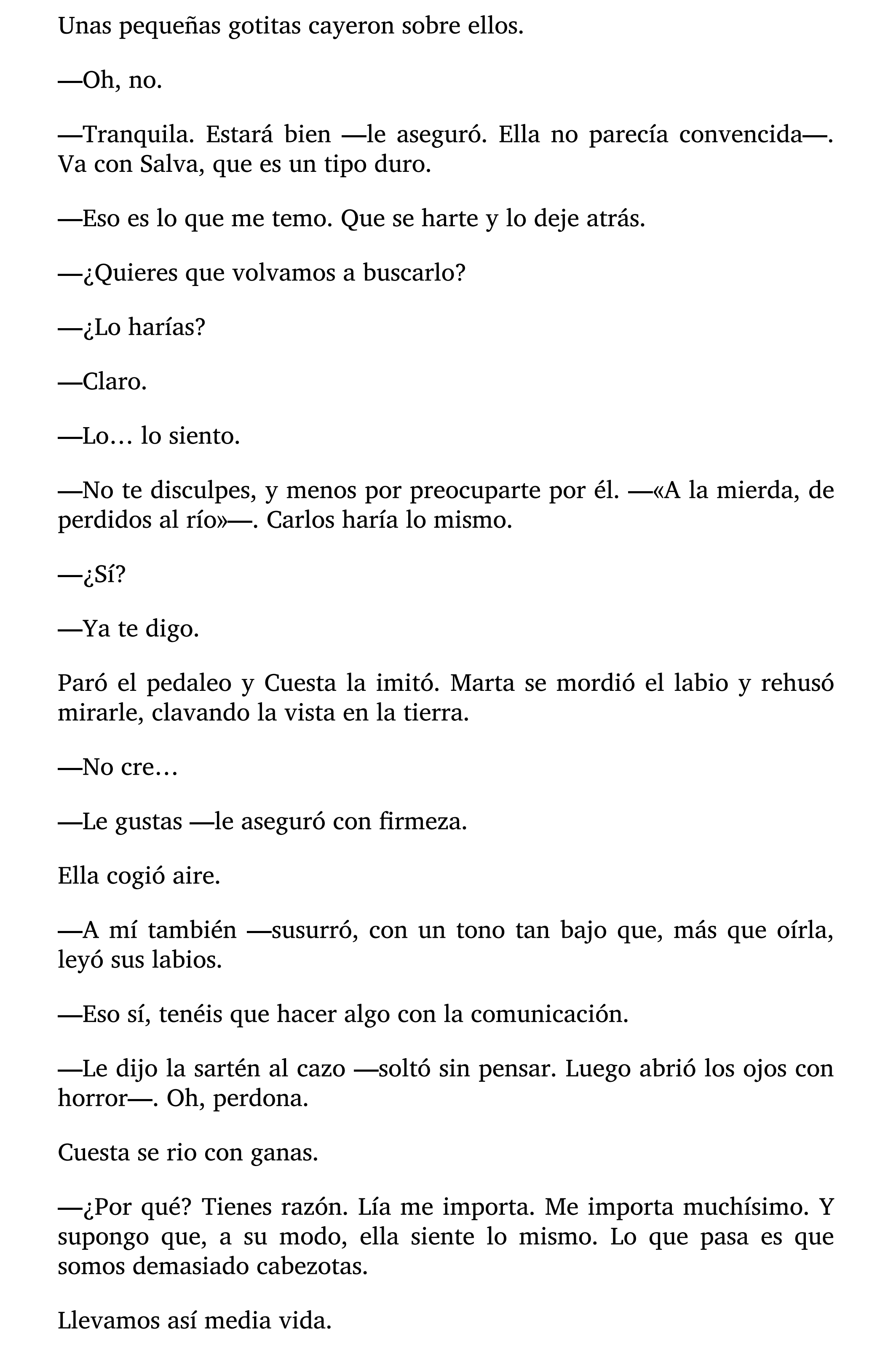
Joder.

—No, no —se apresuró a calmarla—. La de Carlos. Todo eso de la lluvia.

—Ah. Tanto como el miedo al tiempo, a la vergüenza o las vaginas, ¿no crees? Miss Expósito y sus Niños Peculiares —bromeó en alusión a la película de Tim Burton.

Cuesta echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Sí que era graciosa.

— *Touché*.



Unas pequeñas gotitas cayeron sobre ellos.

—Oh, no.

—Tranquila. Estará bien —le aseguró. Ella no parecía convencida—. Va con Salva, que es un tipo duro.

—Eso es lo que me temo. Que se harte y lo deje atrás.

—¿Quieres que volvamos a buscarlo?

—¿Lo harías?

—Claro.

—Lo… lo siento.

—No te disculpes, y menos por preocuparte por él. —«A la mierda, de perdidos al río»—. Carlos haría lo mismo.

—¿Sí?

—Ya te digo.

Paró el pedaleo y Cuesta la imitó. Marta se mordió el labio y rehusó mirarle, clavando la vista en la tierra.

—No cre…

—Le gustas —le aseguró con firmeza.

Ella cogió aire.

—A mí también —susurró, con un tono tan bajo que, más que oírla, leyó sus labios.

—Eso sí, tenéis que hacer algo con la comunicación.

—Le dijo la sartén al cazo —soltó sin pensar. Luego abrió los ojos con horror—. Oh, perdona.

Cuesta se rio con ganas.

—¿Por qué? Tienes razón. Lía me importa. Me importa muchísimo. Y supongo que, a su modo, ella siente lo mismo. Lo que pasa es que somos demasiado cabezotas.

Llevamos así media vida.

Se encogió de hombros.

—Pues no titubees y díselo claro.

—Lo creas o no, eso intento. ¿Por qué crees que he venido?

—Para… Ya sabes, lo de tu problemilla con las… —Marta tartamudeó, incómoda.

Cuesta lanzó una risita.

—No tengo nada de eso. Joder, es que todo se ha complicado. Es un puto lío.

—¿¡No eres colpofóbico!?

Meneó la cabeza en un gesto divertido.

—No. Y antes de que me lo preguntes, ni puta idea de cómo he acabado en ese embrollo. Supongo que se lo debo a la de recepción, la anciana. Me inscribió ella.

Marta emitió una risita baja.

—Jolín.

—Eso digo yo, ¡jolín! Iba a ser algo fácil y he acabado con mi hermana, mi madre, mi tía y mi mejor amigo en un maldito hotel, expuesto a una terapia conductual para superar una fobia que no tengo. Y cada vez que me acerco a la mujer de mi vida, meto la pata.

—¿Tu mejor amigo?

—Paco.

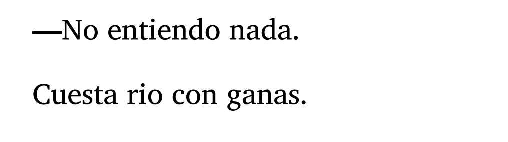
—¿Quién?

—Braulio. Nuestro monitor. —Levantó la palma cuando ella movió la boca—.

Déjalo, es una larga historia. Quédate con que está loco y es un entrometido de la hostia.

—¿No es un trabajador del balneario?

—Ahora sí.



—No entiendo nada.

Cuesta rio con ganas.

—Te aseguro que yo tampoco.

—Y, oye, Carlos…

—Carlos lleva toda la mañana hablando de ti. Lo has vuelto loco, en el buen sentido

—se apresuró a aclarar—. Pero tienes que apiadarte de ese pobre hombre porque si no me va a volver majara a mí también. Me ha puesto la cabeza como un bombo.

—¿¿Síií??

—Joder, ya lo creo. Está jodido porque te fuiste sin despertarlo. Piensa que te has arrepentido de lo que pasó.

—¡Quería darle espacio! Evitar una situación incómoda. Pensaba que era lo mejor, lo que él querría.

—Pues lo has traumatizado —bromeó.

Ella se llevó las manos a la garganta, espantada.

Mierda.

—Solo nos conocemos de un día. Me daba miedo que pensase que me faltaba un tornillo por sentir… cosas, en tan poco tiempo.

Cuesta se mordió la mejilla, en un intento de evitar la sonrisa que amenazaba con salírsele. La pobre estaba afectada y se lo tomaría a mal. Suspiró para sus adentros.

Dicen que todos tenemos una media naranja por ahí. Debía de ser cierto porque este par estaban hechos el uno para el otro.



—El tornillo le falta a él. —Le guiñó un ojo para suavizar la queja—. Asegura que ha sufrido un flechazo.

Ella desencajó la mandíbula.

—¡Yo también!

Lo dicho. Tal para cual.

—Genial, entonces. Lo buscamos, te declaras, y me evitas otra hora de tormento a la vuelta.

—¿¡Qué!? No. ¿Cómo podría? Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Pues por el principio. Déjale claro que no has huido de él porque sea un pésimo amante.

Ella gritó horrorizada, por su confesión y por lo que pensaba Carlos.

Ups. Igual se le había ido la lengua.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Qué vas a hacer? Si voy a exponerme, exijo lo mismo por tu parte.

—Me parece justo.

—Lo haremos hoy. Los dos.

Levantó su mano y él se la estrechó.

—Nos hemos perdido. Otra vez —señaló Lía.

Paco bizqueó ante el mapa de su teléfono móvil.

—No lo entiendo. Estaba claro. —Dio unos toquecitos con el dedo sobre la pantalla.

—Pues hemos acabado en el mismo punto, el de hace una hora.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! Un tiempo valioso que se consume, se agota, se desvanece. —Tony se estiró del pelo con desesperación. Abrió mucho los ojos—. Una hora. Una hora que ya no regresará. Sesenta minutos. ¡3600 segundos! Oh, no. La vida.

Se escapa. Huye. ¡HUYE! —Consultó de forma mecánica los cinco relojes que pendían de su brazo y entró en pánico.

—Eh, amigo. Respira hondo, venga. —Paco le puso las manos en los hombros y se puso a inspirar y espirar con él de forma profunda y

sonora.

Lía se echó las manos a la cabeza y rezó para sus adentros.

—Tendríamos que haber permanecido todos juntos. Tú y tus ideas, Paco —le recriminó.

—Shhh.

—¿Paco? —Tony abrió los dedos que cubrían su cara y los miró. Arqueó una ceja.

—Nada, *mijo*. Que me confunde con otro. ¿Por qué no cantamos otra canción?

Lía rugió una serie de maldiciones por lo bajo. Media hora después, reanudaron la caminata entre cánticos de Paco y bailes de Tony. Se preguntó si había cometido algún crimen en otra vida para ser castigada así en esta.

Pasaron junto a una zona plagada de rosas blancas y Paco se giró hacia ella, muy sonriente.

—Tus preferidas.

A hurtadillas y espiando los alrededores, se inclinó para arrancar una. Se puso el dedo en la boca y les ordenó que guardasen silencio. Le tendió la flor, a modo de ofrenda de paz.

Lía, a su pesar, sonrió.

—Gracias. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo acompañé ese día a comprarte el ramo. —Como Tony se había alejado unos pasos para examinar de cerca el paisaje, Paco dejó de fingir su acento—. Estaba como una moto, la hostia de contento.

—¿Qué día?

—El de la traición.

—¿Traición?

—Te puse un mote —le informó, divertido—. Lía Iscariote. Como Judas, ¿lo pillas?

Joder, cómo lo destrozaste. No me avergüenza confesarte que lloramos

juntos. Toda la puta tarde. Nos partiste el corazón. —la acusó.

Lía se tambaleó. El suyo se saltó varios latidos.

—¿A qué te refieres? —Le tembló la voz.

—Después de enrollaros en la playa, cuando se la jugaste con el imbécil ese de Benja. Vino a casa. —Se puso una mano en el pecho y suspiró teatralmente—. Qué dolor más grande. Y pensar que el pobre diablo iba a renunciar al MIT.

—¿¿Qué?? ¡Paco! Explícame eso. ¿Qué quieres decir con que iba a renunciar al MIT?

Paco meneó la cabeza.

—Pues eso. Que no pensaba pirarse, estaba enamorado hasta las trancas, pero se la jugaste, tía. Y cuando le mandaste el mensajito, lo remataste.

«+ 1».

Se lo puso para hundirlo como él la había hundido a ella.

—Dios mío —se lamentó, al borde de las lágrimas.

—Te odiamos un poquito. Bueno, yo mucho. No pongas esa cara, mujer, entiende que es mi colega. Y yo voy a muerte con él. Siempre. Pero ya se me ha pasado, tranquila. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Venga, no llores. Si en realidad, él ni lo hizo. Lo de odiarte. Para ser justos, el mérito es todo mío.

—Iba… Él… Paco, ¿iba a quedarse? ¿Por qué?

—Porque te quería y todo ese rollo. —Se apartó de ella con una gran sonrisa—. Oh, qué bien. Ya vuelve Tony. Venga. —Dio una palmada cuando este se acercó—.

Reanudemos la marcha.

El de los relojes le tendió la palma.

—Será mejor que me enseñes las indicaciones.

Ella los siguió en silencio mientras iniciaban otra estúpida canción. Paco bailaba la mar de feliz sin ser consciente de cómo la había catapultado bajo tierra.

Lía se ahogaba.

Todo este tiempo…

Volvió al pasado y lo vio. Con esa sonrisa de alegría, esos ojos felices y ese ramo de flores blancas. Entonces, ella se acercó a Benjamín. Cuesta hizo una mueca de dolor, sus rasgos mostraron la devastación que sentía. Sus hombros se hundieron.

Lía sonrió, consciente de que se la había devuelto. Sin saber que aquel día estaba perdiéndolo.

Sollozó en silencio.

—Oh, mira, *mijo*. Lía también se ha emocionado. Os dije que os gustaría el paisaje,

¿a que ha merecido la pena perderse?

CAPÍTULO 41

# Una excursión pasada por agua

Primero fue el calor asfixiante. Luego, unas gotitas sueltas, que dieron paso a un chispeo continuado. El cielo tronó y se iluminó de forma peligrosa. Después comenzó la lluvia y, por último, vino el chaparrón.

Expósito se puso en contacto con los tres monitores para dar por suspendida la aventura. Una tormenta eléctrica se acercaba a pasos agigantados, a menos de un kilómetro.

Lía, Paco y Tony corrieron entre la maleza, en un intento de resguardarse. No había nada más recomendable para un torrencial de ese calibre que estar rodeados de árboles.

Ah, y por supuesto, seguían perdidos.

Paco alzó la barbilla a ese cielo cubierto de gris y rojo que protestaba profusamente y ahogó un sollozo. De un salto, se subió a horcajadas sobre el pobre hombre de los múltiples relojes.

—Vamos a morir —se lamentó, mientras el otro le acariciaba la espalda y murmuraba palabras tranquilizadoras como si fuese una criatura.

Lía puso los ojos en blanco. Ahora llevaba las riendas del mapa que le había arrebatado a Tony; según Google Maps, estaban a veinte minutos del punto de encuentro.

De pronto, oyeron un sonido extraño. Era una especie de graznido proveniente de la derecha, entre varios matorrales.

—Oíd. Es el sonido de la Madre Naturaleza. —Paco se bajó de golpe y empezó a moverse como si fuese un caníbal en una danza ritual. Se golpeaba el pecho con los puños, movía los hombros y tenía las rodillas inclinadas. Por no mencionar ese extraño ruidito que soltaba.

Tony la miró con pavor. Lía meneó la cabeza y barrió el aire con la mano.

—Te juro que he llegado a un punto en el que nada me sorprende de él.

—¿Os conocíais de antes, verdad?

—Por desgracia. —Soltó un fuerte suspiro—. ¡Paco! —lo llamó mientras lo seguía entre las plantas y maldecía. Estaba calada hasta los huesos y lo último que le apetecía era quedarse allí, cuando lo peor del temporal llegase. Además, la aterraba que el autobús se fuese sin ellos.

Cuando le dio alcance paró en seco, justo detrás de la espalda de Paco. Tony se puso a su lado y se tensó. Nada los preparó para la escena que tenían delante: El gruñón de Salva sostenía sobre el regazo a Carlos, que se mantenía encogido, con un brazo sobre su nuca y el rostro hundido en su cuello. Ambos tenían los ojos fuertemente cerrados. Y roncaban alegremente. Ese era el sonido extraño que había llamado la atención de Paco.

De repente, unas risitas divertidas se oyeron muy cerca. Lía abandonó la extraña estampa de los compañeros de cuarto y regresó al camino de tierra a tiempo de ver cómo llegaban Cuesta y Marta, llenos de sonrisas y miradas cómplices.

El dolor la dobló en dos. ¿Qué había pasado entre ellos? Se los veía cómodos el uno con la otra, relajados, e incluso felices.

«No pensaba pirarse».

«Se la jugaste, tía».

«Porque te quería y todo ese rollo».

Lía se mordió el labio con tanta fuerza que notó el regustillo de la sangre. Rezó en su interior para que no fuese demasiado tarde.

Solo pensar en perderlo, la destrozaba.

Cuesta no tenía claro que era lo más sorprendente: que Salva hubiese consolado a Carlos meciéndolo en su regazo y cantándole una nana para que no pensase en la lluvia, o que ambos se hubiesen quedado dormidos y abrazados.

Por la cara que tenía el gruñón, y los aspavientos que soltaba, a ninguno se le ocurrió hacer ningún comentario más.

Lo de «más» venía por Paco y su:

—¡Amigo! Que te has sobado. Tú, huevón. ¿No te acojonaba dormir? ¡Estás curado, joder! —Luego lo abrazó con alegría para sofoco de Salva y absoluta vergüenza de Carlos.

Tras el comentario, anduvieron en un incómodo silencio durante los siguientes diez minutos, antes de que Marta se acercase al rubio, que caminaba al lado de Cuesta.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó.

Carlos tenía la cara engarrotada e hizo una mueca antes de asentir, movía los pies de forma rara como si estuviese en un campo repleto de minas. Ella le tendió la mano y él se aferró con fuerza. A Cuesta no le pasó por alto esa mirada que se dedicaron, comunicándose sin palabras.

—No me sueltes —le pidió.

—Jamás —murmuró ella.

Los ojos de Carlos se encendieron y Cuesta se dio cuenta de que sobraba. Dio un paso atrás y esperó hasta que Paco y Lía, que estaban más alejados, le dieron alcance.

—¿Cómo ha ido?

Lía tenía el pelo pegado a la cara por la lluvia y la ropa completamente mojada.

Bufó antes de apartarse el mechón que le caía sobre los ojos.

—No preguntes —masculló cabreada y señaló a Paco con la cabeza.

Cuesta echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Imagino.

—Oye, Poli. —De pronto, pareció muy alterada. Se retorció las manos y sus pupilas se agrandaron. Solo por eso, por el nerviosismo que la asolaba, le pasó por alto lo de *Poli*—. Podemos… Me gustaría… Joder.

—¿Estás bien?

Asintió.

—¿Tienes un momento?

—Eh, sí, claro.

—Quiero hablar contigo. Es importante, por favor. —Tragó saliva varias veces y lo miró asustada.

—¿Todo bien? —repitió, preocupado.

—Sí. Solo… necesito que me escuches.

—Claro, dime.

—Vale. —Se pasó una mano por el flequillo y resopló. Pero no fue un resoplido de hartazgo, más bien de esos que muestran un agobio infinito—. No… no sé… Uf.

Le puso una mano en el brazo y lo detuvo. Esperó hasta que sacaron bastante distancia del resto y se giró hacia él. Cuesta la miró con el ceño fruncido; el corazón le latía muy deprisa.

—¿Ha pasado algo? Tu abuela… —Sabía que la mujer estaba delicada de salud y lo importante que era para Lía.

—¿Qué? No, no. Nada de eso. Vale. —Inspiró y espiró dos veces—. He estado hablando con…

—¡CUESTA! —El grito de Paco los interrumpió. Echó a correr hacia ellos, con la cara desencajada y levantando su teléfono móvil.

—¿Qué pasa?

—Es Maite. —Al notar ese tono aterrado, Cuesta se alarmó—. Toma, tío. —Le tendió su móvil, mientras pasaba su peso de un pie al otro, histérico.

Eran malas noticias.

—¿¿María Teresa??

—¡Poli! —La voz de su hermana vibró. Hipó varias veces y habló tan deprisa y de forma tan entrecortada que no la entendió.

—Maite, despacio.

—Poli… Yo… Tienes… Volver. Por favor, Poli. Por... avor.

—Respira. Tranquilízate. Joder, me estás asustando. —Maite lloraba a mares—.

¿Qué ha ocurrido?

Maite hizo una pausa, como si cogiese aire.

—Es mamá, Poli. Ha desaparecido.

CAPÍTULO 42

## ¿Esto es una broma?

Cuesta sintió la mano reconfortante de Lía sobre la suya, le dio unos toquecitos para calmarle el temblor. Iban en un taxi, junto con Paco. Expósito les había devuelto los teléfonos y los había instado a volver de forma inmediata. El resto de pacientes todavía estaban regresando de la excursión y él no podía ni quería esperar a que el autobús saliese.

—Tranquilo, aparecerá —le aseguró Lía, quien le dio un beso en la mejilla.

Cuesta sentía como si hubiese cambiado algo entre ellos, como si lo mirase de otra forma, supuso que la desaparición de su madre les había dado una tregua, tampoco quiso reflexionar mucho sobre ello. Su cabeza estaba plagada de preocupación maternal.

Asintió, inseguro. El pulso le iba a mil por hora.

Paco apretó la mandíbula y una lágrima le recorrió la mejilla. Lía le tocó el hombro y él sorbió por la nariz, muy afectado. Cuesta le puso una mano en la nuca y se abrazaron como pudieron con cinturones y Lía de por medio.

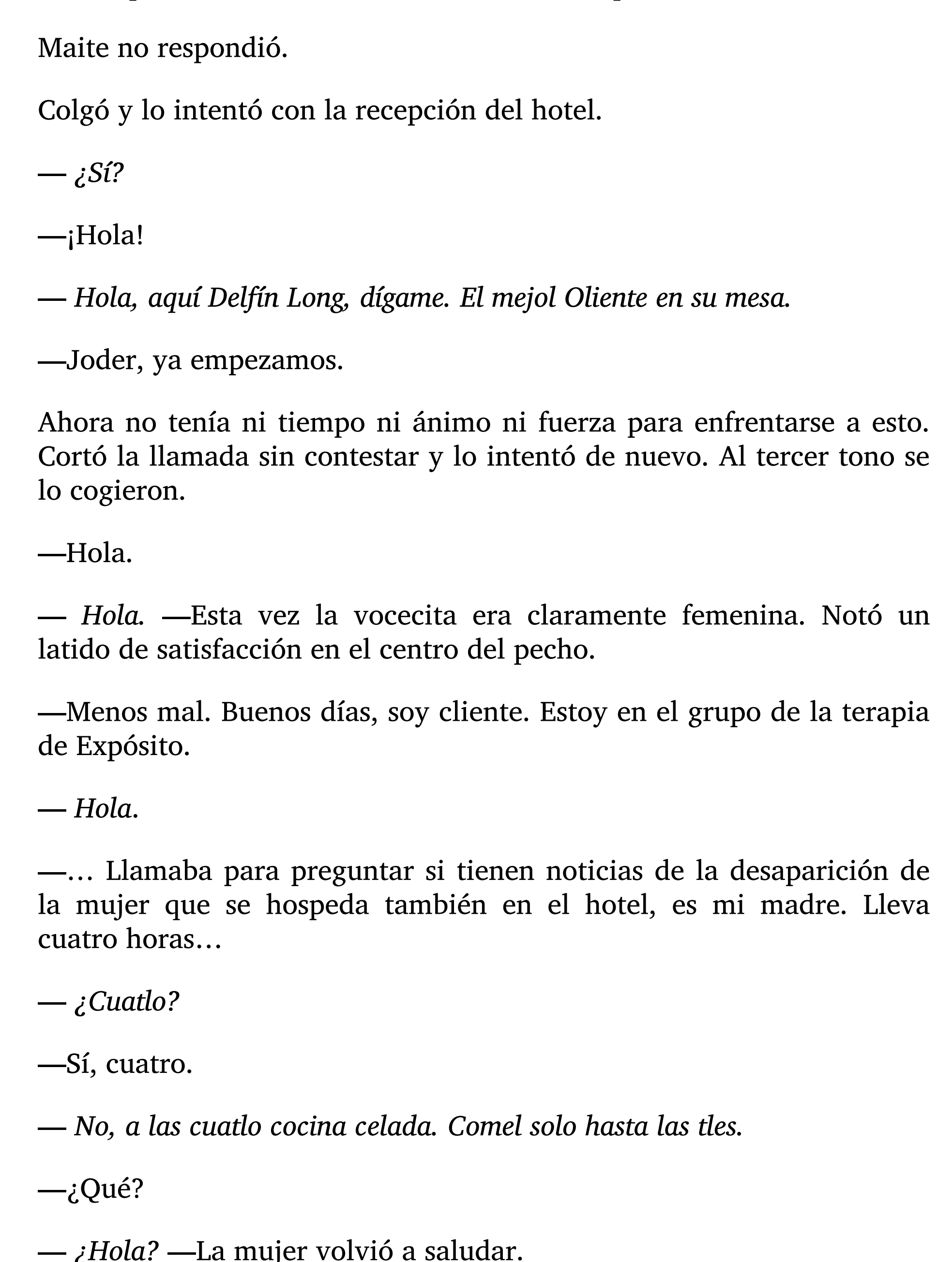
—Voy a llamarla —les informó.

Sus amigos hicieron un gesto de asentimiento. Pero no dijeron nada porque era la tercera vez que marcaba a su hermana.

Maite no había aportado nada nuevo, salvo que habían dado parte a las autoridades y estaban esperándolos. Por lo visto, su madre salió al *spa* y, según los trabajadores, nunca había accedido a las instalaciones. Merce fue la que se percató de la desaparición y la buscó por todo el hotel. Se había dejado el móvil en la habitación, por lo que no tenían forma de contactar con ella.

Nadie la había visto.

Y hacía más de cuatro horas desde que se despidiese de su hermana e



hija en la habitación. Lo que era raro de narices, porque María Rosa Segura Núñez jamás se

perdía una comida, menos una gratuita. Así que sus hijos tenían claro que le había pasado algo. Se temían lo peor, desde un desmayo hasta un atropello. O, incluso, un secuestro, como apuntó Paco.

Maite no respondió.

Colgó y lo intentó con la recepción del hotel.

— *¿Sí?*

—¡Hola!

— *Hola, aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

—Joder, ya empezamos.

Ahora no tenía ni tiempo ni ánimo ni fuerza para enfrentarse a esto. Cortó la llamada sin contestar y lo intentó de nuevo. Al tercer tono se lo cogieron.

—Hola.

— *Hola.* —Esta vez la vocecita era claramente femenina. Notó un latido de satisfacción en el centro del pecho.

—Menos mal. Buenos días, soy cliente. Estoy en el grupo de la terapia de Expósito.

— *Hola.*

—… Llamaba para preguntar si tienen noticias de la desaparición de la mujer que se hospeda también en el hotel, es mi madre. Lleva cuatro horas…

— *¿Cuatlo?*

—Sí, cuatro.

— *No, a las cuatlo cocina celada. Comel solo hasta las tles.*

—¿Qué?

— *¿Hola?* —La mujer volvió a saludar.

—¡Hola! HOLA. No cuelgue, por favor.

— *No colgal, no se pleocupe.*

—¡Usted sí!

— *¿Yo?* —preguntó la mujer.

—No, no.

— *¿Hay alguien ahí?* —preguntó la recepcionista.

— *¡Sí! Espelal comanda.*

— *¿Quién es?*

Cuesta carraspeó, desesperado. La última que había hablado era la joven, pero ya ni estaba seguro.

Volvió a la carga.

—Soy…

— *Aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

—¡La madre que…! —Cuesta se pasó una mano por la cara, desesperado, y se estiró del pelo. Lía movió los labios para preguntarle qué sucedía. Él puso los ojos en blanco, señaló con odio a su móvil y resopló.

— *¿Buenas?*

—Sí, sí. Perdone. Creo que hay otra llamada cruzada.

— *¿Asada? Sí, tenel calne. Pato. Pato asado al estilo cantonés.*

— *Oh, creo que ha habido una confusión. Disculpen* —se lamentó la chica.

—¡NO! No me cuelgue.

— *No colgal, seguil aquí.*

Oyó un pitido al otro lado.

—¿Sigue ahí?

— *Seguil ahí, sí.*

Lanzó un insulto por lo bajo y con un fuerte: «Ajjj», apuñaló el botón rojo del teléfono. Lía lo miraba con la boca abierta.

Bufó.

—Se cruza una llamada con un restaurante chino —le explicó—. ¡Es desesperante!

Los ojos de ella brillaron, como si se estuviese aguantando la risa. Él sonrió a su vez, meneó la cabeza, y volvió a resoplar, ahora con diversión.

—¿Me dejas intentarlo a mí?

—Prueba si quieres, pero vamos, que es misión imposible. Toma. —Le ofreció su teléfono—. Llama desde el mío.

Ella lo agarró. Buscó en las últimas llamadas y apretó el número que aparecía en pantalla.

— *¿Hola?* —El saludo era femenino.

Lía activó el altavoz.

—Hola. Buenos días. Hemos sabido de la desaparición de una mujer esta mañana, alojada en su hotel. Somos familiares y llamábamos para preguntar si hay nuevas noticias.

— *Ay, sí. Estamos muy preocupados. Que sepamos no hay nada nuevo. La hija está hablando con las autoridades, que acaban de llegar. Si me disculpa un segundo, pregunto.*

A Cuesta se le agrandaron las pupilas.

—Se lo agradecería mucho —manifestó Lía.

Él la miraba como si tuviese dos cabezas. Aguantó la risa y le susurró: «Suerte de principiante», en alusión a que a ella no se le había cruzado ninguna llamada.

La chica tardó varios minutos en regresar.

— *¿Hola? ¿Sigue ahí?*

—Sí, sí. Dígame.

— *Acaban de informarme… Nada… Buscar… Luego… Noticias…*

*Llamo… Teléfono.*

—Perdone, es que se corta.

El taxista intervino en ese momento.

—Será la cobertura. En este punto suele haber poca. —Lía dio la vuelta a la pantalla y comprobó que, en efecto, la habían perdido. Volvió a ponerse el dispositivo en el oído.

Nada.

—Se ha cortado.

Cuesta asintió. Tuvieron que esperar diez largos minutos hasta que las rayitas regresaron. Después de asegurarse que mantenían la cobertura, él marcó de nuevo.

Activó el manos libres para que todos pudiesen enterarse de las noticias.

— *¿Hola?* —La voz seguía siendo femenina, pero esta vez tenía un tono más tembloroso. Era la anciana.

—Hola —la saludó.

— *¿Hola? Aquí Delfín Long, dígame. El mejol Oliente en su mesa.*

El grito que soltó Cuesta fue tan grande, que hasta el taxista tuvo que disimular la risa. Estuvo de morros los veinte minutos restantes.

CAPÍTULO 43

## La llamada, parte 2

Maite abrazó a su hermano en cuanto cruzó la entrada del hotel y rompió a llorar, dejando salir toda la preocupación que la asolaba. Lía buscó su abrazo y le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda, asegurándole que su madre aparecería, que estaría bien. Ella no podía dejar de sollozar, menos cuando Paco se fundió en sus brazos con lagrimones más grandes que los suyos.

Cuesta se acercó a los dos policías y conversaron un rato, estos decidieron patrullar por la zona costera. Él le dio sus señas para que pudiesen contactarle en caso de encontrarla.

Luego se dividieron. Cuesta y Paco, por un lado. Merce, Lía y ella, por

otro.

Repasaron de arriba abajo el hotel una vez más durante la siguiente media hora.

Salían del *spa* cuando su mellizo la llamó. Respondió enseguida.

— *La hemos encontrado.* —Fueron las tres palabras más maravillosas que había oído en su vida.

—¿¡Sí!? —Del alivio, se tambaleó. Se agarró a Lía, que la abrazó. Su tía daba saltitos alrededor mientras le suplicaba que le dijese qué pasaba—. ¿Cómo está? ¿Dónde estaba? ¿Le han hecho daño? ¿Se ha hecho daño? ¡Se ha roto una pierna! — Sollozó—.

Oh, no. ¿Se desmayó por la playa, verdad? ¿La ha encontrado la Policía?

— *No, nosotros. Ha sido idea de Paco, pero ya les he dado parte para que se retiren.*

Una música se oía de fondo.

—¿Qué es eso? ¿Estáis en un hospital? —Poli soltó una risita—. ¿Por qué te ríes? No seas capullo, que esto es grave. —Otra carcajada—. Polidoro, te juro que…

—Será mejor que vengas, hermana. Sala de actos del hotel.

Cortó la llamada. Maite cogió aire profundamente y lo maldijo en todos los idiomas que conocía.



—Ha aparecido —comunicó a sus compañeras de búsqueda.

—¿Cómo está? —Merce la zarandeó con la cara blanca.

—Maite, ¿le ha pasado algo? —El tono de Lía era de pura preocupación, sus ojos brillaban de lágrimas no derramadas.

—No lo sé. El tonto este no me ha dicho mucho. Solo que vayamos a la sala de actos.

—Venga, pues vamos —manifestó Lía con firmeza, la que le faltaba a Maite. Sentía un maldito nudo en la garganta.

—Sí. —Su tía se encaminó hacia la salida sin esperarlas, presa de la misma desesperación que sentía ella.

Maite asintió y las siguió corriendo.

Cuesta, apoyado sobre la pared y con los brazos cruzados, en pose relajada, meneó la cabeza mientras observaba a Paco, en el centro. Su amigo era como un camaleón, capaz de cambiar y transformarse para adaptarse a cualquier situación.

Las puertas se abrieron de golpe y la mujer que entró por ellas por poco lo derriba.

Tenía los ojos inyectados en sangre, con las pupilas agrandadas. La coleta rubia deshecha, como si se hubiese pasado varias veces la mano por el pelo, y una mueca angustiosa.

—¿¡Dónde está!? —Lo zarandeó con una fuerza que no sabía que poseía—. ¿Dónde está mamá? —chilló su melliza.

—Ahí la tienes. —Él estiró el brazo, puso su sonrisa más traviesa, y la señaló.

Aguantó la risa cuando su hermana soltó una especie de gruñido, mezclado con un gemido indignado, ahogado y desesperado.

—Y aquí ha estado todo el tiempo. Ha dado testimonio, ha comido con ellos y, según sus palabras, ha vivido el mejor día de su vida.

María Rosa Segura Núñez, con una enorme pamela, un pareo, bañador negro y chanclas, cantaba felizmente al lado de Paco, que también se movía al son de la música que sonaba. En el escenario, dos chicas entonaban una canción, un hombre tocaba la batería, y el otro, la guitarra.

Toda la sala coreó el estribillo, el grito de su madre se oyó más que ninguno: Levanto mis palmas. Y te siento. Te siento.

*Levanto mis palmas y los problemas se van.*

*Cuando me levanto es por ti.*

*Cuando levanto mis palmas. Siento que me lo das.*

*Yo me levanto. Me levanto por ti.*

—¿Pero…? —Maite parpadeó dos veces—. ¿Qué es esto?

Cuesta, con una sonrisa de superioridad, miró a su hermana, a su tía y a su amor.

—La Asamblea Cristiana de Dios.

—¿Qué hace ella…?

—Nuestra madre ha sentido la llamada.

—¿La llamada? ¿Qué dices? ¿Qué llamada?

—La de Dios.

—¿Eh?

Él se encogió de hombros y cabeceó hacia su progenitora, que se meneaba al compás de la guitarra. Tenía los ojos cerrados. Una mano en el corazón y la otra extendida. Paco la imitaba a su lado.

Los del escenario subieron el tono con una estrofa que toda la sala repitió: Aunque no te veo, aunque no te puedo tocar.

*Sé que estás ahí, Señor. Lo sé.*

*Lo sabe mi corazón, lo sabe mi alma.*

*Tu presencia me acompaña en silencio.*

*Estás ahí. Estás aquí. Estás junto a mí.*

La cara de Maite fue digna de enmarcar. Cuesta echó la cabeza hacia atrás y lanzó una enorme carcajada.

## CAPÍTULO 44

## **Revelaciones en el *spa***

Lía se introdujo en el agua caliente con un suspiro de satisfacción. Después del incidente con Rosa, la asfixiante excursión y la confesión de Paco, necesitaba estos momentos de relax en el *spa*. Lejos de todo y de todos. Ahora lo primordial era saborear esta bendita calma que la ayudaría a poner en orden, de una vez por todas, su vida, sus sentimientos y sus próximos pasos.

Echó la cabeza hacia atrás con regocijo cuando el agua masajeó su

nuca. Estaba tan ensimismada que no vio a las mujeres que chapotearon cerca de ella.

—Rosita, déjalo estar.

—¿Cómo pretendes que lo haga, Mercedes? Se nos acaba el tiempo. Unas horas, un día a lo sumo, y se le habrá esfumado la oportunidad.

Lía abrió los ojos de golpe y se incorporó. Reconocería esas voces en cualquier sitio: las gemelas Segura. Se camufló bajo el chorro de agua. Sabía que lo correcto era avisarlas de su presencia, pero no le apetecía mucho perder estos momentos de soledad.

Lo cual sucedería, al cien por cien, en cuanto la viesen. Así que calló e intentó pasar desapercibida.

—Es cosa suya, Rosa. —El tono era tan fuerte que supuso que estaban a escasa distancia, justo detrás de ella.

—¡De eso nada! ¿Para qué te crees que he venido? Esto nos compete a todos, como familia.

La hermana resolló.

—Sí tú lo dices…

—Y tanto que lo digo, Mercedes. He estado presente desde que mi hijo la vio por primera vez a los seis años. Llegó a casa en una nube.

Lía agrandó los ojos.

Hablaba de Cuesta. Sabía que no debía hacerlo, lo de escuchar a escondidas, pero qué narices. Se moría de la curiosidad, tenía el presentimiento de que se avecinaba algo gordo.

—Y te recuerdo que fui yo la que lo consoló cuando nos mudamos. Partía el corazón

—continuó Rosa—. Y fui yo la que le limpió las lágrimas cuando se enteró de que María Teresa le había roto todas las cartas que le fue escribiendo durante la primera época en Sevilla. —«¿Se refiere a mí?». «¿¿Me escribió??» —O cuando por fin se animó a enviárselas por su cuenta, y mi hija recibió contestación y él no. Volvió a intentarlo y recogí sus pedazos cuando obtuvo el mismo resultado.

«Imposible. Él me había olvidado», pensó Lía.

—Vamos, Merce —añadió—. ¿Por qué te crees que le declaró la guerra cuando regresamos?

—Porque se detestaban —contestó la hermana—. Todo el pueblo lo sabía.

«Cierto. A Cuesta le encantaba tomarme el pelo», reflexionó.

—¡Y un cuerno! Pretendía llamar su atención. —«¿¿Qué??» —. Se metió en aquella pelea con esos tontos que iban a publicar una lista sobre los mejores traseros del instituto y volvió a casa con un ojo morado. Empapeló el coche de aquel guaperas de natación que quería propasarse con ella. Lo pillé llamando a la grúa para evitar que tuviese una cita con ese niño tan mono que siempre iba en moto. Y llegó a casa con el labio partido después de enfrentarse a unos tipos que soltaron obscenidades sobre Lía.

¿A ti te parece que eso es odio? Pues no, todo lo contrario. Mi pollito la quiere. La ha querido siempre.

Lía abrió la boca de par en par. Oh, no. Si esto era verdad… «¿Tanto me he equivocado con él?». Se encogió.

Oyó un soplido

—¿Y tú cómo te has enterado de esas cosas?

—Tengo mis recursos y mis espías —respondió con orgullo.

—¿A quién sobornaste? ¿A Maite?

Rosa gruñó.

—Esa hija mía es demasiado leal.

—Entonces, ¿quién? —insistió su gemela.

Rosa lanzó una carcajada.

—A Paco. Lo camelé con varias tartas durante meses. Desembuchó sin filtros. Por él me enteré de que Poli pretendía renunciar a Massachusetts.

«Traidor», masculló Lía en su interior.

—¿Por eso lo publicaste a los cuatro vientos?

—¿Tú qué crees? —Su respuesta rezumó ironía.

—Oh, qué retorcida, María Rosa.

—María de las Mercedes, en el amor y en la maternidad, todo vale.

La otra tronó de risa.

—Mira, Merce, aprecio a Lía como a una hija, tú lo sabes. Y créeme cuando te digo que la quiero en mi familia. Pero, en aquel entonces, Poli se jugaba su futuro, un futuro por el que había trabajado muy duro. Solo le di un empujoncito. De todas formas, algo pasó entre ellos. Paco me chivó que Poli estaba decepcionado, aunque no pude rascarle más, ni con todo el chocolate del mundo. Al parecer, él también estaba muy afectado con lo sucedido.

«No pensaba pirarse».

«Se la jugaste, tía».

Lía recibió un mazazo en el centro del estómago. Notó cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Deberías mantenerte al margen.

—Es que me fastidia, Merce. Sabes que mi pollito está loco por esa chica. Ha venido aquí para decírselo y, demonios, no sé cómo se las apaña, pero tiene un don para complicarlo todo. Te recuerdo que no hace ni un día magreó a un pez delante de ella. —

Suspiró—. Si no metemos el moco, nos vamos a ir tal y como vinimos, con una mano delante y otra detrás. Quiero boda. Y quiero nietos.

—Pues esta vez tendrás que confiar en él. En que solucione sus problemas amorosos sin tu intervención. Venga, Rosa. Vayámonos a la pedicura y dejemos a los chicos a su aire.

—Eso es lo que me aterra, Merce, dejarlo a su aire —se lamentó con un quejido.

Lía se camufló hasta que las dos mujeres salieron del agua.

¿Era cierto? ¿Cuesta la quería? ¿La había querido toda la vida? ¿Sería posible? Su corazón golpeó con fuerza, esperanzado.

«Sabía que te gustaba, así que era importante para él».

«Por ti, soy capaz de todo».

«Porque te quería y todo ese rollo».

Lía se pasó las manos por la cara y se deshizo del gorro de piscina de un tirón, al tiempo que ascendía la escalera.

¿Y ahora qué? ¿Qué diablos hacía?

«Ir a por él», la instó esa vocecilla suya.

Bien, tenía dos opciones. Quedarse ahí, en el *spa*, dejando que su miedo hablase por ella y volver a perderlo; o podía arrebatarle la palabra, enfrentarse a lo que más la aterrorizaba: el amor. Y ser feliz.

No necesitó más impulso.

Fue a buscarlo.

## CAPÍTULO 45

**El ridículo más grande del mundo**

—Te quiero, Cuesta. Así, sin más, a bocajarro. Basta de tonterías, de excusas. De postergarlo. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Lía se miró en el espejo y asintió. Vale, estaba lista. Decidida. Lo haría. No había marcha atrás. Temblaba de pies a cabeza.

¡Por Dios!, sentía el corazón en la garganta. Esto resultaba más fácil en su cabeza.

Suspiró.

Movió el cuello de un lado al otro, se lo masajeó, y cerró los ojos con el pecho agitado por los nervios. Giró en círculos los hombros.

—Vale, venga, tú puedes. Tú puedes, Lía. Es tu futuro. Tu felicidad. El amor de tu vida. Se lo sueltas, te quitas la toalla y te lanzas. —Recordó el lema de Expósito: «El valiente y el cobarde no se distinguen por la ausencia de miedo, sino porque el valiente, a pesar de su miedo, actúa. Y tú, ¿qué vas a ser hoy?»—. Valiente. Hoy seré valiente.

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. PU.E.DO.

Oyó la puerta.

Era el momento. Tragó saliva. Se ahuecó la melena larga, movió los labios pintados de rojo, y se reajustó la diminuta toalla que llevaba encima y dejaba muy poco a la imaginación.

Sonrió con seguridad a la imagen que le devolvía el espejo, cuadró los hombros y salió del baño.

—Te quiero… —La voz se le cortó y la amplia sonrisa se le congeló en la cara.

Cuesta estaba acompañado por Marta, reían hasta que la vieron. Él abrió mucho los ojos. Lía se ahogó, buscó una vía de escape por la habitación. Ninguna, claro. Tampoco iba a tener tanta suerte.

—¿Lía?

La repasó con los ojos de arriba abajo.

—… decir. Te quería decir que no queda agua caliente. —Se aclaró la garganta dos veces—. Que la he gastado toda. Tendrás, eh. Tendréis. Que esperar. Eso, yo… Me voy.

Sí, ya… yo. Nuestra ducha no iba y… Por eso estoy aquí. Carlos y Salva me han dejado entrar. —Lo cual no era mentira—. No hay otra razón, qué tontería. ¿Qué razón iba a haber, verdad? —Risita nerviosa —. Necesitaba refrescarme. Calor. Mucho. Eh, ¡mira!, voy a preguntar en recepción cuándo nos la arreglan. Luego te cuento, Marta. Ya… ya me voy. Me cambio y os dejo. Perdón. Lo siento. Seguid, seguid. Como si no estuviese.

—Estaba tartamudeando de forma exagerada. ¡Qué horror!

—¡Lía! —repitió Cuesta, más fuerte.

Marta, a su lado, parecía divertida.

—Recojo mis cosas. —Caminó hacia atrás hasta que su mano tocó la puerta. Dio un paso grande—. Un segundo, en… baño. —Se metió y cerró de un portazo.

Se deshizo de la toalla, se puso las braguitas y se pasó el vestido por la cabeza, en menos de dos minutos. Al salir, se dio de bruces con Cuesta, que tenía una mano levantada.

—Oh, perdona.

—¡Espera! —Intentó cogerle del brazo, pero ella lo esquivó.

—Es que tengo que irme —explicó, histérica—. Vosotros seguid a lo vuestro. No voy. No quiero molestar. —En dos zancadas llegó a la salida; abrió de golpe—. ¡Adiós!

—chilló, sin girarse de nuevo.

Corrió hacia el ascensor y apuñaló el botón con el dedo. Respiraba de forma sonora.

El pecho le subía y bajaba tan deprisa como bombeaba su corazón.

Se introdujo en el interior justo cuando oyó la puerta de la habitación de Cuesta.

«Joder, joder, joder. ¡VAMOS!».

Golpeó de forma convulsiva el botón de la recepción. Él intentó darle alcance.

—¡LÍA! —gritó.

Por suerte, no llegó a tiempo. Oyó un golpetazo sobre el metal, como si él le hubiese arreado un puñetazo. Lía apoyó la frente sobre sus dedos y cerró los ojos antes de que se le escapase un sollozo.

## CAPÍTULO 46

# Helado. Siempre helado.

Todo el mundo lo sabía. Era como una ciencia no escrita, presente en libros y películas.

Para el mal de amores, helado. Para la tristeza, helado. Para que las penas sean menos penosas, helado. Calorías y grasas, igual a premio.

Y eso era lo que necesitaba Lía ahora. Un premio de consolación después de su nominación a la idiota del siglo. Puede que esta ingesta calórica no recompusiese su maltrecho corazón, pero sí que hacía más llevadero el dolor.

Volvió a hundir la cuchara en la tarrina de *stracciatella* y se dio otro homenaje, mientras que unas nuevas y traicioneras lágrimas la asaltaban sin piedad.

Lo había perdido.

Al amor de su niñez.

De su juventud.

De su vida.

Y dolía. Dolía demasiado.

Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos con un quejido. Estaba tirada en medio del pasillo de su planta, al lado de la puerta de su habitación. Debería haber entrado.

Aunque puestos a reflexionar sobre sus «debería», pues debería haber hecho muchas cosas: como dejar a un lado el maldito orgullo, quitarse la venda de los ojos, no permitir que sus miedos condicionasen sus acciones, dejarse querer y quererlo. Luchar por él.

Por ellos. Y otros tantos más.

Suspiró.

Ahora era demasiado tarde.

Encima puso el broche de oro con un ridículo espantoso. ¿En qué estaba pensando para abordarlo medio desnuda en su cuarto? Se le escapó un sollozo que se asemejaba al maullido de un gato. Se

recolocó el auricular e hipó. Sonaba la ranchera *Mi eterno*

*amor secret* o de Yuridia y Edén Muñoz, de la lista que se había activado: Canciones para corazones rotos.

Sorbió por la nariz y entonó con voz rasgada, y completamente desafinada, el estribillo.

—¿Lía?

Ella chilló al tiempo que se atragantaba, tosía, y pegaba un salto. La cucharita voló directa a su regazo, embadurnándola de helado.

—¡Joder!

Se giró hacia la conocida voz y parpadeó dos veces. Luego puso su sonrisa más falsa y con movimientos torpes se levantó. Se guardó los auriculares sin desconectar Spotify, así que de fondo se oía la letra.

—Cuesta. Eh, ¿hola? —Contempló el reloj. Media hora. Tiempo suficiente para que hubiesen hecho… *eso*.

—Hola. —Se rascó la barbilla—. Te he oído cuando has llegado. Estaba esperando a que entrases. Dentro, en tu habitación —remarcó, como si no fuese obvio, pues acababa de salir por la puerta. Vio cómo tragaba saliva, algo nervioso—. Marta me ha dejado la llave. —Si había un momento para que la tierra se la tragase era este. Ya. *Ipso facto*—.

¿Qué haces aquí?

Se quedó paralizada; mente en blanco.

—Comer helado. —Señaló a la tarrina que estaba en el suelo. Él arqueó una ceja.

—¿En medio del pasillo?

—Es que… no me aguantaba.

—Ya. —«Era el típico *ya* de te seguiré la corriente, pero mientes como una bellaca».

—Bueno, y ¿tú? ¿Por qué estás en mi cuarto?

Se cruzó de brazos.

Lía lo observó con atención y se mordió la mejilla por dentro. ¡Qué guapo estaba!

Llevaba el pelo despeinado, como si se hubiese pasado varias veces las manos por encima. «O ella», pensó. Los ojos de color miel brillaban de tal forma que bajo esa tenue luz parecían más verdosos que marrones, con motitas doradas. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca, ajustada. Recordó cuando bailaron la bachata, cómo la rodeó con esos mismos brazos, cómo la acarició con cada movimiento. Su olor, su respiración…

Mierda.

Carraspeó, con la cara al rojo vivo y el cuerpo ardiente.

—Porque te estaba esperando.

Ups. Latigazo en el pecho.

«Respira, Lía. Respira».

—Ah.

—Oye, ¿qué ha pasado antes?

—¿¿Antes?? —Sí, buena táctica. Se haría la tonta, como si no supiese a qué se refería.

—Sí, antes. Cuando has salido corriendo después de... —«¿Después de hacer el ridículo más espantoso de mi vida?», terminó por él en su cabeza.

Él frunció el ceño y la miró con intensidad.

—Ah, eso. —Lía se encogió de hombros y le restó importancia con un aleteo de la mano—. Tenía un antojo terrible. He ido directa a comprar. —Cabeceó de nuevo hacia la tarrina.

Cuesta resopló.

—¿Por qué me esperabas?

—¿¡Yo!? —Teatralizó su indignación, palma en el pecho incluida—. No, no. Es que nos hemos quedado sin agua caliente y…

Cuesta entrecerró los ojos y las aletas de la nariz se le agrandaron, parecía cabreado.

—Basta. Carlos me lo ha contado.

«Mierda».

—Ah.

—Sí, ah. ¿Qué querías decirme?

Lía se miró los pies y sonrió insegura.

—¡Ya no importa! Era una chorrada, en realidad.

Suspiró, resignado.

—Puede que a mí sí que me importe, Lía.

—Déjalo. Lo siento, no quería molestarte.

—No lo has hecho.

—Tú… Ella… Yo… Es demasiado complicado. —Cuesta apretó la mandíbula y bufó.

—¿Más que este fin de semana? Me he metido en todo este embrollo por ti, Lía. —

Su mirada se encendió.

—Lo sé. ¡Lo sé! Pero llevamos tanto tiempo peleándonos que creo que no sabemos hacer nada más. Nos hemos odiado demasiado.

Él dejó caer los brazos a los costados, como si le pesasen. Hundió los hombros y la contempló con tristeza.

—Yo nunca te he odiado. No podría.

Lía tomó aire. El pecho le escocía.

—Ni yo —murmuró temblorosa. Agachó la mirada durante unos segundos y, cuando la levantó, había decisión en ella—. Lo cierto es que llevo enamorada de ti desde que te vi por primera vez; y seguiré estándolo, aunque no seas para mí.

Cuesta abrió los ojos de par en par. Carraspeó y dio un paso en su dirección, ella otro atrás.

—Vine por ti —le aseguró.

—Lo sé. Y sé que la he cagado. Es lo que hago. Chafar las relaciones y ahogar los sentimientos, se me da demasiado bien. —Resopló—. Debería cerrar la boca e irme. No quiero ser egoísta. Sería injusto, pero es que necesito decirlo, decírtelo aunque sea una sola vez. Te quiero, Poli. Siempre te he querido. Eres mi adrenalina. Mi tablero de ajedrez. Cada jugada que he hecho a lo largo de estos años ha sido por ti, para llamar tu atención, porque prefería mil veces tu odio que el vacío.

—Lía… —Pronunció su nombre con anhelo.

—Me encanta desafiarte y que me desafíes. Eres el único que me vuelve completamente loca. Pero me ha costado tanto reconocerlo que he llegado demasiado tarde. Tenía tanto miedo de exponer mi corazón que he acabado perdiéndolo porque sin ti, no me queda nada, menos que nada.

Él movió los labios, pero Lía le impidió hablar con un gesto de la mano.

—Te mereces a alguien como Marta. —Él se atusó el cabello y puso los ojos en blanco—. Ella ha sufrido mucho y, aunque me fastidie reconocerlo, es perfecta para ti.

Buena y dulce. Y tú eres el indicado para ella, para cualquiera. Alguien capaz de enloquecerla y hacerla la mujer más feliz de todas. Podría ser la adecuada. Y de verdad que me alegro por ti, por los dos. Al final este fin de semana sí ha servido para algo.

Quizá has encontrado a tu otra mitad.

—Tienes razón, Lía. Podría serlo. Solo hay un problema. —Estaba a puntito de sufrir un ataque al corazón.

—¿Un problema? —musitó.

—Ajá.

—¿Qué…? ¿Lo dices por su fobia?

—No.

Entrecerró los ojos y lo miró con confusión.

—Entonces, ¿qué tiene de malo? ¿Cuál es el problema?

—Que encontré a mi otra mitad a los seis años y que ella no eres tú.

«Vale. Arritmia en tres, dos, uno, cero».

—Pero…

—A Marta le van más los tíos altos con miedo a la lluvia. Solo estaba ayudando a esos dos. De hecho, tengo prohibido volver a mi habitación. Ahora mismo están ocupados, ¿sabes?

—Entonces...

—Entones voy a besarte y a hacerte otras cuantas cosas con las que llevo soñando bastante.

Ella sonrió con ganas, con ese maldito órgano del pecho a punto de reventar. Su sangre bombeaba muy deprisa. Lo contempló embelesada. Esa sonrisa traviesa, esos ojos picarones y tan dorados como su pelo.

Lo adoraba.

Antes de que él diese un paso, se lanzó a su boca, devorándosela. No fue un beso dulce y paciente, ya habría tiempo para eso después. Ahora necesitaba saciar su hambre, comérselo, bebérselo y saborearlo, de arriba abajo.

Y eso hizo, toda la noche.

Expósito sonrió mientras huía de las sombras y pasaba por el cuarto que acababan de cerrar los jóvenes. Garabateó en su libreta: «El sujeto colpofóbico se muestra receptivo.

Recuperación de la apetencia sexual. ¿Ha superado su aversión vaginal? Exposición completa esta noche. Mañana: observación y análisis. Conclusiones finales».

«La paciente filofóbica ha conseguido abrirse en una intensa y apasionada declaración amorosa. Suceso traumático de la infancia: abandono paterno.

Desbloqueado. Lista para ir más allá. Sujeto colpofóbico: interés amoroso de la paciente».

Respiró hondo. ¡Qué bien se sentía una cuando una sesión resultaba tan exitosa! Le mandó un mensaje a su mujer y fue directa a casa a celebrar los buenos resultados.

## CAPÍTULO 47

**Después de la tormenta llega la satisfacción**

Lía se estiró como una felina, con ronroneo incluido, y una sonrisita tonta en la cara.

Estaba satisfecha y feliz. Muy feliz. Su brazo se movió buscándolo por la cama, pero solo rozó las sábanas. Abrió los párpados de golpe y se incorporó.

Se puso de medio lado y vio la rosa blanca a su lado.

Este chico…

El corazón le explotó.

Agarró la tarjetita que estaba sobre la almohada y leyó lo que ponía: «Gracias por la noche más increíble de mi vida.

Más uno, con amor».

Sonrió y se dejó caer sobre el colchón. Se sentía plena, no solo por lo que habían compartido físicamente, sino también por todo lo que hablaron. Cuesta despejó sus dudas y temores.

«Nunca te olvidé, Lía. Nunca».

Estaban en la cama, desnudos y abrazados. Con las respiraciones agitadas. Ella lo acarició al descuido mientras le preguntaba por sus primeros años en Sevilla. Él le relató lo dura que fue la mudanza, tanto para sus padres como pareja, como para ellos.

Hablaron de todo un poco hasta que él la miró a los ojos durante un breve instante, con la inseguridad y el miedo reflejados en sus pupilas. Y, sin saberlo, hurgó en una de sus heridas más profundas.

*—¿Por qué no me contestaste a las cartas? Te escribí cada semana desde que me marché.*

*Maite rompió casi todas, pero debieron de llegarte las últimas. —Bajó mucho el tono—. Siempre esperé tu respuesta, Lía. No podía entender…*

*—¿Qué?*

*—Por qué dejé de importarte.*

*—No, eso no es… —Le cogió la mano y lo contempló con desesperación—. Te juro que no lo sabía. Hasta hoy creía que habías pasado página. Te vi en Sevilla, fui al bautizo de Marcos. Casi me lanzo desde el coche de mi padre, llamándote. —Él abrió mucho los ojos y movió la cabeza en un gesto de negación—. Te giraste hacia mí, me miraste y, después, simplemente te alejaste.*

*—¡Pensé que eras una alucinación!*

*—¿Cómo?*

*— Joder, Lía. Yo… Lo siento. Me habían golpeado en la cabeza con un balón. Oí tu voz, llamándome. Pero todo me daba vueltas. Una amiga me ayudó. Me mojé la cara y cuando me di la vuelta hacia la carretera ya no había ni rastro. Pensé que me lo había imaginado, que me estaba volviendo loco por las ganas de verte.*

*Ella ahogó un gemido. Una lágrima se le escapó, que él limpió con el pulgar.*

*—Yo…*

*Enmarcó su rostro y la contempló con adoración.*

*—Nunca te olvidé, Lía. Nunca. —Le sonrió con ternura—. Pero si por ti sería capaz de cualquier cosa.*

*—Como renunciar a tu beca, ¿verdad? Paco me lo ha contado. —Él apartó el rostro. Lía, con suavidad, lo atrajo hacia su mirada, sin soltarle la barbilla—. Lo siento. No sabes cuánto.*

*Él tragó saliva.*

*—Me destrozaste.*

*—Lo sé. —Sollozó—. Ojalá pudiese volver atrás, te juro que daría lo que fuese. ¡Soy una idiota! He estado tan atrapada en mis propias inseguridades que he dejado que los malentendidos condicionasen lo nuestro.*

*—Me mató verte con él.*

*Le sujetó la mandíbula con ambas manos y lo besó con fuerza. Las*

*lágrimas caían a raudales, lágrimas contenidas demasiados años.*

*—Créeme, por favor. Por favor, Poli. No pasó nada. Nada. Solo fue un maldito montaje, quería que vieses ese beso. Quería que te doliese tanto como a mí.*

*—¿Por qué, Lía? —Se le rompió la voz—. Llevo años haciéndome esa pregunta: ¿por qué?*

*Sé que la cagué de algún modo, y sé que lo que vivimos en la playa fue real. Pero no sé qué fue lo que hice mal.*

*Lía se apartó y se abrazó las rodillas.*

*—Pensé que me habías utilizado. Que te ibas a burlar de mí. Me enteré de que te marchabas y no pude soportarlo. Me partió en dos. —Lo miró y él a ella—. Y pensé, ¿por qué no me lo ha contado? Tuvo toda la noche. —Lía se limpió las lágrimas de un manotazo—. Así que supuse que era parte de tu juego. Que lo era yo, que era un juego para ti, y quise seguir la partida. Y*

*ganarte antes de que pudieses hundirme más.*

*Cuesta se inclinó sobre ella, tumbándola debajo de él. Piel con piel. Colocó los brazos a cada lado de su cara.*

*—Esa noche fue la más especial de mi vida. Y si no te dije nada fue porque no pensaba irme a ningún lado.*

*—Ahora lo sé.*

*Cuesta la observó con intensidad antes de cerrar los ojos. Suspiró lentamente y se quedó en silencio un eterno minuto. Luego los abrió, con fijeza y determinación. Y la besó profundamente.*

*Se pasó a su cuello, a su clavícula. Antes de lamerle el lóbulo de la oreja. Lía se abrió para él y dejó que se posicionase entre sus piernas.*

*Notó su aliento en el oído, mientras le susurraba: —Dejemos que el pasado se quede en el pasado, Lía. Vivamos el presente. Un presente que es todo nuestro —le pidió.*

*Ella asintió y recibió su embestida con un jadeo ahogado. Buscó su boca en un beso excitante, mientras movía las caderas entrando y saliendo. Lía se arqueó y él aprovechó para arrastrarse hacia su cuello. Luego bajó hasta su pecho y jugueteó con la lengua sobre su pezón, mordisqueándoselo. Lía*

*hundió los dedos en su pelo cuando repitió la misma tortura con el otro.*

*—Sí…*

*Se zambulló con más profundidad y ella gimió cuando lo sintió dentro, llenándola por completo con todos esos maravillosos centímetros. Se movió con desesperación, mientras él la besaba con ansia. El corazón le iba a mil por hora. Volvió a devorar su boca y sus lenguas se*

*encontraron, se acariciaron en movimientos hábiles, mientras sus dedos hallaban el punto exacto.*

*Esta vez no se detuvieron en muchos preliminares. Estaban frenéticos e impacientes por sentirse.*

*Por ser uno solo.*

*Podía palpar su dureza, a pelo, y dio las gracias a la píldora. En este instante, no soportaría que el envoltorio de látex la separase de ese roce, de ese tacto sobre sus paredes internas. Hizo presión, apretándolo. Y él gimió. Salió y entró con calma, una y otra vez.*

*—Más —le suplicó.*

*Y él se lo dio. Todo. De un solo empujón que despegó su columna vertebral de la cama. Lía lo atrajo hacia su boca, cogiéndolo por el cuello. Y lo besó con ganas. La estaba llevando a la locura, la destruía con cada movimiento de caderas, fundiéndola por dentro.*

*—Eres preciosa.*

*La besó de nuevo mientras sus caderas seguían ese ritmo incesante, adictivo. Lía le clavó las uñas en los hombros y siguió moviéndose con cada embestida. Sentía que su corazón, lleno de tantas emociones, iba a explotar a la vez que lo hacía su cuerpo. Él la penetraba una y otra vez, sin pausa. Con esos dedos sobre su núcleo enloqueciéndola.*

*—Te quiero —murmuró a la vez que se tensaba.*

*Su confesión pareció atravesarlo. Vio el escalofrío que lo recorría y esa oscuridad que se reflejó en sus pupilas. Un deseo descarnado y hambriento lo asaltó y rompió las barreras de su control. Aumentó el ritmo, entrando y saliendo, sin darle tregua. Respiraba con dificultad y podía oír el salvaje latido de su corazón. Capturó sus labios en el mismo instante en que el placer los partía en dos. El grito de Lía cortó el aire cuando alcanzó el orgasmo, solo superado por el gemido ronco de él.*

*Por segunda vez en esa noche, se dejaron llevar. Pero todavía quedaba mucho para recuperar el tiempo perdido. Y lo hicieron, en todas las posiciones que pudieron alcanzar hasta bien entrada la madrugada.*

Sonrió de nuevo.

Al girar el rostro, vio que sobre la mesita le había dejado café y un cruasán. ¿A qué hora se habría levantado para preparar todo aquello?

De repente, y a pesar de todo lo de anoche, no supo qué hacer ni cómo actuar con él.

Todo esto era nuevo para ambos, para ella.

¿Eran pareja? ¿Rollo? ¿Nada? Y ahora, ¿cuál era el siguiente paso?

—Pareces contenta. —Lía casi chilló. Se sentó sobre la cama y miró a su compañera de habitación.

—Qué susto.

Marta lanzó una carcajada.

—Claro. Estabas en tu mundo.

Lía sonrió, con el pecho arrugado.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Una hora, más o menos. —Sus ojos brillaron—. Lo suficiente para ver cómo tu chico te traía el desayuno y la rosa.

—¿Dónde está? —Vale, lo había preguntado con demasiada ansiedad.

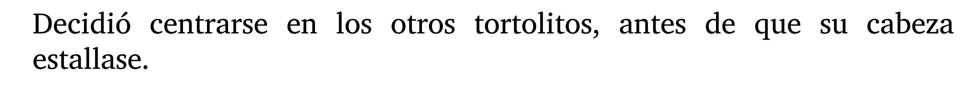
Marta se encogió de hombros.

—No lo sé. Se despidió deprisa y me dijo que luego nos veríamos, en la granja. Casi corrió hacia el ascensor.

«¿Y si se ha arrepentido?», reflexionó. La vieja inseguridad vino a ella en forma de ansiedad. Movió la cabeza y se maldijo a sí misma.

No. No.

No se lo iba a permitir; esta vez no dudaría de él. Además, le había dejado todos esos detalles para cuando despertase. Eso era algo, más que algo.


Decidió centrarse en los otros tortolitos, antes de que su cabeza estallase.

—¿Y vosotros?

—¿Nosotros? —Marta levantó las cejas haciéndose la tonta, pero una sonrisa alegre la traicionó.

—Venga, ¿no vas a contarme nada de tu noche? —Marta enrojeció, alborozada—.

Veo que bien.

—Demasiado bien, créeme.

—¿Vais en serio?

Su amiga hizo una mueca y levantó las manos.

—Él dice que sí.

—¿Y tú? ¿Qué dices tú?

—Que por una vez, me voy a dejar llevar, y que la corriente siga su curso.

—Me parece un buen plan.

—Estoy harta de tener expectativas y chascos, Lía. No quiero pensar. Solo sentir. Y

me siento bien con él. Comprendida y a gusto. Sé que es una locura porque nos acabamos de conocer, pero quiero intentarlo. Y Carlos, también. Así que vamos a hacerlo. —Se le escapó una risita avergonzada—. Vamos a seguir viéndonos y el tiempo dirá. Puede que sea mi Polidoro Cuesta Segura.

Lía sonrió con el pulso acelerado al pensar en él.

—Ojalá, amiga. Ojalá.

## CAPÍTULO 48

# Mi perdición

Cuesta tuvo que esforzarse para no darle un capón a su mejor amigo. Casi se tiró encima de su maleta para ayudarlo a terminarla. Ignoró la cara de protesta de Paco y le volvió a meter caña.

Miró su reloj.

—Date prisa.

Paco puso los ojos en blanco. Levantó una pierna y se embadurnó de aceite, masajeándosela con suavidad.

—Esto —pasó la mano por su cuerpo— es mi templo sagrado. Hay que venerarlo como se merece. Dedicarle tiempo, mimarlo. —Entrecerró los ojos—. Y tú lo estás estresando.

Se echó en las palmas otro chorro de aceite y se untó el pecho, con movimientos circulares.

Cuesta resopló. Se despeinó. Y se paseó por el pequeño habitáculo de su amigo.

Incapaz de estarse quieto, abrió la puerta. Se asomó y espió.

En ese momento, notó unas manazas sobre sus hombros, masajeándoselos. Casi se ahogó con un gemido indignado.

—¿¡Qué demonios haces!? —tronó.

Se giró con el ceño fruncido hacia Paco, que vestía con solo una toalla enroscada a su cintura. Pegó su torso aceitoso a su espalda.

—Ayudarte a que liberes tensiones.

Justo cuando iba a quitárselo de encima, oyó unas risitas. Tres chicas arrastraban sus maletas en dirección al ascensor. Una de ellas los saludó con la mano.

Las reconoció de inmediato.

—Mira qué monos. Son adorables, ¿verdad? —manifestó Sonia, la rubia, con un suspiro jubiloso.

—La pareja ideal. —Alejandra parpadeó, soñadora.

La del pelo rosa, Leo, les lanzó un beso y se despidió con la mano.

—¡Feliz boda, chicos! Que vaya todo muy bien.

Paco seguía dándole a los dedos, Cuesta se lo quitó de encima con un meneo de hombros y un gruñido.

—No, no. Esto no es lo que…

No pudo terminar la frase porque se metieron en el ascensor y se fueron. Empujó a Paco con la palma y le advirtió con el dedo: —Vístete de una vez o te dejo aquí.

El otro resopló indignado y se introdujo en la habitación, antes de dedicarle una aterradora vista de su trasero blanquecino cuando se arrancó la toalla de un tirón.

Su móvil sonó. Cuesta lo sacó del bolsillo.

**Lía:**

Gracias.

Cuesta se mordió el labio con una sonrisa picarona.

**Yo:**

¿Por?

Desayuno, flor o los cuatro orgasmos.

**Lía:**

Veo que nos hemos levantado con el ego intacto.

**Cuesta:**

¿Después de dormir contigo?



Joder, claro.

Estoy en una nube.

Vio cómo escribía y borraba varias veces.

**Lía:**

Pues nadie lo habría dicho esta mañana.

**Cuesta:**

¿Y eso?

**Lía:**

Has huido.

**Cuesta:**

¿Huir?

No, cariño. De mí ya no te libras.

**Lía:**

¿Dónde estás?

**Cuesta:**

Con Paco.

No preguntes.

**Lía:**

No hace falta.

Esa es respuesta suficiente.

**Cuesta:**

Te veo en la granja, ¿vale?

En un rato.

**Lía:**

Si no llegas a tiempo, Expósito te torturará.

Es la última actividad.

**Cuesta:**

Ya lo ha hecho a primera hora.

**Lía:**

No jodas. Era broma.

**Cuesta:**

Lo mío no.

Esa mujer es terrorífica.

**Lía:**

¿Qué ha pasado?

**Cuesta:**

Me ha hecho un cuestionario.

Sobre nosotros.

Sobre anoche.

Y sobre lo que sentí al ver tu…

**Lía:**

¿¡Qué!?

**Lía:**

¿Cómo lo ha sabido?

**Cuesta:**

Eso me pregunto yo.

**Lía:**

Tengo la impresión de que está en mil sitios a la vez.

**Cuesta:**

Yo también.

**Lía:**

Creo que todas tus Marías vienen a la excursión.

Me acaba de escribir Maite.

**Cuesta:**

Mierda.

**Cuesta:**

Cuidado con María Rosa.

Seguro que te somete a un interrogatorio.

**Lía:**

Me da más miedo el de Expósito.

**Cuesta:**

No sé yo.

Paco apareció por la puerta, totalmente vestido, y con su mochila de viaje en el hombro.

**Cuesta:**

Oye, tengo que dejarte.

Luego nos vemos.

Más uno, con amor.

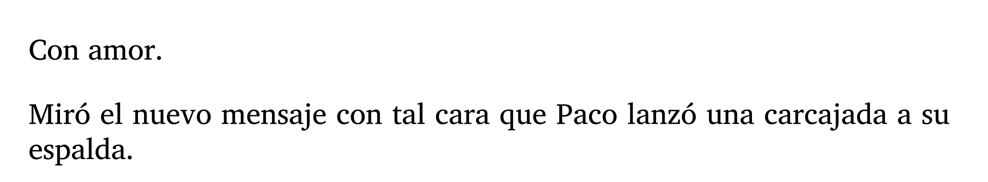
**Lía:**

+1.

Su respuesta lo chafó un poco, pero no se amedrentó. La conocía y sabía que hoy estaría algo confusa y con miedo. Pero no la dejaría echarse atrás. Jamás. Iba a hacer las cosas bien, le demostraría sus sentimientos, tal y como Lía merecía.

Por todo lo alto.

Sabía bien que, por eso, las Marías se habían acoplado a la granja. La traidora de María Teresa había aflojado la lengua, seguro.




Miró el nuevo mensaje con tal cara que Paco lanzó una carcajada a su espalda.

Sonrió, divertido, incapaz de gruñirle después de ese: «Con amor».

—¿Qué? —le preguntó.

—Pareces un pavo real. —Sonrió Paco con diversión.

—Bueno, así me siento.

—¿Pagado de ti mismo?

—Feliz, idiota.

—Ya veo. —Su amigo emitió otra carcajada sonora y le arreó un golpe en el hombro que, por poco, lo tira al suelo.

Se metieron en el ascensor y planearon sus próximos movimientos. Cuando las puertas de metal se abrieron, Paco pegó un grito que sobresaltó a Cuesta.

—¡Ahí está! Aguanta, colega. —Le plantó su mochila en el pecho—. Espérame.

Tengo que hacer algo, tío.

Observó cómo el moreno se pasaba una mano por la peluca horrenda que todavía llevaba, cuadraba los hombros, ponía una palma sobre su boca para comprobar el olor de su aliento, y se dirigía con la confianza y la seguridad digna de un rey hacia la rubia madurita.

Ramona.

Ella y sus amigas estaban en la recepción, y a juzgar por todas esas maletas del suelo, iban a marcharse en cuanto les hiciesen el *check-out*. Paco saludó a las señoras entre risas, besos y abrazos, y se inclinó sobre el oído de Ramona para susurrarle algo.

Esta se apartó con los ojos chispeantes. Sonrió lentamente y de forma sugerente.

Cuesta puso los ojos en blanco cuando su amigo se levantó la camiseta

e hizo un movimiento de cadera, meneando la barriga de forma seductora.

Ramona chilló, agarrada a la mano de su amiga, con los ojos desencajados. Él le guiñó un ojo, picarón. La mujer le arrebató a Petra el bolígrafo con el que firmaba en recepción y le escribió en la lorza.

Él le puso un dedo bajo su barbilla y le arreó un beso digno de película antes de alejarse de todas aquellas mujeres que coreaban a su amiga.

Cuando se acercó a él, Paco estaba que flotaba.

—Esa mujer será mi perdición —le aseguró con una sonrisa juguetona.

—¿Piensas volverla a ver?

—¿Estás de coña? ¿A ese bombón glorioso?—Se levantó la tela y mostró lo que le había escrito Ramona, su número de teléfono—. ¡Pues claro!

## CAPÍTULO 49

## Como en *Pasión de Gavilanes*

Lía estuvo tan ocupada toda la mañana que casi —casi— no se percató de la ausencia de Cuesta. Tuvieron que apagar varios fuegos antes de desplomarse sobre la mesa de la comida y recobrar la energía.

Primero, la charla de Expósito. En la que los obligó a hablar de sus miedos y de cómo se habían enfrentado a ellos este fin de semana. Por supuesto, fue especialmente incidente con Lía. Y la obligó a reconocer públicamente sus sentimientos, para regocijo de su suegra, que la abrazó con fuerza.

Luego, el episodio del olor.

Hacía un calor infernal, como si la lluvia del día anterior no hubiese existido. Todos estaban agotados y sudorosos tras la caminata de cinco kilómetros a treinta grados bajo el sol. Y ni la pamela de María Rosa ni sus cinco abanicos evitaron el desastre.

Los encerraron en el gallinero para darles una charla sobre cómo era el día a día en una granja. Al terminar, les ofrecieron unas semillas para que plantasen unas florecillas.

Para sorpresa de todos, Elena, la antofóbica, fue la que más disfrutó de

la actividad.

Después, se produjo la hecatombe.

¿La protagonista? María Rosa Segura. Eso sí, había que reconocerle que la pobre mujer lo hizo sin mala intención. Estaban sumidos en pleno silencio, trabajando con los dedos sobre la tierra, cuando soltó: —Joder. Huelo fatal. —Se olfateó el sobaco.

— *Eau* de *pestilón* —bromeó su gemela.

—Sí, a humanidad pura.

—Me siento pegados hasta los cuatro pelos del bigote —siguió su hermana.

—¿Cuatro? —Dejó escapar una risita.

—¿Y esa risa qué significa, Rosa?

—Que conste que has sacado tú el tema, Merce. Yo iba a ser misericorde, aunque me duela mirarte.

—¡Habla claro, María Rosa!

—Pues vale, chica. Tienes bigote. Llevo un tiempo dándole vueltas a cómo soltártelo, la verdad. Hasta me he planteado afeitarte por la noche.

—¡Eso no es cierto!

—¿Qué no es cierto? Pareces Ned Flanders, el de *Los Simpson*.

—¡Sé quién es, mala bicha!

—No te pongas así, si lo digo por tu bien, hija. Porque te quiero. Hazme caso, rasúrate.

—¡Son cuatro pelos de nada!

—Pues, hija, más negros que el carbón.

María de las Mercedes jadeó, ofendidísima.

—¡Pero si casi ni se ven!

—¿Que no se ven? ¡Parece que tengas barba!

«BARBAAA», gritó alguien.

«OLOR», chilló una mujer.

Como no había sillas, las Marías se pusieron en cuclillas para enfrentarse la una a la otra. Expósito intentó pararlas, se lanzó en su dirección para derribarlas, pero fue demasiado tarde. No pudo detener los siguientes acontecimientos.

«¡NOOO!», estalló otro paciente.

Todo pasó muy rápido.

Y en menos de un minuto, estalló el caos.

¿Causantes? Amadeo. Un sesentero que padecía catisofobia, miedo extremo a permanecer sentado. En este caso, al hombre le aterraba ver a la gente en cuclillas. Ante el gesto de las gemelas, salió corriendo, con tal mala suerte, que chocó contra la verja de las gallinas y la rompió. Salieron disparadas y los invadieron.

Mientras, Olga, una anciana que sufría bromidrofobia, terror al olor corporal, aullaba desolada hacia las Marías. Y Armando, un joven con pogonofobia, pavor a ver una barba, corría en círculos al compás de las gallinas. Todo el mundo gritó e intentó huir. Algunas aves se escaparon, para desolación de la dueña de la granja, y se desperdigaron a campo abierto.

Al final, Expósito controló la situación. Aunque acabaron tan exhaustos que, cuando la psicóloga propuso adelantar la comida, casi se pelearon por salir corriendo y llegar al patio en el que tendría lugar.

Y ahí estaban.

En una larga mesa esperando que les sirviesen un plato de paella. Lía estaba de espaldas, con las gafas de sol puestas, por la manía que le tenía Leonardo a sus pupilas, y la cara hundida entre los dedos.

Sirvieron la comida y abrió las manos. Luego se echó hacia atrás en la silla, extrañada.

—Perdone. Creo que ha habido un error. No he pedido pollo.

—¿Es usted Lía Serrano?

—Sí.

—Entonces, está correcto. Es su pedido.

Miró con cara tonta a las Marías, a las que tenía enfrente, y estas le sonrieron de forma rara, como si supiesen algo que ella desconocía. Arqueó una ceja.

—¿Por qué me ponen pollo?

María Rosa hinchó el pecho y negó con la cabeza.

—No es pollo, hija. Son perdices.

—Pero, ¿no entiendo…?

Notó que alguien le daba un toquecito en el hombro. Se giró hacia su compañera de cuarto, que la contemplaba muy sonriente.

De pronto, reparó en que Paco estaba sentado frente a ella. ¿Cuándo había llegado?

¿Y si él estaba aquí… Poli también?

—Creo que *eso* es para ti —anunció Maite con una gran sonrisa enigmática, meneando el rostro y señalando a su espalda.

Ella se giró de golpe.

La mandíbula se le cayó.

Los ojos se le abrieron de par en par.

Y el pecho se le hundió.

Sentía un remolino de sensaciones en la boca del estómago. Ahí detrás, sobre un caballo, estaba Cuesta. Con un gran sombrero de vaquero y un chaleco negro de piel, que dejaba su torneado pecho al descubierto. Unos vaqueros con un cinturón ancho de hebilla. Las muñecas envueltas con anchas pulseras de cuero y ojos brillantes. Tragó saliva.

Joder.

Parecía sacado de *Pasión de Gavilanes*.

—Mujer —tronó. Ella se puso en pie tan rápido que tiró la silla. Tenía la mirada repleta de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué…?

La ignoró. Levantó la barbilla con desafío.

—«Yo a usted la amo, la amo desde siempre y la amo para siempre».

Lía se puso una mano en la boca y soltó una risita, muy divertida. ¿Esto estaba pasando de verdad?

Recordaba la telenovela de su abuela.

—¡Estás loco! —chilló.

Los pacientes de Expósito aplaudieron.

—Sí, pero por ti, Lía. Llevo toda la vida loco por ti. Y será mejor que te comas toda esa perdiz porque quiero mi final perfecto. —Ella meneó la cabeza, rememorando cómo creyó de niña que para ser feliz y comer perdices había que ingerir realmente el pájaro, que según su abuela sabía a pollo—. Has sido, eres y serás la única. Te amo, con y sin las palabras de tu Víctor Manuel de los Santos. Y algún día, cuando estés preparada, nos casaremos. Y seguiremos queriéndonos con todo el corazón. —Ella sonrió por la declaración, con la que había soñado desde niña.

—¿¡Cómo lo sabías!?

Él sonrió travieso.

—Uno tiene sus recursos.

Maite gimió ofendida.

—Leíste mi diario. —Lo acusó con el dedo—. De verdad, hermanito, que puedes ser un auténtico capullo. —Él le guiñó el ojo y le lanzó un beso.

Ella puso los ojos en blanco.

—Todo vale en el amor, María Teresa.

—Polidoro… —suspiró Lía con el corazón tan rebosante de felicidad que se temía que explotase.

Él puso cara de espanto.

—¡Cuesta! Me dicen Cuesta, cariño —la corrigió con una dulce sonrisa

y le tendió la mano. Ella soltó una carcajada. Se acercó a él y aceptó su mano. Con dificultad, se subió al caballo y se aferró a su cintura.

Él giró la cabeza para darle un largo beso.

Se oyeron vítores y más aplausos.

La pareja se separó, con las mejillas encendidas. Las de Cuesta al rojo vivo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lía. Era incapaz de borrar esa sonrisa tonta de la cara.

Cuesta abrió la boca, pero el instructor de equitación se le adelantó.

—Ahora daréis un paseo, que es lo que este me ha pagado.

Y así, conducidos por el monitor, que sostenía fuertemente las riendas, y bajo la atenta mirada del resto de pacientes, María Rosa, María de las Mercedes, María Teresa, Paco, unos acaramelados Carlos y Marta, y la orgullosa psicóloga que había obtenido con él el mayor de sus éxitos, Lía y Cuesta trotaron hacia su nueva aventura.

Veinte minutos después, el caballo se desbocó por la picadura de una abeja y salieron despedidos por los aires hasta aterrizar en la zona de defecación del corral de los cerdos.

Pero esa ya es otra historia.

# EPÍLOGO

## Uno

## El Santo Grial y un bautizo

Paco tocó a la puerta. Tragó saliva antes de dar un paso hacia el interior. Cerró y se apoyó sobre la madera.

Suspiró cuando ese olor característico penetró por sus ventanas nasales. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo.

—¿Has venido preparado?

Asintió sin abrir los ojos. Sabía que estaba allí antes incluso de verla. Agudizó el oído y sonrió despacio.

Movió las caderas en círculos sugerentes.

—He practicado. Mucho. ¿Estás lista?

—Nací preparada, muchacho.

Se acercó a ella y la acarició con la mirada. Se mordió el labio al contemplar su entrega. Durante la próxima hora sería suya.

—Bien, pues vamos allá.

Tocó la piel desnuda de su espalda y comenzó con el primero de los movimientos.

Trazó círculos con los dedos, con la lengua, con la cabeza y las caderas.

—¿Usarás los cuatro?

Él subió la música antes de responder.

—Ahora son siete, querida.

Ella gimió, arrebatada. Paco echó la cabeza hacia atrás y sus dedos ascendieron de arriba abajo.

—¡Dios mío! —jadeó ella—. Elevación —reconoció la rubia.

Él rio y se movió al compás de la música. Primero de forma lenta, luego al ritmo.



Alternó los cuatro movimientos: Aro, Serpentín, Elevación y Cruz. Y cuando ella se retorcía y gemía de forma sonora incluyó dos nuevos, de su cosecha: Amasadora y Timbal.

Ella gritó.

—Mi Mona, mi reina.

—Petra tenía razón. Este es el auténtico Santo Grial. Qué dedos, qué pasión, ¡qué masaje!

Paco sonrió y llegó al punto cumbre de su sesión. El terremoto. Sus dedos, mezclados con un nuevo chorro de aceite perfumado hicieron magia en una combinación perfecta de todos los movimientos anteriores. Ritmo lento en ascenso hasta alcanzar lo frenético.

Ahora ya no se ocultaba bajo el nombre de Braulio. Ahora era él, Paco. El mejor masajista de Benidorm, con su propia consulta. Mujeres de toda España recurrían a sus servicios, pero él siempre tenía un hueco para ella.

Ramona, su Mesías.

Muy lejos de allí, a ciento sesenta kilómetros, los cuatro movimientos resonaron en la cabeza de otro hombre, uno que había memorizado al dedillo la valiosa información. Él no se dejaba llevar por la inventiva, si algo había aprendido en los últimos tres años era cómo debía combinarlos: Aro. Aro. Cruz. Elevación. Cruz. Serpentín. Aro. Aro.

Elevación.

Siguió el orden.

Su lengua se movía sin descanso en ese Monte de Venus glorioso, y pronto un gemido ensordecedor retumbó por la pequeña habitación mientras Marta se arqueaba contra su boca y se retorcía con ganas. Él hizo la última combinación con un ritmo elevado y ella chilló. Se rompió en mil pedazos de placer ante ese milagro en forma de lengua.

Carlos sonrió mientras se tragaba su sabor.



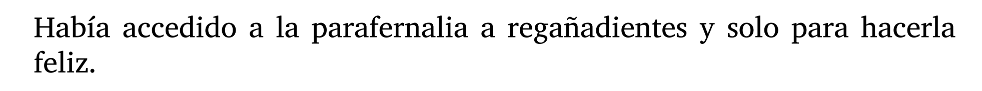
Lía se asomó por los ventanales del salón. Fuera se congregaba cada vez más gente e iban ocupando las sillas blancas, decoradas con flores lilas. Todo estaba precioso, tal y como ella merecía.

Oyó a Maite ajetreada a su espalda y se dio la vuelta con una gran sonrisa.

—¿Lo tienes todo?

— *Casi* todo. —Cabeceó hacia arriba—. Falta él, y te juro que como esté en pijama o con el ordenador, me lo cargo y te dejo viuda. Voy a tirarle de las orejas.

Ella ocultó una sonrisa porque sabía lo poco que le gustaba a Cuesta esta fiesta.


Había accedido a la parafernalia a regañadientes y solo para hacerla feliz.

—Te acompaño.

La puerta de la entrada se abrió y entró su suegra del brazo de su marido. A su lado estaba su inseparable gemela, junto al suyo.

—¿Cómo vais? ¿Falta algo?

—Que yo sepa, no. Id fuera. Enseguida salimos.

María Rosa estrechó los ojos antes de fijarlos en la parte superior de la escalera.

—Está dando problemas, ¿verdad?

—No, no. Qué va. Si está muy ilusionado —mintió Lía.

María Rosa lanzó una carcajada.

—Siempre me ha gustado esta niña —le dijo a su marido. Su suegro le sonrió y le guiñó un ojo—. Supongo que es cosa tuya. Sé que de otra forma, no habría aceptado, así que te doy las gracias, cariño.

Lía prefirió no responder porque sí, ella lo había convencido. Les devolvió la sonrisa y los animó a que saliesen a sociabilizar con los invitados.

—Por favor, dile que se dé prisa. El pastor ya ha llegado. ¿La nena está lista?

—Maite la llevaba en brazos hace un momento.

—¿Le ha puesto el vestidito que le compré? —Lía recordó esa pomposidad de volantes y se mordió la mejilla por dentro para evitar la risa.

—Sí.

—Vale. Me quedo más tranquila. Vamos, querido. —Tiró de su marido hacia la salida—. Es la hora.

María de las Mercedes, ahora también tía suya, le dio un cariñoso apretón en la mano al pasar por su lado.

—Gracias, Lía. Está nerviosa, pero te aseguro que todo esto la tiene

muy emocionada. Le apetecía mucho hacerlo.

Ahora sí lanzó la carcajada, Merce la imitó.

Ascendió por los escalones y se dirigió al estudio de su marido. Esta casa, frente al mar, era un sueño hecho realidad. Un reto que asumió dos años atrás, el mayor de su carrera. Compraron la vivienda casi ruinosa con lo que pudieron ahorrar y ella la reformó prácticamente desde cero.

Oyó las voces airadas desde el pasillo.

—Ni se te ocurra ponerme las manos encima —la amenazó Cuesta.

Su hermana bufó.

—Pues vístete. Ya. No me muevo de aquí hasta que acabes. Han llegado los invitados, esperan fuera. ¿Es que quieres que le dé un ataque de nervios o qué?

El resoplido de su Cuesta resonó por toda la parte superior de la casa.

—¿Por qué tengo que ir? Podrías librarme con alguna excusa.

—Estás de coña, ¿no? ¿Cómo vas a faltar a su bautismo? ¡Te arrancará las pelotas y las servirá en el cocido del domingo! Además, sabes que sin ti no empezará.

—¡Joder!

—Date prisa —lo apremió.

Lía vio el gesto vulgar que le hizo su marido cuando su hermana le hacía una carantoña a la pequeña que llevaba entre los brazos.

—¿No te parece una preciosidad? —Cuesta puso los ojos en blanco.

—Mejor me abstengo de contestar. —Se asomó por la ventana y Lía se tapó la boca ante el gemido horrorizado que soltó. Había mucha gente fuera—. ¿Puedes recordarme por qué he accedido a esto en mi casa?

—Porque la quieres y quieres que sea feliz.

—O porque te daba un poquito de miedo decirle que no —apuntó Lía desde la entrada.

Él se giró de golpe y la buscó con la mirada. Leyó la adoración en sus

ojos.

—Estás preciosa. —Dio un paso hacia ella, pero Maite se interpuso con mala cara.

—Las carantoñas para luego.

—¿No hay posibilidad de faltar? ¿Por qué no sacas tú a Lola?

—Eres el padrino y su acompañante.

—Pues vaya mierda, ni siquiera le caigo bien. —La aludida le gruñó como si lo hubiese entendido—. Te pagaré, te daré cualquier cosa.

—No. Mira, tú verás. Pero te aseguro que tus restos serán esparcidos por la arena, yo no me la jugaría, hermanito. Te doy cinco minutos. Os espero en la entrada.

—Puedes salir sin mí.

—Ja. Y que te escapes por la puerta de atrás.

Al pasar por su lado, Lía estiró el brazo para darle un mimo a Lola, que pareció encantada con su gesto. Cuando Maite desapareció, Cuesta fue a ella. Le repitió lo guapa que estaba y le dio un profundo beso que la dejó con ganas de más.

El rostro de él mostraba la misma expresión, un deseo oscuro brilló en sus ojos. La besó detrás de la oreja y ella se estremeció.

—¿Podemos robar unos minutos?

—Me temo que no, tu madre acaba de preguntar por ti. —Gruñó por lo bajo. Se apartó de ella y suspiró con frustración. Lía aprovechó para abrocharle la camisa y darle una caricia aquí y allá.

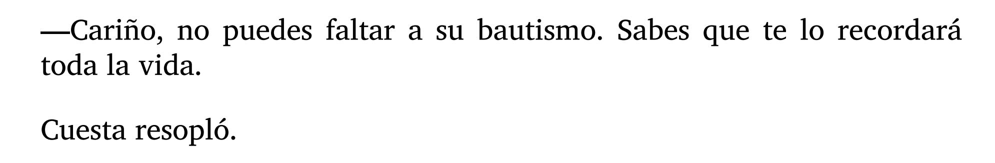
—Si sigues tocándome así, no bajamos.

Ella rio y alzó las palmas en señal de rendición. Él volvió a besarla.

—¿Y si nos libramos de esto? No creo que nadie se dé cuenta. Salimos, saludamos y nos escapamos. ¿Qué te parece?

—Un plan perfecto, pero te olvidas de una cosa. Tú sacas a Lola.

—Que lo haga Paco.



—Cariño, no puedes faltar a su bautismo. Sabes que te lo recordará toda la vida.

Cuesta resopló.

—Está bien. —Se pasó las manos por el pelo revuelto y Lía deseó ser esos dedos. Se mordió el labio y echó una última mirada al sofá del despacho recordando todo lo que le hizo allí la última vez; soltó el aire, frustrada. Cuesta se rio—. No me tientes, mujer. O

no te dejo salir.

Ella tiró de su mano.

—No, vamos. Necesito ganar puntos con mi suegra.

—Pero si ya te adora.

—¿Verdad?

Le guiñó un ojo y rieron mientras descendían la escalera de la mano. Tal y como les había advertido, Maite los esperaba, pero esta vez su rostro no mostraba enfado, había algo más que Lía no supo interpretar. Parecía… nerviosa.

Tragó saliva.

—Lía. —La llamó y se acercó un paso. De malas maneras puso a Lola en los brazos de Cuesta. Este se echó atrás y la sujetó de forma precaria, la pequeña gruñó e intentó morderle.

—¿Qué pasa?

—En el salón. —Hizo una mueca. Ella siguió su mirada y dio un salto. Distinguió la figura de su padre, lo acompañaba alguien más.

—¿Pero…?

—Cariño, si no quieres verlo, le diré que se marche. —Se ofreció Cuesta, mientras apartaba de sí a Lola.

—No, no. Id saliendo, ahora voy. —Los hermanos asintieron—. Maite, ¿mi madre lo ha visto?

—Sí. De hecho, estaban hablando en la entrada, antes de tocar.

—¿Estaba bien?

—La verdad es que sí, con Tony y tu abuela. Estaban hablando todos.

—Vale.

En los últimos cuatro años, su madre había dado un cambio de ciento ochenta grados. Consiguió que saliese de su caparazón y hasta había abierto de nuevo su corazón. Conoció a su enamorado gracias a la reunión anual que organizaba Expósito.

En la última, asistió como su acompañante y allí, Antonio, *Tony*, el de los relojes, se acercó a ellas, saludó a Lía, bromeó con su madre y no se despegó de su lado en toda la sesión.

Tony no solo había dejado atrás su fobia, sino que ahora vivía como si cada día fuese el último. Después de conversar con ella durante todo el encuentro, la invitó a salir. Y, para su sorpresa, su madre aceptó. Dos meses después, ya habían formalizado su relación. En ese mismo año, se mudaron juntos.

La abuela estaba encantada, no solo porque su hija parecía muy feliz, sino porque había conseguido echar a su retoña del nido y recuperar su independencia.

Lía suspiró.

Y ahora su padre estaba allí.

Durante todo ese tiempo, le había escrito siempre que podía. Incluso asistió a su boda junto con su hermanastro. Y aceptó con una sonrisa que fuesen su madre y su abuela quienes la entregasen en el altar. Pero esta visita inesperada…

Meneó la cabeza, dispuesta a terminar cuanto antes.

—¿Papá? —Él dejó de hablar y se giró hacia ella con una gran sonrisa. Fue a su encuentro y la envolvió en un enorme abrazo.

—Cariño. Qué guapa estás.

—Hola, Marcos. —Saludó a su hermanastro, que lo acompañaba. Se fijó en las pequeñas maletas que ambos llevaban.

—Hola, Lía. —Este también le dio un abrazo. Ella lo recibió algo abrumada.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Tu hermano quería verte, y yo me apunté.

A Lía le sorprendió el dato, pues la relación con Marcos era casi inexistente, aunque siempre le habían tenido cariño. Y le encantaba su desparpajo.

—Espero que no te importe que nos acoplemos.

—Si es molestia, nos vamos a un hotel —se ofreció su padre.

Ella los miró sin parpadear.

—¿Qué estáis celebrando? —preguntó Marcos, salvándola del momento.

—Una especie de bautizo.

—¿En el mar?

—Eh, sí. Ahora lo veréis.

—¡Qué puta pasada!

—Esa boca, niño —lo riñó su padre. Marcos puso los ojos en blanco. Lía sonrió.

—Lía, quiero estudiar en Alicante. He mirado residencias y he solicitado plaza.

—¿Y eso? —A ella le extrañó, pues la universidad de Sevilla era muy buena.

Marcos se miró los pies, con las mejillas encendidas.

—Me gustaría que estuviésemos más cerca, no sé. Si a ti también te mola, tampoco quiero ser un coñazo, ni nada de eso.

Ella se quedó tan sorprendida que fue incapaz de hablar.

—La verdad…

—Ya, sé que es raro y…

—Es que me encantaría, Marcos. —Y lo dijo en serio. Su hermano levantó de golpe la vista con una sonrisa enorme. La alegría resaltó sus rasgos, ya de por sí atractivos. Lía se apostó que rompería unos cuantos corazones.

—A mí también me veréis más. Os lo prometo, a los dos. —Lía desvió la mirada para que no leyese sus dudas. La mano de su padre se posó sobre su brazo—. El día de tu boda me di cuenta de lo mucho que me había perdido. Soy un desconocido para ti y no me gustó, cariño. Sé que es tarde para enmendar los errores, pero me gustaría intentarlo, si tú también quieres.

Había soñado con esas palabras toda una vida. Antes hubiese dado lo que fuese por oírselas decir. Ahora no lo necesitaba para ser feliz porque ya lo era. Miró durante un buen rato a Marcos y le sonrió. Ella también quería estrechar los lazos con su hermano, ellos habían sido los daños colaterales de una familia desestructurada.

De hecho, Rosalía había iniciado los trámites del divorcio por las numerosas infidelidades de su marido. Su padre era así, y aunque no dudaba de que su declaración era sincera, suponía que tenía fecha de caducidad. Pero su hermano la necesitaba, lo leía en sus ojos. Esa desesperación oculta, esa necesidad de pertenecer a algo sólido. Se veía reflejada en esas profundidades marrones.

—¿Qué os parece si me acompañáis fuera? —Era una especie de bandera blanca y pipa de la paz. Les ofreció sus brazos a cada uno y salieron al exterior.

Cuesta la esperaba con la ansiedad reflejada en el rostro. Al verla sonreír, sus rasgos se relajaron y le devolvió la sonrisa. Ella les indicó dónde podrían tomar asiento y se fue al lado de su marido, que bajó la cabeza buscando sus labios.

La perrita ladró, enfadada. Él masculló un insulto y Lía rio.

Una música sonó y la ceremonia dio comienzo.

Cuesta se colocó delante de su madre, con su inseparable compañera canina y precedió a María Rosa. Esta desfiló entre todos sus amigos, saludando y sonriendo a los invitados; iba vestida de blanco. Se acercó a Lionel, el pastor, y respondió a su pregunta:

—María Rosa, hermana. ¿Has sentido la llamada?

—Sí. Alta y clara.

—¿Crees que Jesucristo es el hijo de Dios?

—Lo creo.

—¿Crees que es tu Salvador?

—Sí.

—¿Estás dispuesta a aceptarlo en tu corazón?

—Lo estoy.

—Entonces yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —El pastor señaló al horizonte con gesto serio—. Renace entre las aguas purificadoras.

Los ojos de su suegra se llenaron de lágrimas no derramadas, era feliz. Miró a su hijo, a la perrita que gruñía a este entre sus brazos, a su hija, y a su marido. Cuadró los hombros y dio un paso hacia el mar.

Lionel entonó una canción y su congregación lo siguió.

EPÍLOGO

# Dos

**¿Qué?**

Cuesta abrió la puerta y entró en la inmensa habitación. Un escalofrío le recorrió la espalda, se frotó los brazos y alzó la barbilla hacia el techo. Hacía un frío que helaba la piel. Sus ojos, avizores, buscaron por la estancia hasta hallar a su preciosa mujer, en el centro. Tragó saliva y se insufló fuerzas mentales para afrontar las próximas horas.

Una sábana la cubría, dejando al descubierto su torso. El camisón aflojado levemente mostraba parte de su pecho. Su larga melena oscura estaba recogida en un apretado moño bajo una cofia. Se la veía pálida, se preguntó si ese rostro cenizo sería reflejo del suyo propio. Observó los cables que la mantenían conectada a una gran máquina y gimió interiormente, elevando una plegaria silenciosa al cielo. Nada en sus treinta y dos años de vida lo había preparado para semejante momento.

Corrió a su encuentro.

—Lía, cariño.

Ella abrió los ojos y su mirada se cubrió de desesperación. Gritó y agarró con fuerza la sábana. Uno, dos, tres, cuatro… Cuesta perdió la cuenta ante su agonía. La frente, perlada de sudor, mostró unas arrugas de dolor.

—Por fin —articuló con los labios apretados a causa del dolor. Su voz agitada lo espantó—. Tenía miedo de que no llegases a tiempo. —Él le sonrió con cariño y se inclinó para besarle la frente. Sus labios se impregnaron de gotitas de humedad.

—Eso jamás. —Sus ojos repletos de amor, miedo y emoción se abrieron como platos cuando oyó su réplica: —Habrás aparcado bien.

—¿Eh?

La mirada de Cuesta se topó con la del otro hombre, quien fingió que no se le estiraban los labios en una sonrisa. Siguió comprobando algo en el monitor, mordiéndose la boca.

El grito de Lía lo distrajo. Respiró hondo, se puso una mano en el corazón y notó los acelerados latidos.

—¡¡¡El coche!!! —lo apremió.

—Aparcado justo debajo. He encontrado un buen sitio, tranquila... ¡Pero…! ¿¡Qué haces!?

—Nos vamos. —Intentó arrancarse la vía.

—¿¡Qué!?

—Mira, no discutas. Lo he decidido, ¿vale? Todavía no estoy preparada. No puedo hacerlo. Hoy no, quizá mañana.

—Pero Lía...

—Ya se lo he informado a todos.

—Estás muy dilatada.

—Qué va.

—A punto de entrar en el paritorio. Cariño, no hay tiempo.

—Si nos damos prisa... ¡Otra vez no! —gritó y se dobló hacia delante mientras el dolor la invadía en forma de corriente eléctrica.

—Esa ha sido fuerte. ¿Cómo va la ginecóloga? —preguntó la que Cuesta supuso que era la matrona. El enfermero contestó que ya había llegado al hospital y estaba cambiándose. La mujer se inclinó entre las piernas de Lía con cara de concentración y desplegó sus labios menores, metió una mano dentro y asintió—. Aprémiale. Es la hora.

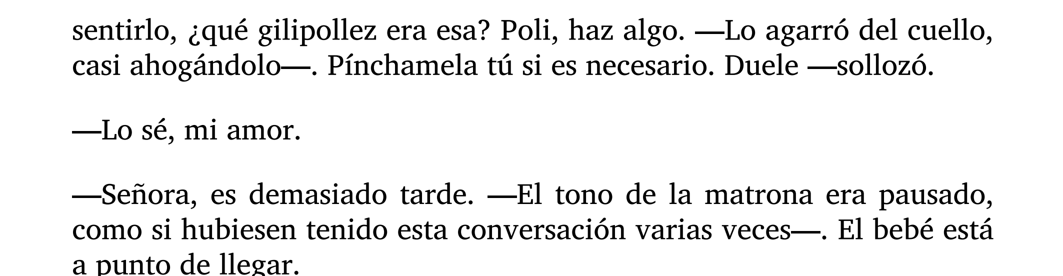
Cuesta miró a su esposa. Cuando vio que el tormento pasaba, intentó insuflarle ánimo. Se sentía inútil, ojalá pudiese ayudarla, evitarle el sufrimiento o absorberlo él.

Qué impotente se sentía el hombre en ese momento. Se hablaba de la dura prueba que era el parto para la mujer, pero nadie mencionaba al acompañante. No había dolor físico, pero sí emocional porque en esa camilla estaba su pasado, su presente y su futuro. Su familia. El terror era absoluto. Un solo fallo y todo estallaría en mil pedazos.

No, no podía permitirse semejante pensamiento. Sería fuerte, por ellas. Sus chicas.

—Respira, Lía, respira.

—¡He cambiado de opinión! Quiero la maldita epidural. Ya. Paso de



sentirlo, ¿qué gilipollez era esa? Poli, haz algo. —Lo agarró del cuello, casi ahogándolo—. Pínchamela tú si es necesario. Duele —sollozó.

—Lo sé, mi amor.

—Señora, es demasiado tarde. —El tono de la matrona era pausado, como si hubiesen tenido esta conversación varias veces—. El bebé está a punto de llegar.

—¿¡Señora!? —Su mujer casi se atragantó con la palabra—. Poli. Poli, que me pinchen.

—Cariño, que estás a nada de…

—¡Y una mierda! —Ahogó un gemido y su bello rostro se contrajo cuando otra contracción la atacó. Al pasarla, respiró con dificultad. Él soplaba como les habían explicado en las clases de preparto e intentaba que ella hiciese lo mismo. Le dio un manotazo para que la soltase—. Que paren esto, Poli. Hoy no tengo el día.

—¿Que no…?

—Venga, recoge. Si no hay epidural...yo...no... ¡Joder! —Apretó los dientes.

Cuesta le cogió la mano para infundirle fuerza y a duras penas contuvo un chillido cuando le estrujó los dedos y se los masacró.

—Cariño. ¿Estás bien?

—¿Te parece a ti que lo estoy? ¡Tú tienes la culpa! —lo acusó con ojos vengativos.

—¿De la epidural?

—¡De todo!

La ginecóloga apareció con una reluciente sonrisa y Lía la apuñaló con los ojos. Esta sonrió, ajena a la cara de asesina en serie que ponía su mujer. Se puso al lado de la matrona y le pidió que empujase. Lía se negó, pero al minuto se contradijo empujando con toda su energía.

—Este pequeñín ya está aquí.

—Si me vuelves a tocar...

—Nunca.

—Júralo, Poli.

—Lo juro.

—Siempre has sido un embaucador, no voy a… —Otra contracción.

—Te prometo que resistiré tus encantos, cariño.

Ella lo miró sin entender.

—¿Qué? —preguntó, extenuada.

Su voz había disminuido tanto el tono que a Cuesta le costó oírla. Percibir su agotamiento lo desarmó de tal forma que borró cualquier rastro de humor. Una poderosa emoción estalló en su pecho. Era tan hermosa y fuerte… En ese instante sintió que la amaba más que nunca. Enmarcó el precioso rostro blanquecino entre las manos.

—Te quiero, mi amor.

Lía lo miró con lágrimas en los ojos y le sonrió con devoción.

—Tengo miedo —susurró.

—Lo sé, pero todo va a salir bien.

—¿Cómo lo sabes?

Cuesta miró de soslayo a la matrona y a la ginecóloga, que murmuraban entre sí.

Captó que no daba tiempo de llegar a la otra sala, a la del paritorio, así que sería ahí, en la de dilatación. Él, aferrado a la mano de Lía, se acercó a su oído.

—Porque lo he vuelto a hacer. Me los he puesto. —Señaló su zona íntima y se sacó la goma de sus calzoncillos con el pulgar. Ella deslizó la mirada y sonrió.

—¿De verdad? ¿Los llevas al revés? —Soltó una pequeña risa, pero pronto afloró la preocupación, lo que realmente le ardía por dentro desde que había roto aguas horas atrás—. Poli, si algo sale mal… —La súplica se dibujó en sus delicados rasgos.

—¿Crees acaso que lo permitiría? No, Lía. Hoy subiremos a planta siendo tres. No puede haber otro final para este día.

—Pero ha sido un embarazo de riesgo y…

—Y hemos llegado hasta aquí. Volveremos juntos.

—Juntos. Los tres —remarcó ella en un susurro.

Cuesta sonrió con una seguridad que no sentía, pues tenía el corazón atenazado de terror. El solo pensamiento de perderla lo consumía porque Lía era su todo. Impensable un mundo en el que no viese su sonrisa cada mañana.

—Te quiero —le repitió él, y sus ojos reflejaron el inmenso amor que sentía por ella.

Ella le sonrió con el mismo sentimiento impreso en su mirada. Un nudo invisible le apretó la garganta. Después de todo lo que habían pasado juntos, ahí estaban. En ese momento, Lía sintió que su amor se hacía más fuerte.

—Está bien. Hagámoslo. Empecemos.

La ginecóloga lanzó una carcajada, seguida de la matrona.

—¿Empezar? —Su ginecóloga parecía divertida—. Pero si el bebé está a punto de salir. Un último empujoncito y lo tenemos.

Al final fueron tres más. Gritos desgarrados y un fuego quemándole en su interior por el que casi se carga la bata de la enfermera que tenía más cerca.

Pero ahí estaba.

Su preciosa niña, que emitió un lloro atronador, semejante al de su madre. El pobre Cuesta seguía medio descompuesto a su lado, con lagrimones corriéndole por el rostro.

Pareció recobrarse justo cuando la ginecóloga le acercó a la pequeña.

—Enhorabuena, papis. Es un niño perfecto y precioso.

Cuesta abrió la boca y miró a Lía, que también estaba descolocada.

—¿¡¡¡Un niño!!!? —exclamaron al unísono.

En los rostros de ambos se reflejó lo mismo: una enorme sorpresa y unas grandes ganas de estrangular a cierto amigo que todavía conservaba el extraño acento latino.

Paco, encargado de su *baby shower*, les había revelado el sexo del bebé poco antes de este acontecimiento y ellos se habían fiado. Y compraron todo, *todo*, de acuerdo a esa tarta que al cortarla mostró un bizcocho rosa.

Niña.

Su hijo se suponía que era una niña.

Ambos miraron al pequeño con mucho amor porque estaban igualmente encantados, pero también compartieron un pensamiento. Ella asintió, sin necesidad de palabras. Rumiaban lo mismo. Se mascaba un «más uno», y esta vez iba dirigido a otro objetivo que no eran ellos dos.

# FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela es fruto de muchas manos, no solo las mías. A todas esas personas que la han hecho posible, mis gracias infinitas:

A Gloria. Mi filóloga favorita, que tengo torturada con tanta pregunta. Gracias por estar ahí. Siempre. Aunque te he echado de menos como beta, me has acompañado entre notas de voz, llamadas y alguna que otra corrección en este nuevo viaje de letras.

A Carmen, que un día me dijo: «Las acciones de los demás no definen tu valor». Y

me ha prestado su sabio consejo para usar en la novela. Creedme, si en el mundo hubiese más Cármenes, el mundo sería un lugar mucho mejor.

A María, una de mis Nunca. Te prometí que pondría que «El café es la tinta con la que escribo», y aquí está. Mi cafetamina, como dices. Pero si hay algo que me da esa adrenalina para escribir son tus palabras, cada día. Gracias por estar siempre al otro lado de la línea para apoyarme, aconsejarme y darme los ánimos que me faltan. Gracias por haberte cruzado en mi camino y haberte quedado. Qué bonito no solo compartir este mundo de letras, sino el otro, el que nos deja con ojeras y energía al cero, pero que tanto adoramos.

A Lorena, mi otra Nunca, que un día decidió aparecer en mi vida para hacerla más bonita. Porque ella es así, maravillosa y buena, y te contagia. Como siempre te digo, un chute de energía. Podemos hablar horas y horas de libros sin cansarnos. Bendita aquella entrevista que te puso en mi camino. Gracias por tu maravilloso bolígrafo rojo, adoro esa faceta tuya. Gracias por tu apoyo y por animarme a seguir soñando, soñando juntas.

A mis argentinos divinos, Solenne y Gabriel. Gracias por ayudarme a darle voz a Sebastián. Sois geniales, me encantaron vuestros audios. Y a Davinia, por esas largas caminatas en las que te pongo la cabeza como un bombo.

A Samuel, el psicólogo de la familia. Gracias por tus correcciones y por todos tus apuntes para perfilar las terapias. Sé que no tienes tiempo y que ha supuesto un esfuerzo extra para ti. Gracias por estar

cuando te necesito y darme un poquito de terapia emocional cuando me vengo abajo. Por cierto, como habrás comprobado, te he robado aquello de « *Eau* de *pestilón*». No me disculparé, es lo que tiene compartir parte de nuestro ADN.

A mi familia, por ser un apoyo constante. Y a mis amigas (y amigos) porque sois un pilar fundamental para mí.

A mi marido e hijos. Chicos, no conformáis mi final, sino el principio de mi historia (y me atiborraría de perdices por vosotros).

Y, cómo no, a ti, lector y lectora, por llegar hasta aquí, por darle una oportunidad a la novela y hacer posible que este maravilloso sueño de letras tenga continuidad.

¡Nos vemos pronto!